JOSÉ LUIS DE TOMÁS GARCÍA: LA OTRA ORILLA DE LA DROGA

PREMIO EUGENIO NADAL 1984

Hay una primera orilla de la droga, que supone el inicio, y sus efectos, aparentemente placenteros, parecen resolver al individuo sus problemas e inquietudes. Pronto surge la otra orilla, que es la que atrapa al hombre y lo hace su esclavo, privándole de toda libertad. Los protagonistas, Toni Califa y Maica, viven en el ambiente de la delincuencia, rufianismo y proxenetismo, empleando el lenguaje marginal del que se ofrece al final de la obra un reducido diccionario de argot. Para algunos de los personajes, que utilizan diálogos vivísimos, el único final es el atraco, el manicomio o la muerte. Alguien, sin embargo, supera cualquier dificultad e inicia el camino de la rehabilitación. Al final de la lectura parece encenderse una luz de esperanza.

La otra orilla de la droga está basada en experiencias vividas en el trabajo de su autor, policía de estupefaccientes, y es por tanto obra realista. Pero no se trata de una simple crónica, sino que es una novela social donde los personajes viven y sufren en un ambiente de violencia, miedo y dolor.

En 1994 fué llevada al cine con el título *Cautivos de la sombra* y la dirección de Javier Elorrieta

José Luis de Tomás García

La otra orilla de la droga

ePub r1.0
Artifex 05.06.14

Título original: *La otra orilla de la droga*
José Luis de Tomás García, 1985
Diseño de cubierta: Destino

Editor digital: Artifex
ePub base r1.1

A Rosafina, mi mujer, que creyó en mí.

Todos los hechos que se narran son rigurosamente verídicos, si bien han sido modificadas las circunstancias y nombres a fin de que nadie se pueda sentir identificado con ningún personaje.

Se ha evitado, en lo posible, transcribir frases y palabras malsonantes y soeces. Sin embargo, la totalidad de los diálogos responden al vocabulario utilizado por la juventud que se describe.

Al final del texto se incluye un reducido diccionario de argot, en el que se tratan de recoger algunos de los vocablos más empleados en el ambiente en que se desarrollan los hechos. No pretende ser exhaustivo, ya que su única finalidad es hacer más comprensible la lectura.

Los jóvenes que se desenvuelven en medios donde circula la droga, han adoptado una terminología propia, rebautizando a su antojo cada una de las substancias estupefacientes conocidas. Asimismo, este vocabulario utilizado por el drogadicto, va íntimamente ligado con el conocido hoy como «pasotismo». Y ambos, por sus conexiones con la delincuencia —a través de la prisión y de los locales donde se suelen reunir delincuentes habituales contra la propiedad— han sido influidos en su lenguaje peculiar por el «caló». Este último es el empleado en el habla gitana por gente que ha conocido la prisión

Primera parte

El invierno de 1981

1

El sonido agudo y metálico del teléfono le despertó. Abrió los ojos y al mover la cabeza sintió un dolor profundo en el cuello. Braceó pesadamente en la nebulosa del sueño y dejó quieta su mirada en el techo.

La luz que penetraba de la farola de la calle formaba una extraña y distorsionada figura. Había anochecido. Se incorporó en la cama y llegó a la conclusión de que el teléfono había estado avisándole, martilleante, en la salita; quienquiera que fuera se había cansado de insistir. Mejor así. Se dejó caer de nuevo. A su lado, Maica dormía plácidamente y su respiración acompasada no perdió su ritmo cuando encendió la luz de la lamparilla de noche.

Se habían acostado después de comer, eso lo recordaba, pero no tenía noción del tiempo. Hizo un esfuerzo por rememorar y al ladear la cabeza hacia Maica una punzada electrizante le golpeó el hombro. Inmóvil, percibía el fluir de la sangre por su cuerpo. Se sentía mejor. Al fin, había podido dormir unas horas. Admitió que el hachís que le habían pasado era de excelente calidad. Les había hecho volar a los dos.

La estridencia del timbre, esta vez de la puerta, le hizo volver la cabeza, con el consiguiente dolor. Soltó una maldición y se sentó en la cama. Maica se removió en sueños. Su aroma femenino impregnaba la habitación. El rostro, de piel tersa y suave, estaba vuelto hacia él. Era curioso. Nunca se había detenido a observar las pestañas, negro azabache, que contorneaban sus ojos. Decidió que

era bonita.

Extendió la mano hacia ella. Tenía los senos al descubierto y con un dedo le rozó el pecho, serpenteando sobre él, sintiendo el calor de aquel remanso. Cuando su dedo giró suavemente sobre la corona rosada de su cúspide, Maica abrió los ojos.

El timbre volvía a insistir.

—¿Qué pasa? —preguntó.

—Nada —respondió él—. Que llaman a la puerta.

—¿Quién es?

—Que no lo sé.

Antonio se levantó cansadamente y se vistió un batín.

—¿Qué hora es? —quiso saber ella, con voz arrastrada y sin demasiada convicción.

Miró a la mujer mientras se frotaba los ojos con el dorso de la mano.

—Ya está —recordó Antonio—. Son Rafa el Huesos y el Nano. ¿No te acuerdas?

Maica asintió con desgana y se cubrió la cabeza con la almohada. Descalzo, se encaminó hacia la puerta. El frío del suelo en sus pies le volvió totalmente a la realidad.

De pronto, era consciente, una vez más, de su libertad. Se pasó una mano por la boca en un bostezo prolongado que terminó en una sonrisa. ¡Aquello era real! Estaba en casa, despierto, disfrutando plenamente su segundo día de libertad.

¡Libertad! Lo único que vale en este mundo y, sin embargo, la gente lo ignora porque nunca le han privado de ella.

Hacía dos días ya que había salido de la cárcel. Esa última condena le había supuesto más de un año a la sombra.

Encendió un cigarrillo mientras esperaba que sus amigos subieran. Rafa el Huesos era un buen colega, pero en cambio, con el Nano no le unía una amistad tan sólida. El Huesos había insistido en acudir con él, pues en los últimos tiempos estaba moviendo buen polvo.

Abrió la puerta.

—Hola, Rafa, ¿cómo estáis? —saludó Antonio.

—Calcula —respondió éste—. Con ganas de tenerte entre los colegas.

El apretón de manos fue cálido y sincero.

—¿Pero estabas durmiendo, tío? —preguntó Blanca.

Se acercó a él y le besó en las mejillas.

—Si son las nueve de la noche —se asombró Rafael.

—Pero, ¿cómo te lo montas, oye?

Antonio reía, satisfecho. Un júbilo quieto le navegaba el cuerpo. Observó a Blanca mientras la asía por los hombros. No había cambiado nada. Los ojos grises, rasgados, acentuaban el atractivo de su rostro ovalado. Tenía la risa fácil. El cabello de color trigueño, liso y suave, le caía sobre los hombros. Con frecuencia lo llevaba recogido en la nuca con una cinta.

Rafael, en cambio, había mejorado desde la última vez, en la prisión. No aparentaba la edad que tenía. Había cumplido recientemente 27 años y parecía un hombre envejecido prematuramente. Poco cuidadoso de su persona, como siempre. El pelo empezaba a clarear en la parte superior de su cabeza y en la frente aparecían dos ligeras entradas.

—¡Estáis fenómeno! —cumplimentó Antonio.

Vicente Puig, el Nano, dio un paso hacia él y le estrechó la mano efusivamente.

—Buenas noches, Califa —saludó. Llevaba del brazo a Maite—. ¿Os conocéis? Maite, éste es Antonio; Califa, para los amigos.

—Ya nos conocemos —afirmó Antonio, besando a la mujer.

Era agradable tener amigos, recibir visitas en libertad.

Reparó en la mujer. Formaban una extraña pareja. El Nano era bajo de estatura, pero con una madurez muy superior a sus 22 años. Moreno, de aspecto aniñado, el pelo largo hasta los hombros. En su rostro huesudo y alargado destacaba un bigote claro y la cicatriz que dividía en dos su ceja izquierda. Vestía pantalones vaqueros y una cazadora azul. Colgada al hombro llevaba una bolsa de lona descolorida.

Maite era más alta que él y muy delgada. De rostro ancho, pómulos altos y ojos claros, luminosos. Al reír mostraba una dentadura ordenada y blanca. Era morena y llevaba el pelo corto. No usaba apenas maquillaje. El rasgo de sus labios era firme y casi varonil.

—Aún estás dormido —comentó Nano.

Antonio levantó la mano, con gesto impotente.

—Me he quedado frito en la piltra —dijo—. Pasad.

Cerró la puerta y les condujo al salón.

—Sentaos por ahí. Voy por las zapatillas.

—¿Puedes tú solo o necesitas ayuda? —le preguntó Blanca, riendo.

Antonio se volvió hacia el grupo.

—Vaya colocón, esta tarde —dijo—. Ciegos nos hemos puesto los dos. Eso te hace volar, te pone en órbita a la tercera calada. ¡Menudo ciego! Si no llamáis vosotros, aún estamos sobando.

Maica apareció en la puerta.

—Buenas tardes a todos, o noches, o lo que sean —dijo.

Vestía pantalones blancos y un suéter amarillo.

Saludó a todos. En el beso de Maite, notó una calidez insinuante. Era un beso lento, arrastrado, al tiempo que le oprimía los brazos de forma significativa. «Es superior a sus fuerzas; nunca ceja en sus empeños», pensó Maica, sonriendo. Se sentaron todos en el salón. Era una estancia espaciosa, con un amplio ventanal. En realidad, la vivienda consistía en una gran sala rectangular en la que convergían la puerta del dormitorio, los accesos a la cocina y cuarto de baño, así como dos habitaciones de reducidas dimensiones. En un ángulo del salón se hallaba un mueble-bar de estilo indefinido, bien surtido de bebidas. En el otro extremo estaba el televisor portátil sobre un pequeño mueble y el teléfono en forma de góndola, de color rojo.

En el centro, la mesa de nogal, alrededor de la que se apiñaban seis sillas de estilo isabelino. Pequeñas alfombras cubrían el suelo, en un mosaico de colores chillones. Junto a la pared opuesta al ventanal, dos sillones y un sofá de terciopelo verde.

—Sirve algo, Blanca, que tú ya conoces la casa —le indicó Antonio, frotándose la base del cuello—. Me he levantado con una tortícolis de elefante. Lo que son las cosas, no te das cuenta de que tienes cuello, hasta que te duele.

—Sí, señor —replicó Rafael—. ¿En qué curso lo aprendiste eso?

—Sin cachondeo, Huesos. Fíjate y verás como tengo razón. Si algo no funciona en la máquina y te duele, es cuando te das cuenta de las cosas que tenemos por dentro.

—Estás cantidad de listo, ¿no te joroba? —terció Maica—. Anda, ve y vístete.

Antonio salió, dándose masajes en la parte dolorida. Entró en el cuarto de baño y se lavó con agua fría. Mientras se secaba, se contempló en el espejo. Bien, las cosas ahora iban a marchar. Se hizo un guiño a sí mismo y se frotó la nariz. Verdaderamente, la tenía un poco grande, casi puntiaguda; pero quedaba disimulada por el resto de sus facciones alargadas. El pelo había que dejarlo crecer un poco más. Lo llevaba peinado hacia atrás porque desde siempre le había resultado más cómodo, a pesar de que dejara descubierto las pronunciadas entradas en el arranque del cabello. Si hubiera sido rubio, le molestaría no tener los ojos azules, pero era de tez muy pálida, de la que sobresalían las dos cejas, y espesas, formando concavidad sobre los ojos pardos.

Era más bien alto, de figura espigada. A los treinta años sentía como un adolescente. Se miró firmemente a los ojos. El rictus de seriedad, mientras se contemplaba, se convirtió en una sonrisa de complicidad con el espejo. Apoyó el dedo índice sobre el rostro que le mostraba el cristal y exclamó en voz alta:

—¡Esto empieza bien! ¡Fijo!

Se puso los vaqueros y una camisa oscura y salió.

Todos bebían whisky. Blanca le entregó un vaso.

—Como aperitivo, no está mal el whisky —opinó Nano—. Pero, ¿no tenemos nada mejor para celebrarlo?

Antonio se levantó, sin mirarle. Cuando regresó de la habitación traía una bola del tamaño de un huevo, de hachís, que dejó sobre la mesa.

—Si tienes navaja, corta tú mismo —le dijo.

El Nano obedeció, y con precisión troceó la pieza, disponiéndolo todo para preparar el porro.

—Sí, señor —comentó triunfal—. Buena mercancía.

El sonido estridente de una sirena se oyó, de pronto, apagándose poco a poco en la distancia, hasta confundirse con el ruido del tráfico.

—Los de la pasma, no le dejan a uno tranquilo —dijo Antonio.

—No son de la pasma, chico, que no te orientas —le corrigió Rafael, imitando con silbidos la nueva sirena policial.

Con el porro circulando de mano en mano ya, la conversación se tornó chispeante y los ojos adquirieron un brillo vidrioso.

—Pues a mí me está entrando una gazuza que no me lamo —dijo, de pronto, Blanca.

—Menuda tragaldabas estás hecha —le censuró Rafael.

—Maica, vamos a la cocina. —Blanca se incorporó y las dos mujeres le siguieron—. Hemos traído algo de embutido… Vino es lo que no traemos.

Cuando los hombres quedaron solos, Nano dijo:

—Mientras, nosotros podríamos liar otro petardo.

—Primero el negocio, tío —le atajó Rafael—. ¿Te mola? Cuando se termine lo serio, todo el cachondeo que quieras.

Nano accedió a regañadientes y se inclinó para coger del suelo su bolsa de lona.

—¿Cómo estás de costo? —le preguntó Antonio.

—Medio y medio —le respondió el Nano, mostrando dos tabletas prensadas de hachís, de un color pardo oscuro—. Sólo os puedo hacer un kilo. Está bien pesado. Tócalo, Califa, es goma. Os lo paso igual que lo he ligado yo.

—¿Y de polvos? —preguntó Rafael.

—Nada. Lo que se está moviendo ahora es muy chungo. Dentro de unos días tendré una onda buena. Antonio olfateó largamente las tabletas y aprobó con la cabeza. Rafael regateó, pertinaz, el precio, hasta lograr una pequeña ventaja. Los dos hombres le pagaron a Nano y depositaron la mercancía en el mueble-bar, tras las botellas.

—Luego lo recogeré —dijo Rafael—. Así es mejor, porque luego se arma la fiesta y nadie se acuerda de la cosa.

Nano ya estaba preparando otro cigarro. Las mujeres dispusieron rápidamente la mesa y todos acercaron las sillas.

El brindis de Rafael resultó especialmente jocoso y provocó las risas de todos.

—¡Estás pirao, Huesos! —comentó Maica—. Como metamos tanto jaleo nos la van a armar los vecinos.

—El que quiera tener una buena porcata, que llame a la puerta —le respondió Nano.

Tras la cena, la conversación se animó. Los hombres narraban, insaciables, un sinfín de anécdotas ocurridas durante su

permanencia en la prisión.

—Viéndoos tan alegres, nadie diría que se pasa tan mal en el talego —dijo Blanca.

—Si no fuera por esos ratos… —explicó Antonio—. Lo que pasa es que uno sólo se acuerda de lo bueno. Lo malo no hace falta que nos lo recuerden.

Rafael se levantó y se situó en el centro de la estancia. Se quitó la camisa y la arrojó a un rincón. Entonces se ciñó a la frente la correa de sus pantalones y adoptó una posición estática, sentado sobre sus piernas en el suelo. Los demás dejaron las sillas y tomaron asiento en los sillones.

—Ya está bien de humo —dijo Rafael, depositando el porro en el cenicero, sin apagarlo—. Ahora un poco de polvo.

Extrajo del bolsillo del pantalón un pequeño sobre confeccionado con un recorte de revista. Contenía heroína.

—El Huesos ya está lanzado —comentó Maica, levantándose. Fue al dormitorio y regresó con una jeringuilla, del tipo desechable. La mostró.

—No tenemos más que una chutona —dijo.

—¿Y para qué queremos más? —respondió Nano. Se pasó mano por la frente—. Me he puesto ciego de chocolate, pero me está haciendo falta un poco de caballo.

El hachís obraba sus efectos. Todos se sentían locuaces, deseosos de narrar experiencias y sentimientos. Se agrandaban determinados acontecimientos y se mentía descaradamente. Las conversaciones se cruzaban, se cortaban, volvían a nacer de cualquier frase inacabada.

Antonio estaba satisfecho. La vida debería ser siempre así, risas y felicidad, sin sombras amenazantes. Miró a las mujeres, que estaban pendientes de Rafa el Huesos. Reparó en Blanca. Sentada, la falda se le había deslizado hacia arriba. Sus piernas eran largas y esbeltas. Tenía un cuerpo perfecto. Levantó la mirada hasta su pecho espléndido. Era atractiva y ella lo sabía.

—El primer pico para las damas —ofreció Rafael con voz pesada, arrastrando las palabras.

Con el mechero estaba calentando la cucharilla para disolver en agua la heroína. Cuando apagó la llama, cogió una porción de filtro de cigarrillo, amasándolo hasta formar una bolita que depositó en el

líquido de la cuchara. Apoyó la aguja de la jeringuilla sobre el filtro preparado y suavemente fue elevando el émbolo de la misma hasta que se convirtió en receptor de la heroína licuada. De esta forma la inyección no contenía ninguna partícula perjudicial para la circulación sanguínea. Dirigiendo la aguja hacia arriba empujó delicadamente hacia la parte superior para desalojar el aire de la jeringuilla.

Se le pusieron ojos de avaricia al contemplar cómo unas gotas caían de la aguja a su mano. Rápidamente bajó la boca hasta los dedos y las sorbió.

Antonio le observaba, complacido. Eso era la libertad. A nadie tenían que obedecer y cada uno se comportaba como mejor le apetecía.

—¿Cómo está la calle? —preguntó—. ¿Se mueven buenos polvos?

—Hay una cosa muy mala, por ahí —respondió Rafael—. Últimamente, en Valencia está todo muy tieso —no desviaba la mirada de la jeringuilla—. Por menos de nada, te tangan.

Le entregó la jeringuilla a Maica. Esta la dejó sobre la mesa y trató de subirse la manga. El suéter que vestía era demasiado estrecho y encontraba mucha dificultad. Se puso en pie y se sacó la prenda por la cabeza. El blanco sujetador quedó al descubierto, aprisionando sus senos exuberantes… Buscó con la mirada a su alrededor y no encontrando lo que necesitaba, se desabrochó el sujetador.

Se sentía eufórica. Cogió el sujetador y lo utilizó como torniquete en el brazo izquierdo, sobre el codo. Bajó el brazo, dejándolo extendido junto al cuerpo, mientras abría y cerraba la mano hasta conseguir que las venas se marcaran con nitidez en la parte interior del brazo. Con la otra mano tomó la jeringuilla.

Acertó la vena al tercer intento. La sangre empujada por la marea artificial de la droga, golpeó su cerebro. Poco a poco le inundó una sensación placentera y se recostó, apoyadas las dos manos bajo la nuca. Permaneció quieta, extática, llena de paz, con la mirada fija en el techo y ajena a la conversación del grupo.

Blanca observaba los movimientos de Rafael, que ya había dispuesto la jeringuilla con una nueva dosis. Se subió la manga de

la camisa.

—¿Te chuto yo? —le preguntó Rafael.

—No. Me las arreglaré.

Encontró la vena al segundo pinchazo.

—Yo paso —dijo Maite, mirando a Rafael.

—Vale —respondió éste—. Tú te lo pierdes, pero no se obliga a nadie. Si quieres esnifártela… Por la nariz no es lo mismo, pero también vale.

—Dejadla —intervino Blanca—. Después, a lo mejor quiere.

Se inyectaron todos los demás.

Maica encendió un cigarrillo y se lo pasó encendido a Maite. La conversación se había remansado de forma placentera.

—Ven —le dijo Maica.

Ambas se levantaron y se encaminaron al dormitorio. Nadie prestó atención.

—¿Has probado alguna vez el caballo? —le preguntó Maica.

—No.

—¿Le tienes miedo?

—No me gusta esa historia. Es un mal rollo.

—Pues, ya ves, yo estoy en la gloria. Más a gusto, imposible. Pero no se obliga a nadie. Nosotros tenemos una norma: cada uno hace siempre lo que le da la gana. ¿Te mola?

Sorprendió a Maite mirándole fijamente los pechos.

—¿Te gustan? —le preguntó.

—Me gustas tú.

Maica le tomó las manos y las apoyó sobre sus senos desnudos.

—¿Lo ves? —dijo—. Estoy tan a gusto con el caballo, que no me importa. Si a ti te gusta, a mí también. Tú podrías ahora estar volando lo mismo que yo.

Maica se preguntó por qué se comportaba de aquella manera: ¿Qué le importaban los demás? ¿Por qué se preocupaba de una lesbiana? Allá cada uno. Maite era muy libre de hacer lo que quisiera. En el fondo, le daba pena que no gozara plenamente de la felicidad completa que le embargaba a ella.

Maite le estaba besando en la boca, primero tanteando y luego con toda la fuerza de la pasión largamente contenida. Maica le desabrochó la cremallera del vestido, que cayó a sus pies. Maite se

desprendió del sujetador, liberando sus senos más menudos y firmes.

—Espera, con un poco de caballo te pondrás en órbita —explicó Maica, saliendo.

Momentos después regresó a la habitación con la jeringuilla. Maite le observaba expectante, dispuesta a dejarse hacer. Sus ojos brillaban de deseo, fijos en los de Maica.

Con delicadeza, le preparó el brazo. Maite no miró mientras le inyectaba. De pronto, supo que la heroína estaba en su cuerpo. La sangre parecía desbordar las venas, acelerando las pulsaciones que rebotaban, como martillazos, en sus sienes. Algo en su cerebro estaba estallando en mil pedazos.

Sintió vértigo y náuseas. Pidió a Maica que le acompañara al servicio.

—Me encuentro fatal, Maica.

—No te asustes —le tranquilizó—. Eso ocurre las primeras veces.

Maica la sostuvo, mientras vomitaba.

—¿Estás mejor?

—No.

Un sudor frío perlaba su frente y estaba muy pálida.

—Acuéstate un poco —le indicó Maica—. Verás como enseguida estás bien.

Se dejó conducir. Maica se recostó a su lado, vigilándola pacientemente. Tenía los ojos cerrados y se había tranquilizado. Poco a poco, la sensación de ahogo desapareció, inundando todo su ser una quietud emotiva. Curiosamente, Maite descubrió que no sentía ninguna apetencia de tipo sexual. Estaba bien en aquella posición, sin pensar en nada, con la mente vagando por unos espacios difusos e inconcretos. Rafael, apoyado en el marco de la puerta entreabierta, las sorprendió. Llevaba una botella de whisky en la mano, de la que bebió un sorbo. Se estremeció, mientras se asomaba al salón, haciendo un gesto significativo a Nano, quien se levantó tambaleante. Rafael le guió hacia el dormitorio.

Las dos mujeres permanecían acostadas, la mirada dormida en el vacío y ausentes.

—Me lo haría con éstas… —farfulló Nano. Miraba a Rafael con ojos turbios.

—Que tú no estás ahora para nada —le respondió—. Con el ciego que llevas, ni eso ni nada, tío.

—Yo siempre estoy entero.

Nano dio un paso hacia la habitación, pero las piernas le fallaron y acabó sentado en el suelo. Había hecho auténticos equilibrios para evitar que la botella se rompiera. Una sonrisa torpe quedó flotando en sus labios.

—Vale, tío, a ver cómo te lo montas —le dijo Rafael, invitándole a entrar en la habitación.

Sus palabras quedaron vagando en el aire. Oía su propia voz de forma muy extraña. Se alejó con pasos indecisos.

Pensó en el sexo. Todos los seres humanos querían poseer un sello personal, una impronta que les distinguiera de los demás. Sin embargo, en lo relativo al sexo todos los hombres se igualaban, sin saberlo. Todos queriendo sobresalir como auténticos símbolos de virilidad. La mujer, además de una fuente de deseo, era la presa que debía ser cazada, sin miramientos. Ellas después lo agradecían.

El sexo. Un matiz en la vida, al que se le da una importancia desmedida. Lo sentía lejano, como un sonido de notas discordantes. En los últimos tiempos, pasaba de sexo. ¿Sería a causa de la heroína? Blanca se lo reprochaba constantemente. ¡Blanca! Era una mujer ávida de placer y no se recataba en afrentarle delante de quien fuera por su nula actividad sexual.

¿Cuánto tiempo ya sin hacerlo?

Admitió que más de tres meses. En el fondo de su ser, sintió lástima de sí mismo.

Vio a Blanca, junto a Antonio, en el sofá del salón. Apoyaba la cabeza en el hombro de él. Había bebido demasiado whisky también y se mantenía con los ojos abiertos por inercia.

Rafael sonrió. Blanca podía intentar desquitarse de él, buscando la virilidad de su amigo, pero Antonio no estaba en condiciones de responder. ¡Cuánto sexo desperdiciado!

—Estamos todos chungos —murmuró entre dientes, y se marchó en busca de un rincón donde descansar.

Blanca se incorporó.

—¿Dónde está la gente? —preguntó. Hacía esfuerzos por hilvanar sus propias palabras—. Se han perdido todos… Trae la

botella, que la noche va a ser larga.

Antonio le pasó el whisky y bebió. Encendieron un cigarrillo.

—Tú tienes estudios, ¿verdad? —le preguntó Antonio, de pronto.

—Estudié secretariado.

—Y eso, ¿para qué sirve?

—Para ser secretaria.

—¿Por qué lo dejaste?

—Un mal rollo, Califa. Ahora lo pienso y es como si hubiera saltado de un planeta a otro diferente. ¿Entiendes? Aquello era un mundo distinto. En aquel tiempo la ilusión de alcanzar las cosas te llenaba mucho más que ahora que las vas consiguiendo todas de golpe. ¿Sabes lo que te quiero decir? Yo creo que entonces soñaba, y ahora no.

Antonio movió la cabeza, aburrido.

—¿Tenías problemas en casa?

—Como todos, creo yo. Me enamoré de un menda, y me engañó. Y yo pensaba que era un hombre. Después de dejarme embarazada, supe que estaba casado. Yo tenía entonces diecisiete años.

Al remover los recuerdos un sentimiento dulce y cálido le envolvió.

—Normal —sentenció Antonio—. ¿Qué esperabas?

Blanca comprendió el gran abismo que la distanciaba de aquel hombre y de todos. Las palabras no podían expresar la totalidad de sus afectos y emociones íntimas. En realidad, tampoco parecían importarle a nadie. Por un instante, trató de imaginar qué pensaría Antonio mientras le abría su intimidad.

—¿Y el niño? —oyó que le preguntaba Antonio.

Se perdía en el camino de los recuerdos.

—¿Qué?

—El niño, si lo tuviste.

Una sonrisa agria se perfiló en sus labios.

—No. Aborté al poco de irme de casa. Perdí el niño de desgracia. El médico me explicó que yo era propensa a abortar; que la próxima vez debía guardar reposo si quería tener un niño. ¡La próxima vez! —Miró a Antonio con tristeza—. ¿No lo encuentras gracioso?

El hombre no respondió. Bebió directamente de la botella y se la

pasó a Blanca.

—¡Tierra para mi cuerpo, también! —exclamó ésta, bebiendo.

Rafael apareció en el umbral. Tenía el rostro fatigado y los ojos enrojecidos.

—¿De dónde sale el gárrulo este? —preguntó Blanca, indicando con un gesto al recién llegado.

—Sobando —respondió el aludido. Se dejó caer en un sillón, junto a ellos.

—Si ya lo decía yo —comentó Blanca—. ¿A quién piensas castigar tú? A nadie. Tú con el caballo tienes bastante. Si lo sabré yo, que tengo más tiros dados que la bandera de la legión.

A Rafael le llegaban las palabras distantes. Continuó en la misma posición, con las piernas estiradas, sin mover un solo músculo de la cara.

—Aquí hay marcha para rato aún —dijo Antonio, mostrando el cigarro que acababa de preparar.

Lo encendió y pasó de su mano a la de Blanca. Poco a poco el silencio se adueñó de la casa. Nadie tenía noción del tiempo.

La noche avanzaba con pesadez, sin huecos para la soledad. Los cuerpos, desangelados, se debatían entre el cansancio y el sopor. La apatía iba asomando a sus rostros abotargados. Las miradas, grotescas, luchaban contra la luz, desde sus ya profundas grutas.

Al fin, sólo quedó el ritmo acompasado de un despertador, en algún rincón de la casa.

2

Blanca acababa de descorrer las cortinas del balcón. Rafael asomó la cabeza entre las sábanas y se restregó bruscamente los ojos, golpeados por la luz que inundaba la habitación.

—¡Vaya manera de sobar! —exclamó Blanca—. ¿Te pongo algo de desayuno para después?

Rafael guardó silencio. Presentía que un humor agrio iba subiéndole por el cuerpo.

—No me gusta que andes desnuda por la casa —dijo.

—¿Has hecho voto de castidad?

—Mira, Blanca, no empecemos la mañana.

—Pues, cállate. Por mi casa voy como me da la gana.

Rafael se incorporó en la cama. Notaba el cuerpo dolorido. La mujer se alejó cerrando la puerta de la habitación tras de sí.

—No me des el día —le gritó Rafael—. Si me cabreas, de una leche te pongo los dientes por peineta.

Sabía que, si le había oído, no le iba a hacer caso. Se encogió de hombros y comenzó a vestirse. Luego salió al balcón. El sol cabalgaba ya a lomos del mediodía.

Desayunaron como siempre, café con leche y ensaimadas del día anterior. No era cosa de madrugar para comérselas recién hechas.

Rafael estaba de mejor humor. A la hora del desayuno ya había cumplido con su ritual de todas las mañanas: inyección de heroína, y a renglón seguido lavado de cara y afeitado. La limpieza de los dientes era algo arbitraria. Dependía del grado de pereza en cada

ocasión.

El zumbido del interfono interrumpió el silencio. Se miraron mutuamente. Blanca se levantó y cogió el auricular.

—¿Quién? —preguntó.

—Cartero —le respondió una voz impersonal, con desgana.

La mujer interrogó con la mirada a Rafael y éste elevó los hombros, asintiendo. Ella pulsó el botón que abría el portal.

—No hables —le indicó Rafael—. Pueden ser policías.

—¿Policías? ¿Por qué? No hemos hecho nada.

—Ya lo sé. Pero, por si acaso. Si llaman a esta puerta, no hables ni hagas ruido. —Rafael hablaba en un susurro—. Como sea la pasma, hay que tirar al wáter el caballo. Menos mal, que si fuera necesario, no nos queda mucho. —Blanca, por la mirilla de la puerta de entrada, observó la llegada del ascensor. En aquel momento salía una anciana satisfecha con su cesta de la compra.

—Tengo que salir a la calle, si queremos comer —explicó Blanca, al cabo de un rato.

—Vale.

Cuando, media hora más tarde, regresó Blanca, llevaba en la mano una carta a nombre de Rafael y con la dirección escrita a bolígrafo. No llevaba remite.

—Toma, es para ti —le dijo.

Rafael la abrió y buscó con la mirada la firma al final de la misma.

—Vaya, del Putero —comentó.

—¿Ricardo? ¿Es que ha salido?

—Qué va, qué va. Ese tiene talego para rato.

—Algo quiere pedir.

—Normal. Cuando se está adentro no tienes de nada.

Rafael empezó a leer en voz alta:

> «Hola, colega:
>
> »Huesos, dile a tu primo ese que tienes tan bueno que me consiga algo de veneno que esté bastante fuerte y no se note al mezclarlo con el café. Para enrollarme con la basca que hay aquí.
>
> »Cuando esté eso preparado me escribes y se lo

dices a mi hermana (que vendrá a verme) que me vas a lanzar un paquete para el día que lo tengas y también la hora.

»De señal mandas un papel de tebeo y tres pesetas.

»El otro día casi me lo hago, pero me hubiesen ligado y pasé.

»Bueno, para ti hay si te enrollas trescientos boniatos: hay una gente que se encargan de sacarme rápido. Ya te contaré.

»Pero aquí toda esta maraña tiene todo el arsenal que dispongo de mis colegas ya que se lo apalancan ellos y tienen demasiados colegas.»

—Quiere caballo —afirmó Blanca.

—Sí. Hay que ver cómo se lo monta, que siempre tiene caballo allí dentro. Y allí el caballo se paga más que el oro. Una papelina de talego, si la vendes, le sacas diez. Lo que quieras pedir.

—Pues debe de estar a dos velas —replicó Blanca.

—Si se lo chuta todo él, lo único que podrá vender serán los dientes.

Continuó la lectura:

«Bueno, si me mandas eso nos buscaremos la vida y podré tener dinero y salir. Si no ves a tu primo, ves a la casa y que te dé eso. Que a lo mejor si vas de pavo te lo quitan.

»Al Andrés le han metido cinco marrones y me toca esperar, pues si me dan la bola, se la tienen que dar a él también y de momento pasan.

»Si vas a echarme eso que te paguen por eso.

»Si no te dan nada, pasa.

»Si le vas a enseñar la carta, tacha esto. No le digas nada a nadie de esto. Tú mismo.

»El putero.»

—Dice que le van a dar la bola —comentó Rafael—. Ahí es nada. Ese no ve la libertad en un montón de años. Menuda historia

tiene. El Andrés llevaba el coche robado en el atraco, según dicen.

Y el Putero era uno de los que entraron a dar el palo en el banco. ¡Lo tiene claro!

Blanca se levantó y empezó a retirar el desayuno de la mesa.

Rafael permaneció sentado largo tiempo, con la mente en penumbra. La heroína le había dejado relajado. De los diversos rincones de la casa le llegaban, lejanos, los pequeños ruidos de la rutina familiar.

Le gustaba sentir esa somnolencia, despierto, con el cuerpo apaciguado, mientras ella llenaba con su presencia toda la vivienda.

El salón era pequeño, pero se sentía a gusto. Era su cobijo. Habían alquilado el piso hacía unos meses y el mobiliario de que constaba —una mesa, seis sillas y un aparador— era más que suficiente. Los dos sillones los habían comprado ellos: con orejas y de terciopelo azul, como había querido Blanca.

La mujer regresó junto a él. Vestía sus vaqueros ceñidos y descoloridos.

—Vaya con el prenda ese —dijo.

—¿Quién? ¿Ricardo el Putero?

—Sí. ¿Pues no se las da de chanar de leyes?

—En el talego se chana de lo que haga falta. —Rafael la miró de soslayo y añadió—: Con la basca que hay allí dentro, como te duermas, vas dado. Yo lo he pasado muy mal, pero mal de morirse. ¡Me cago en los muertos del que inventó el talego!

—Cuando el palo al banco, en el asunto del Putero, ¿no se cargaron a un tío?

—Sí, a un desgraciado del banco. Y es que hoy todos van por lo grande. Y son niñatos de mierda, que se cagan con el estornudo de un enano. Un palo se da bien, o no se da. El Putero está todo p'allá, pirado del todo.

—Será todo lo gárrulo que tú quieras, pero ha quitado a un tío de en medio. Y eso es distinto. Matar ya es otra cosa. Yo paso de eso, pero al que se carga a otro yo lo ponía a criar malvas.

—Depende de cómo se mire —objetó Rafael—. Ten en cuenta que él…

—Se mire como se mire. Pon que se cargan a tu padre. ¡A ver! ¿Quieres decirme si te andarías con historias? ¡Pues, entonces!

—¿Sabes qué te digo? Que yo no chano de leyes y paso de ese rollo.

Después de unos instantes, Blanca le preguntó:

—¿Vas a llevarle el caballo a la cárcel?

—Sí. Ya buscaré la mercancía y alguien que haga el trabajo —respondió. Rafael sabía que lo haría él mismo.

Valencia se había convertido en un cachorro incontenible. Primero habían sido sólo zarpazos a la huerta que le circundaba, hasta llegar a la situación actual. Ahora la vorágine era total, desmedida.

Las moles de hormigón se izaban, altaneras, absorbiendo sembrados, regadíos y naranjales. De la primitiva ciudad apenas quedaban, como vigías asombrados, las Torres de Quart y de Serranos que en su día constituyeron las puertas de la ciudad. Una posada, La Luna, albergaría a los rezagados que no podrían hacer noche dentro de las murallas. La Luna de Valencia.

Rafael salió de casa, cuando el sol ya se curvaba en el horizonte. Frente al edificio un inmenso campo, verde de hortalizas, sucumbía ante la voracidad de las máquinas del asfalto. Eran las obras de expansión de la ciudad, que prolongaba la avenida Paseo Valencia al Mar.

La mañana olía a tierra húmeda. Decidió ir caminando hasta las facultades. Allí tomaría un taxi que le llevase hasta la Plaza Redonda.

No le fue difícil encontrar a Sandra, la hermana de Ricardo el Putero. Se ganaba la vida por lo legal, en los mercadillos, en la venta ambulante de figuritas de cerámica.

Morena, de ojos rasgados, era una mujer joven, de belleza dramática. La encontró regateando con una señora obesa, con porte de gran dignidad, que empleaba toda su dialéctica en lograr un descuento por la compra de una porcelana minúscula de poco precio.

Sandra despachó a la mujer, y dedicó una sonrisa a Rafael. Éste le explicó el contenido de la carta de su hermano. Le había conseguido lo que pedía, algo de heroína y de hachís; que no había problemas para pasárselo al patio de la prisión. Ella iba a verle el

domingo, así que el lunes por la tarde, las cinco podía ser buena hora, se lo tiraría. Hablaron de dinero.

—Son muchos talegos los que pides por la mercancía —dijo Sandra—. El negocio no da para tanto.

—Lo dejo a precio de coste —respondió Rafael—. Tampoco cobro nada por el riesgo de hacerlo.

—Erais amigos, ¿no?

—Por eso. Pero el caballo y el chocolate valen una pasta. Si no me soltáis los talegos, no hay mercancía.

Sandra ofreció su cerámica, en voz alta, a dos mujeres que curioseaban el género expuesto en el suelo, sobre unas mantas. Estas la miraron, con gesto agradecido, y se alejaron.

—Tendrás el dinero —le dijo.

—Entonces dile a tu hermano que el lunes por la tarde se lo meteré.

Ya en la despedida, Sandra le miró fijamente. Salió de su pequeño recinto de puntillas, para evitar pisar las piezas expuestas, y se acercó a Rafael.

—¿Sabes lo que estaba pensando? —le preguntó.

Rafael guardó silencio.

—Hay otra forma de pagarte —le insinuó a media voz.

—¿Qué forma? —quiso saber Rafael.

Un destello vivaz en los ojos de la mujer, le obligó a ponerse a la defensiva.

—¿No lo adivinas? —insistió Sandra.

—¿De qué forma?

—En carne.

Un tiempo atrás, cuando no estaba enganchado con el caballo, pensó, no hubiesen sido necesarias tantas palabras. Esa era una presa fácil, aunque ella se viera a sí misma como vencedora.

Ahora no sentía lo mismo. La mujer siempre era mujer. Le gustaban como al primero, pero el caballo era el caballo. Para montárselo con una, necesitaba entonarse con un chute. Y después del pico, ya le sobraba la mujer…

Se imaginó la reacción de Blanca frente a Sandra, si conociera la conversación: le arrancaría los pelos de la cabeza, uno a uno.

Y después vendría la segunda parte, ya en privado, él y ella. Le

echaría en cara su impotencia sexual. Ella no estaba enganchada. Le daba bien a la priba, pero a menudo se le ponía el cuerpo guerrero. Siempre estaba dispuesta.

—Mira, Sandra, voy de hombre, pero el material es el material. Si no hay pasta, no hay negocio.

Ella esgrimió una sonrisa cómica, mientras Rafael se alejaba, sintiendo los ojos de ella en su espalda, atravesándole con veneno. A cierta distancia se volvió a mirar a Sandra. «La tía se ha creído que me va a ligar la mercancía por la cara; me deja sin güil y sin polvos…», pensó.

Caminó largo rato por las calles, sin ninguna finalidad concreta. No había ambiente a aquella hora. Sin embargo, una extraña sensación de seguridad le impelía a seguir transitando por aquellas callejas antiguas del casco viejo.

Las palabras de Sandra le aguijoneaban en la mente. Se sentía herido en su virilidad y a pesar de todo, era cierto. No es que fuera impotente, pero llevaba ya muchos meses sin que necesitara hacer el amor. La única brújula que orientaba sus pasos, era la heroína. Había pensado muchas veces en dejarlo, o al menos, en rebajar la dosis. Pero era incapaz. Contrariamente a su deseo, a medida que transcurrían los días, era mayor la cantidad de caballo que necesitaba.

Tenía que poner fin a esta situación. Pero siempre encontraba un pretexto para aplazar el inicio de esa terapéutica. Estaba seguro, en cambio, de que un día tendría fuerza de voluntad para cortar con los picos. Por el momento, aguantaba bien. Estaba enganchado, pero no era grave.

«Tiene gracia. Empieza uno a chutarse, para ponerse a gusto. Al principio coges unos ciegos de miedo; el caballo te entona. Luego pasa el tiempo, y cuando te vienes a dar cuenta, ya estás colgado. Ya no lo dejas. Te pones un pico, y otro y otro. No tratas de ponerte a gusto. Lo que pretendes es darle un buen trote al cuerpo, para que aguante. Con la chutona estás normal, como todo el mundo. Sin la chutona, te sientes morir…»

A primeras horas de la tarde del lunes siguiente, Rafael se dirigió a

la periferia de la ciudad, al edificio de la prisión.

Era una estructura pétrea, de muros altos y formando un rectángulo, en cuyos extremos destacaban las garitas de los guardias. Un monstruo cuadrado con cuatro inmensos ojos. Rafael sabía, por experiencia, que había muchos más ojos vigilando a los internos.

Junto a la puerta principal de la fachada, otra garita con más guardias armados, que custodiaban el último control de salida del edificio y comprobaban la personalidad de los visitantes. En el frontis de la puerta leyó la inscripción «Centro Penitenciario de Detención de Hombres». Pasó de largo, distanciándose de la edificación. Aquel lugar le deprimía.

A las cinco de la tarde había tomado posición en el lugar fijado, paseando por la acera del gran muro posterior. Llevaba una revista bajo el brazo, simulando esperar el paso de algún taxi.

Una pelota de tenis cayó, como por azar, cerca de donde se hallaba. El Putero había sido puntual. Rafael se inclinó a recogerla. Levantó la cabeza, aún en cuclillas, y revisó las dos garitas de los extremos del muro. Nadie parecía haber notado la salida de la pelota del patio de la prisión. Rápidamente se irguió, extrayendo del bolsillo de su cazadora otra pelota similar, que arrojó al interior del edificio.

Entonces se alejó del lugar. Tuvo que imponer su voluntad sobre sus piernas que pugnaban por emprender una carrera alocada. La sangre le hormigueaba en el cuerpo.

Había cumplido con el Putero. En la pelota de tenis le mandaba veinticinco papelinas de caballo, treinta gramos de chocolate, mal pesado —eso, sí—, y cinco dosis de ácido.

Ricardo tenía para ganarse la vida durante un tiempo. Por lo demás, él le había escamoteado una buena porción de polvos a Sandra. Los amigos son los amigos, pero el negocio es el negocio.

3

La Pantera era un pequeño bar de alterne, situado en una calleja estrecha, en el mismo corazón de la ciudad. El local estaba decorado con cierto aire barroco, transportando a los clientes a una dorada edad de ensueño y romanticismo. El ambiente era selecto.

Blanca y Maica, desde hacía escasamente un mes, trabajaban allí, desde primeras horas de la tarde hasta la hora de cierre, entrada la madrugada. Esclavas de la conversación y ninfas de cara siempre lasciva, se desenvolvían con soltura, permaneciendo la mayor parte del tiempo juntas. Dominaban los mimos y la simulación placentera. Al final de la jornada siempre tenían en su haber una buena suma. Cuando alguna vez un cliente exigía la presencia de dos mujeres capaces de emular un ferviente amor lesbiano, ambas se prestaban de buen grado. En esas ocasiones aplicaban una tarifa mucho mayor.

La Feria de Muestras estaba en su apogeo. El bullicioso parloteo de los clientes y el denso humo de los cigarrillos presagiaba ya la hora de cierre.

—Vamos arriba, a ver si se está más tranquilo —dijo Maica.

Blanca obedeció y subieron al altillo, donde había un pequeño bar. Se acercaron al mostrador.

—Dame un poco de whisky, Julio —pidió Blanca al camarero.

—¿Te pongo algo a ti? —preguntó aquél a Maica.

—Sí, dame otro poco —respondió.

El hombre les sirvió afablemente, con su sonrisa de lobezno

siempre en los labios. Dispuso los dos vasos delante de las mujeres. Julio se mostraba siempre distante. Estaba curtido en el trato con ellas. No era fácil engañarle, ni él abrigaba ilusiones respecto a ninguna de ellas en aquel trabajo. Todas tenían su hombre y no eran precisamente enamoradizas.

Maica observó con pereza a los dos hombres que acababan de subir y que se estaban situando junto a su amiga. Uno de ellos, con voz segura, pidió al camarero un whisky con agua y un vaso de leche natural.

Julio pidió disculpas y entró en el almacén contiguo. Cuando regresó llevaba una botella de leche en la mano. El cliente agradeció con una leve inclinación de cabeza y le pasó el vaso de leche a su amigo.

—¿Desea alguna cosa más? —preguntó de ritual Julio.

—Gracias, nada —respondió el aludido. Tenía acento extranjero.

Se volvió hacia Blanca y le sonrió. Esta observó que aún llevaba puesta su gabardina, de corte impecable. Debía de estar frisando los cuarenta. Mentalmente le asignó la profesión de ejecutivo de una empresa extranjera.

—¿Qué le pasa a tu amigo que pide leche? —le preguntó Blanca, sondeando el terreno.

—¿La leche? —respondió aquél—. ¡Ah, sí, le gusta!

—Es que aquí no pide leche nadie.

—El hace según su costumbre.

Hablaba el español con suavidad, y por su voz gutural, no parecía europeo.

—¿Está enfermo? —terció Maica.

—No, nada de eso. Le da vigor.

El hombre rió maliciosamente. Las dos mujeres intercambiaron una rápida mirada.

—Oye, tu amigo es muy callado —comentó Blanca.

—No conoce bien el idioma.

El aludido observó detenidamente a las dos mujeres y sonrió complacido. Maica le aguantó la mirada. Su tez cetrina enmarcaba unos ojos profundos y penetrantes. Lucía un espeso bigote negro y su cabello profundamente oscuro, cuidado con esmero, le confería un aspecto de hombre absoluto y acostumbrado a mandar. Próximo

a los cincuenta años, vestía un traje claro, de confección exquisita, del que destacaba una corbata roja sobre el fondo de la camisa azul.

Los dos hombres intercambiaron varias frases.

—¿Qué dice tu amigo? —preguntó Maica.

—Está satisfecho. Bebed lo que queráis, os invita a todos.

—Gracias, cielo —respondió Blanca—. ¿Cómo te llamas?

—A él le podéis llamar Abdul. Yo soy Quetara.

Se estrecharon las manos.

—¿De dónde sois? —preguntó Maica.

—Él es jeque. Somos árabes. Dice algunas palabras en español. Él me ha dicho que os desea a las dos; que le gustaría teneros toda la noche.

Blanca olfateaba el dinero. Una cascada de luces restalló en su cerebro, alerta al menor gesto de los árabes. Tomó del brazo a Quetara.

—Toda la noche no es lo mismo —le dijo—. Va a ser más complicado.

—¿Por qué?

—Bueno, es distinto.

—¿Dinero? —preguntó el hombre.

—Sí. Y además no os conocemos.

El árabe se volvió a su amigo. Tras un breve diálogo, se dirigió a Blanca.

—¿Cómo te llamas? —preguntó.

—Yo, Blanca. Mi amiga, es Maica.

El hombre dejó sobre la mesa un fajo de billetes. Eran dólares americanos.

—Hay medio millón de pesetas en dólares —explicó—. Son para vosotras y dos mujeres más. El jeque quiere cuatro mujeres con él toda la noche. Sin descanso. En la suite de su hotel, el Palace. La comida y la bebida corren a cuenta de él. No faltará nada.

Las mujeres se miraron sobresaltadas. El árabe hablaba en serio y parecía dispuesto a gastar su dinero.

—Julio, danos de beber —pidió Blanca. De pronto, estaba sedienta.

Conversaron durante un tiempo de temas intrascendentes. En un momento dado, los dos hombres hicieron un breve aparte.

—El jeque espera —dijo Quetara—. Faltan dos mujeres.

—De acuerdo. Nosotras lo arreglaremos.

—Violeta y su amiga, pueden dar buen juego —opinó Maica, interrogando con la mirada a Blanca.

—Sí —respondió. Y dirigiéndose a los hombres, añadió—: Ahora volvemos. Están abajo. En cinco minutos lo tenemos claro.

Cuando descendían las escaleras, Maica sonrió a su amiga. Tenía la voz alegre y los ojos brillantes.

—No es feo —dijo.

—Ni guapo tampoco.

—Pero, ¿tiene un algo, verdad?

—Sí, rica; tiene un pastón que es demasiado.

—Qué tío más pirao. ¿Cómo pueden ligar tanta pasta?

Momentos después, volvían junto a los árabes, acompañadas de Violeta y Merche. El jeque estudió el rostro y las curvas de las mujeres. Sus facciones no se alteraron. Lo mismo podía haber estado examinando sus caballos. Finalmente, movió la cabeza afirmativamente.

Entonces, Susi penetró en el local, y besó efusivamente a Julio, iniciando los dos una conversación amigable. El jeque contempló a la mujer que acababa de llegar. Susi se dio cuenta de que era objeto de la curiosidad del hombre, pero hizo caso omiso del desconocido.

Quetara daba las últimas instrucciones.

—La fiesta durará toda la noche, hasta que el jeque diga basta. Dispondrán de comida y bebida. Nunca champán ni whisky para el jeque. Sólo leche. Las cuatro siempre atentas al jeque. ¿Está claro?

Cuando Quetara terminó su rápida explicación, Susi ya había captado el significado de sus palabras. El dinero estaba aún sobre el mostrador.

—¿Ella? —preguntó el jeque al camarero, los ojos fijos en Susi.

—No. Ella no trabaja en esto.

El jeque frunció el ceño, desairado.

—¿No es señorita de la casa? —preguntó Quetara a Julio.

—No. Ella es amiga. Pero no trabaja en esto. No entiende nada de estas cosas.

Susi intervino con arrogancia:

—Lo que esas mujeres te hagan en una noche, te lo hago yo sola

—miraba al jeque con gesto altanero—. Me sobro y me basto para dejarte listo en una noche.

El jeque la miró con detenimiento, tras escuchar la traducción de su hombre de confianza. Era una mujer esbelta. Estaba próxima a los treinta años y lucía con orgullo su condición de mujer. La apariencia de sus ojos fríos no ocultaba la voluptuosidad de un carácter vivaz y apasionado. Envolvía su persona un aura de elegancia, que acentuaba el vestido oscuro, cuyo generoso escote dejaba al descubierto dos senos insinuantes. Le gustó el temperamento de aquella mujer.

Julio, el camarero, observaba atónito la escena.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Quetara.

—Susi —respondió.

—Susi, te presento al jeque Abdul.

El hombre hacía una leve reverencia cada vez que nombraba a su jeque. Susi simuló ignorar la mano, presta al saludo, del árabe, y le besó con mimo en las mejillas.

Los dos hombres hablaron de nuevo entre sí, en su propio idioma, afirmando con la cabeza, sonrientes.

—Susi —dijo Quetara—, cuando quieras… Nos vamos. El jeque acepta el reto y está impaciente.

—Yo estoy lista —respondió, besando apresuradamente a Julio y saliendo del mostrador.

—Gracias, señoritas —se disculpó Quetara—. Buenas noches.

Quetara pagó la cuenta y dejó varios billetes para las mujeres. Escoltada por los dos árabes, Susi salió del local.

El grupo de mujeres permaneció en silencio. Aturdidas por la sorpresa, habían quedado sin habla.

Blanca fue la primera en reaccionar.

—¡Putón desorejado! —gritó mirando hacia la escalera.

—Y no es profesional, ¿verdad, Julio? —intervino Maica—. Esa tiene más tiros pegados que un legionario.

—Lo que ha hecho esa guarra, no quedará así. Cuando me la eche a la cara, de la primera le voy a romper todos los piños. Le tengo que poner toda la piñá por peineta.

—A ésa la voy a poner yo cavilando…

Las lenguas afiladas de las mujeres escupieron toda la ira

contenida. El salón se llenó de maldiciones y de amenazas. Julio no hizo ningún comentario.

Maica y Blanca se marcharon, excitadas y temblando aún de rabia.

—Se ha creído esa cerda que nosotras comemos sopas de pino —murmuraba aún Blanca.

Maica se detuvo en mitad de la calle. Juntó ambas manos, los dedos índices extendidos, y los acercó a sus labios.

—La rajaré —murmuró.

El restaurante estaba atestado. En una mesa próxima, tres hombres cenaban en conversación animada, mirando constantemente a las dos mujeres solitarias. Maica apenas había probado la cena. Blanca, en cambio, daba cuenta de un chuletón de ternera a la brasa. Pidieron tarta helada de postre y café irlandés.

—Lo tienen claro si van de ligue —comentó Blanca, mirando despectivamente a la mesa de al lado.

—De ligue o lo que sea. Fíjate qué ojos pone aquél. Parece que no haya estado con una mujer en su vida. Cuando miran así, me dan asco.

Maica cambió de silla, volviendo la espalda a los tres hombres.

—Pueden ser buenos clientes —aventuró Blanca.

—Con el rollo que se marcan…

Julio, el camarero de La Pantera, entraba en el local en aquel momento. Buscó con la mirada una mesa disponible, y cuando divisó a las mujeres se acercó a ellas.

—¿Os importa? —dijo sentándose.

Los hombres de la mesa contigua observaron detenidamente al recién llegado. Blanca captó el gesto de contrariedad y les sonrió con descaro.

—¿Qué te pasa que estás tan serio? —preguntó Maica a Julio—. Parece que te hayas tragado un sable.

—Nada. Cosas del trabajo.

—Pues que no te quiten las ganas de cenar. Fíjate en Blanca. Tiene siempre un montón de historias, pero come como una lima. Y bebe. Yo pienso que come para poder beber.

Blanca ignoró a su amiga y se dirigió a Julio:

—Por cierto, ¿qué has sabido de tu amiga, la virgencita vergonzosa?

—Que es imbécil. Eso por decir algo suave.

Las dos mujeres cambiaron una mirada de inteligencia. ¿Qué relación habría entre Julio y Susi?

—¿Cómo le fue con el moro del petróleo? —quiso saber Maica.

—Ya os lo he dicho. Es idiota y viciosa.

Blanca pensó si Julio, tan calladito él, le estaría tocando la pasta a Susi.

—Pero se llevaría un mogollón de dinero.

Habían transcurrido tres días y no la habían vuelto a ver. Podía ser cierto que no trabajara en ninguna cafetería, pero estaban convencidas de que era del oficio.

—Sólo cobró cien dólares —se lamentó Julio.

—Ja, ja.

—Blanca, puede ser que el tipo la largara por demasiado virgen —ironizó Maica.

—En serio. Cobró sólo cien dólares y para coger un taxi. Estuvo toda la noche con el tío. La he visto hoy y me lo ha contado. Se pasó una noche de juerga bestial y dice que la gozó. Que no le quiso cobrar porque le había gustado la marcha. ¡Cien dólares!

—Algo más le habrá sacado —aventuró Maica.

—No lo sé. Pero como la conozco, me creo lo de los cien dólares.

—Muchos mocos me parece a mí que se pone la tía.

Julio movió la cabeza.

—No la he entendido nunca —dijo. Levantó el pulgar derecho, señalando a las dos mujeres—: No es más tonta, porque no se entrena.

—O demasiado lista —sentenció Blanca.

4

Antonio se sorprendió a sí mismo observando a Maica. Llevaba puesto un vestido de calle, e iba maquillada con elegancia. Se lo había dicho muchas veces: «no necesitas tantos polvos, con la cara que tienes». Llevaba el pelo corto, teñido de rubio, con él contrastaban las pestañas y las cejas de un negro intenso. Los labios, sensuales y carnosos, casi eran provocativos. La encontraba ligeramente más delgada. Pero su busto no había perdido nada de su esplendor. Viéndola sentada, sus largas piernas le conferían una figura más estilizada.

Se acababan de inyectar los dos.

Sobre la mesa, junto a ellos, aún permanecía la cucharilla con un filtro de cigarrillo emboquillado y una papelina vacía, fiel custodia de la heroína. La jeringuilla aún conservaba algunas gotas de sangre en su interior; sangre succionada del torrente sanguíneo y devuelta a su cauce, en bombeos interminables. Aquel ritual de bombear la sangre, además de impedir que parte de la heroína quedara bloqueada dentro de la jeringuilla, desencadenaba en sus cuerpos una serie de estímulos irrefrenables.

Maica sirvió dos tazas de café y se sentó cómodamente en el sofá. El sonido sordo del brazo del tocadiscos al volver a su posición de paro les hizo girar la cabeza. Se había terminado el disco; pero no se movieron. Sentados, frente a frente, permanecieron callados largo tiempo. El silencio parecía llenar de ruidos los rincones de la casa. Eran las tres de la madrugada.

Antonio encendió un nuevo porro. Maica le miró con recelo.

—Fumas mucho, Califa —le dijo.

—Qué va, qué va.

—Es tu problema, pero te estás pasando.

—¿Y qué?

—Que fumas más que un dios cabreado. Pero, nada, si te gusta haces bien. Lo único importante es que se pueda hacer siempre lo que a uno le dé la gana.

—Exacto. Como si uno se quiere fumar todo Ketama.

—Yo es que no puedo fumar tan seguido; me da la tos.

—El porro no hace nada. Te lo digo yo. Lo único, saber parar a tiempo. Si no, coges un tablón que no te aguantas. Pero fíjate, si uno se muere de caballo o de anfetas, o de lo que le dé la gana, se muere a gusto y porque ha querido. Ha sido feliz a su manera. No sé por qué no le tienen que dejar en paz.

—Porque a los carrozas les gusta comernos el coco de mala manera. ¿Y sabes por qué? Porque no pueden hacer como nosotros. Nos critican por cosas que ellos ya no pueden hacer. —Maica se acomodó un cojín bajo la nuca—. Por cierto, si supieras que con el chute te va a quedar un año sólo de vida, ¿seguirías con el caballo?

—Yo sí. Prefiero vivir un año a gusto y colocado, que un porrón de años haciendo el gili.

—Yo no sé lo que haría… ¿Tú serías capaz de dejarlo en seco?

—No lo sé, ni me preocupa. Me chuto porque me hace falta y en paz.

Maica guardó silencio unos instantes.

—¿Qué te pasa ahora? —preguntó Antonio.

—Que a mí me gustaría poder dejarlo. Como esa gente de Francia o de Beniganim.

—Pues no te chutes.

—No puedo, y tú tampoco, aunque quieras. Necesito por lo menos cinco chutes diarios. Si no, me pongo a morir.

A Maica le obsesionaba su dependencia de la droga, de la heroína. Había siempre, al cabo del día, una hora turbia, en la que invariablemente la conciencia le martilleaba sin piedad. Un gotear irritante que le impedía dejarse arrastrar por las suaves veredas del sueño artificial de la droga.

Siempre había admirado a las personas con fuerza de voluntad, con temple para decir no. Personas de tenacidad férrea que eran capaces de negarse aquello que más deseaban, si suponía un obstáculo en su camino. Fuerza de voluntad. Ideales…

—¿Y qué me dices de Dios? —le preguntó Maica, de pronto.

Antonio la miró, con el ceño fruncido.

—Sí, Dios —repitió ella—. ¿Sabes que a veces pienso en esas cosas?

—Bueno, porque antes eras una niña bien, ¿y qué?

—Pues eso. Que pienso. Y no lo tengo claro, pero nada claro.

—Como te vayas comiendo el tarro así, vas dada.

—A veces me da la vena, que es demasiado. Pero, fíjate, a lo mejor eso no es comerse el coco. Son cosas de la vida. Tú también lo pensarás a veces. Por ejemplo, si ahora te mueres, ¿qué pasa?

—Nos ha jodido. Pues te ponen un pijama de madera y al otro barrio.

—Y después, ¿qué? —insistió Maica.

—Después, mierda.

Antonio se levantó con muestras visibles de desagrado.

—Tú lo que necesitas es una recalada.

—No, estoy muy a gusto —respondió ella—. Mira, no es que vaya de estrecha, que yo trago con lo que sea. Pero pensar en morirme me da pánico. Y pienso mucho. Fíjate en una cosa. Hay mucha gente que cree en todas las historias de los curas. Serán todo lo gárrulos que quieras, pero en este pajolero mundo hay mucha gente, pero mucha gente, que cree en esas historias. Y lo que te digo: porque eso de que la palmes, y se acabó y ya no haya nada… No sé.

—Bueno, tía. No me mola. Paso de esos rollos.

Maica cogió el porro que le tendía Antonio y se lo llevó a los labios. Con ambas manos formó una concavidad junto a la boca y se llenó los pulmones del humo de la droga.

—Es bueno —comentó, tras expulsar el humo.

Le pasó el cigarro nuevamente a Antonio.

—Con esto de verdad, sí que te puedes morir —dijo.

5

La joven auxiliar de farmacia en aquellos momentos mantenía una agradable conversación telefónica en la trastienda del local. Cuando oyó el sonido de la campanilla de la puerta, volvió la cabeza con gesto airado. Faltaba media hora para finalizar la jornada.

Tropezando con sus propias palabras, puso fin al diálogo, colgando el auricular. Salió al mostrador.

Inquieto y con patente nerviosismo, el joven le miraba sin decir palabra. Su rostro huesudo y alargado, quedaba enmarcado por una cabellera espesa que le caía hasta los hombros. El bigote claro le confería un rasgo peculiar a su cara barbilampiña. Vestía pantalones y cazadora vaqueros. Estaría rondando los veinticinco años.

—¿Qué desea? —le preguntó.

Sentía en lo más profundo la dentellada del miedo.

El desconocido pareció titubear. Se introdujo una mano en el bolsillo del pantalón y la sacó vacía.

—Deme una jeringuilla —exigió.

Por un momento, la joven pensó que el individuo —drogadicto a todas luces— quizá no tuviera dinero para pagarle. Así, que era eso. Se tranquilizó.

Le volvió la espalda y abrió un cajón inferior de la estantería.

Entonces ocurrió: iba a preguntarle si la deseaba del tipo intramuscular, cuando vio aquel objeto negro en su mano.

El desconocido había penetrado en el interior del mostrador y la estaba apuntando directamente al pecho. Era una pistola. La mano

que la empuñaba temblaba de forma ostensible. La obligó a pasar, delante de él, a la trastienda.

—No te pongas nerviosa y dame lo que tengas de morfina.

Por un instante pensó que aquel desarrapado era capaz de disparar. Estaba muy nervioso e inquieto, mirando alternativamente al exterior y a ella. Verificó un repaso mental de las existencias. No había morfina. El miedo hizo que se tambaleara.

—Saca la morfina, repitió aquél imperativo.

No podía hablar. Un intenso pavor se le anudaba en la garganta.

—No tenemos —dijo, al fin, con mirada implorante.

El joven reaccionó con violencia. La agarró por la pechera y la zarandeó.

—Pentazocina, Dolantina, Tilitrate… ¡Date prisa!

El cañón del arma presionó su espalda y la obligó a caminar. Seguida por el desconocido, se dirigió al fondo de la habitación. Con la mano levantada le indicó el estante en que se hallaban algunos fármacos de los exigidos. Con agilidad el joven vació de contenido una bolsa que se hallaba sobre el escritorio, en el centro de la estancia, y se la entregó.

—¡Ponlo todo ahí! —le exigió.

Ella obedeció, depositando en la bolsa diversas cajas de ampollas y de comprimidos. La miraba con fijeza a los ojos, cuando le arrebató la bolsa. Se guardó la pistola en la cintura, bajo la cazadora y se encaminó hacia el exterior, olvidándose de la chica que permanecía en el rincón.

A mitad de camino, se detuvo. Volvió sobre sus pasos y examinó la mesa escritorio repleta de recetas médicas y de muestras de diversos laboratorios. Abrió dos cajones del lado derecho, al azar. No encontró nada de valor.

—No berrees nada a la pasma hasta dentro de media hora —le gritó ya desde la puerta de la trastienda.

Cuando oyó la campanilla de la puerta, al cerrarse ésta, la joven estalló en sollozos. Un llanto desconsolado, que poco a poco se fue apaciguando.

Titubeante, salió al exterior. Temía salir a la calle y encontrarle de nuevo allí, apuntándole con aquella pistola. Pero no vio nada extraño, ningún rastro del atracador. Aspiró profundamente.

Encontraba seguridad en la calle, donde el anónimo devenir de gentes y de tráfico, era una excelente compañía.

Regresó al interior.

Aún no sabía las palabras que tenía que emplear, pero descolgó el teléfono. Marcó el número de la Policía.

En el desorden de papeles de su mesa, el comisario Crespo encontró sin dificultad lo que buscaba. Era un informe similar de un robo con intimidación, con pistola, en otra farmacia. Había ocurrido la semana anterior.

El texto era conciso y las señas personales del autor coincidían plenamente. Era el mismo individuo, sin ninguna duda. Pensó en varios sospechosos, cuyas fotografías de filiación sacó del fichero de heroinómanos y las guardó en un sobre.

Con todo, no estaba satisfecho. Un nombre que no lograba asociar a un rostro. Finalmente, recordó el apodo «el Nano». Buscó en el fichero de apodos: había varios con el mismo alias. Separó la fotografía del que le interesaba: Vicente Puig Olivos. La guardó en el sobre.

El comisario era un hombre de memoria prodigiosa. Reunía todos los elementos que pueden configurar la persona del policía: vivo de reflejos, mordaz y afable a un tiempo; calculador, decidido y entregado plenamente a su profesión. Rondaba los cuarenta y cinco años, edad en que la experiencia personal ya era buena consejera, cuando se llevaban dieciocho en el Cuerpo.

Acompañado por uno de sus hombres, subió al coche policial y se dirigieron a la farmacia de la calle Héctor Quiroga. Se detuvieron frente al número ciento veinte, estudiando la ubicación del local. Reunía condiciones óptimas para la perpetración de un atraco: escasez de tráfico en la calle, sita en la periferia de la ciudad, lindante con descampados en el lado norte y próxima a una gran plaza con varias posibilidades para la huida.

En la farmacia les recibió el dueño. Era un hombre de edad cercana a la jubilación y con señales evidentes de obesidad satisfecha.

Cuando los dos visitantes se identificaron como policías de

estupefacientes, sus ojos cobraron un brillo especial. Les invitó a pasar a la trastienda, donde les explicó todo lo sucedido el día anterior. A instancias del comisario, el hombre llamó a la dependienta.

—Cuéntales todo lo que ocurrió ayer —le exigió, tras las presentaciones.

La joven hizo una recomposición de los hechos, repitiendo frases, ademanes y gestos del agresor, desde que penetró en la farmacia hasta que se marchó.

—Todo eso ya lo dije ayer, en la Comisaría, cuando hice la denuncia —añadió temerosa, como si intentara justificarse.

—Lo sé —respondió el comisario—. Pero es importante para nosotros completar la información. A veces hay pequeños detalles que parecen no tener importancia y sin embargo, a veces, son trascendentales en nuestro trabajo —el comisario observó a la joven. Era despierta y parecía inteligente. En sus profundos ojos oscuros se apreciaba aún la vaga silueta del miedo—. ¿Le reconocería usted si le viera otra vez?

—Sí. Su cara no creo que la olvide.

—De acuerdo. Luego le enseñaremos unas fotos de individuos que responden a esas características. Pero, dígame, al hablar, ¿notó algún acento extranjero o regional típico?

—No. Hablaba castellano con normalidad. Bueno, tenía la voz rara.

—¿De qué forma?

—Ronca… Sí, eso es, una voz muy ronca.

—¿Ya saben quién es el fulano? —intervino el farmacéutico.

—Aún no, pero son detalles que nos aproximan mucho a donde queremos llegar —se dirigió nuevamente a la dependienta—. ¿Estaba muy nervioso?

—Sí, señor. Le temblaba mucho la mano. Yo tenía miedo de que se le disparara la pistola. Pero estaba muy nervioso.

—Seguramente actuaba bajo los efectos de un síndrome de abstinencia. En esas circunstancias están enloquecidos y necesitan la droga como sea. Bien, usted posiblemente no entienda mucho de armas, pero ¿cree que podría tratarse de una pistola de verdad o sería de fogueo, o detonadora?

—A mí me pareció de verdad. Era negra y muy grande.

El farmacéutico ofreció tabaco a los policías, que rehusaron.

—¿Diría que tiene un aspecto aniñado? —preguntó el comisario.

—Sí. Al principio me pareció más mayor, pero luego, cuando le vi de cerca, ya no estuve muy segura de su edad. Podía tener algo más de 20 años.

—¿Observó si tenía una pequeña cicatriz en la ceja derecha? —preguntó el otro policía.

—No me acuerdo muy bien —la joven se interrumpió, pensativa—. Pero, ahora que lo dice, puede que sí. El pelo lo llevaba largo, pero ahora que lo dice creo que sí, que tenía un pelado en una ceja.

El comisario asintió con mansedumbre.

—Le vamos a enseñar unas fotografías. No son muy recientes, por lo que pueden cambiar los peinados, el bigote y alguna que otra característica.

Extrajo el sobre de su bolsillo y dejó sobre la mesa cinco fotografías de filiación y reseña policial. Cada fotografía recogía la imagen del individuo en tres posiciones: de frente, de perfil, y semiperfil. En todas se recogían primeros planos de la cara del individuo reseñado.

El farmacéutico se apresuró a contemplar aquellos rostros. La mujer se acercó también a la mesa.

—¿A ese individuo lo había visto por el barrio o por la farmacia? —le preguntó el policía más joven.

—No. Yo no le conocía de nada y no recuerdo que haya venido estando yo —respondió la mujer, mirando de soslayo al farmacéutico.

El comisario observó que la joven fijaba sus ojos con atención en una fotografía.

—¡Esta es! —aseguró la mujer, tomando la foto en sus manos—. Estoy segura. Es éste. Sólo de verlo me da pánico.

El comisario miró a su compañero.

—Es el Nano —explicó—. Un viejo conocido nuestro.

—¿Me permite verla? —pidió el farmacéutico, cogiéndola en sus manos.

—¿Oiga, no volverá otra vez por aquí, a vengarse de nosotros? —preguntó la dependienta.

Los policías sonreían, mientras le tranquilizaban sobre tal posibilidad.

—A este tipo le he visto —el farmacéutico hablaba en tono triunfal—. Sí, señor. Estuvo aquí hace dos o tres días. Eso es, anteayer. Me pidió Tilitrate. Le dije que no tenía y se marchó. Vienen muchos de esos, a pedir sin recetas cosas así. Y jeringuillas. Sobre todo, jeringuillas. A veces tenemos miedo de negarles lo que piden por si te dan un navajazo. Vaya chusma. Si les das lo que quieren, mal. Y si no se lo das, son capaces de cualquier barbaridad. ¡Con la muerte no pagan! Se lo digo yo. No sé cómo tienen ustedes tanta paciencia. Claro, y es que les han quitado toda la autoridad. Porque, ¿qué les va a pasar cuando les cojan? Nada. A los dos días en la calle, como si tal cosa… Si al menos robaran para comer…

Los policías escucharon con resignación al hombre, cuya impaciencia desbordaba su ira. Habían logrado lo más importante: identificar al sospechoso. Su detención era ya sólo cuestión de días o de horas.

Plácidamente recostada en la cama, fumaba el último porro de hachís. La noche había sido larga y agotadora pero de ingresos apetecibles. Nano sacó una ampolla de una cajita y preparó la jeringuilla.

—¿Qué te vas a meter? —quiso saber Maite.

—Un Metasedín —respondió—. Es bueno, ¿te mola?

—Yo paso de picos. Prefiero una buena fumata.

—¿Le tienes miedo?

—Sí. Me he chutado alguna vez, pero tengo miedo a quedarme enganchada.

Nano se estaba inyectando en la vena del brazo izquierdo el contenido de la ampolla.

—Después del pico te quedas nuevo —comentó.

Maite seguía fumando. Le pasó el porro a Nano y se acostó a su lado. Un globo de cristal rojo, suspendido del techo por una cuerda de esparto trenzado, arrastraba la luz, renqueante, por toda la habitación.

—No me vayas a tirar la chutona, que para mañana no tengo otra —le indicó Nano guardando la jeringuilla en un cajón de la mesita.

Maite se incorporó, observando los movimientos del otro. Allí estaba la jeringuilla y varias cajas de productos farmacéuticos.

—Oye, aquí tienes media farmacia —exclamó. Leyó en voz alta las inscripciones de las cajetillas—: «Dolantina, ampollas», «Heptanal», «Metasedín», «Pentazocina», «Palfium». ¿Todo esto sirve para chutarse?

—Sí, y están de un caro subido. Eso, cuando los puedes ligar por ahí.

Maite se recostó de nuevo, sonriendo.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes?

—Nada… ¿Sabes? El chocolate me hace reír. Me pone a gusto y me da la risa.

Nano preparó otro porro de hachís.

—Tienes un apartamento muy puesto —dijo.

—Normalito. Y me gusta vivir sola —añadió prestamente.

—Oye, que yo no pregunto nada.

—Pues eso.

—Estamos a gusto, nos ponemos bien y en paz. ¿Para qué comernos el coco? Le pasó el porro a Maite, que se lo llevó a los labios aspirando con fruición.

—Me has buscado esta noche porque querías un cobijo, ¿no?

—Puede ser. —Nano sonrió, sin mirarla.

—Claro, toda esa historia de la farmacia es un mal rollo.

—Mal rollo… Pero no tenía otra solución, ¿entiendes? Cuando no se tiene dinero y te hace falta el caballo, haces lo que sea. No es lo mismo un canuto que el polvo. Y yo estaba desesperado. Llevaba un pavo de la virgen.

—¿Cuándo?

—Ayer tarde. Di un palo a una farmacia.

Lo soltó de sopetón, como una bofetada. Ella no pareció sorprenderse demasiado.

—Saqué todo lo que pude —añadió Nano, indicando el contenido del cajón—. Vale una pasta gansa, ¿sabes?

—Hay que echarle valor para hacer eso.

—Con mi pistola no hay cuidado.

Maite se incorporó, como movida por un resorte.

—¿No la habrás traído a mi casa? —preguntó.

Nano negó con la cabeza.

—Ya sabes, eso quema —se excusó levemente Maite.

—La fusca la tengo dos meses, tía. Es buena, pero yo no la quiero para disparar. La gente le tiene mucho respeto y eso es lo que pasa. Me dan lo que pido y me largo.

—¿Y si te plantan cara?

Nano levantó los ojos, tratando de leer una respuesta en el techo de la habitación.

—No lo sé —respondió—. Dependerá de cómo vaya uno, colocado o con mucho pavo… Mira, la pipa no la compré. Un menda me debía varios talegos, de caballo, ¿sabes?, y no tenía la pasta. Así que me pagó con la pipa.

—¿Y si te ligan los de la pasma? —preguntó Maite, al tiempo que exigía el porro.

—No creo. Los del Crespo no me saben nada. Si no las pía alguien… —Maite le lanzó una mirada aviesa—. Que no es por ti, tía; que yo estoy muy tranquilo. Conmigo lo tiene claro el Crespo.

—Eso deben de decir todos, siempre.

—Pues si me ligan, se jodió. Me corto las venas en los calabozos o me doy un cabezazo y al hospital. Es el único camino para salir de allí. Porque adentro hay cada menda… Fíjate, en los calabozos te quitan todo, la correa, los cordones de los zapatos, sortijas, hasta el filtro del cigarrillo. ¿Tú no has estado nunca en el talego?

—No.

—Bueno, pues te lo quitan todo, para que no te lisies. Dicen que más de uno se ha ahorcado con la correa y con lo que pillan, allá abajo.

—¿Y el filtro del tabaco?

Nano hablaba con animación. Estaba de un humor excelente.

—Mira mis brazos —le dijo—. Esas marcas de ahí, no son pinchazos. Son cicatrices. Me las hice con el filtro de un cigarro, y te juro que sangraba como un cerdo. Pero no me sirvió de nada. Me llevaron a curar y se acabó. Pero ésa es una mala historia… Coges el filtro y lo pisas fuerte. Luego, lo calientas con el cigarro y corta como una navaja.

Permanecieron en silencio unos instantes. Maite estaba recostada sobre un codo, frente a Nano.

No lograba coordinar las ideas. Los efectos de la droga eran placenteros y la mirada se le había quedado colgada en algún punto invisible de la estancia.

—Mala cosa es que te liguen —dijo Nano. Maite le oía como a distancia e hizo un esfuerzo de aproximación, moviéndose en la cama hasta quedar sentada—. Pero cuando estás desesperado no hay más remedio que hacer lo que sea. La primera vez, tú mismo te comes el coco de mala manera. Pero después, ya lo haces normal. Como debe ser. El otro día, hará una semana, casi me doy un guarrazo. Otra farmacia. El pureta del tío me decía que no me pusiera nervioso, que me daba lo que quisiera. —Nano se echó a reír, imitando los gestos atemorizados del farmacéutico—. Termino de dar el palo y me largo en una moto afanada. Al poco, una lechera detrás de mí. Iban como locos, con el pirulo encendido y dándole a la sirena. Al volver una esquina, salté de la máquina en marcha y me metí en una iglesia. Más de media hora me tiré allí dentro. Salí con olor a velas. Por poco me hacen una avería… Pero yo no hago los bancos. Hay quien levanta los talegos del banco por la pasta, claro. Yo me hago las farmacias porque lo necesito, ¿entiendes?

Maite le escuchaba con interés. Nano se había levantado en busca de una botella de whisky.

—¿Dónde te cobijaste ayer? —quiso saber Maite.

—Por ahí —respondió Nano—. Con una gente. Cuando te persiguen los monos, te metes en el primer portal que encuentras, o donde te coge a mano. Con los chapas es distinto. No te dan tiempo. Esos se te tiran encima cuando menos lo esperas, casi siempre de sorpresa. Te vienes a dar cuenta del rollo cuando ya te llevan p'alante. ¿Entiendes? Ayer se enrolló bien conmigo una gente y les pasé dos pentas. Me quedé a sobar en su casa y nos pusimos ciegos. A tope. ¡Vaya colegas! Pero no les largué nada. Esos son unos cagados y se van de la muí a la primera. Hay que saber el terreno que pisas.

—¿Y qué marcha tienes?

—Ninguna. Voy viviendo y ya está.

—Oye, ¿y qué pasó con tu chica?

Nano levantó la mirada hacia ella. Le había sorprendido la

pregunta, pero dio a su rostro un aspecto de total desinterés por el tema.

—Bueno, eso es otra historia —dijo—. Un mal rollo de verdad.

Se acomodó en la cama, en silencio, acercando su cuerpo al de Maite. Sintió el calor femenino y la suavidad de aquella piel. La notó distante. Alargó la mano y le acarició los pechos.

—Maite, ¿te van las tías también? —preguntó retirando la mano.

—Tomo lo que puedo, si me apetece —respondió ella, sin mirarle—. En eso estoy muy liberada. Desde que me fui de casa hago lo que me viene en gana. Y ya que lo preguntas, te diré una cosa. Las mujeres son mucho mejores en la cama que los hombres.

Nano inició de nuevo las caricias. Estaba excitado.

—¿Por qué? —quiso saber—. Las mujeres no tenéis herramienta…

—¿Y quién dice que haga falta herramienta para eso? Vosotros vais al asunto en seguida y que se pudra la que está debajo. Termináis y a otra cosa. Todos os las dais de enterados y no sabéis un pimiento.

Finalmente, ella reaccionó a las caricias.

Hicieron el amor por mutua apetencia física. De antemano, se habían descartado otros sentimientos, que resultaban totalmente innecesarios. Fue una descarga electrizante, que les fundió en un mismo estremecimiento. Después, los sexos olvidados, permanecieron en silencio, hasta que el sueño les venció.

6

Con gran esfuerzo consiguieron penetrar en el reducido local, atestado de jóvenes. Alrededor de la hamburguesería se apiñaban todos, esparcidos y cansados de aburrimiento, cómo una resaca, mientras adentro el oleaje de los decibelios enturbiaba las conversaciones. Vestimentas desmembradas y agresivas, greñas despeinadas y confusión de sexos hacinados, en contraste con el rancio encanto barroco de la pequeña plaza.

Grupos heterogéneos bebían cerveza, pasándose la botella de mano en mano, apoyados en la fuente, que coronaba una adusta escultura, reluciente su bronce antiguo en los últimos aleteos de la tarde.

Blanca levantó la cabeza al cielo, respirando sonoramente. En lo alto, sobre los aleros de los tejados, innumerables palomas permanecían estáticas, adivinando la oscuridad como románticas vigías en la puesta de sol.

—Me carga el rollo que se monta esta gente —gruñó Blanca.

—Tiene ambiente —respondió Maica, mirando a su alrededor, a la búsqueda de algún rostro conocido.

—Ahí dentro apesta a todos esos gárrulos que no se lavan.

—Pero si quieres ligar chocolate o algo de caballo, aquí se lo hacen descarado. Lo que yo te diga.

—¿Tú lo ligas aquí?

—Chocolate sólo. El polvo de aquí está muy cortado. Te lo pasan muy chungo.

—¡Vaya atajo de flipaos!

Maica divisó a Fernando.

—Oye, fíjate quién está ahí —señaló a su amiga.

Blanca le examinó con desgana. No estaba mal. Alto, moreno, ojos tristes y de mirada caída. «Como todos los del rollo», pensó. Estaba comiendo un pastel de manzana. Al ver a Maica, se acercó a las mujeres, y tras limpiarse en la pernera del pantalón, les estrechó la mano.

—Hace la tira que no se te ve por aquí —le saludó Maica—. Yo creía que estabas en el talego.

Fernando sonrió.

—Salí hace casi dos meses. Me dieron la fianza.

—¿Tan mal lo tenías?

—Bastante. Tengo una ruina encima. Me pescaron dentro de un coche, con un colocón de la leche. Les dije que estaba durmiendo porque no tenía cobijo, pero no tragaron, claro. Después fueron a mi casa y me pillaron la recortada y casi dos kilos de chocolate. Lo peor es que lo tenía preparado casi todo en suelas y en posturas.

—¿Y cómo te lo montaste? —terció Blanca.

—No sé. Les dije que fumo, ya que fumar no es delito, y que yo mismo me hacía las posturas para así ir recortando los canutos diarios.

Blanca se echó a reír.

—Esa historia no mola —dijo Maica.

—¿Y qué quieres? A ver qué iba a inventar… Se descojonaron conmigo.

—Entonces te han echado un tráfico encima.

—Tú misma.

—Pues ándate con cuidado —le aconsejó Blanca.

—Como me hagan la gamba otra vez, me buscan la ruina para toda la vida.

Maica le conocía desde la infancia. En aquella época ingenua llegaron a ser novios. Incluso él se peleó con otros niños por ostentar ese noviazgo. Según supo después, eran varios los que se disputaban a aquella mocosa con trenzas.

—¿Te has desenganchado en el tiempo que has estado arriba? —quiso saber Maica.

—¿En el talego? Lo pasé muy mal. Me quise morir, así que paso de caballo.

—¿Fijo?

Maica le miraba con incredulidad.

—Bueno, casi —respondió él—. Me estuve desenganchando, ¿sabes?

—¿Dónde?

—En Benidorm, con unos mendas de una secta… Era una de esas sectas religiosas.

Blanca prestó atención. Le apasionaba todo lo relativo a las creencias y prácticas de religiones lejanas. Se sentía atraída por los temas que rozaban lo sagrado, la divinidad, el más allá. Se dirigió a Fernando:

—Oye, ¿y qué saben esos manguis del rollo?

—Ellos dicen que son apóstoles del evangelio y no sé qué historias. Del Juicio Final se llamaban. Apóstoles del Juicio Final. Y dicen que su secta es la única verdadera. ¡La madre que los parió! Por poco me vuelven loco.

Fernando, a intervalos, mordisqueaba el pastel.

—Da hambre el chocolate, ¿eh, nano? —comentó Blanca con sorna.

—Pero, ¿te desengancharon? —quiso saber Maica, ignorando el comentario de su amiga.

—Yo qué sé. Si no me largo, me dejan pirao perdido.

—¿Te daban Metadona o alguna cosa?

—Qué va, qué va… Al principio se enrollaron bien conmigo unas tías. De la secta, claro. Tenían prohibida la droga y el alcohol, así que sólo pensaban en «lo otro» —hizo un gesto obsceno, sonriendo—. Me lo he hecho con todas. Fíjate, estábamos en un piso; más de veinte dormíamos allí. Yo estaba muy colgado y cuando no ligaba algo de polvo, me ponía a parir. Una noche me dijeron que había llegado un sacerdote y que me iban a curar. Me vigilaron todo el día para que no me chutara. Fue después de la cena. Yo tenía un mono que era demasiado. Entre todos, me desnudaron. Los tíos y las tías vestían unas túnicas rojas, y giraban a mi alrededor, rezando no sé qué monsergas. Como en las películas de espiritismo. Todos con velas y el sacerdote aquel, brujo o lo que

fuera, se acercó a mí. Yo sólo veía sus barbas. Empezó a dejar gotear el cirio sobre mi cuerpo y yo en pelotas. Después empezaron a rociarme con unos mejunjes. ¡La virgen, qué historia!

—¿Y eso para qué? —preguntó Blanca.

—Para que saliera el diablo de mi cuerpo. ¡La madre que los parió! Por poco la palmo. Luego me llevaron a la habitación. La gachí que me había cuidado tenía ganas de trajín… Pero, nada. ¡Para marcha tenía yo el cuerpo!

Las mujeres estallaron en una carcajada. Fernando rió también, contagiado por sus risas. Se dirigió a Maica:

—Oye, estoy sin blanca. ¿Me prestas algo?

La mujer meditó unos instantes, antes de decidirse.

—¿Con un talego te apañas?

Fernando asintió y cogió el billete. Se alejó con andar cansino, arrastrando los pies. Las dos mujeres se miraron. Blanca se encogió de hombros.

—Vaya sablazo —dijo—. Ya tiene para chocolate. Mañana a gorrear a otro con la historia.

—O a dar un palo por ahí.

La lluvia les sorprendió cuando se encaminaban a La Pantera. El agua arreciaba y se refugiaron en un portal. En unos instantes el agua había anegado la calle. Blanca se pasó una mano por el pintoresco peinado «afro» que lucía.

—¿Cogemos un taxi? —preguntó a Maica.

—¿Por qué no me acompañas a casa del Cortés? Está cerca. —Maica le indicó una calleja próxima y con escasa iluminación—. Quiero ligarle un poco de polvos. Estos días es el único que tiene buen material por aquí.

Blanca asintió con desgana.

—¿No conoces al Cortés? —le preguntó Maica—. Es calorro, pero se lo monta muy bien. Vive en otra parte, pero los trajines se los hace en un piso de aquí. Sólo pasa mercancía a los que conoce. Si no, ni te abre.

Las dos mujeres empezaron a caminar, de puntillas para evitar los charcos, y protegiéndose de la lluvia con el cuerpo pegado a la

pared de la acera.

—¿Pero qué pasa contigo? —le preguntó Blanca—. Vosotros siempre tenéis polvo. Si Califa no tiene caballo, mal anda la cosa.

—Estamos esperando buen género. Mañana llega una gente de Madrid, pero ahora no hay nada de nada.

—¿Y el Ladillas?

—Se lo monta muy a las bravas. Va mucho por el bar Lima, con la mujer. Las papelinas las pasa la tía, y él anda por allí con todo el mogollón. Está dando el morro la tía. Lo lleva en el bolso, y se pasa horas en el bar a ver quién le liga la mercancía. Los van a engatillar. Con tanto chota suelto como hay, alguno lo berreará todo al Crespo.

Maica se detuvo frente a un portal abierto. Las estrechas escaleras carecían de luz. Con un gesto le indicó a su amiga que la siguiera.

Las pisadas, al ascender, arrancaban largos quejidos a los viejos peldaños. Blanca soltó una blasfemia, al tiempo que sacaba el mechero del bolso. Retiró la mano de la barandilla, cuando la débil llama le mostró el estado ruinoso en que se encontraba. En el segundo rellano, Maica se detuvo. Golpeó con los nudillos la puerta. No hubo respuesta. Repitió la llamada. Insistió por tercera vez acercando su rostro a la cerradura.

—¿Está Agustín? —preguntó.

En unos instantes, se abrió la puerta.

—Pasa, Maica.

El gitano cambió una mirada con la mujer.

—Es de confianza —se aprestó a explicar Maica—. Es Blanca, una buena amiga, del rollo.

—Vale, pasad —accedió el hombre, estudiando a la intrusa.

Cerró la puerta tras ellos.

El gitano sobrepasaba los 35 años. Tenía el rostro quemado de muchos soles, ojos hundidos y peinados hacia atrás los negros cabellos ondulados. Era cargado de espalda y andaba encorvado, mermando esbeltez a su regular estatura.

—¿Caballo? —preguntó a Maica.

Blanca llegó a la conclusión de que no perdía el tiempo con rodeos.

—Sí —respondió Maica—. ¿A cómo lo pasas, Cortés?

—Ahora a veintidós boniatos el gramo. Es un polvo superior. A ti te lo puedo pasar en dos talegos menos. Hoy por ti, mañana por mí. ¿Hace?

—Muy carero te has puesto… Ponme un gramo. ¿Cómo está de corte?

—Nada de nada, es de primera. Ya me lo diréis… Sentaos y echaros un canuto. En la mesa hay una piedra.

El gitano desapareció en la diminuta cocina. Blanca miró con extrañeza a su amiga, que se encogió de hombros.

La estancia carecía de ventanas al exterior. Era un pequeño salón, sin muebles. Sólo una mesa baja y cinco cojines en el suelo. Del techo colgaba una bombilla mugrienta. La pintura descascarillada, pendía de la pared en delgadas placas que la humedad agrietaba.

Tomaron asiento y Blanca preparó un porro. Le dio un codazo significativo a su amiga. El hachís era muy bueno.

—Es goma —comentó en voz baja, mientras lo encendía.

Cuando salió el hombre llevaba en la mano un sobre pequeño confeccionado cuidadosamente en un recorte satinado de revista. Se lo pasó a Maica. Ésta lo abrió comprobando el contenido y palpando con el pulgar y el índice la consistencia de la heroína.

—Está muy cortado, tío —afirmó.

—Te juro por mis muertos que no —respondió el gitano—. Te lo paso como lo he ligado yo. Yo no le guindo al Califa.

Maica pagó. Tomó la papelina y se puso en pie. Se volvió ligeramente de espaldas y se levantó la falda. Escondió la heroína en su prenda íntima.

—¿Me puedes pasar un poco de material? —preguntó Blanca—. Costo.

El hombre sonrió maliciosamente y volvió a la cocina, de donde regresó a los pocos instantes. Le entregó una tableta de hachís.

—Este costo es de lo mejor —dijo—. Doble cero.

—Hace. ¿Cuánto canta?

—Está a más de doscientas cincuenta el kilo. Esta suela —y señaló la tableta— pesa doscientos gramos.

Blanca pagó y guardó el hachís.

Cuando salieron al rellano de la escalera, Blanca ya llevaba en la mano el mechero. Las dos mujeres se sentían de un humor excelente.

—Buen costo tiene el hijo de puta —comentó Maica, cuando estuvieron en la calle.

Seguía lloviendo. Aguardaron bajo un balcón, indecisas. Por aquellos callejones no entraban los taxis, si no era para dejar a un cliente.

Blanca se estremeció en un escalofrío.

—¡Vaya tiritera que me ha dado! —exclamó. Luego miró fijamente a Maica y sonrió—. Las llevas calentitas, ¿eh?

—¿El qué?

—La papelina de caballo.

—Tú misma. Como no te lo hagas muy bien, lo tienes claro.

—Y digo yo, si hay tanta gente que está colgada y necesita los polvos, ¿por qué lo prohíben? Deberían venderlo libremente.

—Eso digo yo. Pero encima, si te pescan, te entalegan.

7

Cuando sonó el timbre, Eva, que dormitaba plácidamente estirada en el sofá, se despertó. Sus ojos parpadearon en un guiño de irritación. Tardó varios instantes en fijar sus sentidos, anclados aún en la suave indolencia del sueño.

Alargó la mano hasta el teléfono que sonaba, estridente, sobre el mueble consola del comedor y levantó el auricular.

—¿Está Seras? —preguntó una voz ronca, desde el otro extremo de la línea.

—¿Quién eres? —quiso saber.

—Soy Pedro. Oye, ¿está por casa?

—Sí.

Eva llamó a Serafín en voz alta, cubriendo con la mano instintivamente el auricular. Aquél apareció con la cara a medio enjabonar y la brocha de afeitar en la mano.

—¿Quién llama? —le preguntó.

—Me parece que es Pedro el Gasolino.

Serafín asintió, y regresó al cuarto de baño, donde dejó la brocha. Salió secándose las manos con la toalla que le colgaba sobre los hombros. Tomó el teléfono.

—¿Qué quieres? —preguntó.

—¿Vas a salir ya?

—Dentro de un rato.

—Óyeme, ¿cómo andas de camisas?

Serafín comprendió que se refería a papelinas de heroína.

—Ahora bien —respondió—. Pero si no sueltas la pasta por delante, no hay nada de nada.

—Tranquilo, Ladillas, que estoy montado. Además, me ha llegado una partida muy gansa de mescalina. Pero necesito unas cuantas camisas, blancas si puede ser.

«El colega quiere heroína blanca», pensó Serafín.

—Bien. ¿Dónde estás?

—En el bar de abajo, cerca de tu casa.

Serafín consultó su reloj.

—En diez minutos estoy ahí —dijo.

Eva se alisó la manta que cubría sus piernas.

—¿Vas a salir? —le preguntó cuando hubo colgado el teléfono.

—Sí, voy a ver a Pedro el Gasolino. Quiere que le pase unos cuantos gramos de caballo. Después iré un rato a la calle Alta, a ver si coloco unas cuantas papelinas. Si me las ligan pronto, vendré. ¿Quieres algo de la calle?

—No.

—Lástima de hepatitis que has trincao. Porque ahora se está moviendo por ahí una mescalina de bute. Como no vengan pronto esos mendas de Madrid, nos vamos a quedar sin mercancía. Tu aguanta ahí y en unos días ya estás lista.

Eva le miró con cansancio, mientras él se encerraba en el aseo. En el rostro de la mujer se dibujaba el tedio de una juventud anticipada. Sus grandes ojos saltones carecían de expresión.

Minutos después se marchó Serafín.

Apoyado en el mostrador del bar, Pedro le aguardaba con impaciencia.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó tan pronto le vio aparecer.

—Ahora, no.

—Pues, vámonos.

Caminaron hasta el coche que Pedro había aparcado a distancia del domicilio de su amigo.

Se conocían desde la infancia. Habían vivido en la misma barriada, habitada por gentes de diversa condición y procedencia. La calle fue su auténtica escuela y en ella aprendieron que sólo el más fuerte sobrevive. Pedro era el más pequeño de la pandilla. Los

mayores ya decían que no crecía a causa de su maldad. Serafín, en cambio, había desarrollado un físico musculoso y recio. Nunca perdieron la amistad. Cuando, de común acuerdo, decidieron vivir su vida y abandonar el hogar familiar, lo hicieron sin ningún remordimiento. Más tarde optaron por seguir cada uno su camino, pero continuaban siendo colegas.

—¿Por qué has dejado el coche tan lejos? —preguntó Serafín.

—Tú mismo. Hay que andarse con cien ojos. Nunca se sabe si van los maderos detrás de uno.

Subieron al vehículo. Pedro le mostró unas cápsulas de color rojo.

—Esta mescalina es superior —dijo—. La traen de Marsella.

—¿Cuántas?

—Las que quieras. Puedo conseguirte las que me pidas —sacó un envoltorio del bolsillo y se lo entregó a Serafín—. Échales un vistazo. Esto coloca en plan bárbaro. La gente se lo chuta como si fuera caballo.

Serafín examinaba la mercancía. Mentalmente hacía cálculos del beneficio que le podía sacar a las mescalinas. No era igual que los polvos, pero se podía probar.

—¿De quién es el coche? —preguntó maliciosamente Serafín.

—Ni se sabe. Lo he afanado esta tarde —respondió riendo.

Pedro conducía de forma alocada. Era la manera en que respondía su cuerpo, cuando se sentaba al volante de un coche.

La primera vez que robó uno, tenía apenas doce años y en cada esquina creía ver coches policiales que arrancaban en su persecución. Desde entonces siempre había sido así. Carecía de permiso de conducir, pero no le importaba. Excepto en una ocasión, siempre se había zafado de los monos.

A sus trece años, sus colegas decían que era el mejor conduciendo. Llegaron a necesitarle. Por eso le pusieron el apodo de «el Gasolino». Sólo sustraía coches de la marca Tiburón o Mercedes, por la solidez de su carrocería. Alquilaban sus servicios, que retribuían bien. El trabajo era siempre el mismo: él conducía mientras los otros se encargaban de dar el palo.

—¿De qué va el tope esta noche? —les preguntaba.

—Jamones —le respondían—. Tú liga el coche, que ya te

diremos dónde lo hacemos.

Y a la hora indicada acudía indefectiblemente con el coche sustraído. Normalmente tocaban fábricas o almacenes, cuya puerta exterior era metálica, elevable por sistema de persiana. Él colocaba el vehículo en la misma puerta, ponía la palanca de las marchas en posición de primera y arrancaba con un rugido violento. Todas las puertas se venían abajo y el coche no sufría desperfectos en el motor. A partir de ese momento comenzaba el trabajo de los otros, a los que aguardaba a que regresaran con el consumado. El procedimiento era muy arriesgado, así que había que moverse con mucha rapidez.

La única vez que le sorprendió la policía fue por culpa del retraso de los otros en la fábrica de confección. Les cazaron como a ratones. ¡Pandilla de cagados! Él salió de estampida, conduciendo aquel Tiburón azul. Los policías nunca hubieran podido darle alcance, con aquellos trastos grises alargados. Tuvo que cruzarse aquel camión en la calzada, maniobrando a la entrada del Mercado de Abastos. El Tiburón se estrelló contra la rueda trasera del camión. Si no, no le cogen. Dos meses de hospital y de allí al Reformatorio. ¡Buenos tiempos aquellos! No tenía edad para que le llevaran al talego; y del Reformatorio era muy sencillo escaparse.

Hubo algo que le perturbó, sin embargo. Tuvo que confeccionarse de nuevo dos tacos gruesos de madera, con correas para sujetárselos a los pies. Los necesitaba para llegar a los pedales del embrague, freno y acelerador de los coches.

Serafín miraba de reojo a su amigo, que conducía con temeridad.

—¿Nos persigue alguien? —le preguntó.

—Que no, leche. ¿Es que tienes miedo? Ya lo sabes, es mi manera de conducir.

—Pues nos la vamos a pegar. Como nos vea una lechera, seguro que nos paran.

—Será si pueden —respondió Pedro, y al reír mostró una hilera de dientes profanados por el sarro.

Serafín, que curioseaba la guantera del vehículo, levantó la vista al notar que perdían velocidad. La pregunta se le heló en los labios.

Al final de la calle había una patrulla de la policía.

—Una lechera —masculló por lo bajo Pedro.

Ambos permanecieron en silencio. Había que decidir con rapidez. Estaban casi al final de la playa de la Malvarrosa. Aquella maldita avenida les llevaba directos a los policías. No había ninguna salida, y el semáforo les iba a obligar a detenerse casi junto a ellos.

Podían reconocerles. Y en ese caso, si les paraban, ¿qué podían hacer? No podían dejarse encerrar. Cualquier cosa, antes que dejarles registrar.

Pedro asió fuertemente el volante. Se habían detenido junto al semáforo que seguía sin cambiar.

Dos policías salieron del coche y se encaminaron hacia ellos. No tenían prisa. Con paso seguro se aproximaban al vehículo, uno por la acera y el otro por el centro de la calzada. Este último, con el brazo extendido, les indicó que permanecieran estacionados.

—¡Acelera, mierda! —gritó Serafín.

Con un fuerte chirriar de neumáticos, Pedro arrancó a gran velocidad. La parte delantera del coche, por el lateral izquierdo, golpeó al policía. Pedro apenas se dió cuenta, pero estaba seguro de que lo había atropellado. Había sido un fogonazo rápido, la imagen del policía tratando de esquivar el vehículo que se le venía encima.

—¡Dale fuerte, que te lo has cargado! ¡Acelera a tope! —le gritaba Serafín, con la cabeza vuelta hacia atrás. El policía, caído junto a la acera, no se movía—. ¡Acelera, mierda, que nos lo hemos cargado!

De pronto Serafín vio a dos policías, uno con la pistola desenfundada y el otro con metralleta. No estaban lo bastante lejos aún.

Los disparos apenas se oyeron. El cristal de la luna trasera y el parabrisas estallaron en pedazos, golpeándoles en la cabeza y desparramándose en el interior del coche. Serafín sintió un fuerte alfilerazo en el hombro izquierdo. Apenas notó dolor. Al instante percibió la sangre que le empapaba la camisa. El hombro le quemaba.

Miró a Pedro, que seguía conduciendo, con los ojos fijos en el camino sin asfaltar por el que circulaban. No sabía adonde iban. Pero había que alejarse.

Serafín, con esfuerzo, olvidó su herida y volvió la cabeza. Ya no se veía a los policías, pero estaba seguro de que la persecución había empezado.

—En unos minutos los tendremos detrás —dijo.

Pedro no le respondió. Seguía conduciendo ferozmente, encogido, con la cabeza rozando el volante.

—Me han dado, Pedro, estoy herido.

No obtuvo respuesta. Serafín se taponaba la herida con la mano. En un instante pasaron por su mente las imágenes de todos los posibles desenlaces para aquella situación. En el mejor de los casos, huir y esconderse. El coche era robado y por ese medio no les iban a poder identificar. Pero cabía la posibilidad de que alguno de los policías les hubiera reconocido, y además estaban las huellas suyas por todo el coche. Había que encontrar urgentemente un cobijo. Y nada de llamadas telefónicas.

Entonces se dio cuenta de que la herida le dolía mucho. Aquello podía ser grave. ¡Un médico! Había que buscar un médico. La pasma podía sospechar que alguno de los dos iba herido y les estarían esperando cuando acudieran inocentemente a un hospital o a cualquier centro asistencial. Los tendrían todos tomados.

El choque violento del automóvil contra un muro, les impulsó hada adelante. Serafín soltó una blasfemia, casi a punto de perder el sentido. Se recuperó en fracciones de segundo, percatándose de la situación. Había que abandonar el coche. Estaba inservible.

Se volvió hacia Pedro. Estaba sin conocimiento a consecuencia de la colisión. Tenía la cabeza ladeada, de bruces sobre el volante. Trató de incorporarlo y entonces vio el punto de sangre en su espalda. A Pedro también le habían dado.

—¡Hijos de puta! —exclamó, tratando de mover a su amigo—. Pedro, ¡contesta! ¡Levanta, que nos vamos!

Aquél no respondió. Nuevamente se esforzó en sacarlo del vehículo. No podía hacerlo con un brazo sólo. Fue entonces cuando le miró fijamente a la cara y un escalofrío de terror le recorrió el cuerpo.

—¡Lo han matado! —susurró con el ceño fruncido.

En ese momento comprendió que tenía que salir del coche y abandonar a su amigo. Nada podía hacerse ya por él. Asió el tirador

para abrir la puerta, pero no lo consiguió. Se había quedado encajada por el golpe. Lo intentó pero la puerta seguía bloqueada.

Miró a su alrededor. No se veía a nadie ni se oían las sirenas de la policía. El coche estaba cruzado en el camino, junto a un descampado. No había edificios al frente. Sólo huertas.

Probó con la puerta trasera: no estaba encajada. Entonces se deslizó hacia el asiento posterior. Respiraba con dificultad y se oyó a sí mismo gimiendo con nerviosismo. Salió del coche e inició una veloz carrera hacia las huertas. No volvió la cabeza hasta haber alcanzado los primeros árboles. Siguió corriendo con su mano derecha presionando sobre el hombro herido. Cuando se detuvo, exhausto, los árboles de alrededor se le venían encima; las grandes tablas de regadío se levantaban horizontalmente del suelo y querían aplastarle.

Contuvo la respiración. ¿Cuánto tiempo llevaba corriendo?, se preguntó. Ignoraba la respuesta. Debía de estar muy lejos del lugar donde había dejado el coche. ¡El coche y Pedro! Estaba muerto… Había sucedido todo con tanta rapidez. De pronto, una oleada de sangre le afluyó al rostro. Sacudió la cabeza violentamente y elevó la cara hacia el cielo azul, en un intento de serenar la respiración. Separó la mano derecha.

La sangre, entre sus dedos, despedía un olor metálico. La sangre de un extraño siempre le causaba una sensación de miedo ancestral. Pero se trataba de su propia sangre.

Todo su ser permaneció a la escucha, recogido sobre sí mismo. La mirada se le estaba nublando, como si toda su persona fuera descendiendo dulcemente hacia un vacío profundo. Presentía que iba a desvanecerse.

Se acercó a un árbol próximo, al que se asió, para proteger la caída de su cuerpo. Quedó, finalmente, en el suelo, encogido y con el rostro congestionado. Sabía que no había perdido totalmente la conciencia de la realidad. Sin embargo, no tenía noción del tiempo. Era como si flotase en una atmósfera enrarecida. El frío en todo su cuerpo era intenso.

De pronto, el paraíso de la droga tenía una doble cara. Y ahora le estaba doliendo.

Cerró los ojos y esperó. Había que esperar.

Antonio seguía acostado, indolente, viendo transcurrir los minutos, sin ganas de salir de casa. Estaba solo. Maica se había ido a la cafetería.

Encendió un cigarrillo, contemplando el desorden de la habitación. La ropa de ambos yacía esparcida por toda la estancia. En la silla del dormitorio no cabía ni una prenda más. Resultaba más cómodo que guardar cada vez todas las ropas en el armario. Sobre la mesita de noche había de todo: un vaso, el tazón del desayuno, un reloj despertador, pulseras, el cenicero, lleno a rebosar, y una revista pornográfica. Era un desorden familiar, casi agradable.

Pensó que bien podía ser un poco más amable con Maica y evitaría las discusiones como la de hacía unos momentos. Pero no le apetecía. En muchas ocasiones, y ésta era una de ellas, le producía una gran pereza demostrar ninguna clase de cariño.

—Eres un cerdo —le había espetado ella, asqueada, después de hacer el amor.

—Y tú una puta y, sin embargo, no pasa nada.

Buscó su reloj, alejando de su mente el recuerdo de la disputa. Estaba anocheciendo.

Sonó el teléfono. Mientras se levantaba de la cama, imaginó quién podría llamarle a aquella hora. Caminó sin prisa hasta el salón, maldiciendo para sus adentros la estridencia del timbre.

Levantó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó con voz áspera.

—Califa, soy yo.

—¿Y quién es yo, coño?

—Por favor, Califa, date prisa. Soy Serafín. Me han dado un escopetazo y estoy muy mal… ¿Vienes?

—Vamos a ver, Ladillas. ¿Te estás quedando conmigo?

—No. Por tu madre… Ven que la voy a palmar.

Tenía la voz quebrada. Respiraba con fatiga y a través del teléfono sus jadeos eran perceptibles.

—¿Te han pegado un tiro? —preguntó Antonio—. ¿Quién ha sido?

—La pasma.

Antonio se sobresaltó. Un escalofrío conocido le recorrió el

cuerpo.

—¿Dónde estás?

—En una cabina. Cerca del bar donde hacíamos las timbas antes del marrón, ¿recuerdas?

Antonio meditó unos segundos y movió la cabeza afirmativamente.

—¿Sabes dónde te digo? —insistió Serafín.

—Sí. No digas nada más por el canuto. Voy para allá.

Se cortó la comunicación. Una sensación de peligro le invadió. Frunció el ceño, intentando aclarar su mente que flotaba en medio de una polvareda. Él era un hombre precavido y sabía que se podía tratar de una trampa. Pero del Ladillas no podía esperar una acción semejante. Se había enfrentado otras veces a situaciones similares y siempre le había orientado su instinto.

Condujo a gran velocidad, sorteando los vehículos que parecían no tener ninguna prisa por llegar a sus destinos. Algunos conductores, con rostro fatigado, le abroncaron con el claxon de su coche. A todos les respondió con insultos soeces. Salió del centro de la ciudad y se encaminó hacia la autopista de Barcelona. Dobló a la izquierda y se internó en una barriada de lujosos edificios, junto al Paseo al Mar. En la esquina estaba el bar Pigmalión. Aminoró la marcha y escudriñó con la mirada todos los portales de alrededor.

Lo vio sentado, a la puerta de una suntuosa edificación, acurrucado y con los ojos entornados. Estaba temblando. Antonio examinó los alrededores: ningún peligro. Detuvo el coche junto a él.

—Vámonos —le dijo, por todo saludo.

Serafín levantó la vista y se dejó introducir en el vehículo. Antonio vio la gran mancha de sangre en el lado izquierdo del pecho.

Emprendió la marcha, agitado, mirando constantemente por el espejo retrovisor. Nadie le seguía. La noche siempre había sido una buena aliada. Miró de reojo a su amigo. Estaba bastante mal. Instintivamente imprimió mayor velocidad al coche, evitando las calles concurridas y los lugares céntricos.

No se había cruzado con ningún coche policial. Por un momento se representó la posibilidad de un coche de la policía que les cortara el paso. No habría salida. Estaría bien pringao. Una sensación de

vacío le presionaba el estómago. No era momento para malos augurios. Se dirigió hacia la autopista del Saler. Consideró que era un lugar adecuado, lejos de la ciudad, para serenar las ideas y buscar una solución.

De momento había que pensar en la herida del Ladillas. Pero de ninguna manera podía intentar siquiera llevarle a un hospital. Acudiría la policía antes de que algún médico empezara a desvestirlo.

Estacionó el coche en un callejón, junto a la misma carretera. El Saler, fuera de la época estival, era poco transitado. Estaba preparado para salir a toda velocidad al menor peligro.

Iba a abrir la puerta del coche, cuando de pronto vio el patrulla de los municipales. Contuvo la respiración, amparado en la semioscuridad de la calle.

El coche pasó de largo. Entonces salió del automóvil y entró en un bar próximo, en busca de un teléfono público. Cuando regresó al lado de su amigo, aún dormitaba.

—Tranquilo, macho. Esto está solucionado —le dijo, esperando su reacción—. Viene hacia aquí don José María. Aguanta.

Serafín no respondió. Entreabrió ligeramente los ojos y esbozó una sonrisa agradecida.

—Tú lo conoces, Seras. Es don José María, el abogado. Le he dicho que venga. Él sabe dónde llevarte a curar, sin miedo de que se enteren los chapas —hizo una pausa, estudiando el rostro del herido—. No le venía *muy* bien, no creas. Tan valientes que son para defender a otros, son unos cobardes a la hora de mojarse el culo. Pero ya viene, por la cuenta que le trae.

Antonio hablaba en un susurro, observando con recelo cualquier gesto en el rostro de su amigo. No entendía mucho de esas cosas, pero intuía que Serafín se encontraba muy mal. Incluso no le sorprendería demasiado que Serafín se muriera. Se entretuvo en este pensamiento. Paradójicamente, no le producía ningún temor. El miedo es siempre más agudo en las situaciones que se plantea el ser humano que en la propia realidad. Por lo demás, si su amigo fallecía en el interior del coche, no tendría otra alternativa que dejarlo en la acera abandonado y salir a toda prisa del lugar.

Se esforzó por alejar tales pensamientos. En muy poco tiempo,

Serafín estaría en manos de un médico.

—Aguanta el tipo, Ladillas —le dijo—. Lo peor ha pasado ya, coño. Total, es una herida de mierda lo que tienes… Bueno, ya se sabe, la sangre es muy escandalosa.

Guardó silencio. Un coche se aproximó hacia ellos y se detuvo.

—Aquí, don José María —llamó Antonio.

El hombre salió del vehículo y se acercó.

—¿Cómo está? —preguntó con aire de personaje que no dispone de mucho tiempo, y al que le repugna que se le exija.

—Aguanta bien, don José María.

El hombre examinó someramente al herido. Inclinado junto a la ventanilla, aparecía un tanto envejecido y pálido. Frisaba ya los cincuenta años. Sus ojos menudos brillaban en la oscuridad. Parecía observar un mundo que no admite más medida que su provecho personal. Las falsas promesas, en sus labios, aparecían revestidas de un aura inequívoca de veracidad. Era siempre comedido, conservador y nunca arriesgaba más de lo estrictamente necesario. Sólo actuaba cuando tenía la certeza del éxito o preveía buenos dividendos. Bajo de estatura, su rostro redondo estaba marcado por una profunda calvicie.

—Vámonos —dijo.

—¿Adónde, don José María?

—Seguidme. Yo voy delante, en mi coche. Nos espera un buen médico, que hará lo que haya que hacer, sin preguntar.

—Gracias, don José María.

—Entiende esto, Antonio. Me estoy jugando el tipo.

Antonio comprendió que el hombre estaba planteando la cuestión en términos económicos.

—El médico va a guardar absoluto silencio —continuó el abogado. Eso lo garantizo yo. Ya veremos la forma de…

Antonio sabía que el abogado había dejado la frase inacabada deliberadamente.

—No se preocupe, don José María —dijo—. Hay dinero para pagar lo que haga falta.

—Vámonos de aquí.

8

—¿Lo de siempre, señorita?

Maica volvió la cabeza hacia el camarero.

—Gracias —respondió—. Bueno, hoy póngame sólo un café con leche.

—Muy bien.

Yel hombre se alejó con su eterna sonrisa colgada de sus labios. Maica se acomodó en la silla próxima al ventanal. En los últimos tiempos le gustaba aguardar a Blanca en aquel bar, para acudir juntas al trabajo, a la cafetería. Una expresión de cansancio se dibujó en su rostro. Si ella fuera hombre, pensó, jamás se acostaría con una mujer de cafetería. «Son todas unos putones desorejados.» La frase era agria, pero le gustaba. La había oído a alguien y pronunciada en el acaloramiento de una discusión causaba el impacto electrizante de una bofetada en pleno rostro. Chicas de cafetería, mujeres de alterne. Era lo mismo. El oficio más antiguo del mundo, remozado con expresiones elegantes. De siempre, la civilización ha tratado de encubrir las necesidades y costumbres más vergonzantes del hombre mediante el empleo de un léxico refinado.

Llegó el camarero con el servicio.

—Su café con leche, señorita.

—Gracias.

Maica miró al hombre. Era alto, delgado y con un rostro profundamente envejecido. Andaría por los cuarenta años y cumplía

su misión de forma mecánica. Su sonrisa era artificial; un utensilio más de trabajo.

Pero Maica entendía de hombres. En aquellos ojos recónditos, al fondo de su rostro alargado, había un brillo de lujuria que no escapaba a su atenta mirada. Mientras el camarero se alejaba, Maica imaginaba la reacción salvaje de aquel hombre si ella se le insinuara como sabía hacerlo.

Consultó su reloj. Blanca no tardaría en llegar. Su presencia te nía el encanto de llenar los vacíos de las horas muertas. Su postura frente a la vida era de perfecto aburrimiento, y su amiga la ayudaba a evadirse. Se presentaría jadeante, dando excusas por su retraso y maldiciendo de Rafa el Huesos. Tomaría alegremente un café y una copa, y tras crucificar a cuantas personas viera desfilar por la calle, cogerían el primer taxi que pasara. «A trabajar, Maica. Y recuerda: no somos putas, sino enfermeras del amor.»

Maica se sorprendió a sí misma, mirando a través de la ventana una pareja de enamorados. Estaban los dos como ausentes de todo lo que no fuera ellos mismos. Sentados en el banco del paseo, ignoraban el mundo que les rodeaba.

Observó sus manos. Estaban entrelazadas, en una caricia interminable. El lenguaje de las manos. Ella también lo conoció, pero hacía ya tanto tiempo… Un vaho de tristeza enturbió sus ojos. De pronto, sentía la garra de la envidia. Era algo que reptaba, pegajoso y estéril, por su pecho. Sin embargo, tenía los ojos fijos en aquellas manos. Apenas si había reparado en la cara de aquellos críos. En un intento de autojustificación, se alegró con el pensamiento de que, a no pasar muchos años, la vida se encargaría de borrar de *sus* cabezas todas esas cursilerías.

—Buenas…

Era Blanca. Se sentó e hizo gestos al camarero para que se acercara.

—Lo de siempre —le dijo.

Cuando el hombre se hubo alejado, Blanca guiñó el ojo a su amiga.

—A éste, un día le voy a hacer un arreglo que se va a quedar bizco. Verás cómo le quito las ganas de mirarnos así.

—Déjalo, eso es barato —respondió Maica.

—Si es que el tío, cada vez que te mira, te desnuda. Vaya con el gachó. Un día le voy a poner a caldo.

—Será que no te han desnudado nunca —bromeó Maica.

Blanca echó la cabeza hacia atrás, de forma teatral, mirando fijamente a su amiga.

—Oye, ¿no estarás enamorada del menda? —preguntó sin esperar respuesta—. La princesa y la momia.

—No digas chorradas.

Maica seguía mirando por la ventana, aquellas manos cuyo único lenguaje eran las caricias.

—Hoy tienes el día malo —comentó Blanca—. Así que ya lo sabes, dos canutos y a otra cosa.

Maica se volvió hacia su amiga.

—¿Sabes una cosa?

—…

—A veces me gustaría ser virgen. Para siempre.

Blanca vaciló unos instantes, dudando de que hablara con seriedad.

—¡La madre que me parió! —exclamó.

—Te lo digo en serio. Fetén.

—Pero, bueno, chica, ¿es que quieres que te pongan en un altar? Se te iba a apelillar todo el asunto… No te comas malamente el coco, ¿me entiendes? Yo me he dado cuenta. A veces sueltas unas paridas, como si estuvieras ya a la cuarta pregunta.

—Lo que pasa es que me gusta pensar en cosas.

—Por mí como si te haces monja. Menudo cachondeo ibas a liar en el convento —miró a su amiga, que continuaba seria—. Bueno, tú lo que tienes hoy es lo de siempre. Has cogido un cabreo como un enano por culpa del Califa ese. Pues lo mandas a la mierda y en paz.

Maica desvió la mirada hacia la calle. La pareja seguía allí. Pensó que eran excesivamente jóvenes. Unos niños aún. No deberían empezar tan pronto. El juego era demasiado serio. A esa edad, una cree que se conoce a sí misma, se dijo. Sin saber exactamente cómo, las manos resultaban insuficientes para contener toda la ilusión que se desbordaba en el interior. Una sensación agridulce, la primera vez. Te dejas llevar blandamente por el otro,

que poco a poco va derribando las fronteras del miedo. El pudor y la sensualidad se funden en un abrazo ruborizado. Y de pronto, ya está. Es como el chocolate. Cuando viene la bajada, te quedas vacía y el aburrimiento te consume.

—¿Cuándo lo hiciste por primera vez, Blanca?

—Lo tuyo es de manicomio, ¿eh? —se detuvo, pensativa. Luego explicó—: En aquel tiempo yo estaba loca perdida por un chorbo. Tenía yo dieciséis años. Lo hicimos a oscuras y te juro que lo pasé fatal. Pero a veces me acuerdo de él y me da pena. Puede que sea la única vez que lo he hecho de verdad, porque le quería… ¡Oh, el amor!

—¿Entonces le querías?

Blanca arrugó el entrecejo, en un gesto adusto.

—Yo a él, sí. Pero el muy cabrón, sólo quería eso, meterla.

—¿Lo ves? Lo mismo que yo. A casi todas les ha pasado igual.

Ydespués siempre lo mismo. Ellos a disfrutar y nosotras a jodernos.

—¿Pues sabes qué te digo? Que cada uno aguante su vela. A mí no me ponen de mala leche hoy ni cien curas en procesión.

Se levantaron. Maica miró de reojo el banco del paseo. Ya se habían ido.

9

—Antonio, estoy desesperada.

Las palabras brotaban estremecidas de los labios de Eva. Había desaliento y una frialdad cáustica en sus ojos llorosos. Antonio la miraba fijamente reprimiendo apenas la ira acumulada dentro de sí. Le acarició la mejilla.

—Desde luego, se han pasado los hijos de puta —dijo.

Ella sollozaba con mansedumbre. El hombre la tomó del brazo y la condujo al exterior de la vieja casona. Valencia y la policía quedaban muy lejos. En aquella casa, al pie del monte, rodeada de secanos, Serafín el Ladillas estaba protegido. En muchos kilómetros a la redonda no había más vida que la que albergaba la naturaleza. El escondite era perfecto.

Se sentaron a la sombra del inmenso olivo centenario, majestuoso guardián que parecía contener en su ramaje todos los secretos de la vida.

La mujer se arrojó en sus brazos, desconsolada. Antonio no supo qué hacer con aquel cuerpo en sus manos. Notó contra su pecho los senos de ella, libres bajo el vestido. Era más bien baja, y desde luego no precisamente guapa. Pero su simpatía había suavizado siempre muchas hostilidades.

—¿Tú crees que le pasará algo? —le preguntó Eva.

—Que no, tía. Ya has oído al médico. Tardará unos cuantos días en ponerse bien, pero nada más.

Antonio rebuscaba las palabras adecuadas, en respuesta a la

comprensión que imploraban los ojos de ella. Pero no conseguía hilvanar una sola frase de aliento. Lo achacó a los nervios. Levantó la cabeza y observó en lo alto el sol que lucía brillante. Hacia el oeste se formaban grandes nubes que parecían deslizarse suavemente hacia ellos.

Eva le preguntaba si le pasaría algo a Serafín. No era sólo la salud del Ladillas la preocupación principal. Sobre todo, a la mujer le inquietaba el pensamiento de que la policía diera con el escondite donde se reponía su hombre. Era una auténtica obsesión.

—¿Lo están buscando? —quiso saber Eva.

La mujer se separó lentamente de él, aguardando la respuesta que los dos conocían.

—Supongo que sí.

—Quiero decir, si habrá muchos detrás de él.

—Puede ser… Ten en cuenta que hay un policía que está que si la palma que si no. Pero le buscarán los primeros días. Luego, cuando pase un tiempo, lo olvidarán. Total, sólo han pasado dos días.

—Ésos no olvidan nunca, Califa.

Antonio sacó del bolsillo un pequeño envoltorio de papel aluminio.

—Es una china —dijo—. Un poco de chocolate nos vendrá bien.

Eva asintió.

—No fumas mucho, ¿verdad?

—No. Soy muy rara, me lo reconozco.

Guardaron silencio, mientras él liaba el porro. Cuando le hubo prendido fuego se lo pasó a la mujer.

—Esto te pondrá bien —le dijo, exhalando eufórico el humo de sus pulmones.

Del interior de la casa les llegó la voz balbuceante de Serafín, llamando a la mujer.

—Voy a ver qué quiere.

Eva le pasó el cigarro y se encaminó hacia la casa. Antonio la observó mientras se alejaba. Trató de adivinar qué cualidad del Ladillas era la que había enamorado a aquella mujer. Movió la cabeza con desencanto. Su problema ahora era buscar soluciones rápidas. El escondite era seguro, pero tenía que pensar en el

siguiente paso. Dentro de unos días abandonarían el lugar. Eva permanecía en la casona con Serafín, solos todo el día. Aunque el paraje no era transitado, tenía instrucciones de que la mujer estuviera siempre dentro de la casa y ésta bien cerrada. Evitar ruidos y conversaciones que pudieran atraer la curiosidad de algún campesino. Y sobre todo, de noche, control absoluto de las luces. No debía verse ninguna desde el exterior. La mujer había demostrado mucha entereza. No parecía temer la noche ni la soledad.

Eva regresó a su lado.

—Quería agua —dijo sentándose.

—¿Está bien?

—Parece que sí. Se ha vuelto a dormir.

—Bien, Eva, tenemos que hablar de colega a colega.

Le sorprendió el tono de su voz, y notó que perdía seguridad en sí misma.

—¿Hay problemas? —preguntó expectante.

Él sacudió la cabeza.

—No se trata de nada grave —dijo—. Pero necesito medio kilo.

—¿Medio millón?

—Sí. El abogado tiene que pagar al médico y cubrir gastos.

Miró a Eva. No parecía muy sorprendida. Después de todo, no era caro.

—De acuerdo —respondió.

—Son todos unos sinvergüenzas —comentó él, a manera de disculpa.

Como si adivinara sus pensamientos, Eva le preguntó:

—¿Para cuándo?

—Tan pronto podáis. ¿Mañana te hace?

Eva pareció dudar unos instantes.

—Mañana tendré el dinero. ¿A qué hora vendrás?

—A primera hora de la tarde.

—Lo tendré fijo. No dispongo de la pasta, pero tengo amigos. Hablaré con Serafín.

—A esos tipos hay que tenerlos contentos. Ellos se montan su rollo, pero nos sacan las castañas del fuego, ¿no te parece?

—Y además, agradecida. Lo digo en serio, Califa. Si tú no te

llegas a mover, a estas horas a saber dónde estaría mi hombre.

Antonio relajó los músculos de su cara y esbozó una sonrisa.

—¿Sabes lo que me ha propuesto? —le preguntó.

—¿Quién?

—Don José María.

Eva le escuchaba con divertida extrañeza.

—Me dijo que necesita alguien como yo, que le defienda. O sea, que lo que quiere es un guardaespaldas.

—¿De veras?

—Lo que yo te digo. Está acojonado.

—Para esa gente, yo tengo una norma —explicó Eva—. De lo que veo me creo la mitad; de lo que me dicen, nada. Así que…

—Que es fetén lo que te estoy diciendo. Por lo visto unos mendas le han amenazado con rajarle. Les debió de cobrar un pastón, y total para nada. En el talego acabaron. Desde hace unos días le llaman por teléfono y le mandan notas.

—Entonces, ¿la cosa va en serio?

—A ver.

Eva apoyó el mentón en ambas manos y le preguntó, divertida:

—¿Y qué le has contestado?

—Que llame a otra puerta. ¿No te jode?

Ambos se echaron a reír. Antonio miró su reloj.

—Se me hace tarde —dijo, levantándose.

Eva le acompañó por el sendero que rodeaba la casa, en cuya parte posterior había aparcado el coche. La mujer también había conseguido uno de algún amigo y lo guardaba en el mismo lugar, perfectamente oculto.

—Hasta mañana —se despidió Antonio.

—Cuando vengas ya tendré el dinero.

Antonio puso el coche en marcha.

—Adiós, guardaespaldas —exclamó ella.

No le contestó. Movió la cabeza alegremente, satisfecho de ver sonreír a la mujer y arrancó.

A las cuatro de la tarde del día siguiente, Antonio enfiló la autopista en dirección a Alicante. Conducía un coche alquilado, un Seat-127,

verde, que no llamaba la atención. Pero no tenía permiso de conducir.

Hacía calor y notaba pesadez en el estómago.

Media hora después abandonaba la autopista y penetraba en un camino polvoriento que se abría paso entre los naranjos en dirección a las montañas próximas. Por el espejo retrovisor vio la polvareda que levantaba el coche a su paso. No había motivos para recelar. Aquella vereda, aunque solitaria, la frecuentaban los huertanos para atender sus campos.

A lo lejos, divisó la casona. Era una antigua edificación de dos plantas, en cuya parte posterior había adosada una construcción tosca, provista de tejado saledizo, destinada a establo en otros tiempos. Debió de utilizarse la casa en época no muy lejana, como vivienda, pues conservaba muebles rústicos e incluso la cocina disponía de los enseres más esenciales. La mayor incomodidad era la falta de luz eléctrica.

Cuando detuvo el coche, Eva le esperaba ya.

—¿Cómo está el Seras? —se interesó.

—Igual.

Bajó del coche y le dio un beso a la mujer.

—¿Todo bien?

—Sí. Vamos arriba, Califa. Serafín te está esperando.

La habitación pintada de blanco, irradiaba luz. Serafín ocupaba el centro de la gran cama y estaba recostado sobre un almohadón. Las profundas ojeras y la palidez de su rostro le conferían un aspecto dramático. La chaqueta del pijama, entreabierta, dejaba ver el vendaje en su pecho.

—¿Qué tal la herida? —le preguntó Antonio.

—Duele un poco.

—No será tanto.

—De veras… De todas formas, gracias por venir, Califa. Eres un buen colega.

—Cualquiera haría lo mismo —respondió Antonio, halagado.

—¿Te ha dicho algo Eva?

—¿De qué? —quiso saber Antonio.

—Del consumado.

Antonio miró a la mujer, con extrañeza.

—Tengo apalancado un buen consumado —explicó Serafín—. Un muestrario de joyería. Lo afané en un coche. Me llevó mucho tiempo, pero valió la pena. A ese viajante me lo tenía junado. Se le pueden sacar muchos billetes, Califa.

—¿Cómo le vas a dar salida?

—Ahora no puedo.

—Tú y yo sabemos lo que son esas cosas. Te engañan siempre; pero si vas de apuro te pagan lo que quieren: o lo tomas o lo dejas.

—¿Se te ocurre algo? —preguntó débilmente Eva, dirigiéndose a Antonio.

—Tal como lo ponéis, yo iría a don José María.

Serafín enarcó las cejas y permaneció unos instantes, pensativo.

—¿El abogado?

Antonio asintió con la cabeza.

—¿Le tienes confianza, Califa?

—No me fío de nadie, Seras, ni de mi padre —explicó Antonio —. Pero no hay más remedio. Él tiene colocado el consumado nada más verlo. Y lo hará por la cuenta que le trae. Lo único, que es un chupóptero. Le sacará toda la pasta que pueda y luego dirá que le han pagado muy poco. No he visto el consumado, pero seguro que dirá que con eso cubrimos gastos sólo.

—Muy arriesgado lo veo —opinó Serafín.

—Sin problemas. Con que te diga que el menda me ha santeado a mí varias veces pisos de amigos suyos…

Serafín silbó entre dientes. Luego miró a Eva y sonrió, relajado.

—Lo dejo en tus manos, Antonio.

Este se concentró en las explicaciones detalladas de su amigo para encontrar el alijo de joyas. Conocía el lugar. Años atrás lo frecuentaban mucho, siempre con chicas. La última vez, se las prometieron muy felices, y todo resultó un fracaso. No guardaba buen recuerdo del lugar: una casa de campo en plena huerta y muy cerca de Valencia.

Serafín le previno que sería mejor ir de noche.

Antonio se levantó temprano, ganando tres horas a la amanecida. Sabía por experiencia que la mejor hora para determinados trabajos

era de las cuatro a las seis de la madrugada. Las calles llegan a enmudecer casi del todo y no transita nadie por ellas. Los de la basura y los del riego, no se fijan en nadie. Y los tempraneros que inician su jornada de trabajo, andan hasta las paradas del autobús, con el sueño pegado aún a sus párpados. Incluso las lecheras de la policía se relajan a esas horas, ya que la actividad en la calle es prácticamente nula.

Estaba lloviendo con intensidad. En el foco de luz de las farolas de la calle se apreciaba una espesa cortina de agua, cuyo gotear rítmico llenaba de susurros el silencio de la noche. La lluvia resbalaba, lagrimeando, por el cristal de la ventana.

Maica dormía plácidamente, cuando salió a la calle. Un grupo de hombres, protegidos con impermeables, caminaba a buen paso, parloteando entre sí. Tuvo la extraña sensación de que en la ciudad no se duerme nunca. Fue andando hasta el coche y se metió en él. Un estremecimiento de frío le recorrió el cuerpo. El vehículo era cómodo y pensó que la lluvia podía ser agradable siempre que se estuviera a cubierto.

Puso el motor en marcha y se dirigió hacia el otro extremo de la ciudad. Las últimas farolas habían devenido en frías y rígidas vestales de la lluvia.

Tomó la carretera vieja de El Saler, conduciendo a gran velocidad. A los pocos kilómetros, encontró el desvío. Salió de la carretera y entró en un camino que discurría entre naranjos.

Pronto divisó, a la luz de los faros, la vieja masía abandonada. Siguió conduciendo por el angosto camino, siempre entre los huertos, hasta que llegó al pequeño puente, bajo el cual pasaba la acequia.

Detuvo el coche. Permaneció unos instantes en silencio. Sólo se oía la lluvia. Un pequeño crujido del motor le sobresaltó. Esperó. Tomó la linterna y salió del vehículo, descendiendo por el puente. El rumor del agua llenaba todos los rincones de la noche. Las hojas de los árboles se agitaban bajo la lluvia en un murmullo sobrecogedor.

Caminó entre naranjos hasta llegar a la vieja casona. Estaba casi derrumbada y apenas quedaba un cobertizo, que no servía de protección contra el agua. No tenía puerta. Localizó el rincón, pero

estaba repleto de ramas y troncos de naranjo. Colocó la linterna en un hueco de la pared y comenzó a remover todo el ramaje. Allí estaba, finalmente, lo que en otros tiempos fuera una chimenea. Se introdujo y buscó a tientas la repisa interior.

Su mano tocó la caja de madera. Con cuidado la sacó al exterior. Comprobó que en su interior los plásticos que envolvían las carteras seguían herméticamente cerrados. Las carteras eran de piel negra, enrolladas en espiral sobre sí mismas. Desenvolvió una y sus ojos brillaron de codicia. Todo estaba en orden. Había joyas en las carteras por un valor muy superior a los dos millones de pesetas. Si las piedras que llevaban incrustadas aquellas piezas eran brillantes, la cosa era distinta. Aquello podía valer mucha pasta.

De pronto, un ruido sordo de pasos en la lluvia, le dejó inmovilizado. Apagó la linterna y prestó atención a cualquier sonido, los ojos abiertos en la oscuridad y el cuerpo en tensión. Apoyó la espalda contra la pared y esperó. Un miedo ancestral le oprimía el pecho.

Nada. Sólo se oía el gotear continuo sobre las hojas humilladas de los árboles. Afuera, la oscuridad era total. A lo lejos se oyó el aullido de un perro. Tranquilizado, se encaminó hacia la entrada, a oscuras, hasta que la lluvia y el viento le azotaron el rostro. Volvió al interior, tras comprobar que nada anormal ocurría, y recogió las tres carteras. Dirigió el haz luminoso hacia los naranjos y fue hacia el coche. Los pies se hundían en la tierra mullida del campo y andaba con torpeza.

Cuando llegó al vehículo, abrió el capó delantero, dejando al descubierto el motor. Allí, a la izquierda, llevaba la rueda de repuesto. En la concavidad central de la misma, depositó las carteras, envueltas en una bolsa de plástico, que afirmó con una cuerda. No era un lugar muy seguro, pero mucho más conveniente que llevar las carteras en el interior.

Subió al coche, y tras una maniobra penosa, sobre el fango, empezó a desandar el camino, de regreso a casa. Circuló con lentitud hasta el acceso a la carretera.

Cuando, un tiempo después, divisó las primeras luces de la ciudad, notó que se le ensanchaban los pulmones. Una población grande es un gran refugio, donde uno debe encontrar su propia

cueva y ponerse a salvo. Miró repetidas veces por el espejo retrovisor. No le había seguido nadie.

Aparcó frente a su casa. Aún seguía lloviendo. Inspeccionó detenidamente los alrededores antes de recoger las tres carteras y penetró en el portal.

Aún tardaría en amanecer.

Bien entrada la mañana, Maica sorprendió a Antonio dormitando en el sofá. Este entreabrió los ojos y esbozó una sonrisa.

—¿Ya está? —preguntó ella.

—Lo he guardado en ese cajón —respondió él, señalando el mueble-bar de la salita.

Maica, sin decir palabra, fue desenvolviendo las carteras y escudriñó su contenido.

—Esto es mucha tela —exclamó.

—Elige lo que quieras; pero que no esté marcado.

Al día siguiente, al mediodía, sonó el teléfono. Maica salió de la cocina y atendió la llamada.

—¿Diga?

Tras un breve silencio, oyó una voz masculina.

—¿Está Antonio?

En una fracción de segundo, reconoció aquella voz. Instintivamente cubrió el auricular con la mano.

—Antonio, es para ti —le dijo. Luego, bajando la voz—: Me parece que es el abogado.

Antonio se puso al teléfono.

—¿Quién es? —quiso saber.

—Soy yo.

Era don José María. Pero no pronunció su nombre.

—Dígame, ¿va todo bien?

—Sí. Te llamo porque necesitaré hablar contigo. ¿Cuándo podrás pasarte por el despacho?

—Cuando me diga.

Se notaba que el hombre, al otro lado de la línea, calculaba la

hora más propicia para él. Era obvio que no llamaba desde su despacho. Se oía música ambiental y murmullo de conversaciones. Debía de estar en un restaurante.

—Mañana por la mañana a las once, ¿es buena hora para ti?

—Sí —respondió prestamente Antonio.

—Entonces, te espero.

—Muy bien. Por cierto, ¿está todo en orden?

—Perfectamente, sin problemas.

Antonio deseaba que le anticipara, de alguna manera, si había colocado bien el consumado de joyas.

—¿He de llevarle algún papel?

Supuso que entendería la alusión. Confiaba que hubiera sacado más que suficiente para pagar los servicios prestados.

—No, no hace falta —respondió el hombre—. No traigas nada. Veré la forma de solucionar el caso, con lo que tenemos.

—Lo que usted diga.

Así, pues, había sacado buen dinero por las joyas. ¿Cuánto? Eso nunca lo sabría.

—De acuerdo, hasta mañana, entonces —se despidió el abogado.

Oyó el clic al cortarse la comunicación. Se quedó mirando el teléfono y maldijo entre dientes. «Valiente sinvergüenza. Y encima, pasan por gente respetable y yo por un chorizo. Así funciona el mundo. Todos son iguales sólo que a unos les toca ganar y otros van de perdedores por la vida. ¿Existirá algún mundo donde haya realmente justicia?»

Se sentó y cogió el vaso de whisky.

—¿Qué tal? —preguntó Maica, asomando la cabeza.

—Nada; que vaya a verle.

—¿No querrá más dinero?

Antonio se incorporó en el sillón y se volvió hacia la mujer.

—Si lo hace me voy a acordar de todos sus muertos.

10

Maite salió del baño. Llevaba un paño ceñido a la cabeza que cubría el pelo mojado. Algunos mechones sobresalían, goteantes, sobre su frente. Una toalla de baño cubría su cuerpo, brillante y perfumado.

Nano levantó la cabeza y siguió con la vista sus movimientos por el salón. No era una mujer comunicativa, precisamente, ni propensa a los cumplidos. Mientras sorbía el café, su pensamiento se deslizó suavemente desde Maite a Geni.

Era curioso. No le había afectado demasiado el hecho de que Geni le abandonara definitivamente y se fuera a vivir con un menda cualquiera. Después de todo, era algo que tarde o temprano podía ocurrir. Sin embargo, se había mostrado receloso y no lo encajó bien. Reconocía que Geni había estado en el talego por culpa de él, que había sido incapaz de comerse solo el asunto. Por lo demás, ella carecía de antecedentes y podía responsabilizarse del kilo de hachís. Sin antecedentes de ninguna clase, la tenían que poner en libertad en seguida. Siempre le acosaba el mismo sentimiento de decepción y culpabilidad. Con él era distinto. A eso lo llamaban reincidencia, y suponía varios marrones. Geni estuvo quince días encerrada y le afectó mucho. Salió cambiada. Él permaneció en prisión, porque estaba en busca y captura.

Geni era el tipo de mujer tolerante, que nunca parecía pedir nada a cambio. Y un buen día, le abandonó. Nunca se lo reprochó, porque así eran las reglas de juego. Pero vivió mucho tiempo humillado y desquiciado.

Llevaba él apenas cinco meses en el talego, cuando se enteró. El director del centro penitenciario le había llamado a su despacho. Era un hombre de delgadez ascética. Profundamente calvo, su rostro era huesudo y alargado. Desde la profundidad de sus cuencas, sus ojos observaban inquisitivos.

—¿Usted era novio de Geni? —le había preguntado con su voz impersonal.

—¿Geni?

Se quedó inmóvil en su silla, rígido. Aquel hombre le estaba preguntando por Geni, pero se había expresado en pasado: era novio…

—Es mi mujer —le respondió con firmeza, mirándole a los ojos. Una garra oscura le atenazaba la garganta. Allí sentado, frente a la mesa escritorio del director, se sintió incómodo y solo.

—Bueno, sí, su mujer —concedió el director—. Pero no estaban casados, claro. Ustedes, los jóvenes, rompen todos los moldes… Yo me refería a que era la mujer con quien convivía, en pareja. ¿No es eso?

Nano movió la cabeza, afirmativamente, y preguntó:

—¿Qué le ha ocurrido?

Se dio cuenta de que no lo había preguntado. Exigía una respuesta.

—Ha muerto.

Una bocanada de sangre se agolpó en su cerebro. Muerta…

El director rompió el silencio:

—La policía está trabajando en el asunto. Aunque parece claro que le sobrevino un paro cardíaco. La encontraron ya cadáver en los servicios de unos grandes almacenes, a la hora de cierre del establecimiento. A sus pies se encontró una jeringuilla, al parecer de heroína. Por supuesto, se está analizando la substancia… —el hombre hizo una pausa, sopesando sus palabras. Nano parecía no reaccionar—. Pudo ser una dosis demasiado fuerte o cualquier otra circunstancia. ¿Sabía usted que ella se inyectaba en vena heroína?

Nano asintió con tristeza. Ahora vendrían una serie de preguntas vacías, absurdas, que no podían solucionar nada. Preguntas, siempre preguntas. Por eso le habían notificado su muerte, a ver qué podían averiguar. Pero nadie se había preocupado nunca de dar

respuesta a sus inquietudes.

Contestó a todo con evasivas. A Geni poco le podía importar. Estaba muerta y eso era todo.

Maite le estaba observando. Nano dejó el periódico sobre la silla y se acercó a la mesa, revolviendo varias revistas, hasta encontrar las tijeras. Se sentó de nuevo.

—Vaya manía que has cogido —le espetó Maite.

—¿Por qué?

—¿Para qué quieres esos recortes?

—Me gusta guardarlos. Casi todos se refieren a cosas hechas por mí.

—Vaya morbo. Un atraco allí, un robo allá… No pensarás que te van a dar una medalla.

—¿Y qué?

—Bueno, eso allá tú.

Nano abrió una cajita metálica y le mostró varios recortes de periódico.

—Fíjate en éste —dijo—. Es de la semana pasada. Y no era asunto mío, sino de un amigo. ¿Te acuerdas de Pedro el Gasolino? —leyó en voz alta—: «Delincuente muerto en enfrentamiento con la policía. Resultó herido de gravedad, en el incidente, un policía nacional». Lo que yo te diga. Lo dejaron seco, a tiros. Así, por las buenas. Primero matan y después preguntan. Y claro, el coche se estrelló contra un policía. A ver cómo iba a conducir el tío si estaba medio muerto. Pero dicen que no, que había tratado de cepillarse a un mono. Así se cubren —golpeó con el dedo índice el recorte, y siguió leyendo—: «El joven muerto ha sido identificado como Pedro Aguado Durán, de 25 años, al que apodaban el Gasolino. Su acompañante logró escapar, aunque se cree que puede estar herido. La policía está centrando todas sus investigaciones…». ¡Mierda! Como si no supieran quién era el otro. Lo que pasa es que no lo pueden encontrar.

—Pues toda la basca sabe quién es.

—Y ellos también, pero no le van a echar el guante.

Maite entró en el cuarto de baño. Nano ordenó perezosamente los recortes de periódico, la vista puesta en la sombra de la mujer, proyectada en la pared del pasillo.

11

Estaba estirado cuan largo era en el sofá, fumando. Tenía los ojos rojos, surcados por infinidad de riachuelos de sangre.

—Es tarde ya —le insinuó Maica.

—Qué más da tarde que pronto.

Hablaba con pesadez. Las palabras tropezaban unas con otras.

—Vas pasao de chocolate.

—Me fumo el último ya —dijo y estalló en una carcajada incongruente—. Estoy muy puesto…

Cuando entornó los ojos, una sensación de vértigo placentero gravitó sobre él. De pronto, le acometían unos grandes deseos de hablar de la amistad, del amor, de la belleza, del fuego, de la noche, de la lluvia. Sobre todo de la lluvia.

—¿Está lloviendo?

—No —respondió Maica—. ¿Por qué va a llover? Vaya colocón de mierda que llevas.

Antonio ladeó la cabeza hacia ella. Pensaba con mucha lentitud y el sueño empezaba a pesar en sus párpados.

Se dijo que no formaban mala pareja. Les unía un gran vínculo: los dos estaban liberados y pasaban de todo. Pero, sobre todo, Maica era suya.

Le vino a la memoria la costumbre de algunos gatos machos. Se lo había dicho alguien. Los gatos orinan en todos los rincones de la morada donde habitan y que consideran su posesión. Es la marca de sus dominios. Él, en cambio, no necesitaba señalizar sus límites.

Todos le respetaban e incluso le temían.

Antonio se levantó y se dirigió al dormitorio. Observaba sus propios movimientos como si se tratara de una persona diferente.

—¿Mañana vas a Barcelona? —preguntó Maica.

Se quedó perplejo. Hubiera jurado que esa pregunta, en la misma habitación, con Maica allí de pie, ya había tenido lugar antes, exactamente igual.

—Sí —contestó.

—¿Cuándo?

—Por la mañana.

—Además del Ladillas, ¿va alguien contigo?

—Su mujer.

Se dejó caer sobre la cama, con estrépito, y cerró los ojos.

—¿A dónde le lleváis? —quiso saber Maica.

—Eso es cosa del Seras. Con una gente que conocen allá. Permanecieron un tiempo en silencio. Antonio tenía los ojos cerrados.

—¿Cuándo vuelves? —le preguntó.

No obtuvo respuesta. Estaba durmiendo ya. El despertador estaba indicando las cuatro de la madrugada. Apagó la luz.

Maica se sentía sola. Hacía todo lo posible por encontrar un aliciente serio a su vida y cada vez descubría, con mayor sorpresa, que no lo encontraba. Las ausencias de Antonio, en determinados momentos le llenaban de confusión. Era un miedo desconocido, irreal, que sin embargo estaba ahí, en todos los rincones de la casa.

Antonio estaba en Barcelona y podía tardar varios días en regresar.

Se preparó un cigarro de hachís, lentamente, sin prisas. Aún le quedaba una hora antes de salir y reunirse con Blanca para ir a la cafetería.

Absorbió el humo hasta que penetró en todos los resquicios de sus pulmones. De súbito, le entraron deseos de desaparecer, al igual que el humo que se difuminaba ya en el ambiente de la habitación. Rechazó todos los momentos de la infancia que se agolpaban en su mente, con bullicios de inocencia. Le retumbaban en el cerebro.

Se llevó nuevamente el cigarro a la boca. Estaba atada a Antonio y no estaba enamorada de él. Una sensación extraña. Sería la costumbre o quizá pereza de remover los recuerdos para poner en orden las ideas. Asintió, con la vista perdida en las volutas de humo que ascendían de su cigarrillo. Todo eso era demasiado complicado y lo único que necesitaba era olvidar esa tristeza que le martilleaba la conciencia.

Se imaginó a sí misma regresando a su casa. Por lo que sabía, sus padres estaban bien, aunque hacía tiempo que no les visitaba. ¿Cuánto tiempo ya? Dos años, quizá más.

Su habitación estaría exactamente igual, ordenada y limpia. Su madre se habría encargado de que todo permaneciera en su lugar: la mesa escritorio, la cama, el armario ropero repleto de vestidos. Muebles caros y lujosos. En la pared, sobre la cabecera, seguiría la Virgen del Carmen en su hornacina. Y estarían también las estanterías abarrotadas de muñecas. Una habitación femenina y cálida. Su madre, estaba segura, perseveraría en su antigua costumbre. Todas las noches entraría en su habitación vacía y de pie, los ojos en la imagen de la Virgen, rezaría una oración por su hija. Por ella.

Sus padres eran creyentes y en su quehacer cotidiano se notaba la impronta de su profunda religiosidad. Tanto a ella como a su hermano —hoy, médico— desde niños les encauzaron por la senda de la religión.

Tras muchos años de esfuerzo, sus padres habían conquistado un puesto importante en la sociedad. Él era un abogado de notoria reputación. Gracias a él, la economía familiar apuntaba a metas cada vez más altas. Pero obligaba a los hijos con privaciones para que descubrieran por sí mismos el valor del dinero.

La madre era más débil, y a espaldas del padre, satisfacía sus pequeños caprichos. En cambio era muy rígida en lo relativo a costumbres y moralidad. Era una mujer elegante, que nunca perdió su atractivo.

Aquella noche a las dos de la madrugada, la había esperado despierta, en el salón. Cuando Maica llegó, su madre estaba sentada en el sillón de orejas, de terciopelo azul. Al fondo, la gran biblioteca que llenaba toda la pared. Tenía un libro en las manos, pero la

tensión de su rostro le dio a entender que no había podido concentrarse en su lectura.

—¿De dónde vienes, si puede saberse? —le preguntó.

Sus palabras resonaron en la habitación con gravedad, Maica guardó silencio, indecisa.

—¿Tienes idea de la hora que es? —insistió.

—Sí, se me ha hecho un poco tarde.

—Un poco tarde… A mi hija, llegar a casa a las dos de la mañana le parece sólo un poco tarde.

—Mamá, no dramatices. Tampoco es para tanto.

—Pero, bueno, ¿tienes la desfachatez de decirme que no dramatice? —su madre movió la cabeza exasperada—. Toda mi vida procurando que mi hija sea una mujer respetable para que ahora, cuando empieza a salir del cascarón, me diga que no dramatice. ¿Es que no se enseña a la juventud de ahora que hay cosas que están bien y cosas que están mal?

—No me entiendes, mamá. Eso es todo. En tu juventud se vivía de una forma y ahora pasamos de esas historias.

Su madre se quedó mirándola, atónita.

—¿Qué es eso de pasar de historias? Ni tu padre ni yo te hemos enseñado a hablar de esa manera. Pero no es eso lo peor. Lo más preocupante es que pienses así.

—No nos podemos entender, porque tú estás en una onda distinta. —Maica estaba irritada y le brillaban los ojos. No se sentía con ánimos para afrontar una nueva discusión—. Tú piensas en mí como una niña que tiene que convertirse en una mujer respetable. ¿Lo ves? A mí eso de mujer respetable me hace reír.

—Y qué prefieres, ¿convertirte en una cualquiera? No comprendo qué demonio se te ha metido en el cuerpo para pensar como piensas.

—Es imposible hablar contigo, mamá. Todo lo ves de la misma forma. Nosotros somos diferentes. Vivimos al día y nos preocupan cosas distintas a las vuestras.

—Supongo que estarás refiriéndote a los amigotes con los que sales…

—No son amigotes. Lo que ocurre es que a los que no son de vuestra clase social, los descartáis y los margináis. Esa es vuestra

visión de…

Estaba gritando. Su madre le atajó:

—No te tolero que grites en esta casa —miró hacia el corredor de la izquierda, con preocupación—. Tu padre está durmiendo. Será mejor que no le despertemos.

La mujer se levantó y fue hasta la habitación de Maica. Cuando encendió la luz, se volvió y señaló una cajita de comprimidos y un pedazo oscuro de hachís que estaba sobre la mesa.

Maica apartó la mirada y se sentó en la cama.

—¿Y esto? —preguntó su madre.

—¿El qué?

Maica rehuía la mirada.

—Los comprimidos.

—Ya lo sabes, mamá: anticonceptivos.

—Ya lo sé, ya lo sé —hablaba en un susurro—. Apenas has cumplido diecisiete años y ya necesitas eso. Hija, creo que has perdido todo el sentido de la moralidad. No respetas ni tu propia virginidad —guardó silencio unos instantes, abatida—. En el fondo todo viene de lo mismo: las compañías con que te juntas. El resultado está a la vista. Drogas y vicio. Pero tú sigues yendo con ellos, y saliendo con el delincuente ese.

Maica vio las lágrimas en los ojos de su madre y optó por callar. Conocía sus relaciones con Antonio y le reprochaba constantemente por ello. Escuchó paciente todas sus reconvenciones. Los estudios los tenía abandonados. Era imposible que aprobara el curso. Si continuaba así no había ni que pensar en una carrera universitaria. En los últimos tiempos faltaba a clase con demasiada frecuencia. De nuevo, las malas compañías, la promiscuidad, y finalmente las drogas.

Mientras la oía, pensó en lo difícil que sería para su madre comprender su juventud. Pero había algo que le molestaba: la espiaba y le registraba la habitación. Mentalmente hizo recuento de sus pertenencias, por si aún quedaba algo que le comprometiera.

¿Cómo reaccionaría su madre si supiera que se había inyectado en vena heroína en dos ocasiones? En aquellos momentos, aún se encontraba bajo sus efectos.

Renunciaba fácilmente a replicar a su madre. En algún instante,

de forma fugaz, llegaba a comprenderla incluso. Era como si estuviera nadando a la deriva, sin esfuerzo, arrastrada por una fuerte corriente. La ira y la agresividad iban retrocediendo.

Levantó la cara hacia su madre, que le hablaba con voz suplicante:

—Mañana sin falta, le pediré hora al doctor Laguía, ¿te parece bien, hija? Es el médico de la familia y de toda confianza. Estoy segura de que él puede encontrar una solución. Tú estás enferma, te pasa algo, aunque no te des cuenta, y la droga te está perjudicando.

—Lo que tú digas, mamá.

Su madre la abrazó, esperanzada, y Maica sintió la humedad de las lágrimas al contacto con su rostro.

—Cuando te miro como ahora, siento que vuelves a ser mi niña…

Lo que no podía imaginar su madre era que su actitud no era de sumisión sino de abandono. Estaba flotando.

El teléfono sonó, de pronto. Lo escuchó, con gesto aburrido. No le importaba quién pudiera ser. Finalmente se levantó y descolgó el auricular.

—¡Diga!

No obtuvo respuesta.

—¡Diga! —exigió.

No contestaban, pero había alguien al teléfono. Se oía su respiración oscura.

—¿No está Toni, el Califa? —preguntó una voz ronca.

—No. ¿Quién eres?

—Eso no te importa, guarra.

Una oleada de calor le subió, culebreando, por todo el cuerpo. Sin embargo, reaccionó rápidamente y respondió al desconocido:

—Guarra lo será tu puta madre.

Escuchó una carcajada brutal. El tipo aquel no daba la sensación de ser un amigo con ganas de broma.

Tuvo miedo y colgó el aparato.

Se sentó, de nuevo, pensativa. Le ponía nerviosa no saber con quién estaba hablando. Pero esa voz la había asustado.

Le temblaba la mano cuando cogió el cigarro del cenicero.

Volvió a sonar el teléfono. En el mismo momento en que giró la cabeza, como si tratara de contener la llamada, comprendió que algo marchaba mal. Podía ser el tipo de antes. Dudó antes de acercarse al aparato. Permaneció unos instantes contemplándolo, meditando la conveniencia de responder.

Seguía sonando monótono, incansable.

Levantó el auricular y lo acercó despacio a su oído. Volvió a escuchar la misma voz ronca.

—No me vuelvas a colgar el teléfono, putón de mierda, o te juro por mis muertos que te rajo. Necesito hablar con el gárrulo ese. ¿Me entiendes? Con Toni, el Califa.

Maica se esforzó por contener la voz temblorosa al responder.

—No está ahora… Pero si eres tan valiente, dime dónde quieres que vaya a buscarte.

Lo había dicho sin pensar las palabras. ¿Sabría aquel individuo que ella estaba sola?

—Ya veremos quién es el valiente. Dile que se ande con cuidado, que le pueden hacer una avería. A mí me llevarán preso, pero el Califa no lo va a contar. ¡Por estas! Que prepare el pijama de madera, que le voy a coser a puñaladas… Ya está avisado.

El desconocido parecía escupir con furia cada una de las palabras.

Maica permaneció en silencio.

—¿Me has oído, cerda?

No le respondió.

—Se lo puedes decir al cabrón ese. Le quedan muy pocos días.

Habían colgado. Sin embargo permaneció un tiempo aún con el auricular en la mano. Cuando lo dejó en la horquilla, tenía la mano empapada en sudor.

Antonio había regresado de Barcelona y su presencia feudal se enseñoreaba de toda la casa.

—¿Qué rumores hay por aquí? —preguntó. Estaba cómodamente sentado en el sillón, mientras Maica deambulaba por la vivienda, ordenando y aseando los enseres domésticos.

—Nada —respondió—. Lo de siempre.

—¿Se habla del Ladillas?

Maica se encogió de hombros al responder:

—Por ahí, entre la basca se sabe casi todo. Desde el principio, pero no tienen idea de dónde se ha curado ni del cobijo.

Califa movió la cabeza, con vanidad.

—¿Ha habido alguna movida estos días?

—No, que yo sepa.

—¿Y la pasma?

—Nada. Como no haya algún chivatazo…

Antonio entornó los ojos, mientras la mujer salía de la estancia.

Maica eludía la conversación. De forma inexplicable la presencia posesiva de Antonio, le asqueaba. Le añoraba cuando estaba ausente y, sin embargo, cuando estaba en casa, algo en lo más profundo de su ser, le rechazaba.

—¿Qué decías de chivatos? —le preguntó Antonio, cuando regresó junto a él.

—Me refería a las mamonas —respondió—. Hay mucha mamona suelta por ahí, que por menos de nada dan el soplo a la pasma.

—Esos no me preocupan —sentenció Antonio—. Que Dios cuide de mis amigos, que de mis enemigos ya me sé cuidar yo.

Antonio esperó el efecto de su frase en la expresión de la mujer, que permaneció impasible. Se la había oído a alguien en el talego.

Maica dijo, de pronto:

—Pues tienes un enemigo que piensa darte varias puñaladas.

Antonio se enderezó lentamente en el sillón.

—¿Qué es eso de puñaladas? —quiso saber.

—Un tipo raro. Debía de estar muy pasado. Telefoneó dos veces, porque la primera le colgué yo. Me dijo que soy una cerda y me cagué en su puta madre.

Antonio sonrió, distendido.

—¿Por qué? ¿A qué viene todo eso?

—No lo sé. No le conozco, pero él a nosotros sí. Estaba más rabioso que un dios cabreado. Largó por esa boca, cantidad. Dice que te va a matar.

Maica le miró, interrogándole con la mirada.

—Ni idea de quién pueda ser el menda —afirmó Antonio—. ¿Tú

no le conociste la voz?

—Es la primera vez que le oigo en mi vida.

Antonio calló, pensativo. Luego hizo un gesto de extrañeza y se levantó.

—¿Sabes lo que te digo? Ni caso.

—Pues a mí me asustó —admitió la mujer.

—El que quiera algo, ya sabe dónde me tiene. —Antonio se encaminó al cuarto de baño—. Si me quiere buscar, me encontrará. Te lo juro.

12

Tres días después, por la tarde, Maica acudió a la consulta del doctor Cobos. No le conocía, pero se dejó aconsejar por Blanca, que decía tener buenas referencias de él.

El taxi la dejó frente a un edificio de estilo neoclásico, en pleno centro de la ciudad. Se sentía molesta, ya que tendría que someterse a examen. Los hospitales y las consultas de los médicos la perturbaban.

La puerta del ascensor se abrió en la quinta planta. Enfrente mismo vio la placa del doctor Cobos. Pulsó el timbre y se entretuvo observando el dibujo oriental de la alfombrilla. Le abrió una enfermera joven, vestida de blanco inmaculado, que la invitó a entrar. Bonita, cara redondeada, de ojos verdes y expresión alegre, ponía una nota de calor en la asepsia de la consulta.

—¿Tiene usted ficha o es la primera vez que viene? —le preguntó la enfermera.

—Es la primera vez.

—Entonces, mientras espera, le abriré la ficha. ¿Me deja su documento de identidad?

Maica se lo entregó.

—Aguarde ahí, por favor —le insinuó, al tiempo que le abría la puerta—. Yo le avisaré.

Tomó asiento en la habitación destinada a sala de espera, contigua a la consulta del doctor. Miró de reojo hacia la gran puerta de caoba, cerrada, tras la cual en esos momentos alguna mujer

estaría siendo examinada por el médico. La habitación era fría e impersonal, con una mesita en el centro repleta de revistas, en su mayoría números atrasados, y varias sillas a todo lo largo de las paredes. Un óleo de colores chillones contrastaba con la sobriedad de la estancia. En el rincón, una pareja de recién casados aguardaba con impaciencia mal disimulada. La mujer era joven, de rostro agradable, y su timidez le impedía separar la mirada del cuadro que representaba un paisaje montañoso árido y sin vida. El hombre fumaba, inquieto, en silencio.

Entonces sintió una punzada de soledad. A ella no la acompañaba nadie.

Habían transcurrido veinte minutos, cuando la enfermera la hizo pasar a la consulta del doctor, quien la invitó a tomar asiento frente a él.

—Usted dirá.

—Me parece que estoy embarazada.

Había respondido con presteza, sin preámbulos. Guardó silencio.

—Eso es maravilloso, ¿no le parece? —la miró sonriente—. ¿Le han hecho algún análisis?

—No, señor —meditó unos instantes, antes de continuar—. Bueno, me hice una prueba con un producto que compré en la farmacia.

—¿Y le dio positivo?

—Sí, señor.

—¿Es su primer embarazo?

—No.

Maica tuvo la sensación de que aquel hombre leía detrás de sus ojos.

—Eso simplifica las cosas… —empezó a decir.

—Bueno, la verdad es que aborté.

—¿Cuándo fue eso?

—Hace unos dos años y medio.

—¿Voluntariamente?

—No. Lo perdí.

—¿De cuánto tiempo estaba embarazada cuando ocurrió eso?

—Casi cinco meses.

—¿Estuvo hospitalizada?

—Dos días. Tuve un poco de hemorragia.

El doctor se inclinó sobre la mesa e hizo una serie de anotaciones en la ficha que le había facilitado la enfermera.

Maica le miró. Era un hombre de aspecto imponente, alto, cara bronceada de rasgos afilados y pelo canoso. Estaba próximo a los cincuenta años. Era comedido y su persona infundía respeto. De mirada reposada, su serenidad resultaba reconfortante.

—Muy bien —dijo, levantando la mirada hacia la mujer—. ¿De cuántas faltas está?

—Voy por la tercera.

—De acuerdo. Pase ahí al lado y la examinaré.

Le indicó con la mano la habitación contigua. Maica obedeció. La enfermera la estaba aguardando y le entregó una bata blanca.

—Cámbiese detrás de la cortina —le indicó—. Quítese toda la ropa interior. Cuando esté lista, avíseme.

Maica se ocultó y se vistió la bata que le habían facilitado. Dejó cuidadosamente plegado el traje, falda y chaqueta de color gris, y blusa verde, sobre una silla metálica.

Al verse, una oleada de calor le subió al rostro. La bata era sin mangas y dejaba al descubierto sus dos brazos, en los que se apreciaban las marcas de los pinchazos.

Cuando llamó a la enfermera, ésta le indicó que debía acostarse en la camilla que estaba situada en el centro de la estancia. Miró de reojo a su alrededor. En aquella posición resultaba más temible la contemplación de todo el instrumental médico. A su derecha, una vitrina repleta de piezas de acero inoxidable, relucientes. A sus pies, una mesita de poca altura, en la que había dispuesto la enfermera algunos instrumentos que Maica supuso eran habituales en aquellos casos, y un estetoscopio.

El médico le hizo un reconocimiento exhaustivo. Primero palpó su vientre con la mirada concentrada en un lugar indefinido. Luego le obligó a separar las piernas. Se había puesto unos guantes de goma.

—No le voy a hacer daño —dijo, mostrándole el instrumento que tenía en la mano—. Esto es un espéculo. Vamos a ver cómo está todo por ahí dentro.

Maica sintió el frío del metal y que se le encogía el estómago. El

hombre actuaba con movimientos precisos y pulso firme.

—Incorpórese, por favor.

Maica quedó sentada sobre la camilla. El médico le auscultó el pecho y la espalda, en silencio.

Cuando creía que el hombre iba a dar por finalizado el examen de su persona, fue cuando vio el aparato aquel. Se le quedaron los ojos quietos, inmovilizados por el miedo y la vergüenza. ¡Le iba a tomar la tensión y entonces descubriría las marcas de la aguja! ¡Maldita heroína! Vio cómo le pasaba la cinta por el brazo izquierdo. Luego, la presión del aire inyectado, como si fueran a estallarle las venas, y después el vacío. El médico seguía en silencio y Maica se sintió en deuda con él. ¿O sería que no se había dado cuenta?

—Ya puede vestirse.

El hombre se levantó y salió de la habitación.

Cuando Maica regresó al despacho, le vio tomando notas en su ficha. Se sentó y aguardó. Tras aquella gran mesa de caoba labrada, su gesto era aún más grave.

—Está usted embarazada, sin ninguna duda —dijo, levantando la cabeza—. Ahora necesito hacerle algunas preguntas. ¿Cuándo le correspondía tener la menstruación?

—Hace tres días.

—¿Tiene los períodos con regularidad o suele retrasarse?

—No. Para eso soy como un reloj.

—¿Duración aproximada?

—Unos cinco días.

—¿En estos tres últimos meses ha sentido alguna clase de dolor?

—No.

—¿Molestias, mareos?

—A veces siento cierto malestar.

—¿Ha notado rechazo por cosas que antes le apetecían? ¿Se encuentra irascible a veces, sin causa justificada?

Pensó en Antonio. Últimamente le repugnaban sus costumbres y mucho más su proximidad.

—No me he dado cuenta —mintió.

—¿Padece alguna enfermedad?

Maica dudaba. Si se refería a la heroína, eso no era ninguna

enfermedad. Miró al médico, que seguía con sus anotaciones.

—Que yo sepa, no —respondió.

—¿Qué enfermedades recuerda haber tenido de niña?

Meditó la respuesta. No se acordaba muy bien.

—El tifus y el sarampión —contestó.

—¿Alguna enfermedad hereditaria en su familia?

—Creo que no.

—Dígame, el aborto de que me ha hablado antes, ¿cómo sucedió?

Maica titubeaba.

—Fue al coger una caja del ropero. Estaba arriba del todo y no llegaba. Cogí una silla y me subí. Al estirar el brazo, noté un dolor en el vientre. Me puse muy mala. Yo pensaba que me pasaría, pero no me pasó. En el hospital dijeron que se me había desprendido.

Maica supuso que lo que acababa de contar era perfectamente creíble. Una amiga suya abortó así. Por lo demás, tampoco era necesario decirle toda la verdad. Cuanto tuvo el aborto, Antonio estaba en prisión. No le había contado nada del accidente del coche, que pudo ser mortal, una noche de fiesta, promiscua, con mucho alcohol y chocolate.

De pronto, cuando menos lo esperaba, el médico formuló la pregunta.

—¿Desde cuándo es adicta?

Maica bajó la mirada. Notaba el rubor en sus mejillas ardientes.

El hombre adoptó un tono comprensivo:

—Puede resultarle molesto responder a mi pregunta, pero le aseguro que es importante. Por el bien de su hijo.

La última frase la pronunció con solemnidad. Maica vaciló unos instantes.

—¿Está dispuesta a responder? —insistió el médico.

—Sí.

—¿Cuándo empezó con las drogas?

—Hace varios años.

—¿Qué tomaba?

—Chocolate, como todo el mundo —respondió resuelta. Luego, reflexionó sobre la expresión que había utilizado, y explicó—: Bueno, hachís. Después vino la heroína.

—¿Cuánto tiempo hace que se inyecta en vena?

—Más de dos años.

—Dosis.

—¿Se refiere a picos diarios? ¿Cuántas veces me pincho?

El hombre asintió con la cabeza.

—Depende. A veces dos, a veces tres…

—¿Ha padecido síndrome de abstinencia?

—No. A veces, cuando me ha hecho falta un chute, una inyección, he notado eso, que la necesito. Pero el pavo no lo he tenido nunca.

—Habrá que cortar con eso. ¿Cuánto tiempo cree que podrá aguantar sin inyectarse?

—No lo sé —hizo una pausa, considerando si podría comprometerse con el sacrificio que se le iba a exigir—. Pero creo que podré pasar sin el caballo; quiero decir, sin el polvo.

El médico meditó unos instantes la medicación a que debía someterla.

—¿Está casada?

—Sí —respondió Maica, ya que su unión con Antonio, a todos los efectos, se podía considerar como matrimonio.

—¿Consume heroína su marido?

Maica asintió.

—¿Se siente capaz de dejar la heroína de forma radical?

—Creo que sí.

Pero en su voz no había toda la convicción que hubiera deseado.

—Se juega usted la vida del niño —ahora el médico hablaba con firmeza. Su voz era dura, casi agresiva—. De usted depende que nazca normal, sin taras ni enfermedades que podrían ser fatales. Piense que si durante el embarazo sigue inyectándose la droga su hijo será drogadicto nada más nacer. Es usted la única responsable de la salud del niño, a partir de ahora mismo. Si quiere tener ese hijo, prescinda de la heroína. No debe consumir ninguna droga. ¿Lo entiende usted así? Quiero que sepa que no existe en el mundo ningún médico capaz de cuidar su maternidad si usted misma no lo hace. No debe sentir vergüenza por haber contraído esa enfermedad —el hombre la miraba fijamente a los ojos. Oyéndole, Maica se sentía crecida, segura de su propia fortaleza—. Porque, en realidad,

el hábito de la drogadicción, concretamente la heroinomanía, es una enfermedad. Y a un enfermo hay que curarle. Pero importa, sobre todo, la voluntad; que usted quiera y acepte esa curación. Piense en su hijo.

Maica estaba llorando. Sin saber cómo, estaba pensando en su madre. La sensación de nostalgia dejaba paso a las sombras de su culpabilidad. El médico no le había preguntado por su trabajo.

—Deje que le dé un consejo, como médico y como hombre que posee una cierta experiencia. Abandone la droga ahora que está a tiempo. Si no lo hace, estará atrapada para el resto de su vida, que en ese caso, será más bien corta.

Después de extenderle las recetas y explicarle la forma de dosificar los medicamentos, el doctor dio por terminada la consulta.

—Venga a verme dentro de quince días.

Maica asintió y le estrechó la mano, con gesto agradecido. Las facciones del hombre, antes firmes y profesionales, ahora parecían paternales.

Estaba decidida. Iba a dejar definitivamente la heroína. Esa noche, en la cafetería, no probó el alcohol. Cada vez que un cliente la invitaba a una copa, escondía el vaso bajo el mostrador y se servía un refresco. Actuaba como una autómata, meditando en su embarazo y en las consecuencias inmediatas.

Blanca le sorprendió en un extremo, fumando y totalmente ausente.

—¿Estás bien, Maica?

Volvió la cabeza hacia su amiga.

—Sí, ¿por qué?

—Te veo rarísima, tía. Con esa cara no te vas a comer un rosco en toda la noche.

Maica se encogió de hombros, sonriendo.

—A ti te pasa algo —insistió Blanca—. ¿Me lo vas a contar o no?

Necesitaba compartir su secreto. Estaba dispuesta a hacer lo indecible para que ese niño naciera.

—Estoy embarazada, Blanca.

—¡Anda, mi madre! ¿Eso es fetén?

—Palabra. Fui al médico que me dijiste. El tío es de lo mejorcito. Me ha reconocido de arriba abajo. Estoy de tres meses y dice que

todo va bien.

Blanca estudió atentamente el rostro de su amiga. Tenía los ojos brillantes de felicidad.

—Me alegro, Maica. ¿Se lo has dicho a Antonio?

—No. Él no sabe nada.

—¿Cómo reaccionará el gárrulo ese?

—No sé. Creo que bien. Él siempre dice que no le molestaría ser padre. Pero con los hombres nunca se sabe.

—¿Le has explicado al médico lo del caballo?

—Lo ha visto él.

—¿Y qué dice?

—Que se acabó la droga. Nada de nada.

—¿Aguantarás el tirón?

Maica levantó la cabeza, altanera.

—Ya lo verás —respondió.

13

—Esta noche la voy a agarrar —afirmó Blanca.

—Te va a caer fatal —repuso Maica—. Esta tarde te has puesto ciega.

—¿Por dos canutos?

—Llevas un colocón que es demasiado.

Antonio y Rafael tomaron asiento en una mesa de la discoteca. Esa noche, al finalizar el trabajo en la cafetería habían decidido tomar una copa los cuatro juntos. El local vibraba de agitación humana, y la música golpeaba sin piedad todas las conversaciones. Allí estaban, barcas varadas, los habituales de la noche. Otros provenían del arrastre de la marea, fascinados por los fulgores nocturnos y sedientos de sensaciones alucinantes.

—¿Qué se celebra esta noche? —preguntó Rafael, mirando la botella de whisky.

—Lo de siempre —respondió Maica.

—Pues está la noche para fiestas. Menuda movida. Un desparramo de la leche ha habido hoy. El Crespo ha colocado a un mogollón de gente.

Antonio sirvió la bebida en los vasos.

—¿Todos por costo? —inquirió Blanca.

—La primera en caer ha sido la Alicia —explicó Antonio—. La han ligado esta tarde, donde el bar del Pedro. Se han llevado a casi todos los que estaban allí.

—Pues la Alicia lo tiene claro —comentó Maica.

—Ese es su problema —terció Blanca—. Le pegó dos tiros al Chus y se lo cargó. Total, por un ataque de cuernos. Muchos del rollo se la tenían jurada a la tía, porque se decía que iba de chivata. Pero la han trincao. Al que han soltado es a Paco el Melenas. Dicen que le han dado estopa en cantidad.

—¿Al Melenas? Imposible —respondió Antonio—. Ése es un cagao. Antes de ponerle las manillas ya lo ha largado todo.

—¿Estaba con el Chus cuando pasó todo? —preguntó Maica.

—Él dice que sí —contestó Rafael—. Que le querían colocar a él ese marrón, y por eso tuvo que explicar la historia.

—Todo por un encoñamiento de mierda —sentenció Blanca, que empezaba a liar un porro.

—Aquí no, tía —le atajó Antonio—. Un día van a dar un toque y no vamos a quedar ninguno.

Blanca obedeció a regañadientes.

El humo y el alcohol giraban en una danza espesa. Rostros abotargados, los ojos enrojecidos y pesadez en las palabras, pero todos con la sonrisa a flor de labios, a la búsqueda de los ocultos placeres de la noche.

—¿Sabéis de qué me estoy acordando? —preguntó Blanca—. De los dos julais que nos querían ligar hace un rato, por lo legal. ¡Lo tenían claro! Y la verdad es que tenían su gracia. Nos caían simpáticos y estaban tan necesitados… Con ésos lo hubiera hecho a gusto.

—A ésta le pego yo una que le pongo la cara al revés —amenazó Rafael.

—Ahora vas de estrecho por la vida, ¿o qué? —preguntó Maica, sin aguardar respuesta—. Seguro que Blanquita es aún virgen. ¡No te jode!

—Oye, Califa, a éstas hay que atarlas corto —respondió Rafael—. Que una cosa es que se hagan a quien quieran en el trabajo y otra que se den gusto con un mangui de por ahí. El trabajo es el trabajo, pero lo otro…

—A mí no me comas el coco —dijo Maica.

Blanca pidió silencio con gestos grandilocuentes.

—Pero, ¿qué dice? —exclamó, señalando a Rafael—. De éste aún no me he estrenado desde hace más de cuatro meses. Con el caballo

tiene bastante. ¿Cómo lo veis? —se sirvió una buena ración de la botella—. Si lo sé, me ligo al julai.

—Vaya colocón de mierda que llevas —comentó Rafael—. En casa te arreglaré el cuerpo.

Antonio, que miraba fijamente la puerta del local, quedó paralizado. Con una mirada les marcó el lugar. Tres hombres jóvenes, hablaban con el encargado.

—No los conozco —dijo Antonio—. Pero son de la pasma. Apestan a distancia. ¡La madre que los parió! —luego, en voz baja, ordenó—: Maica, llévate a ésta y que tire lo que lleva encima.

Maica se levantó, tomando del brazo a su amiga, que caminó tambaleante hacia los servicios. Los dos hombres permanecieron sentados, simulando una conversación.

Antonio volvió a sentir en su pecho el desgarro de la impotencia, que le enfurecía y le humillaba a un tiempo. Cada vez que veía a un policía era como hallarse frente a un ser con poderes para decidir sobre su libertad.

Siempre había sido así, desde aquella primera vez, a los catorce años. Fue por la tarde. Aún no había anochecido. Aquel coche, nuevo y brillante, lo habían aparcado en lugar óptimo. Estaba abierto sin casi dificultad. En el asiento posterior habían dejado una chaqueta. Y en las chaquetas suelen haber carteras. Se acercó al vehículo y tanteó la cerradura. Sencilla. Extrajo del bolsillo el abrelatas alargado, que siempre llevaba consigo. Le había aplanado y limado la punta para confeccionarse su ganzúa particular. Todos los amigos la tenían. La puerta se abrió sin esfuerzo. Con la rapidez de una alimaña se había introducido en el coche y la chaqueta ya era suya. Al salir del coche, aquellos dos hombres se abalanzaron sobre él y le esposaron. En aquella circunstancia no supo qué le atemorizaba más si el miedo a la paliza de la policía o el miedo a la reclusión. No era justo. Le habían tendido una trampa. Buscaban al individuo que afanaba los coches de la zona y le cogieron a él, que era la segunda vez que pisaba aquel barrio. La visión de la comisaría le empequeñeció. Un pánico oscuro, allá en lo hondo, le recorrió el cuerpo. Las piernas le temblaban. Varios policías le

gritaban a la vez. Estaba aturdido. La amenaza de la cárcel y del reformatorio gravitaba sobre su cabeza, golpeándole violentamente las sienes. En la calle le habían dicho que si le cogían no podían hacerle nada porque era menor y los menores no pueden ir a la cárcel. Eso sí, le pegarían una buena paliza. Pero el reformatorio era tan temible como la prisión. Los policías le miraban con desprecio. Él aguardó, expectante, la primera bofetada, que no llegó nunca. Hubo un policía, un hombre ya maduro, que le habló casi con cariño. Pero le gustaba sermonear y eso lo estropeó todo. Nunca lo supo explicar, pero las palabras susurrantes, maduras de consejos, ya desde la niñez le provocaban una repulsión irrefrenable. Se encerró en sí mismo y se sorprendió de la sangre fría con que reaccionaba. Un policía le llamó «cínico» y otro afirmó que «tenía madera de chorizo». Impactaron como dardos en su cerebro. El reformatorio era un lugar lóbrego, un edificio antiguo y ruinoso, habilitado para cárcel de jóvenes. Al tercer día, de madrugada, saltó la valla, lindante con los campos, y se fugó. El acontecimiento le valió la admiración de los amigos, que tácitamente, le aceptaron como jefe. Con gran alarde de inventiva, les contó que la policía le había dado una gran paliza. Le habían torturado. Dudó un tanto en responder cuando uno de la pandilla le preguntó, sorprendido, dónde estaban las señales en su cuerpo. Al fin encontró la respuesta: aquellos tipos de la policía eran muy listos y habían tenido buen cuidado en no dejar marcas de su violencia.

Aquella primera detención fue un aldabonazo sordo: una toma de conciencia de su personalidad. De golpe, había aprendido lo que era la libertad.

Desde entonces había estado detenido muchas veces. Era como repetir una lección mal aprendida. Siempre se juraba a sí mismo que nunca más le privarían de su libertad. Cada vez que era detenido analizaba minuciosamente los hechos a la búsqueda del fallo, del resquicio por el que había penetrado la policía.

Maica y Blanca regresaban ya. Antonio seguía, con la mirada atenta, los movimientos de los policías.

—Vaya rollo más chungo que se están marcando —exclamó Blanca.

Los policías se marcharon.

—Vámonos —ordenó Antonio—. Esto quema.

Salieron a la noche. La calle les pareció más humana. El fresco húmedo de la madrugada les azotó el rostro.

—Me voy a meter un pico en casa, que va a ser demasiado —dijo Rafael en la despedida.

14

Las punzadas de dolor en el cerebro y las náuseas hacían gravitar la habitación sobre su cabeza. Maite comprendió que había bebido demasiado esa noche. Se volvió hacia Nano, que parecía absorto en la contemplación de sus propias fantasías.

Hizo una mueca de asco. Cada día se sentía más lejana de él. Pensó que seguía a su lado por desidia simplemente. Nunca encontraba el momento de afrontar la realidad y echarle a la calle. Sabía que un día no lejano tendría que hacerlo, pero le producía cierta inquietud. No era ningún sentimiento de compasión. Le suponía un gran esfuerzo el plantarse y decir ¡basta! Ése era el único motivo por el que las cosas seguían rodando. Siempre había sido así. Por esa causa había sufrido varias decepciones en esta vida.

En aquel tiempo era aún estudiante y estaba en plena adolescencia.

Recordó el verano en el campo, en casa de su prima, que era hija única. Pasaban la mayor parte del día solas, pues sus padres siempre tenían compromisos que les alejaban de la casa. Su prima era un año mayor que ella y tenía el genio muy vivo. Estaba acostumbrada a salirse casi siempre con la suya. Maite disfrutaba del verano, pues a causa de su prima le concedían caprichos que de otra forma se le hubieran negado.

Aquella tarde se pusieron los bañadores —que ambas tenían de dos piezas—, y se zambulleron en la piscina de rústica construcción

y cuya agua servía para regadío de los cultivos de la finca. Tras gozar de la natación y cuando ya el sol declinaba la tarde, con las toallas colgadas del hombro, entraron en la casona y se encerraron en la habitación que compartían.

A excepción de esos baños diarios, no había mayores alicientes en aquel paraje.

Sentadas al borde de sus camas, frente a frente, conspiraban sobre la forma de lograr que los padres se decidieran a emprender un viaje por la costa.

De pronto, su prima Silvia lo dijo:

—Tienes los pechos bonitos.

Maite permaneció unos segundos atónita. Luego sonrió sin malicia.

—Tú también —respondió.

—Los tuyos son igual de grandes que los míos y yo soy mayor.

—Eso no tiene nada que ver.

—Puede ser.

Maite captó un brillo extraño en los ojos de su prima.

—¿Te das algo? —preguntó Silvia.

—No. ¿Es que tú te pones algo?

—Yo no, pero me han enseñado unos masajes.

—¿Para qué?

—¡Pareces tonta! Pues para que crezcan y llenen bien el vestido. Ahora verás.

Silvia se detuvo y estudió a su prima.

—Quítate el sujetador —le dijo.

Maite titubeó, sin comprender.

—¡Quítatelo! —exigió su prima—. ¿O es que vas a tener vergüenza?

Maite se desprendió lentamente de la pieza, con la mirada impotente, colgada de los ojos de su prima.

Silvia sonreía. Estaba absorta en sus pechos adolescentes.

Se situó, arrodillada en la cama, detrás de Maite.

—Inclina el cuerpo hacia delante y cierra los ojos —le susurró.

Maite obedeció. Las manos de su prima iniciaron unos suaves masajes alrededor de sus pechos. Cuando acarició sus pezones, éstos se irguieron con una prestancia majestuosa. Sintió un

estremecimiento que le recorrió todo el cuerpo.

No pronunció palabra. Su prima continuó con las caricias, cada vez más apasionadas.

Maite notaba una sensación nueva de placer. Era un hallazgo electrizante. Sabía que estaban haciendo algo prohibido, pero le gustaba y, por lo demás, era incapaz de negarse a su prima.

Silvia se detuvo. Sin hablar, dejó caer sobre la cama su sujetador y se tumbó de espaldas.

—Ahora tú —le dijo.

Maite se volvió. Observó los senos desnudos de su prima y adoptó una posición más cómoda. Apoyó sus dos manos sobre los pechos de ella y los sintió cálidos. Lentamente comenzó con movimientos tímidos, tratando de imitar los masajes que ella había recibido. Silvia tenía los ojos cerrados.

—Así, así… —susurraba satisfecha.

Entonces Silvia le indicó que se acostara a su lado. Fue entonces cuando su prima deslizó una mano entre sus piernas, bajo la minúscula prenda, y la dejó reposar sobre su pubis. Aquellos dedos seguían descendiendo y se notó húmeda. Descubría, por primera vez, el sabor del placer prohibido.

El claxon del coche las dejó paralizadas. Eran sus padres que regresaban. Silvia reaccionó rápidamente. Se puso en pie y se dirigió al cuarto de baño. Antes de abandonar la habitación, advirtió a su prima:

—Como lo digas a alguien, te mato.

Entonces sintió miedo, vergüenza y tristeza.

—¿Vendrás conmigo? —le estaba preguntando Nano.

—¿Adonde?

—Coño, a lo que te he hablado antes.

—No me gusta —respondió aburrida.

—Pues me vas a hacer una faena. Podríamos hacer una movida de varios kilos de chocolate. Se alquila el coche; sin problemas. Contigo damos el pego de puta madre. Una pareja es mejor que un menda solo. Nos bajamos a Marruecos, al moro, volvemos, y ya está.

—No me comas el coco, tío. Si quieres tener esa historia, te la montas tú.

Nano movió la cabeza, descorazonado.

—Además, ¿de dónde vas a sacar la pasta? —preguntó Maite.

—Lo tengo pensado.

—Tú todo lo tienes pensado…

—Esto funciona —exclamó Nano, señalando con el dedo índice su cabeza—. Me hace falta sólo un poco de guita, así que no hay más camino que levantar los talegos de un banco. ¿Te mola?

Maite le miraba con disgusto.

—Yo paso de esas historias —insistió.

—Mira, lo tengo todo planeado. No me puede fallar. Además, ahora llevo una buena racha. En la vida pasa así. Unas veces se gana y otras se pierde. Yo he perdido muchas veces. Ahora las tengo todas de cara. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Mira, Nano, haz lo que quieras, pero no me comas el tarro. Los atracos en bancos son mala cosa. Te pueden dejar frito. Él siguió con su explicación, en un intento de convencerla. Finalmente, desistió.

—Esta noche no se puede hablar contigo —exclamó exasperado —. Por cierto, ¿hay limones en casa?

—Me parece que sí —respondió ella, imaginando que los necesitaba para limpiar de impurezas la heroína.

—Menos mal, porque el caballo que he ligado esta tarde es del marrón y está muy chungo.

15

Maica cogió el teléfono.

—¡Hola, cerda!

Reconoció aquella voz quebrada. Otra ver el miedo, que le galopaba sangre arriba.

—¿Quién eres? —le preguntó.

—Él ya lo sabe. ¿O es que no se lo has dicho? Pero, claro, las gallinas se esconden.

Maica hizo gestos a Antonio para que se levantara, indicándole con gestos vivos que juntara su oído al auricular. Mientras él se acercaba, la mujer habló al desconocido.

—¿Por qué no se lo dices a él?

—¿A quién? ¿A Toni Califa? Ése es un cagao que está lleno de mierda. Cuando me cruce con él es hombre muerto.

Antonio escuchó impasible.

—Tú hablas mucho detrás, pero delante te quisiera ver yo —le humilló Maica, tratando de que Antonio reconociera la voz.

El otro forzó una risotada.

—Cuando quiera me tendrá cara a cara —dijo—. Lo que pasa es que es un cobarde; pero yo terminaré con él. ¡Eso está jurado!

Antonio le arrebató el teléfono a Maica y se lo apretó con furia al oído. Al otro lado de la línea se habían callado.

—¡Cabrón de mala madre! —le gritó—. Si tienes tantos cojones, dime dónde quieres que nos veamos.

—¡Ya vas saliendo de la madriguera! —le respondió el otro. A

través del teléfono se advertía que estaba desconcertado.

—Otros son los que se esconden, Cara Cortada. —Antonio le había conocido por la voz. Era el Sevillano, pero le espetó el apodo que más le incomodaba—. Cuando te vea, te vas a tragar todo lo que has dicho, hijo de…

La comunicación se cortó. Antonio estaba excitado y se retorcía las manos con rabia. Paseó de un lado a otro de la habitación. Se sentía frustrado y deprimido. El Cara Cortada estaba buscando lío, y lo iba a tener.

—Ése aún no ha aprendido con quién se juega los cuartos —le dijo a Maica, sentándose.

—¿Quién es?

—Un mangui con cara de gorila que se lo monta por ahí de matón. Va de chulo por la vida y es sólo un desgraciado.

—¿Y por qué lía esa porcata por teléfono?

—Está zumbao.

—Yo creo que no hay que hacerle mucho caso. Si quisiera hacer lo que dice, no andaría con tanta historia, ¿no crees?

—Ya te lo he dicho: está majaron perdido.

El coletazo profundo del odio y la furia contenida del hombre le delataban.

—¿De qué os conocéis? —quiso saber Maica.

—Esa historia es demasiado. Ya te digo, conocerlo, sí lo conozco. Lo tengo tratado desde hace tiempo. En el talego le tuve que partir la cara. Y por lo que se ve, me la guarda. ¡Lo va a tener claro conmigo!

Antonio miró mecánicamente el reloj, sin fijarse en la hora que señalaba. Pasaba de las dos de la madrugada.

Maica quiso bromear a costa de la situación.

—Para una vez que no voy a trabajar, nos dan la noche —dijo.

—Mira lo que te voy a decir. Si vuelve a llamar ese tipo, se terminó —hablaba con los dientes apretados—. Será lo último que haga.

—Déjalo. Le has bajado los humos y ha tenido bastante. No volverá a marcarse faroles por teléfono. Y si lo hace, peor para él… Oye, ¿por qué le diste un curro en la prisión?

Antonio estaba mordisqueándose las uñas y no se sentía

animado al diálogo. Finalmente sonrió al recordar lo ocurrido aquella tarde en la prisión.

—Eso fue una historia que tuve con el Sevillano, allá arriba. Desde entonces le llaman el Cara Cortada. Creo que su nombre es… Bueno, no lo recuerdo. El tipo vivía a cuerpo de rey, y en el maco los tenía a todos acojonados. Había montado su mafia y se enfrentó con nosotros. Y palmó. ¿Cómo lo ves? A los más julais les obligaba a pagar su impuesto: un poco de chocolate, cuando tenían, algo de lo que recibían de los paquetes de casa o bebidas o dinero. ¡Por el morro! Esas cosas pasan mucho allí, no creas. El que se niega, paliza y a otra cosa.

—¿Y si alguien se niega? —preguntó Maica.

—No se niegan. Con una paliza, tienen bastante. Antonio reía al ver el gesto de repugnancia de la mujer.

—Aquella tarde nos la quiso liar —prosiguió—. Vino al grupo nuestro con ganas de camorra. Era sábado y estábamos jugando a los dados, jugó fuerte y palmó. Entonces se puso como loco. Quería demostrar a los de la galería que él era el jefe, el más fuerte, vamos. Se metió con mi familia y me amenazó con una navaja. Le rompí un botellín de cerveza en la cara. Sangraba como un cerdo cuando se lo llevaron al hospital. A mí me metieron en una celda oscura. Por poco pierde el ojo… Si me busca ahora, me va a encontrar.

Maica le escuchaba sin parpadear. No comprendía la violencia ni la ira insultante de Antonio.

—Eso es agua pasada —le tranquilizó.

—Pues yo te digo que esto no va a quedar así.

—¿El sexo? Es lo único que buscan los hombres. Todos son iguales. A veces pienso si será tan importante.

—Para ellos lo es —replicó Maica—, y para las mujeres, también.

—Pero no es lo mismo —añadió Blanca.

De pie, junto a una farola, esperaban con impaciencia que pasara algún taxi. La cafetería estaba situada en el casco antiguo de la ciudad y los taxistas frecuentaban regularmente aquella zona.

—¿Conocías al tipo de esta noche? —preguntó Maica.

—No.

—Pero parece que se lo montaba bien.

Blanca la miró, desconcertada.

—Qué va —exclamó—. Me ha contado un mogollón de historias. Cada palabra que dice el tío, mentira. Pues, ¿no se las da de periodista?

—¿Y por qué 110?

—Pues porque lo único que buscaba era llevarme al catre cuando terminara el trabajo. Cada uno se lo hace a su manera. Este va con el rollo de que es periodista.

Un destello de ironía asomó a los ojos de Maica.

—Bastante te preocupa a ti eso —exclamó.

—No estás en la onda, tía —repuso, molesta, Blanca—. Es que el menda va de listo y quería hacerlo conmigo por el morro. Y de eso, nada. ¿Sabes lo que me proponía?

Maica simuló sorpresa, y movió negativamente la cabeza.

—Quería hacerme unas fotos. —Blanca imitaba la voz metálica del hombre—. Cincuenta billetes por dos poses de nada. Le he mandado donde tú puedes suponer.

—Has hecho bien. El que quiera verte, que venga.

Blanca paseó por el centro de la calzada, oteando en la distancia.

—Ni un taxi —dijo—. Y son casi las dos y media. ¡Vaya nochecita! Cuanto más prisa tienes, menos pasan.

—Eso pasa siempre. Por cierto, ¿tú crees que será verdad lo que te decía?

—Y yo qué sé. Por si acaso le he dicho que vaya a hacerle las fotos a su hermana. ¡No veas cómo se ha puesto! ¡La que hemos podido liar! Aunque a mí no me la da. Lo que quería era llevarme al huerto por la cara.

Maica la interrumpió, levantando aparatosamente los brazos y haciendo señales al coche que se acercaba.

—¡Taxi! —gritó.

Ambas saltaron al interior, ateridas de frío. Dieron la dirección de Maica, cuyo domicilio quedaba más próximo.

Descendió del vehículo, como todas las noches, en la esquina más cercana a su casa. Aquella barriada quedaba muy a las afueras

de la ciudad. Sus edificaciones eran muy recientes y en su mayoría habitadas por trabajadores que iniciaban su jornada laboral con las primeras luces del alba.

La calle estaba pobremente iluminada, por lo que el taxi, con Blanca en su interior, aguardaba pacientemente hasta que Maica llegara a su portal.

Próxima ya al mismo, se volvió hacia el coche y le hizo señas para que se marchara. El taxi arrancó.

Maica abrió el bolso tanteando casi a oscuras, en busca de las llaves. Detrás de sí, y a poca distancia, creyó oír un ruido sordo. Giró en redondo y recorrió con la mirada la hilera de coches aparcados.

No vió nada. Levantó los ojos hacia el cielo y respiró profundamente. Un acorde de estrellas brillaba en lo alto. Aún quedaban unas horas antes del amanecer.

Caminó confiada hacia el portal de su finca con las llaves preparadas. Había andado varios pasos cuando se dio cuenta de que alguien estaba detrás de ella.

Aquellas pisadas graves eran de hombre.

No tuvo tiempo de volver la cabeza. Frente a ella, a escasos metros, había aparecido de entre la oscuridad un individuo alto, fornido.

Quedó paralizada por el miedo. El sujeto se detuvo frente a ella. Parecía indeciso. Casi al instante, una mano poderosa le tapaba con rudeza la boca. Aquel hombre esgrimía una navaja, cuya hoja brillaba amenazadora en la oscuridad.

—No abras la boca, cerda —oyó una voz a sus espaldas.

Aquella voz ronca…

En una fracción de segundo supo quién era el hombre. Al otro individuo no lo conocía.

Se agitó intranquila, mirando con horror al sujeto que le cortaba el paso. No intentó gritar. Le estaban forzando el brazo derecho, retorciéndoselo en la espalda. Tenía el rostro contraído en una mueca de dolor.

La empujaron hacia un coche estacionado al final de la calle y la obligaron a subir. Una vez dentro, le vendaron los ojos.

No comprendía lo que estaba sucediendo.

Jamás se había preocupado de analizar su conciencia y, de pronto, una sucesión de pensamientos le giraban en la mente, como un huracán. ¿Qué están haciendo? ¿Qué quieren? De cuantas personas conocía no imaginaba que ninguna fuera capaz de hacer una cosa así con ella. No era una broma. Esa voz era la misma del teléfono. Pero, ¿por qué a ella? ¿Qué le había hecho a aquel individuo? El Cara Cortada. Así le había llamado Antonio.

El coche se había puesto en marcha. Con los ojos vendados, estaba totalmente desorientada. Era incapaz de adivinar en qué dirección la llevaban. Sólo se oía el zumbido del motor. Aquellos dos hombres guardaban silencio. Ella iba sentada detrás. A su lado oía la respiración jadeante, nerviosa, de Cara Cortada. Estaba segura de que era él, aunque no había tenido tiempo de ver más que al otro individuo, al de la barba.

Pensó en la posibilidad de un secuestro. Pero carecía de lógica. ¿Qué podían pretender? ¿Dinero?

Entonces comprendió. El tipo era vengativo y lo había dispuesto todo con frialdad, porque era en ella en quien había planeado descargar su odio. Tuvo frío. Quedó inmóvil en el coche, sin atreverse apenas a respirar.

—Ya estamos llegando, muñeca —le informó Cara Cortada. Su acento estaba saturado de rencor.

Las palabras le dolieron en la garganta cuando preguntó débilmente:

—¿Qué queréis de mí?

El individuo que conducía soltó una carcajada. Maica optó por el silencio, temiendo airarles con sus preguntas inútiles.

El coche se detuvo. Oyó un candado que era abierto y el ruido estrepitoso de una puerta metálica que se izaba. La hicieron caminar unos pasos. La puerta volvió a cerrarse.

La condujeron en silencio por una amplia estancia y bajaron unas escaleras. El ruido de sus tacones al caminar le martilleaba la cabeza.

Otra puerta se cerró a sus espaldas. Cuando le quitaron la ven da la luz le alanceó los ojos.

Ahora estaba segura. Era Cara Cortada. La gran cicatriz de su rostro destacaba de forma siniestra. Se movía con nerviosismo. Era

un hombre musculoso y los ojos le brillaban intensamente. De su mano izquierda colgaba una pesada cadena de oro y en el dedo anular lucía un gran sello con iniciales grabadas. Iba vestido con la corrección típica de los macarras, pensó Maica.

Del otro hombre sólo destacaba su espesa barba negra, cubriéndole todo el rostro. Del fondo de sus cuencas, dos ojos diminutos parecían mirar a escondidas. Era más joven y tenía una pronunciada calvicie. A todas luces, era un monaguillo de Cara Cortada.

Maica miró a su alrededor. No se veían muebles. Aquel lugar tenía la apariencia de ser un taller mecánico. El ambiente estaba impregnado de un fuerte olor a grasas y aceites industriales. En un rincón había una mesa alargada abarrotada de herramientas. Desperdigadas por el suelo había un sinfín de piezas de motor de automóvil, inservibles. Las paredes ignoraban la pintura. Del techo colgaba una bombilla, cuya luz turbia iluminaba la estancia.

—¡Desnúdala y átala! —ordenó Cara Cortada.

Maica le miró a los ojos. Aquella voz, llena de vibraciones violentas, le paralizaba los sentidos.

El otro obedeció. Abrió su navaja automática y restregó la hoja acerada por el cuello de la mujer.

—Si gritas, se puede enfadar —dijo con expresión divertida, mostrándole el arma.

De un tajo sesgó el vestido por el pecho. Maica se dejó hacer, enmudecida de pavor.

De pronto sintió deseos de maldecirle, insultarle, gritarle…; pero el miedo le atenazaba la garganta reseca.

En un alarde de rudeza, el individuo le arrancó todas las prendas íntimas, esparciéndolas por el suelo.

Maica supo que estaba desnuda.

Mantenía los ojos apretados, conteniendo las lágrimas.

—Acuéstate en el suelo —le gritaron.

En un momento comprendió en su carne el completo significado de la soledad, abandonada de todos y odiada. No entendía los motivos, pero tenía la convicción de que la muerte rondaba muy cerca.

Cuando abrió los ojos, Cara Cortada se estaba desvistiendo con

movimientos pausados. Tendría algo más de treinta años y era de una corpulencia temible. Se fijó en su rostro. La cicatriz le recorría el lado izquierdo, desde la ceja hasta la mitad de la mejilla. Su mirada era diabólica. Le vio alejarse hacia el rincón.

De pronto apareció desnudo y con un objeto extraño en la mano.

Maica estaba en el suelo, la vista fija en la bombilla del techo. Le habían atado las manos a la espalda con una cuerda gruesa. Asimismo, dos cuerdas atadas a sus tobillos mantenían sus piernas abiertas.

Restalló un látigo.

Cara Cortada hizo gemir el viento, arrancándole a la noche un ruido siniestro. Entonces, se arrodilló junto a ella y palpó desabridamente su sexo. Maica se sintió profanada. Deseó poder encogerse, encerrarse, evadirse.

Cerró los ojos, en un intento de olvidar su cuerpo ultrajado y su total soledad.

Cara Cortada, sin ningún miramiento, le introdujo el mango del látigo.

Fue un temblor de dolor desgarrado que la hizo gritar. El otro sujeto, totalmente desnudo también, acudió aceleradamente y le cerró la boca con un pañuelo, que le embutió con dureza.

Maica movía la cabeza de un lado a otro, violentamente. La noche se rompía, impotente. Cuchillos inmensos laceraban sus entrañas. Le ardían las manos, las piernas y la boca.

Aquellos dos hombres estaban sobre ella. A veces eran caricias y otras, golpes violentos. Se movían como un huracán descontrolado.

Las cosas iban perdiendo su forma. Poco a poco, sólo quedaba su mirada, prendida débilmente de la luz del techo, semejante a una marea de fantasmas cambiantes.

Cara Cortada seguía haciendo girar, con un sadismo feroz, el mango dentro de ella.

Se vio a sí misma: tristeza, demonios, espuma, llanto, sal. Le dolía el pecho. Aquello era una oscura guerra de pesadilla.

Cierra los ojos. Espera. No digas nada. No llores. Pronto vendrá alguien y preguntará por ti. Dirá tu nombre y entonces despertarás. La cabeza dejará de dar vueltas en la noche tibia. Volverás a este mundo conocido y compartirás las calles, el sol, el mar, la alegría.

Será como el despertar de un sueño, inútil y amargo.

Entonces, Cara Cortada se echó sobre ella y la penetró. Dentelladas de dolor, frustración y rabia aleteaban en su interior. La imagen del espanto se reflejaba en su pupila.

Por un momento no sabía si estaba viva, soñando o a punto de morir.

Recordó su virginidad marchita desde hacía tantos años. Le impregnaba un sentimiento de culpa. La visión de su etapa de colegio, en que la pureza era su altar más sagrado, le dolía en la carne. Alguien estaba asesinando las luces de su alma con estrépito. Antiguas leyendas salvajes se estaban haciendo realidad.

Su pulso era febril, enloquecido. Maldiciones como relámpagos cruzaban por sus ojos que pugnaban por saltar de sus órbitas.

Maica supo, en un instante, que iba a perder el conocimiento. Tenía el cuerpo dolorido y todo su ser parecía caer, deslizándose poco a poco por un terraplén oscuro.

El hombre de la barba estaba ahora a horcajadas sobre su vientre. Lo entreveía de forma somnolienta. Llevaba en su mano la navaja.

Ahora le estaba acariciando el hombro con su hoja y la hacía descender, serpenteante, por sus pechos. Al principio fue como un débil alfilerazo. Luego ya no sintió nada. Su propia sangre le bañaba el cuerpo. Era una sensación cálida. No experimentó dolor cuando la poseyó salvajemente.

Cuando cortaron las ataduras de sus muñecas, ignoraba el tiempo que había transcurrido. Tenía los tobillos envarados.

La golpearon en el rostro para obligarle a volver a la realidad. Los miembros estaban entumecidos y un frío profundo le atenazaba todas las articulaciones.

Le hicieron ponerse en pie. Los ojos enrojecidos, alcanzaron a ver a los dos hombres, ya vestidos, que le imponían prisa.

Buscó su vestido rasgado y se cubrió con él. Entonces descubrió la sangre en sus brazos, en sus pechos y en el vientre. Se desvaneció de nuevo.

Cuando despertó, el coche estaba parado y uno de los hombres le quitaba la venda de los ojos. Quedó tirada en el suelo de una calle cualquiera. Sentada en la acera, con la espalda apoyada contra

la pared, un hilo de sangre le corría por los muslos.

—Toma, cerda —le gritó Cara Cortada, arrojándole al rostro sus prendas interiores.

El coche se alejó a gran velocidad.

Había perdido la noción del tiempo y no tenía interés por saber dónde se encontraba. Estaba vacía. Sólo le quedaba el odio.

Violada. Había sido violada. El pensamiento le rebotaba salvajemente en su cerebro. Aquellos brutos habían dominado sobre su ser y humillado su sexo. Toda esa sádica hostilidad había logrado violentar su persona. Nacida para ser mujer, había pagado su tributo de servir a los hombres por su sexo.

Luego, ya no percibió nada. Sólo el corazón, que parecía derramarse abandonado sobre el frío suelo.

No lograba acallar el llanto que temblaba como un niño, aferrado en su interior, y le subía en espasmos por el pecho.

Eran más de las cuatro de la madrugada, cuando la dotación de un coche de la policía, en su patrulla ordinaria, creyó ver un cuerpo humano tendido en el suelo.

Maica, con la mirada extraviada, prestó atención al ruido sordo del motor de un vehículo que se acercaba y seguía su camino. ¡No! ¡Se había detenido!

Ahora retrocedía. Vio dos luces azules que lanzaban destellos sobre el coche. Reconoció los uniformes de la policía y un brillo de esperanza iluminó su rostro hinchado. Nunca hubiera imaginado que la presencia de esos hombres fuera capaz de infundirle otros sentimientos distintos al temor y al odio.

—¿Se encuentra usted bien…? —preguntó uno de los policías, tratando de habituar sus retinas a la oscuridad del lugar. No descubrió la casi total desnudez de la mujer, hasta que hubo llegado junto a ella. Estaba sangrando. Pidió ayuda al compañero y entre ambos la acomodaron en la parte posterior del vehículo policial.

Maica creyó oír, lejana, la sirena del coche que, a gran velocidad, se abría camino en la noche.

Notó alivio. La habían cubierto con una manta y la temperatura allí dentro era muy agradable. Se le cerraban los ojos, cuando escuchó a uno de los policías hablar por la emisora de radio. Una voz reposada respondió que iba a acudir otro coche a fin de dar una

batida por la zona. Seguían hablando, pero su conversación cada vez iba quedando más distante.

Apenas tuvo conciencia de que la bajaban del coche y era acostada en una camilla. Los pasillos blancos olían a hospital. Después, en aquella habitación fuertemente iluminada comenzó a distinguir hombres y mujeres con batas blancas; algodones, medicinas, pinzas, una jeringuilla…

Los dos policías aguardaron pacientes en la sala contigua. Transcurrió casi una hora, antes de que regresara, del departamento de Urgencias, el médico que cubría el servicio.

—Por ahora, hemos terminado —dijo—. Pero tendrá que permanecer ingresada unos días.

—¿Es grave? —preguntó uno de los policías.

—Está fuera de peligro, pero podía haber sido mucho más serio —miró, inquisitivo, a los policías—. ¿La conocen?

—No. Además, venía desvanecida y no hemos hablado con ella.

El médico era joven y sopesaba cada una de sus palabras.

—Creo que es heroinómana —explicó—. Tiene los dos brazos echados a perder por las cicatrices de los pinchazos.

Los policías se miraron.

—¿Podríamos hablar con ella?

—Háganlo aquí mismo. Pero sean breves, por favor. Está bajo la influencia de un sedante, ya que necesita descansar. Quizá…, creo que sería más conveniente que hablaran con ella mañana.

—¿No se encuentra en condiciones?

—Ha sido violada. Le han destrozado la vagina. En el pecho y en los brazos tiene heridas incisas, hechas al parecer con navaja. Alguna de esas heridas es muy profunda. Ha perdido mucha sangre.

—Seremos breves —aceptó el que hacía de portavoz de los policías.

El médico les condujo a una sala reducida, en cuyo extremo descansaba Maica, acostada en una pulcra cama. Estaba despierta. El rostro presentaba múltiples moratones y los vendajes, que arrancaban desde el hombro, se ocultaban bajo la blanca sábana.

—¿Se encuentra bien? —preguntó el policía de más edad, que

iba provisto de una pequeña libreta y un bolígrafo.

—Estoy mejor —contestó en un susurro.

—No queremos molestarla ahora. Solamente necesitamos sus datos personales. ¿Quiere darnos su nombre?

—María del Carmen Soria Navarro.

—¿Dónde vive?

Maica consideró un instante su respuesta.

—En la calle Tres Forques, número trescientos quince.

Había mentido instintivamente. No sabía por qué lo había hecho, pero pensó que quizá era mejor así.

—¿Vive usted con sus padres?

—No, no, qué va. Vivo sola.

El policía que tomaba notas, levantó la vista.

—¿Desea que avisemos a algún familiar de su situación?

Maica titubeó.

—No, gracias —respondió—. Mañana se lo explico yo. No quiero que se asusten mis padres.

—Como usted quiera.

El policía consideró la posibilidad de seguir formulando preguntas, pero el médico esperaba con mirada apremiante y la mujer parecía somnolienta.

—No la molestamos más. Mañana quizá podamos hablar con usted, cuando haya descansado… Sólo una cuestión más. ¿Conoce usted al que le hizo…?

—No —respondió Maica.

—¿Sospecha usted de alguien?

Maica fingió concentrarse en lo que se le preguntaba.

—No.

—¿Fue uno o varios individuos…?

Dejó la frase sin terminar. La mujer cerraba los ojos, ausente. El policía guardó la libreta.

—No se preocupe ahora de nada —le alentó—. Descanse. Buenas noches.

Maica no respondió.

Se preguntó dónde podía estar la bondad en la noche.

16

Desde primeras horas de la mañana, el comisario permanecía en su despacho. Tenían localizado al Nano. Esa mañana esperaban proceder a su detención. Calculó mentalmente la situación en que estarían apostados sus hombres, a fin de que no hubiera ninguna posibilidad de que escapara al cerco.

Vio sobre la mesa la circular urgente que le habían remitido.

Nota informativa: a las 4,15 horas del día de la fecha, la dotación del coche radio patrulla Z-12, recogió y trasladó al Hospital General de Valencia a una mujer que se hallaba inconsciente a la altura del número ciento veinte de la calle Cádiz. Presentaba diversas heridas en su cuerpo.

»A1 parecer, y según manifestaciones del facultativo del servicio de urgencias que la atendió, presentaba señales evidentes de haber sido objeto de tortura y violación. Presentaba desgarro del cuello del útero y lesiones múltiples por el pecho, cuello y cara, al parecer ocasionadas con arma blanca. La mujer, de unos 23 años, que va indocumentada, dijo ser y llamarse María del Carmen Soria Navarro, con domicilio en esta ciudad, calle Tres Forques número trescientos quince. Se cree que es adicta a la heroína, ya que presenta señales múltiples de pinchazos en las venas de ambos brazos.

»Se encuentra ingresada en el hospital…»

El comisario interrumpió la lectura. Algo no estaba bien en ese asunto. Se inclinó de nuevo sobre el escrito:

«Se encuentra ingresada en el Hospital General de esta ciudad, en la sala 25 de la 3.ª planta, cama número cinco».

Movió la cabeza. Se levantó y se acercó al fichero de traficantes y consumidores de substancias estupefacientes. Encontró la ficha que le remitía a un expediente. Recordó que Maica no tenía reseña. Había sido detenida y puesta en libertad, dos años atrás, con Antonio el Califa. Había, sin embargo, una fotografía de carnet de la mujer. Tenía la mirada alegre. Al parecer, seguía viviendo con ese individuo.

Buscó en la guía telefónica la calle Tres Forques. La numeración terminaba en el número 195. El domicilio que había facilitado Maica era totalmente falso. Tendría que comprobar todo aquello cuando terminara el asunto del Nano.

—Buenos días —saludó el anciano, saliendo del portal de la finca.

El hombre que se afanaba en abrir una zanja en la acera levantó la cabeza.

—Buenos días —le respondió—. Tenga cuidado, no vaya a resbalar.

El anciano miró hacia el cielo. La claridad del día rompía con dificultad el gris plomizo de las nubes que amenazaban lluvia.

—Dense prisa, que nos va a caer un chaparrón —comentó el anciano mirando al hombre de la zanja.

Pasó sobre el hoyo excavado utilizando el tablón que habían colocado a tal efecto. Una vez en el otro lado de la calzada se detuvo a contemplar a los hombres que trabajaban en la acera. Usaban una indumentaria azul y supuso que eran de la compañía del gas, según pudo leer en el distintivo que llevaban adosado al bolsillo de la cazadora. No se esmeraban demasiado. Movió la cabeza con resignación, ante la pasividad de aquellos operarios.

—Así va el país —murmuró entre dientes—. Un montón de hombres y sobran todos. Para lo que hacen… Lo único que saben es molestar.

Hizo un gesto de impotencia y se alejó, a pasos menudos, del lugar.

Uno de los empleados de la empresa del gas, se sentó sobre un montón de escombros y encendió un cigarro. Consultó su reloj. Eran las nueve y media de la mañana.

Dos horas más tarde, en la puerta doce del mismo edificio, Nano silbaba alegre en el cuarto de baño, mientras se afeitaba.

—Tienes puesto el café —le gritó Maite.

Cuando entró en la cocina, el desayuno ya estaba preparado. Ella estaba sorbiendo pausadamente un zumo de naranja.

—¿Vas a salir? —le preguntó.

—Sí —le respondió él—. Voy a dar una vuelta por ahí. Ya lo tengo todo claro.

Maite comprendió el significado de sus palabras.

—Ese es un mal rollo, Nano —le espetó—. Te vas a buscar una ruina.

—Dentro de dos días doy el palo. En un banco, yo solo. Lo tengo ya todo controlado en esta cabeza, que es demasiado.

Maite apuró el zumo. Le pareció que Nano estaba pensativo.

—¿Hay alguna onda buena de chocolate por ahí? —quiso saber ella.

—Ahora, a tope.

—A ver si ligas algo.

—Primero tengo que mirar unas cosas, para recoger algo de guita y luego veré a una gente que me puede pasar un costo de primera. ¿Cuánto quieres?

—Para ir tirando.

Nano renunció a las tostadas y dio cuenta de su café largo de un solo trago.

—¿Conoces a una tía a la que llaman la Pecas? —preguntó Maite.

—¿Esa? No quiero ni verla. Es una guarra.

—Pues me han dicho que está moviendo un chocolate que quita la cabeza.

—Puede ser, pero es muy carera. No se fía ni de su padre y engaña a todo el que se presente.

Nano hizo ademán de levantarse.

—Me voy ya —dijo.

—Espera. Me voy contigo… He de comprar unas cosas…

—Vale.

Maite se quitó el batín y lo sustituyó por un chaquetón de pieles.

—Ya estoy lista.

—Si algo me gusta de ti, es que no tardas nada en arreglarte.

Salieron al rellano y Maite cerró la puerta con llave. Nano pulsó el botón de llamada del ascensor repetidas veces.

—Vaya, lo que faltaba —exclamó contrariado—. No funciona.

—Se habrán dejado alguna puerta abierta —supuso Maite, restándole importancia.

Cuando bajaban a pie por la escalera se cruzaron con un empleado de la compañía del gas, que jadeaba de forma ostensible. La mujer respondió de manera refleja al saludo del hombre.

Mientras seguían bajando la escalera, el empleado del gas llegó hasta el piso superior y se introdujo en el ascensor, cuya puerta, en apariencia cerrada, permanecía abierta, previamente falcada con un listón de madera. Del bolsillo del pantalón extrajo un emisor-receptor de radio.

—Atención X-2 para X-l. Cambio.

—Adelante X-2. Cambio —le respondieron.

—En este momento bajan por la escalera los dos. Repito: él y ella están bajando ya. Cambio.

—Recibido. Corto.

Nano y Maite, tras comprobar el buzón de la correspondencia, salieron a la calle. Estaba lloviznando.

Se encontraron con la zanja abierta en la misma acera y a ambos lados de la misma, sendos montones de escombros que les impedían el paso.

Dos empleados de la compañía del gas estaban agachados, frente a ellos, inspeccionando las dimensiones del hoyo excavado. Un tercer hombre acudió, portando un tablón grueso. Lo colocó de forma que pudiera cruzar la pareja que aguardaba sorprendida en la puerta.

—Pasen por aquí —les indicó el desconocido.

Nano tomó la mano de Maite y le ayudó a franquear la zanja.

De pronto, sucedió.

Dos pistolas les estaban apuntando a menos de medio metro de distancia.

—¡Policía! —les gritó uno de los empleados de la compañía del gas. ¡No os mováis!

La mañana quedó tensa unos instantes. En los ojos fríos de Nano, todo se convirtió en miseria y desesperanza. Una oleada de odio invadió el presente y sus recuerdos. ¡Debió haber reconocido a aquel hombre que colocaba la tabla para que pasaran! Ahora ya era tarde para todo.

Consideró la posibilidad que aún tenía de huida.

—¡Pon las manos atrás, en la espalda! —le conminó un policía.

Estaba sucediendo todo demasiado rápidamente. No le dejaban tiempo para pensar.

Miró a su alrededor. Había varios policías más. Le pusieron las esposas.

Maite permanecía inmóvil, sobrecogida de pánico. Le flaqueaban las piernas, cuando vio la sonrisa sarcástica que se dibujaba en los labios de Nano. Estaba vencido, acabado.

—¡Vámonos, Maite! —le dijo un policía—. Estáis detenidos los dos.

Alguien le asía del brazo y le obligaba a caminar.

Entonces temió por ella misma. Aquellos policías sabían su nombre. ¿Qué más podrían conocer de ella?

17

Maica facilitó a una enfermera el teléfono de Blanca y le rogó que le comunicara que se encontraba hospitalizada. Lo había calculado bien. Ella se pondría en contacto con Antonio y de esa forma no declaraba su número de teléfono.

Pensaba en Antonio. Supondría que ella habría pasado la noche con algún cliente de la cafetería y eso le enfurecería. Maica le había reprochado en múltiples ocasiones esa forma suya tan obtusa de considerar las cosas. Por culpa suya se esfumaban muchas oportunidades de ganar buenos billetes.

Posiblemente Antonio no sabía nada y en tal caso, ¡cuántas maldiciones habrían ensuciado la noche!

Una hora después, Blanca y Antonio acudían al hospital. Encontraron a Maica acostada, somnolienta. Tenía conectado un gotero en el dorso de su mano izquierda. En la sala, color blanco deslucido, había siete camas, ocupadas por mujeres. El desagradable olor a alcohol y fármacos impregnaba la estancia.

Antonio reparó en el camisón que vestía Maica. Recorrió la sala con la vista. Todas las pacientes vestían el mismo camisón blanco. Entonces se fijó en las vendas que cubrían sus brazos así como los esparadrapos en la parte superior del busto.

Maica les explicó a grandes rasgos lo sucedido la noche anterior. Hablaba con mucha dificultad. Antonio la escuchaba, los ojos abiertos por el asombro y las mandíbulas apretadas. Blanca observaba de reojo, con repugnancia, a las pacientes, que, desde las

camas próximas, seguían con interés el relato de su amiga.

—¿Cómo te encuentras ahora? —le preguntó Blanca, al finalizar su relato.

—Mejor —y ante la expresión incrédula de su amiga, añadió—: De verdad. Ahora ya estoy bien. No me duele nada.

—¿Qué te ha dicho el médico?

—Que no hay peligro de nada. Lo que ocurre es que quiere que pase un tiempo aquí, en observación.

Blanca señaló el gotero.

—¿Te duele?

—En absoluto. Sólo, la pega de no poder mover la mano.

—¿Para qué te lo han puesto?

Maica hizo un mohín y se encogió de hombros.

—Un rollo de los médicos —explicó—. Entras a un hospital y en seguida te llenan de medicinas y de aparatos. ¡Hay que ver cómo se lo monta esta gente!

Antonio escuchaba a las dos mujeres, sin prestar atención a sus palabras. Bruscamente preguntó:

—Maica, ¿quién ha sido?

—Ya te lo he dicho antes. Dos mendas.

—¿Qué mendas? —insistió él, agresivo.

Maica guardó silencio. Le afectaban aún los recuerdos recientes de la noche pasada. Blanca se volvió hacia el hombre, tratando de mediar y posponer la conversación para otro momento. Pero él ignoró su gesto.

—¡Quiero la verdad, Maica! ¿Conoces a los tipos esos?

—No… Bueno, a uno creo que sí.

—¿Quién es?

—El de la cara cortada. Yo no lo conocía, pero la voz era la misma del teléfono. Tiene una cicatriz en la cara.

La sorpresa le dejó paralizado unos instantes. Entonces sus ojos se animaron, repentinamente.

—Ahora lo comprendo todo —susurró entre dientes.

—¿El qué? —preguntó Maica, con voz débil.

—Nada, cosas mías. A ése le quedan muy pocos días. Te lo juro por mis muertos. No podía ser otro…, el Sevillano.

A Maica se le humedecieron los ojos. La ira contenida en la

mirada de él, forzaba las imágenes de sadismo y violencia que se agolpaban, febriles, en su mente.

—Así que Cara Cortada… —continuó Antonio—. ¿Quién era el otro?

—No lo sé. No le había visto nunca. Sólo recuerdo que era una bestia. Cuando comenzó con la navaja, me desmayé. Pero el Sevillano ese, con la cicatriz en la cara… ¡No lo olvidaré en la vida!

El pecho de Maica vibraba en gemidos entrecortados.

—Vale. Eso ya ha pasado. —Antonio intentaba infundirle ánimos —. Así que, punto. De lo demás me encargo yo. Ni una palabra a nadie.

Blanca tenía cogida entre las suyas la mano de su amiga. Antonio le dio un beso, dispuesto a marcharse.

—Maica, ¿han vuelto los polis? —quiso saber.

—Sí. Unos de paisano.

—¿Chapas? ¿Qué querían?

—Que les contara todo: cómo había pasado, a qué hora, quiénes eran y todas esas cosas.

—¿Qué les has dicho?

—La verdad.

—¿Les has dicho que uno era el Cara Cortada?

—No. Bueno, les he mentido en alguna cosa. No les he dicho quiénes eran los mendas… Sólo que eran dos tipos que no he visto en mi vida.

Antonio sonrió, tranquilizado.

—¿Tú crees que se lo han creído?

—Entero. Además, les he dado un domicilio falso, no creas.

—Vale. Entonces, ¿no has mencionado al Cara Cortada?

—No.

Maica miraba fijamente a Antonio. Estaba decidida a decírselo y esa ocasión parecía propicia.

Antonio le acarició la mejilla, iniciando la despedida. Blanca captó el brillo en los ojos de su amiga.

—Antonio, tengo que darte una sorpresa —dijo Maica.

—¿Qué?

—Una sorpresa.

—¿Buena o mala?

A pesar de las circunstancias, él se esforzaba por aparentar un estado de ánimo sereno. Era una antigua costumbre mutua preguntar, cuando alguno propiciaba una sorpresa, si era buena o mala.

—Buena —respondió Maica.

—¿Qué es?

—Estoy embarazada.

Antonio no se movió. Continuó en la misma posición unos instantes, mirando a la mujer.

—Vamos a tener un niño —insistió Maica—. Estoy de tres meses. Los médicos del hospital me han dicho que, a pesar de lo que ha pasado, sigue todo igual.

—Me alegro.

La decepción contrajo el rostro de la mujer.

—Eres más frío que la leche —intervino Blanca—. A mí no me importa, pero podías haber dicho algo más que «me alegro». Con esa cara cualquiera diría que te ha molestado.

—No me molesta y ella lo sabe —respondió enojado—. Lo que pasa es que cada uno es como es. Y ahora me ha cogido así, hecho cisco con esta historia.

Blanca se inclinó y besó a su amiga.

—¿Sabes qué te digo? Que me das envidia.

Se sentó al borde de la cama. Maica estaba llorando.

18

Quedó unos instantes pensativo, mirando el teléfono. Antonio encendió un cigarrillo y abrió el balcón. El viento húmedo de la tarde resultaba tonificante.

A lo largo de su existencia había sido víctima de muchas venganzas, pero nunca se había atrevido nadie a descargar en su mujer el odio que iba dirigido a su persona. Lo consideraba una cobardía.

El recuerdo de su padrastro volvió nítido a su mente. Su padrastro había sido un demonio, pero en aquella ocasión sus palabras hicieron mella en él. No las había olvidado. En su niñez, una tarde llegó a casa, sangrando por la cabeza.

—Me han pegado una pedrada —explicó.

—¿Quién ha sido? —preguntó su padrastro.

—No sé…

El hombre frunció el ceño con gravedad.

—Apréndete esto para toda la vida —le dijo—. A mí me lo enseñó un oficial en el ejército: «Del listo, defiéndete. Al tonto, engáñale. Y al cobarde, témele, pero no le huyas».

Aquellas palabras las recordaba con nitidez.

Cerró el balcón y regresó junto al teléfono. De pronto, le asaltó una sensación de ahogo, y salió de casa.

El coche lo tenía estacionado lejos, como medida de precaución. Lo había alquilado con documentación falsa.

Condujo con calma. Había que evitar que ningún policía se fijara

en él. Ante todo, no llamar la atención.

Estaba anocheciendo cuando se dirigió a la taberna de Julio el Colilla. Estacionó el coche dos calles antes del bar y caminó hacia allí.

La taberna era antigua, olía a rancio y toda ella tenía la coloración mugrienta que le conferían los años y la pobreza. En la entrada, y por el lado derecho, arrancaba un mostrador largo, de altura considerable, con diversas tapas en cazuelas de barro rojo. El suelo aparecía lleno de servilletas arrugadas de papel y huesos de aceituna. A la izquierda quedaba un espacio reducido, con varias mesas, en una de las cuales se estaba jugando una partida de dominó. Al fondo, estaba la diminuta vivienda, separada del bar por una gruesa cortina de color oscuro.

Se recostó indolente en la barra, buscando con mirada inquieta. La cortina del fondo se abrió y Julio asomó la cabeza. Al ver a Antonio, sus labios se abrieron en una amplia sonrisa.

—¡Qué difícil eres de ver! —exclamó.

Antonio le tendió la mano.

—Ya no te acuerdas de los amigos —se quejó Julio.

Uno de los jugadores volvió la cabeza con curiosidad para examinar al recién llegado. Luego, indiferente, volvió al juego.

—Ven, pasa —le dijo Julio—. Tomaremos algo dentro.

Le condujo hasta el interior y se acomodaron en dos sillas en la cocina.

—María, atiende si entra alguien —gritó al tiempo que cerraba la cortina—. Con esta gente nunca se sabe. Si hay algo raro afuera, mi hija sabe cómo avisarme.

El hombre sonreía maliciosamente, mostrando una dentadura ennegrecida por el tabaco. Sus ojos vivarachos parecían salirse constantemente de sus órbitas. La cara alargada agrandaba la delgadez de su cuerpo menudo. Debía de rondar ya los sesenta años, supuso Antonio, prestando atención al cabello totalmente cano del hombre. El tipo pertenecía a la vieja escuela y debía de tener recorridos todos los macos del país. Él contaba que empezó recogiendo colillas, hasta que alguien le sacó de aquello y le enseñó el oficio de piquero.

—¿La tienes? —le preguntó Antonio.

—¡Yo no fallo nunca, Califa!

El hombre se levantó moviendo la cabeza. Extrajo la bolsa de basura del cubo y del fondo sacó una pequeña caja de cartón.

—Aquí la tienes —exclamó, satisfecho, mostrándole el arma.

—Parece bueno.

—Está garantizado. Julio sirve siempre lo mejor.

—De acuerdo.

—Mi trato es siempre el mismo. Sólo a los amigos. Yo vendo y tú me pagas. Yo no pregunto y tú no me preguntas. ¿Hace?

—Hace.

Antonio cogió el arma y la examinó con detenimiento.

—Es un buen revólver —le explicó Julio—. Calibre 38 y cañón de cuatro pulgadas. Cinco disparos. Al apretar el gatillo sobre el tambor vacío, sonó un clic metálico.

—Cuidado, muchacho —le reconvino Julio—. Dicen que las carga Lucifer y es verdad. Te lo juro.

Antonio sopesó el arma.

—¿Munición? —preguntó.

—Tengo una caja de veinticinco cartuchos. Por ahora no te puedo conseguir más.

El hombre hurgó en una vieja caja de herramientas y le entregó las balas. Antonio cargó el arma y la alojó en su cintura, bajo la cazadora.

—Con este chisme se siente uno más seguro —aseveró, mientras se guardaba la caja con la munición restante en el bolsillo del pantalón.

Julio se levantó y sirvió dos copas de anís.

Frunció ligeramente el ceño y preguntó.

—¿La pasta?

Antonio asintió con la cabeza, señalando el bolsillo interior de su cazadora.

—¿Cuánto?

—Para ti, sesenta boniatos —respondió Julio.

Sacó un fajo de billetes y empezó a contarlos. Sabía que podía regatear y bajar algo la cifra, pero no tenía ganas. Deseaba salir y enfrentarse con la noche.

—Sesenta trompos —dijo, entregándole el dinero.

—Te llevas una buena fusca, Califa. Y esto, cada día, está más difícil. Te lo digo yo.

Antonio apuró de un trago su copa y se levantó.

Ya en la calle, tanteó su cintura, notando al tacto el bulto del arma. Se dirigió al coche.

Habían transcurrido ya dos semanas desde que sucediera lo de Maica.

Encendió la radio del coche y la volvió a apagar a los pocos instantes. Le fatigaban las voces y la música. Llevaba largo rato circulando por las calles de la ciudad. Durante las dos últimas horas se había sentido embriagado por el deseo de la venganza. Palpó nuevamente el arma, como si necesitara cerciorarse de que aún seguía en su cinturón.

Se estaba aproximando a la calle donde tenía su domicilio el Sevillano. Consultó la hora en el reloj del vehículo. Casi las dos de la madrugada.

Desde que saliera de la taberna de Julio el Colilla, había recorrido un sinfín de calles, meditando constantemente en lo que pensaba hacer.

El barrio estaba desierto. Entonces recordó que era sábado. Circuló a poca velocidad, sin detenerse, por toda la calle. La puerta de amplia cristalera del edificio donde vivía Cara Cortada aparecía completamente a oscuras.

Detuvo el coche al final de una larga hilera de vehículos estacionados, en una rinconada sin iluminación. Paró el motor. Llevaba la ventanilla del coche bajada. Un grupo de perros, en mutua persecución, rompió el silencio de la noche.

Consultó de nuevo el reloj. Faltaban diez minutos escasos para que el camión de recogida de la basura hiciera su recorrido habitual por esa zona. Cuando aquellos profesionales de las sombras desaparecieran con su camión pestilente, volvería el silencio. No era probable que nadie más pasara por allí. Excepto Cara Cortada.

Llevaba ya dos noches desperdiciadas, observando todos los movimientos de gente que tenían lugar en aquella calle, y también estaba sabedor del hábito de trasnochar del hombre que aguardaba. La espera había añadido ansiedad a su venganza.

Cabía la posibilidad de que Cara Cortada llegara ese día muy

tarde a su casa o que se recelara algo y buscase otro cobijo. Pero ello no era lógico. Por lo que sabía, mantenía las mismas costumbres y no estaba mosqueado con él. Era cuestión de esperar.

Nadie circulaba ni a pie ni en vehículo a partir de aquella hora. La noche parecía dormir en aquella calle.

Lo había aprendido mucho tiempo atrás. Las personas son animales y siempre repiten su conducta. Si se sale de casa siempre a la misma hora o se toma el mismo autobús, se acaba por familiarizarse con gestos y actitudes que se reiteran invariablemente. Por ello eludía siempre adquirir ningún hábito. Siempre había vivido evitando que su fisonomía fuera usual hasta para el vecindario.

Salió del coche. Estaba bastante lejos de la casa, lo cual era importante. Esa era una de las pocas reglas que no le había enseñado nadie, pero que tuvo que aprender a fuerza de contrariedades. No dejar rastros de ninguna clase.

La huida tendría lugar al amparo de las sombras y él conocía bien el barrio de San Marcelino. Nadie debía relacionar el coche que había alquilado esa tarde con su documento de identidad falso. No se debía asociar el coche con lo que pudiera acontecer esa noche. Y ello en el supuesto, casi improbable, de que alguien pudiera ser testigo accidental.

Caminó con paso firme por la acera opuesta, hacia el edificio donde vivía Cara Cortada. Ya estaba próximo, cuando el portal se iluminó. Obedeciendo a un impulso reflejo, se arrojó al suelo entre dos vehículos estacionados. Contuvo la respiración. Su mano derecha empuñaba el revólver, con el dedo índice sobre el gatillo. El edificio constaba de once plantas.

Una mujer gruesa, con el pelo alborotado, que vestía un batín rojo, bajaba las escaleras a grandes zancadas, con dos bolsas oscuras que Antonio supuso eran de basura. La mujer salió a la calle y las dejó en la acera junto a un árbol. Cuando penetró en el edificio, de nuevo, parecía tranquilizada: aún no había pasado el camión. Con la misma celeridad con que había aparecido, se perdió escaleras arriba. El portal quedó nuevamente a oscuras.

Pasados unos minutos, Antonio se puso en pie. Se acercó a la puerta. Notaba el pulso acelerado. La ganzúa estaba preparada,

pero no fue necesaria. La mujer, con las prisas, había dejado la puerta abierta.

Una vez dentro, buscó a tientas el interruptor de la luz y lo pulsó. La fuerte iluminación le golpeó el rostro. Parpadeó inquieto, tratando de habituar los ojos. El edificio era moderno y el zaguán de entrada muy espacioso. Al fondo había dos puertas de ascensor. La escalera arrancaba a la izquierda. Dudó unos instantes, observando el hueco que quedaba bajo los primeros peldaños.

Como escondite era bueno, pero lo descartó. Había que evitar ruidos que sobresaltaran al vecindario. Prefirió la noche abierta.

Ascendió hasta el primer rellano y esperó a que la luz se apagase automáticamente. Entonces, salió al exterior. Casi frente al edificio, entre los coches estacionados, había una moto de gran cilindrada. Optó por sentarse en el mismo bordillo de la acera, protegido por la oscuridad y oculto su cuerpo por la moto.

La espera se le hacía interminable. Volvió a mirar su reloj. Pasaban diez minutos de las tres de la madrugada.

El cansancio empezaba a tirar de todo su cuerpo y fumaba nerviosamente cigarrillo tras cigarrillo, amortiguando con sus manos ahuecadas el resplandor cada vez que inhalaba el humo.

Tuvo una premonición que le obligó a mantener despierta su mente. El camión de recogida de basura no había pasado aún. Era una posibilidad funesta, pero podían coincidir con la presencia de Cara Cortada.

De pronto percibió un sordo taconeo en la distancia. Todo su ser se puso en tensión. Apagó el cigarro con el pie y asomó lentamente la cabeza. No distinguía el rostro en la penumbra, pero podía ser él.

Empuñó con fuerza el revólver. Venía por la misma acera, directo a donde estaba él.

Cuando oyó las pisadas más próximas, sacó de nuevo la cabeza. Si se trataba de otra persona, simularía estar manipulando el motor de la moto.

Sus ojos brillaron. Podía oír los latidos de su corazón. Aguardó.

Las pisadas se oían ahora muy cerca…

Se levantó de un salto y quedó a dos metros escasos de Cara Cortada. Le apuntó con el revólver.

—¡Acércate, hijo de la gran puta! —le dijo con voz silbante.

Cara Cortada se había quedado paralizado, incapaz de dar un solo paso. Sus ojos eran dos asombros marmóreos.

No se movió.

—¡Quiero ver todo lo valiente que eres! —le espetó de nuevo.

Antonio se inclinó hacia adelante, altanero, para observar el efecto que producían sus palabras.

La palidez de Cara Cortada era palpable. Atisbo su rostro, desfigurado por aquella cicatriz que le recorría la mejilla izquierda. Los ojos habían quedado inmóviles en sus cuencas.

Experimentó un ligero temblor en la mano con que empuñaba el arma. La expresión fría de Cara Cortada le pareció insultante.

—¿Quién iba contigo la otra noche? —exigió Antonio.

Silencio.

—Te estoy preguntando, hijo de puta. Eres muy valiente con las mujeres. Pero, ¿sabes lo que tú eres? Un macaco de mierda… —sus palabras hendían el viento como lenguas de fuego—. ¿Quién es tu colega?

El pánico había hecho presa en el otro.

—¿Quién era el menda que fue contigo?

No obtuvo respuesta.

La ira le cegaba por momentos ante la resistencia pertinaz de Cara Cortada.

No sospechó que era el pánico el que mantenía los músculos de su boca agarrotados y la lengua aprisionada contra el paladar.

Entonces, apretó el gatillo.

Una explosión terrorífica llenó la noche. Cara Cortada se llevó ambas manos al pecho. Retrocedió, tambaleante, hasta el coche estacionado a sus espaldas y se desplomó. Tuvo la sensación de estar hundiéndose en un abismo de manera lenta, cálida, irrevocable.

El miedo tenía forma humana, con un nombre concreto y vivo. Entonces pensó que era imposible que alguien pudiera poner fin a su vida. Él, que siempre se había creído un ser diferente, superior y privilegiado.

Era su muerte. La suya propia.

Desde el suelo le miraba implorante y Antonio se enardeció al comprobar que había abatido definitivamente su fortaleza. Por sus

ojos asomaba ya la sombra de la muerte.

Disparó de nuevo.

La frente de Cara Cortada se abrió en un estallido de sangre. Instintivamente, Antonio volvió la cabeza hacia atrás temiendo que los disparos hubieran atraído la atención de algún vecino. Debía alejarse con toda premura del lugar.

De pronto, advirtió que allá en lo alto se iluminaba una ventana. Movió bruscamente la cabeza, con violencia. El cuerpo de Cara Cortada permanecía inerte.

Estaba muerto. Había quedado con los ojos abiertos, espantados, y la sangre se deslizaba sobre ellos.

Se inclinó y apoyando el cañón del arma sobre el sexo del hombre caído, volvió a disparar una vez y otra vez y otra vez, hasta que el percutor del arma golpeó sobre el cartucho vacío. Volvió a apretar el gatillo, febril, mientras se erguía, sin dejar de mirar a su víctima.

El percutor siguió martilleando los cartuchos vacíos.

Tenía la mano salpicada de sangre.

Echó a correr enloquecido por la acera, en dirección al coche. El revólver en su mano derecha se había convertido en un riesgo peligroso. Se limpió con un pañuelo.

Levantó la vista y comprobó que varios ventanales estaban iluminados. Por suerte estaba ya cerca del vehículo. Cubrió los últimos metros y penetró en el interior, evitando hacer ruido al cerrar la puerta.

Puso el motor en marcha y arrancó con fuerte chirrido de neumáticos. No encendió las luces, hasta que se hubo alejado considerablemente.

Condujo con mucha cautela, en dirección al centro de la ciudad. Encontró un espacio y estacionó el coche.

Caminó largo rato por las calles desiertas, repasando mentalmente todos sus actos, calculando los riesgos. Quedó satisfecho.

Detuvo un taxi y le dio una dirección próxima a su domicilio.

Acomodado en el asiento posterior, posó la mano sobre el revólver oculto en su cintura y se tranquilizó, aun a sabiendas de que el arma estaba descargada.

Todo había salido según lo previsto y ningún rastro podría encaminar los pasos de la policía hacia él.

La imagen quebrada y cubierta de sangre de Cara Cortada permanecía viva en su retina.

Miró por la ventanilla del coche en un intento de borrar aquellas representaciones. Luego se fijó en el hombre que conducía delante de él. No parecía el tipo de taxista locuaz, lo que era de agradecer. Tenía una amplia espalda y supuso que era el típico bonachón cargado de hijos. Aquel hombre no sabía lo que era huir ni conocería nunca la prisión. En aquel momento le envidiaba.

La magnitud de la venganza saciada cobró su dimensión real de improviso. No calculó que pudiera sobrevenirle una bajada como sucedía con la heroína. Y sin embargo, empezaban a surcar su mente extraños presagios, aves de tiniebla que picoteaban en su interior. Se dijo que le estaba haciendo falta una buena dosis de caballo.

Por unos instantes dudó de la conveniencia de seguir con el plan trazado.

—¿Le va bien en el próximo semáforo? —preguntó el taxista.

Antonio se vio impulsado hacia delante al detenerse bruscamente el coche.

—Si no freno, se estampa contra nosotros —exclamó el hombre señalando una moto de pequeña cilindrada que se les había cruzado en la calzada—. A estas horas van como locos. Eso, si no te paran en un cruce y te asaltan…

En aquel momento se dio cuenta de que el taxista le estaba hablando.

—¿Me decía algo?

—Sí. Que le pregunto si le va bien en aquel semáforo.

Los dos ojos del taxista, enmarcados en el espejo retrovisor le estaban mirando.

—Bien —respondió—. Pare ahí mismo.

Dio una propina y salió del taxi. Encendió un cigarrillo mientras veía el coche alejarse.

Dondequiera que dirigiera su mirada, allí estaba Cara Cortada vivido, como una espina clavada en su cerebro.

«Es curioso —pensó—. Le he matado y no sé siquiera cómo se

llama en realidad.»

Segunda parte

El invierno anterior

1

Aquella mañana de noviembre era especialmente fría. El cielo estaba cubierto de espesas nubes oscuras que conferían a la prisión un característico color de ceniza. La tristeza casi se podía tocar por todos los rincones del establecimiento.

El edificio, de sólida construcción, desde el exterior aparecía como una fortaleza pétrea y carente de toda estética. Pero desde el interior de sus inmensos muros a Antonio le producía una infinita sensación de impotencia. Originariamente había sido erigido fuera de la ciudad, en plena huerta. En la actualidad era una nota disonante en la periferia de Valencia.

No era la primera vez que estaba en aquella cárcel. «Centro Penitenciario de Detención de Hombres», como rezaba la leyenda, esculpida en la placa conmemorativa, sobre el arco de la puerta principal.

Conocía de memoria todos los rincones de aquella cárcel. Con los ojos cerrados era capaz de recorrerla. Sabía los odios y las vilezas que albergaban aquellas paredes ocres.

Antonio comprendió que estaba, de nuevo, en otro mundo conocido, donde imperaba la ley de los más violentos; donde la violación, el saqueo, las peleas y el vicio tenían carta de naturaleza.

Pero, sobre todo, era la inmensa injusticia de la privación de libertad, lo que le aguijoneaba el cerebro. Era como una gran losa que, poco a poco, iba abatiendo su voluntad. Siempre le había sucedido de la misma forma. El impacto de la soledad y la libertad

maniatada, restallaban en su interior.

La suave llovizna sorprendió a Antonio sentado junto al muro del patio. Levantó la cabeza y con ademán indolente se secó unas gotas de la cara. Miró a su alrededor. Varios corros de hombres parloteaban divertidos, como si su condición de penados les fuera ajena. No parecían haber advertido que la lluvia arreciaba.

La mayor parte eran caras conocidas. Muchos estaban allí desde la última vez que él había cumplido condena. Otros habían vuelto a entrar de nuevo, como él. Y los restantes eran desconocidos.

Del exterior llegaban los ruidos familiares de la circulación. La calle estaba al otro lado del muro, a escasos metros. En aquellas circunstancias se convertían en rumores esperanzadores. El recuerdo de la libertad estaba ahí detrás, vivo y real.

La sonora carcajada de uno de los hombres del patio, le hizo girar la cabeza. Sintió pena por él. Mientras reía no era consciente de sus males, de los minutos y las horas que se desperdiciaban para siempre.

—Coño, Califa, ¿qué haces ahí solo?

Era el Picha. Un individuo extremadamente delgado y alto. De su rostro sobresalía una gran nariz aguileña. Tenía la voz gangosa y accionaba desmesuradamente al hablar.

Antonio se puso en pie.

—Ya me iba hacia dentro —respondió—. Parece que va a llover en serio.

—Vente con nosotros, si quieres. Podemos preparar una partida.

Antonio negó con la cabeza. No estaba de humor para agradecer favores. Prefería estar solo.

—¿Por qué has entrado esta vez, Califa? Yo por una siria.

—Nada. Me hice varios pisos. Una mamona de mierda fue con el cante y me colocaron.

El Picha soltó una blasfemia.

—¿Y cómo lo tienes? —quiso saber, ávido de conversación. Los recién ingresados solían aportar novedades del exterior.

—No lo sé aún —respondió—. Estoy esperando comunicar con el abogado. —Antonio dio media vuelta y se encaminó hacia el otro extremo, donde estaba la puerta del patio.

—Si quieres algo, lo dices —propuso el Picha, levantando la voz

—. Ya sabes que los primeros días son los más jodidos.

El Picha permaneció en el mismo sitio, moviendo la cabeza, observando a Antonio que se detenía ante el funcionario que en aquellos momentos vigilaba el patio.

El hombre le miraba interrogador y Antonio adoptó el aire de inferioridad que regía para todos los internos.

—Don Ernesto, ¿puedo subir a la celda? —le preguntó—. He olvidado el tabaco.

El funcionario asintió levemente con la cabeza. Una sonrisa incrédula asomaba a su rostro.

—Gracias —susurró Antonio, alejándose.

Reparó, una vez más, en la frialdad de aquel pasillo, de paredes desgastadas, en las que apenas se distinguía su pintura originaria. Al pasar junto a la puerta del taller de forja, se detuvo. Observó a los reclusos charlar alegremente con el monitor. Nadie tenía prisa en su trabajo. Sabía que ese destino no se lo concederían a él nunca. Representaba la posibilidad de ganar dinero todos los días y de ser bien visto por los funcionarios. Sólo podían aspirar a ese puesto de trabajo los enchufados, así como los que observaban buena conducta. Si rellenara una instancia solicitando un puesto en cualquiera de los talleres de montaje de lámparas o de guitarras, el escrito no tenía otro final que el cesto de los papeles. Era consciente de que arrastraba, de anteriores ingresos, una aureola de hombre pendenciero y de difícil trato.

Cuando llegó a la galería, por los ventanales de la inmensa bóveda, destellaba ya un sol titubeante.

Estaba en la cuarta galería. La de los peligrosos, según los funcionarios. Allí, uno tenía que ganarse a brazo partido, el sitio que quería ocupar. La violencia era algo aceptado como única regla válida de diálogo.

Desde el extremo de su galería arrancaban, en forma de estrella, otras tres más.

La segunda galería estaba en obras y deshabitada, según decían, desde hacía más de un año. Los andamios y materiales de albañilería llenaban todo el recinto.

La primera galería la ocupaban los más favorecidos: gente de buena conducta. Menores de veintidós años no era frecuente que los

hubiera, salvo alguno camuflado.

Y la tercera galería, más variopinta, la integraban los menores, los castigados y los aislados. Los que pasaban a formar parte de esa galería, en calidad de castigados, deberían permanecer durante unos veinte días en la celda sin salir, a excepción de una hora diaria en la que se les obligaba a caminar por el patio de la prisión.

Peor situación era aún la de los aislados. Ésos, tras haber cumplido su castigo, debían permanecer recluidos en la celda, llevando una vida mixta, como los castigados. Pero esa situación se prolongaba por espacio de uno o varios meses.

Ascendió por la escalera metálica que arrancaba desde el centro de su galería, hasta una pasarela de hierro que conducía a sendas balconadas que recorrían en un pasillo rectangular todas las celdas de los dos niveles superiores. Algunos reclusos sentían vértigo caminando por aquellos largos balcones.

Cuando llegó a la celda que compartía con otros dos presos, se detuvo al oír un débil jadeo. A esa hora quedaba terminantemente prohibido la permanencia en las celdas.

Ante la sospecha de sorprender a alguien robando en su interior, propinó una fuerte patada a la puerta entreabierta. Permaneció unos segundos quieto en el umbral, contemplando absorto a aquellos dos tipos, desnudos, que le miraban avergonzados. El Gafe estaba de pie, abierto de piernas y con los brazos en jarras. De rodillas, frente a él, un desconocido le acariciaba su sexo erecto, muy próximo a los labios.

—¡La madre que os ha cagado! —gritó Antonio, fuera de sí—. Largaos de aquí, guarros.

—Hombre, Califa… —balbuceó el Gafe, buscando su ropa.

—Ni Califa ni mierda. Eso os lo hacéis en los wáteres.

No podía contener el arrebato de ira que se estaba apoderando de él. No había nada de anormal en lo que estaban haciendo. Sencillamente estaba fuera de rodaje y consideraba su celda compartida como una posesión inviolable.

A los pocos segundos, abandonaba la celda, renqueante, el Gafe, precedido del otro individuo, regordete, que fulminó con su mirada a Antonio. Les observó mientras descendían por la escalera metálica, con capacidad escasamente para dos cuerpos. Hablaban

con gesto enojado y volvían la cabeza a intervalos. Estarían maldiciéndole, supuso Antonio.

Entró en la celda y entornó la puerta. Se recostó en la cama inferior, de las tres de que constaba la litera. Paseó la mirada por la habitación. De pronto, le sorprendió la altura desproporcionada del techo. Los diversos posters de chicas ligeras de ropa, recortados de revistas, que adornaban todas las paredes, no lograban encubrir la suciedad. En el rincón estaba situado el retrete junto a un pequeño lavabo con agua corriente. El reducido espacio sobrante de la habitación lo llenaba una mesa ínfima y una silla.

Era deprimente. Sobre todo el wáter, sin puerta ni cortina. Cuando las celdas se pensaron para ser ocupadas por un solo recluso, tenía explicación que se hubiera prescindido de aquellos detalles. Pero hacer las propias necesidades a la vista de los otros era inhumano.

Continuó tumbado en la cama, pugnando por aletear su imaginación y salir de aquellas cuatro paredes.

Sabía que si era sorprendido allí por algún funcionario, sería castigado. Empezaría bien… Intentó algún pretexto susceptible de ser esgrimido como motivo que justificara su presencia allí. No se le ocurrió nada, así que optó por convencerse a sí mismo de que se encontraba mal. Pensó en Juan el Gafe, que ya habría olvidado el incidente.

Unos minutos después, se durmió.

2

—Oye, Bobadilla, vamos a liar un cigarro.

—¡Cállate! —le respondió éste, en voz baja, pero tajante.

—A esta hora ya no hay mosqueo, nano.

—¡Cállate, leche!

Juan el Gafe, decepcionado, sacó la cabeza de la litera y miró hacia abajo, en la oscuridad, en cuya cama inferior yacía el Bobadilla. No obtuvo conversación. Se irguió con dificultad en la cama para observar a Antonio, en la parte más alta de la litera.

—Vais a convertir la celda en un funeral, mierda —farfulló, abatido, recostándose nuevamente en la cama.

—Pareces un julandrón, joder —intervino conciliador, Antonio —. Aún faltan unos minutos para las diez y hasta esa hora no empieza el primer turno de vigilancia. Cuando el boqueras haga la primera ronda de la noche, ya estamos tranquilos.

Los ojos se iban habituando a la penumbra de la celda. Permanecieron callados y expectantes. El silencio de la galería parecía oírse como una gran nebulosa vibrante, rebotando contra las frías paredes.

Antonio se imaginaba la impaciencia del Gafe por fumar un porro. No había cambiado gran cosa respecto a veces anteriores en que habían coincidido en el talego. Siempre se las había ingeniado para tener tabaco y alcohol y le gustaba prolongar la noche. Esperaba esos momentos a lo largo de todo el día. «No ha crecido, de borde que es», pensó. A su corta estatura se unía la extremada

delgadez de su cuerpo. Su rostro, de profundas ojeras, estaba surcado de prematuras arrugas.

El Gafe era uno de esos individuos golpeados por la vida desde la infancia. A una edad muy temprana decidió vivir por su cuenta. La sola mención de la «familia» le traía recuerdos sangrantes. Tenía la mirada ligeramente cruzada, de nacimiento, lo que dificultaba su visión, pese a lo cual se negaba a usar gafas. «Son un coñazo», solía decir. Al hablar no miraba de frente y el interlocutor nunca sabía cuál de los dos ojos era el bueno.

Valentín el Bobadilla, en cambio, era un tipo duro, pero que inspiraba confianza. A quien no le concedía su amistad, lo veía como un enemigo. De esquemas mentales muy simples, sólo comprendía la amistad. Los extraños eran virtuales enemigos de los que había que recelar. Sus ojos eran fríos y la expresión calculadora del rostro, desafiante. Próximo a los treinta años, era esmerado en su aseo personal, siempre peinado impecable y pulcro en el vestir. Cojeaba ligeramente al andar, como consecuencia de una intervención quirúrgica en la que se le extirpó una bala de la rodilla. Fue la consecuencia de un atraco a un banco. La policía les sorprendió en la huida. Su acompañante, el Julián, disparó contra la dotación del coche patrulla y aquéllos abrieron fuego contra los dos. El Julián resultó gravemente herido y durante una semana luchó entre la vida y la muerte.

Los tres hombres, en su celda, oyeron el taconeo firme y acompasado del funcionario de prisiones que se retiraba a su despacho, dispuesto a iniciar el primer turno de guardia.

—Sacad tabaco, mientras preparo un canuto —dijo Valentín, que se había levantado y escuchaba con la oreja pegada a la puerta —. Todo está bien.

—Vale, Califa, págate el tabaco; yo preparo la priba —añadió Juan, buscando al tacto el descosido de su colchoneta donde escondía su botella de coñac.

—¿Vamos a beber a tapones? —le preguntó Valentín.

—Con vosotros, no —respondió simulando talante ofendido—. Eso es para la basca de aquí. Hay que ganarse la vida…

Valentín el Bobadilla se dirigió a Antonio, que estaba ofreciendo tabaco.

—El muy cabrón siempre tiene bebercio. Y le saca una pasta gansa. El tapón de la botella le hace de copa y cobra a veinte pelotes el tapón.

—Vamos a darle un tiento —dijo Antonio cogiendo la botella.

Valentín encendió su cigarro con presteza, haciendo concavidad con las manos, para evitar que el resplandor les delatara. Luego pasó el cigarro encendido a los otros para que encendieran los suyos. La botella pasaba de mano en mano. Breves oleadas de optimismo empezaban a difuminar la realidad.

—A ti te ligaron cuando estabas pegando un buen traque en el banco —comentó Juan—. Pero conmigo se comieron una mierda. Si no es por mi mujer, que le metieron el miedo en el cuerpo, no me ligan la fusca. Y qué pesado se ponía el madero aquel: «—La cacharra —decía.

»—Yo no me la puedo comer.

»—¡La cacharra, Gafe!

»—Mire, yo tengo ya mucha ruina encima.

»—Derrota la cacharra, Gafe. Es tu única salvación. Si no, te vas a comer muchos marrones.

»—Yo voy ya servido de marrones, así que hagan lo que quieran conmigo. Es la verdad. No sé nada de la cacharra, se lo juro.

»—Pues el asunto se lo comerá tu mujer también, porque la pistola nos la ha entregado ella…».

Juan el Gafe imitaba el acento del policía y marcaba exageradamente sus propias palabras implorantes, frente a la mirada enérgica de su interrogador.

—Menuda nos la gastó el hijo de puta —continuó—. Entonces va y saca de un cajón la pipa. Le habían comido el tarro a mi parienta y les derrotó dónde guardaba yo el arma. Que si no es por eso…

—Nos ha jodido, pues claro —sentenció Antonio—. Si no fuera por las guarradas que nos hacen, no se comían una mierda. Pero lo malo es que a vosotros os va mucho el rollo de las armas. Yo paso de cacharras y de fuscos.

—Pues es lo más seguro —respondió Valentín.

—Y te la puedes buscar —replicó Antonio—. Si te la ligan encima, aunque no hayas hecho nada, te la comes por el morro.

—Eso, sí —intervino Juan—. Pero hay que reconocer que con

una pipa encima se va muy seguro por la vida. Y ya sabes que dentro del rollo no te puedes fiar de todos los mendas que andan por ahí.

Valentín aprovechó la colilla de su cigarro para prender el porro de hachís que había preparado. Dio una larga calada y lo pasó a Antonio.

—¿Cuántos pisos te habrás hecho este verano, Califa? —le preguntó.

—Ni se sabe —respondió Antonio.

—Te habrás llevado buenos talegos en oro, ¿no?

—Calcula —respondió ufano—. Fijo, no te lo puedo decir. Pero no hay nadie que me gane si yo quiero trabajar, eso tú lo sabes. Lo que pasa es que últimamente no compensa. Se gana más pasta con el chocolate y el caballo que con los topes. Y además, más seguro. Si no te cogen con el costo encima, no te comes nada. Desparramar los pisos da buena pasta, a veces; pero se corre más riesgo. Yo lo tengo muy claro. Con el caballo y el chocolate, si te lo montas bien, a vivir. Voy a pasar de palanqueta y de destornilladores.

—Bien visto, tiene razón Toni Califa —sentenció Juan—. Además, hay mucho mangui viviendo de puta madre con el rollo del costo.

Valentín echó un largo trago de coñac.

—Califa, a lo más, ¿cuántos pisos te has hecho en un día? —le preguntó.

—Pues mira, una vez me limpié por lo menos veinte en una mañana. Era domingo, por cierto. Y días de hacerme cinco o seis en una finca, eso normal. Yo siempre trabajo solo.

—¿Siempre de palanqueta? —preguntó Juan.

—Siempre. Cuando trabajo en una finca, pongamos en un tercero, dejo el ascensor en el mismo piso y la puerta de la casa en la que voy a afanar, entornada. Si alguien quiere subir, tiene que llamar al ascensor y entonces yo lo oigo y salgo a toda mecha… ¡La de pisos que me he hecho yo santeados! A mí me han santeado muchos pisos, personas de mucha reputación y que además te compran luego las joyas. Te dan el santo de amigos suyos que están montados en oro. Pero la mayoría de pisos se hacen a lo que caiga, no creas. Coger yo cinco millones en joyas y darme el tío sólo cien

mil pesetas… Hay un menda que se ha forrado conmigo. Hasta que me canse de él. Fijaos que estuvo dándome cien mil diarias, a mí, le llevara o no le llevara consumado. Claro que de un día para otro quemaba la pasta.

—¿Te han pescado alguna vez en plena faena? —preguntó Valentín.

—Alguna. Pero yo siempre salgo por pies. Y si no, lo acojonas al tío, y te das el piro.

—¿Lo ves? —replicó Valentín—. Si llevas una pipa encima, no hay maromo que se te ponga bravo.

—Tampoco lo niego —respondió Antonio—. Pero mira, yo me he hecho lo más difícil. Hay que echarle valor para hacerse cinco pisos en la misma finca. Porque si te cazan en el último, te los comes todos. Yo siempre me iba dejando las puertas abiertas y lo que cogía lo escondía, por si venía la pasma, justificar que no tengo nada encima. Lo escondo todo en la misma puerta y cuando me voy me lo llevo todo. Si me pescan, yo encima nada. «Pues he oído una bronca y he visto a dos tíos corriendo y yo…» Cosas así.

Y no me pueden probar nada.

Hablaban en voz muy baja, en un susurro aletargado por la droga y el alcohol.

De pronto, el silencio de la galería se llenó de gritos. Las voces provenían de una celda situada en el corredor de enfrente. La población reclusa de la galería empezó a despertar, con múltiples chirridos de literas removidas. Los gritos y voces arreciaron hasta que se personaron los funcionarios de prisiones, imponiendo silencio. Por los retazos de conversación pudieron averiguar que se llevaban a un individuo que estaba herido. Una ambulancia urgente para llevarle al hospital. Luego, en pocos minutos, se impuso de nuevo el silencio.

—Mañana lo sabremos —sentenció Juan el Gafe—. Seguro que es un desgraciado que no tiene ganas de seguir viviendo.

Valentín, movió la cabeza, pensativo:

—O un listo de la vida, que se ha pegado un corte para que le lleven al hospital.

3

Había empleado escasos minutos en palanquetar la puerta. Era un piso soberbio que sobrecogía por el linaje de los muebles y de la decoración. Todo parecía estar envuelto en niebla y penumbra. En pocos segundos descubrió que había valor en joyas y dinero en efectivo como pocas veces había tenido ocasión de afanar. Desvalijó el despacho de la vivienda, adjunto a una pequeña clínica. Era el domicilio de un médico. Aquel hombre era un maniático de las joyas. Las guardaba en una vitrina, arropadas entre terciopelo rojo. La vista se le oscurecía a intervalos y lo veía todo borroso. De un golpe seco, rompió el cristal e introdujo la mano en el interior.

Una sirena aulló en la calle. Cada vez se escuchaba más próxima. Era inconfundible la sirena estrepitosa de la policía, penetrando las paredes.

Tenía un puñado de oro y brillantes entre sus dedos. Notó que en su vientre se hacía un gran vacío. La sirena seguía sonando sin cesar. ¡Estaba allí mismo! Le iban a detener…

Cuando despertó, el cornetín de la prisión lanzaba al aire sus notas frías, lacerantes. La población reclusa abría los ojos a un nuevo día.

Antonio tardó aún unos segundos en tomar conciencia de su nueva realidad. Se incorporó en la cama, sorprendido ante la paradoja de alegrarse de saber que todo había sido un mal sueño. Una pesadilla.

Miró a su alrededor. Los ruidos familiares de las celdas y, sobre

todo, el olor característico de la cárcel, no dejaba lugar a dudas. Sin saber por qué, reparó en que Maica tampoco estaba a su lado.

—Califa, no te duermas.

Era el Bobadilla que ya había saltado de la cama y estaba ante el grifo abierto del lavabo, indeciso aún.

—Ya voy —rezongó.

—Por mí, como si te la pisa un elefante. Pero el de «verde» no va a tardar nada en asomarse.

—Vale. Antonio tenía aún vividas en su mente las imágenes del mal sueño. Se repetían invariablemente todas las noches, con peque ñas variaciones.

Recordó el instante de su detención por la policía, cuando salía de un edificio, donde acababa de robar en un piso. Le habían sorprendido con todo el consumado encima. Por lo demás, se lo dejó muy fácil a los chapas, así que el juez no dudó en decretar su prisión. Luego, el mismo furgón que le había conducido al juzgado, le trasladó a la prisión. Esposado aún, le introdujeron en aquel lúgubre despacho, al que llamaban «Filiaciones». Las paredes estaban pintadas en un tono que era la negación de todo color. Era inhóspito y suponía una premonición de los días venideros.

El funcionario, sentado tras aquella mesa llena de papeles, levantó los ojos. Al ver a Antonio, movió negativamente la cabeza.

—Otra vez tú por aquí —dijo sin esperar respuesta.

Abrió el sobre que le habían traído los policías encargados de la conducción de presos y leyó con atención su contenido. El juez decretaba su prisión a tenor de sumario que se le incoaba por robo con fuerza en las cosas.

—Esta vez lo tienes claro —comentó el funcionario.

Antonio se mordió los labios, con rabia y contuvo una respuesta desabrida. Allí al lado había un calabozo, en el que podría ser ingresado bajo cualquier pretexto y ello era temible. No quería más calabozos. La prisión resultaba un descanso en comparación con los calabozos de la policía.

—A ver, Antonio, ve diciéndome todos los datos de filiación. Ya los tenemos, pero hay que cumplimentar los trámites.

El funcionario era un hombre joven, regordete y de rostro colorado. Extendió una ficha con sus datos de identidad personal. A

continuación estampó las huellas dactilares de todos los dedos de ambas manos. La ficha dactiloscópica. Ya estaba otra vez huellado. Aunque los de la vieja escuela utilizaban otra expresión: «ya había tocado el piano».

El expediente personal de Antonio se engrosaba con esta nueva ficha. El hombre hizo constar, desglosadas, las circunstancias de su situación penal, procesal y administrativa, es decir, de régimen penitenciario. Quedaban pendientes de cumplimentar su ficha clínica y la protocolaria del Equipo Técnico, relativa a su personalidad.

Antonio se limpió lentamente la tinta negra de sus dedos con un algodón impregnado en gasolina.

—Antonio, tú no eres nuevo, así que no hace falta que te lea la cartilla.

—No, señor.

El funcionario le miró fijamente.

—Bien; no has colaborado nunca con nosotros. No puedo esperar que lo hagas ahora…

—Yo no sirvo para chivato, don Rafael —respondió—. Usted lo sabe.

—Sólo te digo una cosa y no te la voy a repetir. A la más mínima que hagas, vas derecho a la celda de castigo. Y lo mismo les he dicho a tus amigos que están ahí dentro.

Antonio guardó silencio.

—Deja sobre la mesa las cosas que lleves en el bolsillo —continuó el funcionario—. Ya sabes, dinero, reloj, cadena, todo eso.

Obedeció en silencio. El funcionario le sometió a un minucioso cacheo de sus prendas de vestir y de su persona. Le hizo desnudarse y miró desde los cabellos de la cabeza hasta las uñas de los pies, pasando por la boca, axilas, y ano, pues todo era susceptible de servir de escondrijo para drogas u otros objetos.

Finalmente le ordenó vestirse. Guardó en un sobre veinte mil pesetas que llevaba Antonio.

—Esto lo guardaré en la caja de seguridad —le dijo—. Ya sabes que lo podrás retirar, como otras veces, cuando salgas. Como está ingresado en una hoja de peculio, se te harán entregas periódicas.

—Don Rafael, podría darme algo de dinero para ir tirando hasta

el sábado.

El funcionario pareció dudar unos instantes. Era miércoles. Finalmente le entregó dos vales, por valor de quinientas pesetas cada uno.

La mañana se hacía interminable.

Tras el recuento de reclusos y el desayuno —café con leche y un bollo insulso— había tenido lugar la limpieza general. Le tocó barrer la galería. Los retretes y las duchas los guardaban para los castigados.

Después, sin ninguna actividad que desarrollar, Antonio deambuló por el patio y por las proximidades de su galería, aumentando su depresión las largas horas de aburrimiento.

Se encaminaba hacia los servicios, cuando vio a aquel menor llorando desconsoladamente al tiempo que abandonaba las duchas. Andaría por los dieciocho años. A esos jóvenes, allí dentro, se les consideraba menores. Era muy moreno, de tez pálida y facciones femeninas. Le costaba gran esfuerzo caminar y lo hacía presionando con la mano derecha sobre su ano, con gestos evidentes de dolor a cada paso que daba. Absorto en su sufrimiento, ignoró la presencia de Antonio, con quien tropezó. Cuando le hubo rebasado, observó una gran mancha de sangre en su pantalón.

Lo comprendió de inmediato: había sido violado en las duchas.

Permaneció expectante, sin moverse del sitio, apoyado en la pared, hasta ver quién salía de las duchas. No es que le importara demasiado el problema del menda, ni por supuesto pensaba impartir justicia. Aunque admitió que le repugnaban los individuos que usaban la violencia para abusar de los más débiles.

La espera avivaba su curiosidad. Escasos minutos después, aparecieron dos individuos sonrientes, con talante satisfecho. Hablaban entre sí y gesticulaban ampulosamente. Uno de ellos era fornido, con aires de suficiencia. Parecía mirarlo todo con altivez, basando su superioridad en su considerable altura. Y en sus músculos. El otro era barbilampiño, de ojos vivarachos, que arrugaba regularmente la frente en un tic nervioso.

Al llegar a la altura de Antonio, el más corpulento de ellos

detuvo el paso y le observó fijamente. La mirada sostenida de Antonio tenía aires de provocación.

Aquél se sintió molesto y le espetó entre dientes:

—¿Pasa algo?

Antonio le miró de arriba a abajo y finalmente esgrimió una sonrisa de desprecio. Los dos hombres optaron por alejarse, ya que ninguno de ellos deseaba una pelea en aquellos momentos.

—Hola, Califa.

Era Rafa el Huesos. Curiosamente, tenía mejor aspecto. En la calle siempre se le veía pálido y ahora, en cambio, había adquirido peso y hasta tenía el rostro sonrosado. Los amigos decían que se estaba pasando demasiado con las drogas.

—¿De dónde sales tú? —preguntó Antonio—. Estás siempre en todas partes. Y digo yo, ¿vienes también de ahí dentro?

Antonio le señaló las duchas.

—No —respondió—. Pero me entero rápido de las cosas.

Le miró largamente. Era cierto lo que decía. Pocas cosas sucedían allí dentro de las que no se enterara al instante.

Antonio empezaba a encontrarse de mejor humor. Además, era importante llevarse bien con el Huesos. Siempre estaba en condiciones de facilitar hachís. Si había material en la prisión, él estaba en la onda.

—Oye, Rafa, ¿quiénes son esos dos guripas que han salido de ahí?

—Dos mendas que van de chulos. El más grande sé que le llaman el Sevillano y al otro no lo conozco. Pero siempre van juntos. ¿Has visto lo que le han hecho a ese menor?

—Sí. Lo han destrozado. Iba echando sangre.

—Se lo han follado a las bravas. El chaval está asustado. Le han metido el miedo en el cuerpo y no dirá nada al boqueras. Es nuevo y le faltan agallas para plantar cara. Si habla, le pegarán dos navajazos. Eso tú ya lo sabes. Aquí nadie sabe nunca nada. Y yo, menos.

Antonio sacó un paquete de cigarrillos y le ofreció.

—Ese más grandote, el Sevillano, ¿de qué va? —quiso saber Antonio.

—Es un chulo indecente. Te lo digo yo. Pero no te fíes de él.

Abusa porque es una mamona.

—¿Qué registro toca?

Rafael cogió el brazo de su amigo y le obligó a caminar en dirección al patio.

—Vámonos de aquí —le apremió—. Igual se ponen las cosas feas. ¿Me decías del menda ese…? ¡Ah, sí! Dicen que lo suyo son los pisos, con llave falsa. Pero le falta clase para la ganzúa. Y el otro es un menda de la basca, todo chungo.

—Que no se cruce en mi camino —masculló Antonio, entre dientes.

Habían llegado al patio. Lucía un sol cálido y muchos paseaban calmosamente. Se situaron en un extremo, observando los grupos de los demás reclusos enfrascados en sus conversaciones.

—¿Te enteraste de la movida de anoche? —le preguntó Rafael.

—Sí. El mangui ese que se llevaron al hospital. ¿Lo conocías?

—Así, así. Es un tipo raro. Le dicen Quique el Loco. Los dos rieron a la vez.

—Le han puesto el apodo a la medida —comentó Antonio.

—Fíjate si hay que estar sonado. Se tragó un puñado de clavos. Dicen los de su celda que quería ir al hospital como fuera. Siempre estaba fingiendo enfermedades. El muy gili quiere fugarse del hospital. Como si no le fueran a poner a los monos de vigilancia todo el día.

Antonio hizo un gesto de comprensión con la cabeza. Luego preguntó:

—¿Y qué se sabe del menda?

—Lo último, esta mañana. Que está a punto de palmarla.

4

Con el discurrir de los días, Antonio llegó a la amarga conclusión de que en la prisión las cosas no habían cambiado. Las bebidas alcohólicas seguían estando prohibidas en todo el establecimiento. Se permitía el consumo de un botellín de cerveza por persona y día. Siempre en la comida principal. Sin embargo, frente a los obstáculos y prohibiciones, el recluso se las ingeniaba para obtener las bebidas que deseaba. Jugaba a su favor el hecho de que todas las celdas estaban ocupadas por tres o cuatro personas. El funcionario visitaba todas las celdas acompañado por dos ordenanzas que transportaban las cajas con los botellines de un tercio de cerveza. El funcionario entregaba tantos botellines como individuos integraban la celda y cada recluso, en su presencia vaciaba el contenido de la botella en un recipiente, normalmente una cantimplora. El botellín vacío era devuelto a la caja. De esta forma se intentaba evitar la comercialización del alcohol y además que los envases vacíos fueran empleados como proyectiles.

Todos los ocupantes de la celda podían beber, por derecho, su ración de cerveza. Pero Antonio sabía que eran sólo uno o dos por celda los que lo hacían. Quien renunciaba a su cerveza, era para vender su parte al precio de cien pesetas.

Cuando un determinado grupo de internos —generalmente los llamados mañosos— conseguía acumular cierta cantidad de bebida, alternaba su consumo con el de drogas de diversos tipos, originando auténticas bacanales que generalmente degeneraban en revueltas

colectivas.

—Oye, Gafe, ¿cuánta cerveza tenemos hoy? —preguntó el Bobadilla.

—Si todo funciona, esta tarde recogeremos cinco raciones extra —respondió.

—¿A qué precio? —terció Antonio.

—Media libra la ración —respondió.

—Pues vaya chollo, Gafe —comentó el Bobadilla—. Si al menos te lo dejaran a un cangri la ración…

—Que no, nano. Que están todos muy careros. Aquí dentro se espabilan hasta los más tontos. Estaban los tres en la celda.

Tanto la cena como la comida tenía lugar allí, pues en la cárcel no existía comedor.

—Ya no te acordabas, ¿verdad, Califa? —bromeó el Bobadilla—. La comida es siempre lo mismo. Un poco de sopa y un pedazo de pollo. Lo cambian, pero siempre es lo mismo: caldo y pollo.

—Pues dicen que si comes mucho pollo, te haces maricón —sentenció el Gafe.

—Aquí no hace falta comer pollo para eso.

Los tres se miraron brevemente y luego estallaron en una carcajada.

Aquella tarde, Antonio reparó en el gran mural que existía en la pared de entrada a la galería. Estaba repleto de avisos, normas de higiene y anotaciones diversas al Reglamento Interno.

No recordaba haberlo leído nunca, pese a cruzar ante él muchas veces al día. Allí estaba, rígido y programático, el «horario vigente en este establecimiento penitenciario».

7’00	Diana. Aseo personal y de las celdas.
7’30	Recuento. Desayuno.
8’00	Talleres. Limpieza general.
9’15	Alto en el trabajo. Traslado de la población reclusa a sus celdas y

	departamentos.
9’30	Recuento.
10'00	Talleres. Escuela. Médico. Comunicaciones orales. Salida a los patios.
13’30	Alto en el trabajo. Cierre de patios. Fin de comunicaciones orales.
14’00	Primera comida. Recuento.
15’30	Talleres. Limpieza. Patios. Botiquín.
18’30	Cierre de talleres. Cierre de patios. Vuelta a los departamentos.
18’40	Recuento.
19’00	Escuela. Actos recreativos comunes (televisión, juegos).
21’00	Cena.
21’30	Recuento. Cierre de la población reclusa.
22’00	Silencio.

Observaciones:

A) Los lunes y sábados, el horario de recreo se ampliará hasta la hora de cierre de las emisiones de T.V.

B) Durante los horarios de trabajo y de patio, las celdas y departamentos permanecerán cerrados.

C) Los cambios de actividad regirán

por toques de corneta.

—Pero, ¿tú lees esas cosas?

Era Juan el Gafe, que exageraba con muecas de extrañeza la sorpresa que le producía ver a Antonio, como un novato, absorto ante el mural.

—Me ha dado por ahí.

—¿Te gusta el horario del maco?

—Es todo un montón de chuminadas. Porque, vamos a ver. Dice que hay escuela, mentira. Talleres: sólo para unos cuantos enchufados. Médico: no te hacen ni caso; si te pones enfermo, lo tienes claro. Como no sea cosa de hospital… Botiquín, vaya mierda. Con aspirina lo curan todo.

—Déjalo que se te va a poner mala sangre.

Se alejaron del mural. En el patio quedaban rescoldos de sol mortecino, llegaban del exterior los sonidos familiares del tráfico y el griterío de los niños que salían a borbotones de un colegio próximo.

—Oye, ¿por qué decías antes que si se come mucho pollo se hace uno maricón? —preguntó Antonio.

El Gafe rió ampliamente.

—Eso dicen —respondió—. A lo mejor es verdad, pero aquí eso da igual.

—En el talego no se libra nadie.

—Eso, fijo. Aquí nadie habla de tías. Si alguno se quiere enrollar con otro, para el mariconeo, se las da de muy macho hablando de chorbas. Pero lo que quiere es ligarse al otro. Además, aquí nadie dice la verdad. Todos mienten lo mismo que hablan.

Y si no, fíjate en el Gorrino. Tiene una mujer de bandera y el otro día vino a comunicar con él. Pues el menda, ni caso. Claro, está liado aquí con un maricón.

Antonio, de pronto, recordó el incidente en su celda, cuando había sorprendido a Juan el Gafe con otro. La visión de la desnudez de ambos, le hizo sonreír. El Gafe no era rencoroso, y supuso que ya lo había olvidado.

—¿Qué te pasó el otro día, Califa? —le preguntó, adivinando sus

pensamientos.

—¿Cuándo? —Antonio fingió sorpresa. Y tras una pausa estudiada, añadió—: ¡Ah!, te refieres a lo de la otra tarde, cuando… Bueno, me cabreó ver a dos mendas en mi celda y pensé que me estaban afanando algo. Sabes que si llega a ser otro, le parto la jeta. Además, ¿por qué os metisteis allí?

—Porque queda más alejado del de verde y es menos peligroso.

Y porque el Bobadilla lo sabía.

—¿Valentín estaba en el rollo? —Antonio se rascó la cabeza con brusquedad—. ¿Qué gana él?

—Te lo puedes imaginar. Lo mismo. Pero tú no sabes nada. Yo no te he dicho nada, ¿vale? El Bobadilla va muy de hombre. Si se entera que te lo he dicho…

—Tranquilo, Juan.

—Vaya corte que me diste, nano.

5

El sociólogo de la prisión se encontraba de un humor excelente aquella mañana. Normalmente, sus jornadas de trabajo en el establecimiento penitenciario estaban exentas de problemas urgentes que resolver. Todo se reducía a conversar con los reclusos y confeccionar un historial, lo más completo posible, de cada uno de ellos. Era una labor apasionante, como sumergirse en un mundo aparte. Un mundo con su propia moralidad y regido por leyes diferentes. Todos aquellos hombres se comportaban de forma agresiva y habían renunciado a la sociedad.

Pero estaba convencido de que con método y perseverancia él podría cambiar la personalidad delictiva de muchos de ellos. Sólo era cuestión de encontrar en cada caso, el elemento aglutinante de sus inclinaciones hacia el delito.

La silla crujió ligeramente cuando se sentó tras la mesa del despacho. Era una estancia espaciosa y austera, en el tercer piso, con dos ventanales de cristal opaco amarillento.

Era un hombre delgado, de tez pálida. Se puso las gafas de montura dorada y ojeó las fichas de diversos reclusos. Separó una que leyó con detenimiento.

«Antonio Chacón Murillo, alias Toni el Califa.

Conceptuación: Delincuente habitual contra la propiedad y traficante de drogas.»

En ese momento oyó dos golpes en la puerta y levantó la cabeza.

—Adelante.

Un ordenanza asomó la cabeza. A un gesto del sociólogo entró, seguido de Antonio.

—Siéntese —y le indicó una silla, frente a la mesa.

El ordenanza se retiró y cerró la puerta.

—En un momento estoy con usted —explicó, conciliador—. Puede fumar, si lo desea.

Antonio le observó detenidamente. Era aproximadamente de su misma edad y tenía unas manos inmaculadas, que siempre había envidiado.

En la cárcel todos se tomaban a broma a aquel hombre, de ideas angelicales, que parecía haberse impuesto la misión de redimirles a todos. Nuevo en el centro penitenciario, debía de hacer escasos años que había terminado sus estudios.

Encendió un cigarrillo y aguardó sumisamente, mientras le veía ordenar, infatigable, una serie de fichas.

El sol de la mañana le daba de lleno en la espalda y Antonio sintió que, de forma inexplicable, se le adormilaban los ojos en un suave vaivén entre el sueño y la realidad.

El sociólogo levantó la vista por encima de sus gafas y miró a Antonio. Repasó su ficha.

```
Lugar de nacimiento: Valencia.
Fecha: 21-11-51.
Nombre de los padres: X y María.
Estado: Soltero.
Profesión: Ninguna.
Fecha y motivo del ingreso en prisión:
3-8-1971            Hurto.
21-9-1972           Robo con fuerza en
                    las cosas.
3-5-1974            Tenencia útiles
                    para robo y objetos
                    de procedencia
                    ilícita.
27-6-1975           Lesiones en
                    agresión y
                    atentado.
3-8-1975            Hurto y tenencia
```

	drogas.
11-1-1976	Conducción ilegal. Reclamado.
5-7-1977	Tráfico de drogas.
11-9-1977	Aplicación Ley de Peligrosidad Social.
17-2-1978	Robo con fuerza en las cosas.
13-11-1980	Robo con fuerza en las cosas.

Observaciones:

Puesto a disposición del Tribunal Tutelar de Menores, en dos ocasiones, por hurto y robo.

Datos complementarios:

Individuo agresivo y altamente peligroso. Convive con una mujer que ejerce la prostitución. Frecuenta compañías de delincuentes habituales contra la propiedad y los lugares donde se reúnen los consumidores y traficantes de drogas. En ocasiones ha usado nombre falso. Se considera muy improbable su recuperación para la sociedad.

Pensó que quizá su predecesor se había excedido en un juicio demasiado severo. Se quitó las gafas y limpió ceremoniosamente los cristales con un pañuelo blanco. Se le notaba indeciso.

—Mi labor como sociólogo —empezó diciendo— no pretende otra cosa que ayudarles a ustedes. Trato de ver las posibilidades de adaptación en el medio en que ahora se encuentran y también con vistas a su integración en la sociedad —hizo una pausa, para calibrar el efecto de sus palabras. Golpeó suavemente con la punta del bolígrafo sobre el bloque de cuartillas que tenía delante y

continuó—: Hablando sin rodeos, intento que lo bueno que hay en usted aflore a la superficie y que lo malo quede relegado a segundo término, como agua pasada. Si lo entiende así desde el primer momento, esta conversación puede ser muy positiva. Piense que al desnudarse a sí mismo se llegan a comprender en profundidad una serie de motivaciones que son las que, en definitiva, nos convierten en lo que somos. Fundamentalmente, el psicoanálisis es eso: un estudio serio sobre uno mismo.

Antonio se esforzaba por mantenerse atento a sus palabras. Aquel hombre tenía estudios, pero era evidente que había vivido poco. Físicamente lo encontraba demasiado delgado. Una calvicie incipiente se abría camino a ambos lados de la frente, entre su oscuro pelo rizado. Vestía una chaqueta deportiva, camisa azul y un pañuelo oscuro al cuello.

—Le puedo asegurar que si usted pone voluntad, a la larga estos contactos serán muy positivos. Si consigue conocerse mejor, tiene todas las posibilidades a su favor. He de admitir que no siempre se cosechan éxitos, pero en su gran mayoría los fracasos se deben a la escasa colaboración con el sociólogo. ¿Me comprende?

Antonio asintió, tras un titubeo. Estaba totalmente ausente. Por un momento pensó en la posibilidad de ganarse la confianza de aquel hombre. Ello podía traer aparejadas muchas ventajas.

—Bien, si está dispuesto, vamos a empezar con unas preguntas sobre usted.

Se puso las gafas y buscó un formulario impreso. Antonio corroboró todos los datos de filiación pero mintió cuando fue preguntado por su domicilio. Una vez más, dio el de su madre. El piso que compartía con Maica, seguramente lo ignoraban los de la policía y no era cosa de quemarlo por un loco de la vida. Por lo demás, esa pregunta, en otras épocas hubiera tenido múltiples respuestas, todas ellas diferentes. Había dormido en pensiones y dentro de coches robados; conocía el frío de la noche a la intemperie sobre un banco de la vía pública, y el cobijo cálido del piso de algún amigo.

Recordaba que una mañana, tras una velada de embriaguez total, había amanecido junto a la tapia de un cementerio. Huyó del lugar a toda prisa, antes de poder recordar cómo había llegado

hasta allí.

La voz del sociólogo, le volvió a la realidad.

—¿Conoció usted a su padre?

—No.

—¿Qué sabe de él?

—Nada. Que se largó con una fulana.

—¿Después de nacer usted?

—Antes.

Tomaba nota de las respuestas, calmosamente.

—¿Su madre le habló mucho de él?

—No. ¿Para qué?

—¿Le dio su apellido?

—No.

El hombre no hizo ningún comentario. Por el gesto vivaz de Antonio, supo que había pulsado una fibra delicada.

—¿No ha vuelto a tener noticias de su padre?

—No.

—¿Se volvió a casar su madre?

Antonio levantó los hombros.

—Vive con un menda —respondió indiferente.

—¿Desde hace mucho tiempo?

—Sí, siendo yo pequeño.

—¿Significó mucho en su vida?

Antonio se irguió en la silla.

—¿Quererle? Yo he pasado mucho de él.

—¿Por qué?

Se hizo un silencio. El sociólogo carraspeó ligeramente.

—No parece usted muy hablador —dijo.

Antonio apartó la mirada. Empezaba a resultarle pesado el hombre aquel. ¿A qué venía hablar ahora de su padrastro? Podría haberle contado las palizas recibidas en su infancia; el cariño que nunca tuvo de su madre, a causa de aquel chulo; las veces que huyó de casa al ver a su madre golpeada.

Pero no quería hablar de todo aquello. ¿Para qué? Bastante hacía con aguantar el rollo. Por tanto, que no se le pidiera nada más.

—¿Qué estudios tienes?

Estuvo tentado de decirle que era ingeniero. Ese pobre hombre no cogía onda.

—Primarios —respondió.

Luego quiso saber la actividad laboral que había desarrollado Antonio a lo largo de toda su vida. Le mintió, de nuevo, inventando un sinfín de empleos. Apenas hizo hincapié en sus creencias religiosas y volvió a incidir en lo relativo a su infancia. Sus respuestas eran siempre lacónicas, cerrando todos los caminos de su intimidad.

—Ha estado muchas veces detenido —explicó el sociólogo—. Es usted un hombre curtido que, además, denota un grado de inteligencia no muy común.

Antonio quedó perplejo, tratando de adivinar qué pretendía por el camino de las alabanzas.

—Tiene usted… —repasó la ficha, flemático— eso es, veintinueve años. Hagamos un alto en el camino. Ha transcurrido ya una etapa importante en su vida. Puede ser éste un buen momento para plantearse el porvenir desde otra perspectiva. No es nada agradable vivir aquí dentro y para evitarlo lo primero que se necesita es mentalizarse. Cambiar nuestra mentalidad frente a la vida o de lo contrario terminar siendo un eterno presidiario. Y eso no debe ser. ¿Qué opina usted?

Guardó silencio, convencido de que el hombre había quedado satisfecho, tras largarle la perorata. Él tenía muy claro que no pensaba volver a la prisión. Era sólo cuestión de no cometer errores. La última vez se había confiado demasiado. Pese a lo cual no lograba adivinar qué fallo había cometido para que algún vecino advirtiera su presencia. Por lo demás, había actuado de prisa. En escasos segundos se apoderó de todo lo que de valor encerraba el piso. Salió a la calle en el preciso momento en que llegaba la policía. Le sorprendieron con todo el consumado. La próxima vez sería diferente.

Había que montárselo con el polvo. Daba mucho dinero, si se hacían bien las cosas. Para dar un buen meneo, tenían que estudiarse bien todos los detalles, como hacían los presos políticos. En ese aspecto admitió que los presos políticos estaban mejor organizados. Pero su orgullo les perdía. No se relacionaban con

nadie más en la cárcel y formaban siempre grupo aparte.

El sociólogo seguía hablando con voz sosegada.

—¿Alguna vez le han detenido sin motivo?

—Muchas.

—¿Consume drogas?

Al fin, salía la cuestión.

—A veces, como todo el mundo —respondió.

—¿Heroína?

—Cuando se tercia.

Sus respuestas eran anotadas minuciosamente. Antonio despreció el sistema y a todos los hombres que formaban parte del mismo.

—¿Qué tal es su conducta en este establecimiento?

—Normal.

—¿Y qué entiende usted por normal?

No encontró palabras adecuadas para contestar y permaneció callado.

—Su conducta aquí —aseveró el sociólogo— es muy importante. No sólo porque le permitirá llevar una vida relativamente más cómoda, sino porque le coloca en el camino recto que debe seguir usted luego, cuando le den la libertad. Tómelo como una oportunidad.

Aquello era demasiado. Todas aquellas palabras estaban muy bien para los lameculos. Él conocía de sobra lo que era el maco. Allí dentro sólo hay una forma de vida: pisar fuerte y ser más duro que los demás.

Cuando salió del despacho, sin embargo, tuvo conciencia de que había desperdiciado una buena oportunidad. Era un buen hombre y simulando interés y con un poco de suerte habría logrado ganarse su simpatía. De ahí a conseguir un destino en la cárcel, sólo había un paso.

6

Aquel domingo Antonio estuvo toda la mañana como aletargado. Se había levantado con sueño y al mediodía aún no se había recuperado. El programa de la televisión del día anterior se había prolongado de forma inusual. Por lo demás, en la celda los tres habían abusado del hachís y del coñac, hasta altas horas de la madrugada.

En el patio el tiempo discurría con mucha lentitud. Aún faltaba media hora para la comida.

Buscó un espacio a la sombra, pues el sol cálido en los días de invierno le producía un sordo dolor de cabeza.

Del otro lado del muro llegó el vibrante chirriar de neumáticos sobre la calzada. Prestó atención. No parecía haber tenido mayores consecuencias. Por el sonido del motor, al arrancar de nuevo, dedujo que se trataba de un autobús. Imaginó la clase de personas que viajarían en él: matrimonios endomingados, ancianos sacando a los nietos de paseo y alguna pareja de novios sorbiendo con avidez, minuto a minuto, todas las horas del domingo.

Gente distinta. Les envidiaba su libertad, pero le repugnaba su forma de vida, estrecha, sin disfrutar plenamente de las cosas, siempre atados a sus costumbres.

De improviso, a escasos metros de él, dos individuos a los que no había prestado atención, y que parecían mantener una conversación apacible, empezaron a elevar la voz. Se adivinaba la pelea.

Uno de ellos era gitano, de tez muy cetrina, con los pómulos salientes y las mejillas hundidas. El otro, payo, era más grueso, de cara regordeta y una pronunciada joroba. Antonio le conocía por «el Chepa» y estaba en el talego por tráfico de drogas.

Los gritos atrajeron la atención de todos los reclusos del patio, que poco a poco se fueron acercando alrededor de los dos hombres. En el calor de la discusión, apenas se distinguían las palabras. Supuso que el motivo era el de siempre: un odio mutuo que surgía en algunos sujetos, sin ninguna explicación. Un odio primario que hostigaban constantemente.

El Chepa trataba de dar coherencia a sus explicaciones, enrojecido, con las venas a punto de estallar en su cuello. El gitano, en cambio, le interrumpía constantemente aumentando el tono de su voz y hablando más de prisa. De las voces airadas se llegó a los juramentos y luego a las maldiciones.

El gitano, enfurecido, profanó la memoria de los muertos de su interlocutor. El Chepa calló, como paralizado por un resorte. Los ojos parecían a punto de saltar de sus órbitas. No reparó en el amplio círculo de reclusos que les rodeaban.

El brazo derecho del Chepa salió despedido, rotundo, asestando un terrible puñetazo en la nariz al gitano, que trastabilló, cayendo de espaldas. En el suelo, se llevó la mano a la boca y contempló la sangre que manchaba sus dedos. Se puso en pie, pero antes de que lanzara su ataque, recibió una patada en los genitales, que le obligó a doblarse sobre sí mismo.

Todos los reclusos observaban en silencio, sin que nadie osara intervenir. El gitano, apenas repuesto del impacto doloroso que acababa de recibir, fue incorporándose con lentitud. Estaba de espaldas al Chepa, quien no captó el rápido movimiento de su mano derecha al calcetín del pie izquierdo.

El gitano se abalanzó sobre él como un huracán enloquecido.

—¡Cuidado, Chepa! —le gritó uno de los espectadores.

No tuvo tiempo de reaccionar.

Le había hundido el destornillador en el vientre.

El Chepa se llevó las manos a la herida, mudo y sorprendido. Luego, el dolor doblegó sus rodillas, desplomándose lentamente.

El gitano desapareció de la escena con rapidez. Los espectadores

se alejaron asimismo del lugar. Dos reclusos, amigos del Chepa, le asieron por los brazos hasta ponerlo en pie y le sacaron del patio. Unos segundos después aparecieron varios funcionarios que observaron inquisitivamente a los reclusos.

Antonio dedujo que ignoraban quién era el autor de la puñalada, pero no tardarían en saberlo. El Chepa no hablaría. Pero entre tantos mirones había más de un chivato dispuesto a ganarse los favores de los boqueras.

Permaneció solitario, apoyado en la pared, fumando un cigarrillo. En el suelo, cerca de donde se encontraba, había un pequeño reguero de sangre.

Un funcionario le hizo señas con la mano para que se acercara. Antonio giró la cabeza a ambos lados, comprobando que estaba solo y que se le llamaba a él. Se acercó, sumiso.

—Dígame, don Elías.

—Vamos a mi despacho, Antonio. Quiero hablar contigo.

Era un hombre maduro, conocedor del ambiente de prisiones. Usaba gafas de gruesa montura, detrás de las cuales se escondían dos ojos diminutos.

Una vez en el despacho le indicó a Antonio que tomara asiento, frente a él.

—¿Estabas allí cuando ha ocurrido? —le preguntó, ofreciéndole un cigarrillo.

—Sí, señor.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Creo que una pelea.

—Crees que una pelea… —el hombre tamborileó los dedos sobre la mesa. No se inmutaba con facilidad—. Bueno, ya es algo. Pero, no sabes quién estaba peleándose con el Chepa, ¿verdad Antonio?

—No, señor.

—Estabas tan cerca de los dos, que de rebote te podían haber dado a ti. Pero no sabes nada.

Antonio bajó la vista, sin despegar los labios.

—Tenéis lo que os merecéis. Sois carne de presidio porque os gusta revolearos en la porquería. A la cabra le tira el monte y vosotros sois incapaces de reaccionar como personas humanas, ni siquiera una vez. No pidáis trato de personas hasta que no lo seáis.

¿Me oyes, Antonio?

El funcionario guardó silencio, esperando haber logrado algún efecto con sus palabras. Sabía que tenía frente a sí a un individuo duro, con muchos días de cárcel a sus espaldas, y que sólo entendía el lenguaje fuerte y agresivo.

—No puedo, don Elías —dijo Antonio.

—¿No puedes decir quién ha pinchado al Chepa?

—No, señor. Pídame lo que quiera, pero no sirvo para mamona.

—Entonces, atente a las consecuencias.

Antonio le escuchó con desprecio. Odiaba la cárcel y a todo el que se relacionaba con ella. ¿Quién se había creído que era don Elías? Porque tenía estudios y ocupaba ese puesto, se creía que lo podía todo. Si no fuera porque no estaba en condiciones de replicar, le hubiera gritado a la cara lo cerdos que eran todos los de verde. Si no los tuvieran encerrados, eso no pasaría. Y habla de ser persona, uno que carece de humanidad. Pensó que lo último que haría en esta vida sería meterse a funcionario de prisiones.

Sabía que por su silencio no le podían imponer castigo alguno.

—De acuerdo, Antonio. Ya hemos terminado de hablar.

Había calculado que emplearía la táctica del sermón dulce con él. Se alegró al comprobar que le daba por imposible.

El funcionario se quitó las gafas con cansancio y se frotó los ojos.

—Puedes retirarte —dijo.

Durante la comida en la celda, la conversación giró en torno a la puñalada del gitano.

—A estas horas el Cortés ya estará en una celda de castigo —aseveró Juan el Gafe.

—Seguro —afirmó el Bobadilla—. Con la cantidad de chotas que hay aquí, ya habrán trincado al gitano.

—Sí, pero mira —insistió el Gafe— el que está jodido es el Chepa. Dicen que el pinchazo ha sido cosa fea.

—Le ha metido todo el hierro —terció Antonio—. Era un destornillador de buen tamaño.

Los tres comían con apetito. Los incidentes de este tipo eran normales y la persona se habituaba a convivir con ellos.

—¿Qué quería el de verde? —preguntó Valentín el Bobadilla,

señalando a Antonio con su tenedor.

—¿Don Elías? Nada, lo de siempre. Que si sabía lo que había pasado y todo eso.

—¿Y qué tal?

—Nada. De mí se ha comido una mierda.

—Pues habrá cogido un cabreo como un enano.

Era el Bobadilla que reía con la boca llena.

—Calcula —respondió Antonio—. Un sermoncito y a paseo.

—¡Y qué jodidos son los gitanos! —exclamó el Gafe.

—Son raros cantidad —dijo Antonio—. Lo mismo los tienes de cara que te vuelven la espalda. Si no eres calorro como ellos, no te aceptan. Llevan su vida a su manera. Sólo hablan entre ellos. Cuando un calorro tiene visita, acuden gitanos como moscas.

Y una manada de churumbeles. Pero ellos pasan de todo.

—De eso, nada —respondió el Gafe—. El mariconeo les va cantidad.

—Natural —dijo el Bobadilla, sin levantar la cabeza de su plato.

—Pues no es tan natural —agregó el Gafe—. Ten en cuenta que hace unos años a un calorro le gastabas una broma en plan mariconeo y te rajaba. Se volvían como locos. Pero ahora, ponen el culo y lo que haga falta. Les va cantidad el rollo.

—En esa materia, pasaban de historias —terció Antonio—. Fíjate, sus mujeres, por ejemplo. A un gitano hace muy pocos años le ponía los cuernos la mujer y ¡la que se podía formar! Ahora, los tíos se han echado a macarras y las mujeres se dan de bofetadas por currelar en el chino.

—Y se harán los amos del barrio —sentenció el Gafe—. Esa gente es como una plaga.

Rafael el Huesos se encontraba de excelente humor. Todo le sonreía bajo la mansedumbre de aquel sol invernal, jinete de ilusiones efímeras a caballo entre el odio y la desesperanza.

—¿Te van a dar la bola? —le preguntó Antonio.

—Qué va, qué va. ¿Por qué?

—Hombre, parece que vayas a salir en libertad. Llevas un día…

—Es que hoy me toca comunicación. Viene mi hermana.

Antonio comprendió de inmediato la euforia de su amigo. Cuando recibía visita, al Huesos siempre le llegaban drogas.

—¿Qué te va a pasar? —preguntó Antonio.

—Caballo. Tiene una onda buena.

—Te lo montas de bute, Rafa.

—A ver… No te muevas y te pudres aquí.

—Haces bien.

Rafael sonrió.

—Mi hermana tiene mucha jeta —explicó—. Entra aquí, como si tal cosa. Lleva siempre un bolso de mano y lo primero que hace es dárselo al funcionario para que se lo mire. Es cosa fina, lo que yo te diga. Y entre las tetas lleva escondidas dos bolsitas con caballo.

Antonio afirmó con la cabeza, con gesto complacido.

—Está clarísimo —dijo—. Tú coges el polvo y antes de que termine la comunicación, se lo has pasado a un menda de aquí. Después de la comunicación, cuando el de verde te cachea, estás limpio.

Ambos rieron. Súbitamente, Antonio apretó los labios con preocupación.

—¿Me puedo fiar? —le preguntó.

—Hombre, Califa, eso no se pregunta.

—Es que le voy a escribir una carta a Maica —y señaló una libreta que llevaba bajo el brazo.

—¿Sí? —interrogó, apremiante, Rafael.

—¿Se la podemos dar a tu hermana y que se la lleve a Maica? Es que no me fío del de verde. A lo mejor, la abren, ¿entiendes?

—No se hable más, Califa.

—De acuerdo. En un rato la escribo.

Antonio se alejó y buscó un rincón en el patio donde las posibilidades de ser molestado fueran mínimas, y se sentó.

Instintivamente, levantó la cabeza. Allá arriba, en su garita, estaba el guardia civil de vigilancia, con la metralleta al hombro: mensajero de la muerte para todas aquellas ratas que deambulaban en la cloaca sin salida.

Soltó una maldición. Apoyó la libreta en el saliente del muro junto al que se había sentado. Con lentitud, ya que escribir no se le daba bien, empezó su misiva:

«Un día del año 1980.

»Ya falta menos.

»¿Qué hay, Maica? Te escribo desde el patio, porque ha salido un buen día y así a ver si me animo. Son muchas las cosas de aquí que tengo que decirte. Pero esto de escribir no es lo mío. Como supongo que te molará saber cómo me va, te voy a contar algo.

»Como ya sabes, aquí de currar, nada. Me paso el día en el patio y en la celda, y ya estoy hasta los huevos. Aún no tengo nada para buscarme la vida, aunque ya estamos en tratos unos pocos para montar una partida de dados. (Y a ganar siempre, ya me entiendes.)

»Por ahí fuera la pasma está pegando mucho palo por lo de la droga. Aquí no paran de entrar casi todos los días. Está cayendo mucha gente y muchos colegas míos.

»Bueno, tronca, yo no sé lo que tú harás por ahí, pero te juro que me molaría estar ahora contigo. Pues a pesar de los mosqueos que tuvimos últimamente, te sigo considerando la mejor de todas las mujeres que conozco. Cuando salga, nos lo haremos de puta madre, tía.

»Aquí dentro, hasta los que van de más hombres, están dando le al mariconeo. Te prometo que, por ahora, aguanto bien. Ya sé que no te importa que me lo haga con otro tío si no aguanto más. Pero ese rollo no me va.

»Lo demás, todo igual. Los funcionarios te meten una coña con lo del reglamento, que no veas. Menos mal que por las noches en la celda nos ponemos cardíacos de priba. Y a veces tenemos chocolate y cogemos unos ciegos que dormimos como marmotas. Ya te imaginas que estar aquí dentro es un palo. Hay muchas veces que estamos chungos por falta de droga. Ya te hablé de los

pocos amigos en los que se puede confiar aquí.

»Este sobre te lo lleva la hermana de Rafa el Huesos. Es un buen colega y ella tiene ahora una buena onda de polvos. Que se enrolle bien contigo y me ligas un poco de chocolate; y de polvos, lo que puedas. Cuando lo tengas, vienes a verme y te diré la forma de pasármelo. Yo he pensado en el abogado. Falta que trague. Él me podría pasar un buen mogollón. Yo veré que trague. Por la cuenta que le tiene, lo hará. Pues si yo hablara, con las joyas que se ha comido, tenía para unos cuantos marrones. Bueno, ya lo hablaremos.

»Enróllate bien, Maica, que lo necesito para ganarme la vida aquí.

»Tengo ganas de ponerme ciego contigo.

»Te quiere.

»ANTONIO.»

Ese mismo día a última hora de la mañana y cuando ya había entregado la carta a Rafael el Huesos, le llegó un aviso inesperado, a través de un ordenanza.

—Tienes una comunicación —le dijo—. Me ha dicho don Elías que te llame.

—¿A mí?

—Sí. Es un abogado.

Antonio salió del patio. Cruzó la gran explanada situada en la entrada de las galerías y pasó al pequeño cubículo en el que existía una silla por todo mobiliario adosada a una ventana para comunicar con el visitante. Por fortuna, no tenía reja. Al otro lado del tabique, en una habitación fría con señales de humedad en sus paredes, y amueblada con una mesa sin edad y una silla, estaba su abogado.

En todas las comunicaciones se apoderaba de él un profundo sentimiento de envidia. Las visitas le recordaban que él se hallaba de este lado de la pared. El otro era libre de dar por terminada la entrevista y abandonar la prisión en el momento que quisiera.

—Buenos días, Antonio.

—¿Cómo está, don José María?

El abogado llevaba un maletín de piel marrón y permanecía de pie. Tras saludar a Antonio, cerró la puerta de la habitación y se sentó. Depositó sobre la mesa el maletín y tras abrirlo, tomó unos documentos.

El hombre le observó unos instantes. Aquellos ojos diminutos daban la sensación de estar atisbando constantemente hasta los pensamientos.

—El asunto está muy feo; no te quiero engañar.

Verdaderamente, el hombre era conciso, pensó Antonio. No perdía el tiempo con palabras rebuscadas.

—Tu declaración ante la policía fue desastrosa —continuó—. Aunque luego en el juzgado la cambiamos, no hemos adelantado gran cosa. Te cogieron con todo encima.

Antonio le miraba en silencio, a la espera de que al abogado se le ocurriera, de pronto, alguna idea esperanzadora.

—¿No sirve lo que le hablé? —preguntó débilmente.

El hombre repasó, una vez más, sus papeles.

—Es lo único, pero no garantizo nada. He pedido fianza para sacarte, pero de momento el juez dice que ni hablar: que continúes en prisión incondicional. Cuando preparemos el juicio hay que decir que el día de los hechos, tú salías de la finca, donde habías ido a buscar a una amiga. Los detalles, los completaremos en su día —se detuvo, pensativo. Luego movió la cabeza y prosiguió—: Una amiga puede quedar mejor que un amigo, por aquello de la complicidad. Le podrían dar la vuelta al asunto. Pero todo eso ya lo estudiaremos. Dices que te encontraste en el portal una bolsa y la cogiste, sin saber lo que contenía. Luego, en ese momento, se personó la policía.

El abogado hablaba sin mucha convicción y Antonio comprendió que lo tenía muy difícil. Sin embargo, el juicio tardaría más de dos años en celebrarse. Ahora su preocupación era la libertad.

—¿Y de la fianza, don José María…?

—Ése es el tema. Nos pueden pedir bastante dinero, dados tus antecedentes.

El abogado recalcó las últimas palabras, agitando al aire el dedo índice de su mano derecha.

—¿Doscientos billetes? —preguntó Antonio.

—No lo sé.

Antonio estudió al hombre. Estaba convencido de que le iba a pedir dinero.

—Me veo en la obligación de hablarte de dinero —le dijo el abogado, en tono de disculpa—. Llevo muchos gastos en lo tuyo.

Y para mover lo de la fianza no vendría mal untar a alguien.

«El cuento de siempre —pensó Antonio—. Habrá que untar a alguien… Lo que quiere es chupar él.»

—¿Cuánto, don José María?

—Con cuatrocientas mil no cubro gastos, pero podré seguir con el asunto.

Antonio pensó que el hombre tenía los dedos muy largos. Podía estar haciendo un montaje y saber de antemano que no había nada que hacer.

—De acuerdo, don José María. Yo hablaré con Maica y se lo explicaré. Precisamente, hoy le he escrito una carta.

—Muy bien, que me avise entonces.

El abogado guardó los papeles en el maletín e hizo ademán de levantarse. La comunicación había terminado, pensó Antonio. Le había pedido dinero y nada más.

—Don José María…

—¿Sí?

—Oiga, necesito pedirle un favor. Estoy sin blanca y si usted me ayuda, puedo sacarme un dinero.

—Tú dirás —le invitó el abogado, un tanto sorprendido.

Antonio le explicó someramente que podría disponer fácilmente de dinero. Que, independientemente, Maica se pondría en contacto con él, para pagarle. Le insistió en que, por ese aspecto, tuviera la total seguridad de que no había problema; que en el hipotético caso de no disponer de esa suma —extremo éste totalmente imposible— disponía de amigos y si no se sacaría el dinero de donde hiciera falta. Tras esta exposición, que pareció tranquilizar al abogado, consideró que tenía ya el terreno allanado.

Maica, además de llevarle el dinero —insistió una vez más en el detalle— traería consigo un poco de hachís y de heroína. Un abogado es hombre de leyes y ningún funcionario del mundo se

atrevería a cachearle al llegar o al salir de la prisión. El resto, era sencillo. Cuando acudiera a comunicar con él, se lo pasaría por la ventanilla. Una vez en poder de Antonio la droga, él se encargaría de entregársela a otro recluso antes de terminar la visita; con lo cual la jugada era perfecta. Por lo demás, añadió, eso lo hacían muchos abogados.

Cuando terminó de hablar, permaneció expectante, mirando al abogado que no parecía haberse inmutado lo más mínimo. La expresión de su rostro no dejaba traslucir ninguna decisión.

—No es, precisamente, una tontería lo que pides —comentó.

—Comprenda, don José María, que aquí la vida es peor que la de un animal. Además, de esa forma, puedo sacar una pasta y me hace falta. Se lo juro por lo más sagrado.

El abogado se puso en pie.

Era un buen luchador y no se ablandaba fácilmente. Estaba habituado a las lamentaciones y a los llantos fáciles. Conocía la capacidad para fingir de las personas.

—Lo pensaré, Antonio —le dijo en la despedida—. Cuando venga a verme Maica, ya decidiré lo que hago.

El abogado se marchó.

En aquel momento, Antonio supo que, si Maica le llevaba su dinero, accedería a la petición.

7

Se las ingenió para que el funcionario le autorizara subir a la celda: se había quedado sin tabaco.

Antonio subió la escalera metálica a grandes zancadas. Faltaban escasos minutos para las siete y media y esa tarde transmitían por televisión un partido de fútbol. Por tal motivo se iba a hacer una excepción en el horario habitual. Se concedía media hora más a fin de que todos pudieran disfrutar completo el encuentro televisado.

No había sido aficionado nunca a los deportes, pero allí dentro se debían aceptar como válidas todas las fórmulas que ayudaran a evadirse de aquella realidad.

Salió de la celda concentrado en desprender la tira roja de papel celofán que cerraba la cajetilla de tabaco.

De pronto, se detuvo. Tenía la impresión de que había alguien en esa celda. Volvió sobre sus pasos y ya en el umbral, miró hacia el interior.

Quedó paralizado. Allí estaba el Canijo, ahorcado. Su cuerpo pendía de una cuerda atada a uno de los barrotes de la ventana. Los brazos le colgaban yertos y los pies estaban a escasos centímetros del suelo. Tenía el rostro contraído, con los ojos desorbitados por su propio espanto. La lengua le colgaba de los labios babeantes.

Dio un paso atrás, la vista fija en aquel rostro que le miraba con rigidez diabólica.

Sus propias piernas le parecieron más ligeras, casi sin peso. Siguió retrocediendo.

La muerte estaba allí, se la podía tocar en el aire. Alrededor del cuerpo suspendido se percibía un halo electrizante. La muerte era algo real y a esa distancia resultaba pavorosa.

No se dio cuenta de que iba corriendo, hasta que tropezó torpemente con un funcionario. Este se volvió airado.

—Allí arriba, don Ernesto —le dijo, con voz trémula por la fatiga —. El Canijo se ha colgado en la celda.

Esa noche, despierto en su litera, se confesó a sí mismo que tenía miedo. Un temor ancestral a la muerte le impedía conciliar el sueño.

Contra su costumbre, introdujo los brazos bajo las sábanas. Era como si la muerte tuviera forma y rondara a su lado, capaz de arrastrarle de la mano hacia profundidades sepulcrales.

Con los ojos cerrados, intentó relajar la presión de los músculos. Un escalofrío le recorrió el cuerpo, en un temblor violento. La imagen del Canijo permanecía vivida en su retina. Una pequeña cuerda y allí había terminado toda su andadura. Como todos, había tenido su ración de horas y de días. Pero pertenecía a una clase castigada por la sociedad, que le había privado repetidas veces de su libertad.

Pensó que él también estaba atrapado. Los recuerdos de su infancia, borrosos de tiempo y lejanía, le amordazaban la mente en un torbellino. En algún sitio había oído que todos los de su clase estaban abocados al delito.

Antonio se preguntaba qué mancha podía tener su alma para merecer el castigo. El arajay repetía que Dios era bueno, pero no podía comprender en qué consistía su bondad para con él. ¿Existía Dios, en realidad? Admitió que, ciertamente, en la soledad era muy difícil rechazar el pensamiento de Dios. Era como si lo tuviera de frente, cara a cara. Ante los demás, se pasa de esas cosas, pero ahora, impotente ante sus propias preguntas, era diferente.

¿Por qué se había quitado de en medio el Canijo? Pero, sobre todo, ¿a quién preocupaba aquella muerte? A nadie. En definitiva, todo se reducía a lo mismo. Pequeñas muertes que conducen a una sepultura final y definitiva, un camino vacío hacia la nada. En esta vida siempre había cantidad de resquicios por donde escapaban las ilusiones.

Era como si, por una vez, estuviera viviendo hacia dentro. Allá afuera, no se piensa. Se camina, se hacen cosas, se habla con gente. Aquí, todo era encierro y soledad. Algo penetrante que envuelve la persona y se coge a la propia piel. Es el distintivo de la cárcel.

¿A qué clase de mundo habría ido el Canijo?

¿O quizá no hay nada?

Sin darse cuenta se estaba imaginando esa nada como un remanso placentero, como el final sosegado de la llantina de un niño.

Se removió inquieto en la cama. Se oía la respiración acompasada de los dos compañeros de celda. Gozaban de su ración de paz diaria. El sueño era el olvido.

Añoró una infancia que nunca había tenido. No había conocido a su padre y siempre le echó en falta. Un padre de verdad, duro, exigente, quizá, pero padre. En lo más profundo de su ser admitía que su madre nunca se preocupó de él. En su niñez siempre estaba aquel hombre, su padrastro, que mandaba y gritaba constantemente. Su madre callaba y obedecía. En alguna ocasión la había visto llorar. Pero nunca comprendió a aquella mujer que, por lo demás, era la única persona que le demostró cariño.

Además de su existencia, le debía solamente los apellidos. A sus veintinueve años, esa circunstancia constituía aún una humillación.

Con motivo de su última detención, en los calabozos de la Jefatura Superior cumplimentaron, una vez más, su ficha dactiloscópica. El policía que se encargaba de su «reseña» era más joven que él, pero pisaba firme. Confería un tono de impersonalidad a sus palabras que le desconcertaba.

—Nombre —era más una exigencia que una pregunta.

—Antonio Chacón Murillo —respondió.

—Fecha de nacimiento.

—Veintiuno de noviembre del cincuenta y uno.

El policía iba anotando las respuestas, de pie, inclinado sobre la mesa.

—¿Dónde ha nacido?

—Aquí, en Valencia.

—¿Soltero o casado?

—… Bueno, casado.

Había dudado antes de responder. El policía levantó la vista y le observó.

—¿Estás casado legal?

—No. Lo que pasa es que la llamo siempre mi mujer, ya que llevamos juntos la tira.

—Entonces, soltero —se inclinó nuevamente sobre la mesa—. ¿Profesión? No hace falta que contestes. Nada. No has trabajado en tu vida.

Antonio quiso protestar y decirle al chapa aquel que había trabajado muchas veces. Bueno, algunas. Pero no tenía derecho a hablarle de esa forma.

—¿Nombre de tus padres?

—Mi madre se llama María.

—¿Y tu padre?

—No tengo padre.

El policía movió la cabeza, pensativo.

—¿Cuál es el nombre completo de tu madre?

—María Chacón Murillo.

—Entonces, hijo de X y María —pronunció en voz alta, al tiempo que escribía.

El policía continuó con su reseña. Le tomó sus huellas dactilares en el anverso de la ficha.

«Hijo de X y María.»

Era como hurgar en una antigua herida con las manos sucias. Estaba marcado para siempre, como un animal. «Hijo de X y María.» Era un proscrito, un apátrida en una civilización extraña. La X era su padre a quien nunca conoció. Se marchó de casa antes de nacer él. Dos años después, ocupaba su lugar ese energúmeno de quien se había enamorado su madre. No tenía uso de razón y ya había comprendido que un padre no podía ser así. Los malos tratos que le infería y el abandono en que se encontraba fueron suficientes para que despertara su mente infantil.

La mañana estaba tensa y la sombra de una amenaza inconcreta se cernía sobre toda la prisión. Los reclusos caminaban a pasos cortos, conversando con sigilo, casi conspirando. Se temían represalias si se

descubría el menor indicio de agresión previa a la muerte del Canijo. Con todo, nadie parecía conocer gran cosa de su vida. No tenía amigos. Era un solitario en un mundo formado por una masa compacta de soledades. Los rumores habían comenzado a esparcirse, convirtiendo cada retazo de conversación oída en verdades inapelables. Se decía que el Canijo había muerto a consecuencia de una paliza que le habían propinado los mismos funcionarios. Éstos, posteriormente, habrían simulado su suicidio, ahorcándole. Pero en lo que todos coincidían era en su total adicción a la heroína, por cuyo motivo sufría constantes depresiones.

A las diez en punto de la mañana, Antonio ascendió por la amplia escalinata que conducía al primer piso donde estaban las dependencias sacrosantas de la prisión. El director le esperaba.

Las blancas paredes del pasillo estaban jalonadas a intervalos por diversas representaciones alegóricas de la Medicina, Arquitectura, la Ciencia y las Matemáticas, presididas por la Justicia. Todo ello en un estilo renacentista decadente. Nunca logró entender el significado de aquellas demostraciones artísticas que contrastaban con la nula decoración existente en el resto del edificio.

Al llegar a la puerta, llamó suavemente. Un ordenanza le abrió y le hizo aguardar en la antesala, mientras anunciaba su presencia al director. Acto seguido le hizo señas para que pasara.

El salón era espacioso, dividido en dos por un arco de corte románico, en cuyas bases se erigían sendas esculturas de alabastro. Los muebles antiguos le conferían un aire añejo y señorial.

—Siéntese.

El director le señaló una silla frente al enorme escritorio de madera de roble, tallada, donde se hallaba firmando unos documentos. «La gente importante sólo tiene un trabajo: firmar», pensó.

El hombre infundía respeto. La luz de la lámpara que se encontraba sobre la mesa perfilaba con nitidez las líneas duras de su rostro ovalado. Había preocupación en su rostro, cuando levantó los ojos hasta Antonio.

—Le he mandado llamar porque hay algunos extremos que

desearía me aclarase. Confío en que va a colaborar, en bien de todos.

Siempre se dirigía a los reclusos con el tratamiento de usted. Se esmeraba en ofrecer, con la exquisitez de sus modales, una imagen de hombre comprensivo y paternal.

—Ha ocurrido algo muy grave —continuó—. Marcelino Zapata se suicidó anoche. Puso fin a su vida por motivos que desconocemos. Una triste forma de enfocar los problemas de la vida, ¿no le parece?

Antonio se vio obligado a asentir con la cabeza.

—¿Le conocía usted? —le preguntó el director.

—Sí, señor. Al Canijo le conocía todo el mundo.

—Me refiero a si le había tratado, si tenía amistad con él.

—No, señor. Le conocía, pero muy poco.

—¿Por qué diría usted que lo hizo?

Antonio entornó los ojos. Le estaba preguntando la razón por la que se había ahorcado el Canijo.

—No lo sé, don Alberto —respondió—. El Canijo estaba muy zumbao. No hablaba con casi nadie. Yo creo que le dio la vena y se quitó de en medio.

—¿Consumía mucha heroína?

Antonio frunció el ceño, sorprendido. El hombre estaba dando por hecho que dentro del maco corrían los polvos.

—No es ninguna novedad —se apresto a decir el director— que hasta aquí dentro llega la heroína y que muchos adictos la tienen. Entonces, le pregunto otra vez. ¿Consumía heroína?

—Sí, señor. Estaba muy pasado de caballo.

—¿Cuánta necesitaba al día?

—No lo sé. En la calle se metería más de un gramo.

—¿Un gramo al día?

—Sí, señor.

—Le voy a ser explícito. Entre sus pertenencias no se ha encontrado nada que le relacione con las drogas. ¿Cómo explicaría usted eso?

—No sé. A lo mejor la escondía en algún sitio, para que no se la robaran.

—¿Es posible que antes de morir le hubieran robado?

Antonio se encogió de hombros.

—Se lo diré con otras palabras. El médico forense ha apreciado en el cadáver señales de violencia, concretamente, en el rostro.

De pronto, sintió miedo. Aquello se estaba complicando y todo apuntaba hacia él.

—Yo no sé nada de eso. Le dije al funcionario lo que había visto en aquella celda. Y ya no sé más. Le estoy diciendo la verdad. Si alguien le intentó sirlar o le pegaron, le juro que no sabía nada.

Antonio había elevado el tono de voz, visiblemente nervioso.

—Cálmese. Nadie le está acusando. Sólo pretendo que me diga exactamente lo que usted sepa.

—Es que no sé nada.

El director, tras una pausa estudiada, añadió:

—Bien, ¿qué hora sería cuando descubrió el cuerpo?

—No lo sé seguro. Pero más o menos, las siete y media de la tarde. Recuerdo que ese día dieron media hora de prórroga por el fútbol de la tele.

—¿Iba usted solo, cuando lo descubrió?

—Sí, señor.

El interrogatorio fue exhaustivo. Querían saber todo lo relacionado con aquella muerte, pero él desconocía la mayor parte de las respuestas que se le pedían.

—Si el señor juez necesita su declaración, ya le llamaremos —le informó finalmente el director—. Puede marcharse.

8

Antonio rompió el sobre con ansiedad. La carta era de Maica.

«Hola, tronco.

»Es la primera carta que te escribo y voy muy ciega, pues lo primero es la priba y luego las cartas. Perdona, pero no puedo escribir de ciega que voy. Me había quedado sin chocolate, ya sabes.

»¿Cómo estás? Supongo que muy mal. Espero que un poco más desenganchado. Yo hoy me había levantado relativamente bien, pues ayer estuve desde las tres de la tarde hasta las cinco de la mañana, a base de Rohipnol. Pero sólo para poder dormir. Si me lo propongo, puedo pasar del caballo.

»Aquí dicen que he cambiado mucho, y que estoy más delgada.

»Te voy a regalar una foto, pero está chunga, porque estaba hecha polvo.

»Tengo pretendientes, ¿sabes? Entre otros, el gallego y un abogado de Valencia. Me insinúan cosas obscenas, pero paso totalmente de ellos. ¿Cómo lo ves? Estoy haciendo voto de castidad. Espero que estés haciendo lo mismo o te mato. (Es broma. Te lo digo porque como nunca me las coges…) Ya sabes que a mí no me importa que ahí dentro te arregles con otro, si te hace falta. Te lo

digo de verdad, pero no te acostumbres.

»A ver si nos conceden una comunicación especial y podemos hacerlo los dos. Aunque, te diré, a mí me deprime mucho hacerlo contigo ahí. No lo puedo remediar.

»Bueno, he dejado para el final la mala noticia. He abortado otra vez. El otro día me puse muy mala y se fue todo. ¡Menudo derrame! Menos mal que Blanca ha estado conmigo estos días. Ahora ya ha pasado todo, y estoy bien.

»Llevo dos días en casa y aún no trabajo. Me aburro cantidad.

»Lloré mucho por lo del aborto. Me había ilusionado con tener el niño y parecía que todo iba bien. Siempre ocurre algo que lo estropea todo. Mala pata. A ver si la próxima no fallo.

»Por aquí todo como antes. Esto es un palo.

»Con la tronca que te envío la carta, te mando un poco de chocolate para que te pongas a gusto. Ya te ligaré más la próxima vez, que ahora estoy sin blanca.

»Un beso. Maica.»

Había abortado. En la soledad de aquellas horas oscuras meditó en su paternidad frustrada. Estaba seguro de que sería un buen padre para sus hijos. Al menos, tenía la experiencia de su niñez. Pero siempre aparecía aquella gran sombra. ¿Valía la pena que naciera un hijo? ¿Cómo le explicaría un día su permanencia en el talego? ¿Qué le esperaba en esta vida?

Todos los interrogantes se agolpaban en tromba, buscando respuesta en su mente. Una depresión sorda le fue inundando. Si él hubiera tenido otra infancia…

Sus padres eran oriundos de Sevilla. Mucho antes de nacer él, se vinieron a Valencia donde se auguraban mejores perspectivas de futuro. Su padre no tardó en encontrar trabajo. Un día conoció a otra mujer. Tras una agria disputa con su esposa, salió de casa dando un portazo. Era lo último que su madre recordaba de él.

Nunca más regresó.

Pasaban vidriosas por su retina las imágenes de la riada que asoló Valencia cuando él apenas contaba seis años de edad. Las calles parecían ríos embravecidos. El agua roja y el barro despedían un hedor pútrido. Su madre no cesaba de llorar. Vivían muy próximos al cauce del río Turia. La vivienda y todos los enseres quedaron anegados por las aguas. Tras la calamidad, a fuerza de súplicas y solicitudes, logró que se le adjudicara un piso, de reciente construcción, como damnificada, en el Barrio de la Fuensanta.

Antonio no conoció a su padre. Cierto día, su madre llegó a casa acompañada de otro hombre. Le dijo que, a partir de entonces, él sería su padre. Era alto, fornido, de mirada penetrante y unas manos grandes, temibles.

Casi siempre llegaba a casa borracho. La primera vez que vio cómo golpeaba a su madre, lloró de rabia, impotente. Después se fue habituando a ese trato y se escondía cada vez que adivinaba ademanes violentos en el hombre.

La primera mujer que vio desnuda fue su madre. Aquel día había salido del colegio antes de lo habitual. Al llegar a casa, al mediodía, le abrió la puerta un desconocido que le permitió pasar, sin prestar atención a su persona. Miró con ojos asombrados a aquel hombre. Sólo vestía una reducida prenda interior.

Antonio dejó la cartera con los libros en una silla del comedor y fue en busca de su madre. La habitación matrimonial estaba abierta. El desconocido se había acostado en la cama y ella estaba allí, de pie, riendo extrañamente, borracha y desnuda. Quedó hipnotizado por la contemplación de aquellos grandes pechos que se bamboleaban a cada risotada y que el hombre acariciaba desde su posición con manos repugnantes. Pero fue, sobre todo, la desnudez del pubis cubierto de un espeso vello negro lo que más le impresionó. Era su madre.

Salió de casa y emprendió una veloz carrera huyendo de allí. Las imágenes danzaban grotescas en su pupila infantil. Aquel día no regresó a comer. Por la tarde la madre guardó silencio, mientras su padrastro le propinaba una de las mayores palizas que recordaba por su fuga.

Nadie dijo una palabra de lo otro. Más tarde supo que su madre

se prostituía. Desde entonces, le obligaron a permanecer alejado del domicilio la mayor parte del día.

La visión de su madre desnuda, riendo su propia borrachera, abrió una profunda grieta en su persona. Empezó a dudar de todo. Nada le infundía confianza. Algo se estaba resquebrajando en su interior. Las barreras que delimitaban el bien y el mal se iban diluyendo. El mundo que conocía no era lo que le enseñaban en su escuela.

Rebasados los diez años, escribía y leía con soltura.

Una tarde decidió cambiar la escuela por los amigos. Aprendió nuevas formas de diversión. Sus colegas siempre disponían de dinero, a pesar de que eran tan pobres como él. Descubrió el placer del riesgo y la satisfacción tras las primeras sustracciones.

Nadie le censuró sus ausencias en la escuela. Hasta que, finalmente, dejó de asistir a clase.

Rememoró con desabrimiento aquella noche en que su madre, al registrarle los bolsillos del pantalón, le encontró un billete de cien pesetas. Ciertamente, era mucho dinero. La mujer, el rostro enrojecido por la ira, gritaba y maldecía. Apareció el padrastro.

—¿Qué pasa? —quiso saber.

Su madre le mostró el dinero.

—Bien, son cien pesetas —comentó con voz agria—. ¿Y qué pasa?

—¿Qué va a pasar? —respondió la madre—. Lo llevaba el niño en el pantalón. A saber de dónde lo habrá sacado.

—Me lo he encontrado —se aprestó a disculparse Antonio, sin comprender que sus ojos le delataban.

—¡Estas mintiendo! —chilló su madre.

El padrastro cogió el billete, lo examinó brevemente y se lo guardó en el bolsillo. Arqueó los labios cerrados, en una sonrisa.

—Muy bien, chico —dijo—. A ver si encuentras más como éstos.

—No le enseñes esas cosas al niño —le increpó la madre, airada.

—No le tolero a nadie que me diga lo que tengo que hacer; y menos, tú.

—Es mi hijo, ¿te enteras? Y no me da la gana de que vaya por ese camino. Quiero que sea un hombre y no como tú.

Antonio les miraba atónito, sin comprender bien el fondo de la

discusión. Ahora no le regañaban a él. El enojo recaía sobre ellos mismos. Se preguntó qué sería su padrastro. La violencia se palpaba en el aire.

El hombre accionó ambas manos en un gesto grosero, y dijo:

—Pues lo que enseñe la puta de su madre, me lo paso yo por…

La madre reaccionó como un felino acosado. La bofetada resonó por toda la estancia. El hombre permanecía paralizado por la sorpresa, pero reaccionó al instante. Golpeó a la mujer con las manos hasta que rodó por los suelos. Continuó golpeando con los pies a la mujer indefensa y asustada. Aquella bestia enfurecida seguía pegando, pegando…

Antonio, espantado, huyó de allí, llorando. Aquella noche, por primera vez, no durmió en su casa.

9

Valentín el Bobadilla, semioculto en una esquina del patio, frotaba afanosamente el mango de su cuchara contra una piedra de rodeno que le habían prestado. No tenía otra cosa mejor que hacer, y su remedo del cuchillo se estaba quedando sin filo. Odiaba aquella normativa de la prisión que les impedía disponer de cuchillos en la comida. Toda la población reclusa se servía de los mangos de sus cucharas que convertían en hojas afiladas.

La mañana era fría. Se le acercó Antonio, frotándose las manos.

—¿Qué pasa, Califa? —saludó, ladeando la cabeza.

—Mierda.

El Bobadilla no respondió, entregado a su tarea de afilar el mango de la cuchara.

—¿Pero qué haces? —preguntó Antonio.

—Se empeñan en no dejarnos cuchillos para comer. Total para nada. Saben que usamos esto —y señaló la cuchara—; pero les da igual. La cuestión es joder. Y aquí casi todos van de baldeo.

Valentín guardó la piedra en el bolsillo de la chaqueta y aseguró la cuchara en su cintura, sujeta por la correa del pantalón. Con las manos en los bolsillos, los dos hombres iniciaron el rutinario paseo, en círculos.

—Noticia fresca —comentó Antonio, con un brillo burlón en los ojos.

—¿Buena?

—Bobadilla, no jodas, aquí no hay noticias buenas nunca.

—Pues, entonces, lárgalo ya.

—Acaban de traer a Serafín el Ladillas.

—No jodas.

—Entero —confirmó Antonio—. Lo acaba de piar un ordenanza. Le están fichando ahora.

Valentín detuvo el paso, pensativo. Sacó un paquete de cigarrillos y ofreció a Antonio.

—¡Otra vez! —exclamó—. Seguro que viene a esta galería.

—Seguro. Con los más reboleras. No lo van a poner en la galería de menores… —¿Por qué ha sido esta vez, Califa?

—No lo sé fijo.

—¿De marrón?

—Dicen que lo colocaron cuando estaba dentro de un coche afanado, con una chorba.

—Pues lo tiene claro.

—No creas. Igual en dos días le dan la bola.

Valentín señaló con el dedo a Rafael el Huesos que, en aquel momento, al otro extremo del patio, conversaba con un tipo pelirrojo.

—Se ha buscado un buen chorbo —dijo.

—¿Quién es? —preguntó Antonio.

—Le apodan el Málaga. Un menda que ha metido más chocolate en Valencia que nadie. Lleva ya cantidad de meses, y aún está de preventivo.

Antonio estudió al desconocido. Alto, de complexión atlética, las facciones de su rostro resultaban agradables. Se vislumbraba un cierto afeminamiento en sus modales.

—¿Se los toca? —preguntó, sin dejar de mirar al desconocido.

—Fijo —respondió Valentín—. El Huesos sabe lo que lleva entre manos. Ya hace tiempo que le toca la pasta. El menda tiene que haber sido bujarrón, porque se lo monta que no veas. Si alguna tía le da morbo, igual se va con ella. Pero lo que le mola es el mariconeo.

—Y el Huesos se aprovecha.

—Ése también tira de chuta.

En aquel momento Rafael el Huesos y el Málaga abandonaban el patio con aspecto de conspiradores.

—Ésos ya lo tienen claro —comentó con sonrisa lasciva Antonio.

—Lo mejor sería ligarse a un travestí —afirmó Valentín.

—Pero están muy controlados.

—Eso es lo malo, que los de verde siempre están encima. Casi no se les ve. No salen de su galería o del patio si no es para hacerse a un tío. Y el lío te lo tiene que preparar un colega antes. Cuando han acabado, se esconden como putas. Pero ganan más lechugas aquí que en la calle. Sus macacos aquí viven como quieren. No les falta dinero, ni tabaco, ni comida del economato. Hay bofetadas por follarse a un travestí. Hay muchos que se lo hacen a escondidas por el qué dirán. Pero los que van de hombres, también caen. Y cuando salen a la calle, siguen con el rollo. ¡Vaya mierda!

Al levantar los brazos con desesperanza fingida, Antonio vio el reloj que lucía en su muñeca.

—Vaya peluco, tío —exclamó.

—A peso de oro, vale un montón.

Valentín se subió la manga de la camisa y le mostró el reloj.

—Es un Omega, nano —dijo Antonio—. ¿Dónde lo has ligado?

—Con los dados.

—¿A quién limpiaste?

Valentín rió satisfecho.

—A un chuleta que va de listo por la vida —explicó—. Perdió varios trompos en la partida. Y al final, se lo jugó todo contra el reloj. Palmó, claro. Armó algo de bronca, pero con nosotros no se atreve.

—¿Quién es? —quiso saber Antonio.

—El Sevillano.

Arrugó la frente, tratando de recordar al individuo.

—Bien hecho, Bobadilla —exclamó—. Ese tipo está pidiendo que alguien le rompa la cara. Me cae gordo.

—El peluco no era suyo. Se lo sirló a un julai por las bravas.

—Tengo ganas de echármelo a la cara —aseveró Antonio entre dientes.

Valentín pasó por alto sus palabras.

—Este sábado tenemos partida —dijo—. Fuerte.

—Dame un truja, Califa —pidió Serafín.

Movió la cabeza con desasosiego y encendió el cigarro. Estaba acobardado.

—¿Tienes algo para ponerme en órbita? —preguntó, guiñando un ojo a Antonio—. Antes de pasarme al juzgado, me han tenido tres días en el calabozo.

—Con esa gente, los tres días nos los comemos siempre. Lo deben de hacer por si el juez nos pone en bola.

—¡La madre que los parió! Oye, ¿tienes algo?

—Algo se podrá ligar —respondió Antonio, mirando a su alrededor—. De priba y de chocolate.

—Mierda, me está haciendo falta. Además, se han quedado con toda la pasta que llevaba.

La tarde se había puesto sucia y deprimente. Serafín Morales Espejo, alias el Ladillas, mataba su desesperanza con arrebatos de ira. Sus dedos aún conservaban rastros de la tinta negra utilizada para tomarle las huellas digitales en la reseña de la prisión.

Antonio había acertado en su predicción: el Ladillas había sido asignado a su galería. A la hora del patio, tras la comida, le buscó. Parecía estar en buena forma. Vestía un traje gris, con manchas arrastradas por todo él, adquiridas —pensó Antonio— en los calabozos de la policía. Era un tipo fuerte. Su cara, mordida por múltiples señales de viruela, le confería a su persona un aspecto siniestro. Quizá fueran sus ojos fríos lo que le hacían impenetrable.

Se habían dado un fuerte apretón de manos.

—¡Vaya coloqueta más gili! —exclamó Serafín.

—Déjalo ahora. No te comas el coco —le animó Antonio.

—Pero si es verdad, nano. Esta vez me han ligado por el morro. Para conducir no tengo papeles. Vale. Pero cuando me ligaron estaba aparcado, con una tía dentro del raca. Total, porque llevaba en el bolsillo una piedra de costo. Lo que yo te diga. Por el morro.

—Te habrán metido la conducción sin papeles.

—Eso es una cabronada, tío. Porque ellos se ponen ciegos de chocolate. Lo tienen por la cara, todo el que quieren. De lo que nos cogen a nosotros, se afanan más de la mitad. Eso lo sé fetén.

Empezaba a lloviznar. Antonio levantó la cabeza y le indicó un cobijo en el extremo del patio. Se encaminaron pesadamente hacia

allí.

—A mí que no me digan que la pasma no fuma, que no cuela —afirmó Serafín con plena convicción.

—Ésos fuman y le dan también al polvo. Pero se lo montan que no veas. ¿Y quién es el guaperas que les mete mano? Nadie.

—Estoy hasta los cojones de ir de pringao. Cuando salga, te juro que esto va a cambiar.

La lluvia arreciaba. Los aleros comenzaban a gotear rítmicamente y el viento húmedo enfriaba la tarde. Estaban junto al muro, de espaldas a la cortina de lluvia. En la puerta del patio se habían agrupado la mayor parte de los paseantes.

—¿No te han derrotado nada? —preguntó Antonio.

—Ya te digo que no. Esta vez ha sido por lajero.

—¿Qué dice el abogado?

—Que me saca en dos días. Dice que si no fuera por mis antecedentes, no hubiera entrado.

—Claro…

—Dos días y me dan la provisional.

Antonio hizo un gesto significativo con la mano, y le preguntó:

—¿Te han arreado estopa?

—No. Han pasado de mí. Me llamaron en el último momento para declarar. Pero se quedaron con las ganas, porque dije que nones. Así que ni declaración ni nada. La he prestado en el juzgado. Pero la otra vez me dieron una de muerte, que si no, no me sacan nada. Pero esta vez, no.

—Me han dicho que al juez no le gusta mucho eso de que no declaremos en la policía. A lo mejor, por eso nos cogen entre ojos.

—Qué va, qué va —respondió Serafín, confuso por el comentario de su amigo.

—Bueno, lo que importa es que lo tienes bien.

—Lo que yo te diga, nano. Conmigo no se han comido una mierda. Pero estaban bien informados. Saben la tira.

Antonio observó la lluvia perezosamente.

—Cuidado con lo que hablas —dijo—. Aquí oyen hasta las piedras.

10

—Buenos días, soy María del Carmen Carbonell. Tengo concedida comunicación para hoy.

El centinela miró a la mujer. Era bonita. Su cabello castaño largo le caía sobre el hombro y realzaba las facciones de su rostro que irradiaba un calor de juventud madura. Llevaba puesto un chaquetón de piel color gris perla que arropaba su figura con una delicada elegancia. El hombre reconoció que en su misión de vigilancia no eran frecuentes las visitas de mujeres de belleza tan espléndida.

—Bien —le respondió—. Pase al fondo del patio y espere allí, donde está aquel grupo —y señaló una masa heterogénea de personas en actitud de paciente espera.

Maica se dio cuenta de que le temblaban las piernas. El hombre parecía afable, pero le oprimían una avalancha de temores inconcretos que era incapaz de desechar.

A las once en punto de la mañana el taxi la había dejado en la misma entrada del parque, exactamente frente al establecimiento penitenciario. Aguardó hasta que el coche se hubo alejado y cruzó la calzada. Estaba avergonzada.

Ahora, mezclada entre toda aquella gente, estaba desorientada. Era como caminar por una senda que nunca se acaba de aprender.

Observó a los visitantes que la rodeaban. Ninguna cara conocida. Se alejó unos pasos, decepcionada. Con aquella compañía de seres anónimos, el desaliento la vencía: caras de dureza insólita,

miradas hoscas y comportamientos falsamente humildes, que enmascaraban con dificultad su talante agresivo.

Deseaba que terminara pronto la mañana. Se separó del grupo y aguardó, recostada contra la pared, con los brazos cruzados. Hacía frío.

Había transcurrido una media hora, cuando la gran puerta de hierro pintada de verde y con una mirilla en forma de reja, se abrió.

Un ordenanza pronunció su nombre en voz alta: María del Carmen Carbonell Marín.

Maica se acercó a la puerta.

—Soy yo —dijo.

—Pase —le indicó lacónico, el ordenanza, cerrando tras ellos.

A su lado, un funcionario provisto de un cuaderno, consultó su reloj. Sonrió a la mujer, cuyo rostro estaba rígido.

—Su Documento Nacional de Identidad —solicitó el funcionario.

Ella sabía que estaba siendo observada. Sentía la mirada del hombre recorriendo todo su cuerpo. Le odió.

El funcionario tomó su documento y repasó una pequeña lista. Finalmente, movió la cabeza, afirmativamente.

—Tiene usted comunicación con Antonio Chacón Murillo, ¿no es eso?

—Sí.

—Disponen de una hora. El ordenanza le acompañará a la sala de comunicaciones. ¿Me permite el bolso?

Maica se lo entregó y el hombre lo examinó detenidamente.

—Se le devolverá el documento a la salida —advirtió el funcionario, devolviéndole el bolso. Luego se dirigió al ordenanza —: Acompáñala.

—Sí, señor —respondió éste, indicando a la mujer que le siguiera.

El funcionario le retuvo, para advertirle:

—Que no se te pase. Comunicación especial. Una hora.

—Sí, señor.

Acompañó al ordenanza por un estrecho pasillo mal iluminado. Se detuvieron frente a una puerta que el hombre abrió.

—Aquí es —le indicó solícito, mostrando al sonreír una dentadura sucia de caries—. No se les molestará. Dentro de una

hora volveré.

—Muchas gracias.

Maica captó un destello de bondad en el rostro del ordenanza. Le vio alejarse cansinamente. Luego entró y cerró la puerta, aguardando impaciente la llegada de Antonio.

La sala de comunicaciones estaba situada al otro extremo de la galería. El recluso para acceder a ella debía pasar el tamiz de un largo corredor al que llamaban «rastrillo», con dos puertas de seguridad vigiladas, una a cada extremo.

La habitación de paredes verdosas era extremadamente fría y carecía de motivos ornamentales. Los únicos muebles eran un sofá extensible, dos sillas desteñidas y un perchero. En una de las paredes se apreciaba una mancha rectangular en el sitio donde había estado un cuadro colgado.

Mientras aguardaba, Maica se preguntó si valía la pena todo aquello. Sus relaciones con Antonio se tambaleaban en los últimos tiempos. Le deprimía el lugar. Mirara a donde mirara, siempre era lo mismo: cárcel con su olor característico y un frío que penetraba hasta los huesos. Tenía miedo.

Para el recluso, en cambio, acercarse a aquella habitación era como dar un paso irreal hacia la libertad. Pero al igual que en los sueños, siempre se quedaba a mitad de camino.

Aspiró profundamente. Tenía el estómago encogido y escuchaba ruidos perturbadores en su vientre. Sabía que Antonio sólo tendría una meta: hacerle el amor. Y no se lo podía negar.

La puerta se abrió y Antonio asomó la cabeza.

Vio a Maica de pie, con su chaqueta de piel y le pareció más hermosa que nunca. Se abalanzó salvajemente y se fundió con ella en un abrazo. Estaba abrazando su libertad.

La besaba con furia. Una mezcla de violencia y de ternura. Tomó por los hombros a Maica y observó detenidamente su persona. Luego fue hasta la puerta que había dejado abierta y la cerró.

—¿Cómo te va? —preguntó ella mirándole a los ojos.

—Mal. Esto es peor que el infierno.

—Has engordado —bromeó ella.

—Llevo casi dos meses sin verte.

—Es que me da mucho corte.

—Tenía ganas de verte, ¿sabes? Estás más buena que nunca.

Maica sonrió. Comprendió los sentimientos de Antonio. Vio el galope del deseo que brillaba desbocado en sus ojos.

Unos minutos más de conversación y Antonio se quitó la chaqueta. Maica le imitó. Estiró su mano derecha hacia atrás, desabrochando los botones de la espalda y con un movimiento gracioso, dejó caer el vestido al suelo. En la desnudez de su cuerpo sus prendas íntimas realzaban las curvas de su figura.

Antonio la miraba ansioso, como un adolescente ante el primer desnudo de mujer. La abrazó de nuevo.

—Llevas el conjunto negro que me gusta —le susurró al oído, agradecido.

Lentamente le liberó los pechos del sujetador y los tomó en sus manos. Estaban cálidos y estremecidos. Se separó de ella y terminó de desvestirse. Ella se desprendió de la última prenda. Tenía la piel erizada y los pezones de sus pechos erectos a causa del frío. Recordó una vez más que estaba en la cárcel. Allí no había calefacción. Recogió el vestido del suelo y lo colgó en el perchero.

Antonio quedó sin aliento observando aquel cuerpo conocido, de senos rotundos y pletóricos. Las manos de ella, profesionales, se movían por su vientre plano y recorrían las curvas de los muslos. Su mirada siguió los movimientos estudiados de aquellas manos blancas. Sus ojos se posaron, lascivos, en el pubis, cuyo vello ocultaba un santuario de promesas esperadas.

Se acercó a ella y buscó sus labios con ardor. Maica descendió una mano hasta el sexo erguido del hombre. Presionó con suavidad y encontró respuesta. Se arrodilló lentamente y su lengua se deslizó electrizante por todo él.

—Espera —suplicó Antonio, asiéndola y obligándola a tumbarse en el sofá. Su energía contenida pugnaba por desbordarse. No podía esperar mucho.

—Ven a mí —susurró ella, fingiendo una pasión que no sentía.

Antonio se colocó sobre ella, pero estaba seca y resultaba difícil la penetración. Maica disimuló con gemidos de placer el dolor que sentía. Con rítmicos movimientos de su cadera, ayudó a aquel miembro que caminaba violento por su interior. Entonces sintió el estallido en los ojos de Antonio, más que en su cuerpo. Él

permaneció unos momentos en la misma posición, jadeante y complacido. Luego ayudó a Maica a incorporarse y le entregó sus ropas.

Se vistieron con presteza.

—Después de tanto tiempo, casi lo había olvidado —comentó riendo, Antonio.

—Pues no se nota.

—De veras… Aquí no es lo mismo, pero ha sido fantástico.

Consultó el reloj. Aún les quedaba tiempo. Maica sacó una cajetilla de tabaco y ambos encendieron sus cigarrillos.

—¿Te dejarán salir estas Navidades? —le preguntó.

—Qué va —respondió Antonio—. Los permisos de una semana los dan con cuentagotas, y siempre a los mismos. A nosotros nos tienen por reboleras y de permiso ni soñarlo.

—Dice el abogado que, si las cosas le salen bien, en poco tiempo te saca.

—Mierda, el abogado. Siempre igual. Como no está aquí, no sabe lo que es esto. Sólo quiere la pasta. Si les sueltas la mosca, se mueven; pero si no, ni un duro… Por cierto, ¿le fuistes a ver?

—Sí. Estuve en su despacho.

—¿Y qué?

—No le pude pagar, porque estaba sin blanca, pero en unos días tendré el dinero. Un rollo que me he montado con Blanca. Porque tú no sabes, pero el trabajo está muy mal. Lo que yo te diga.

—Maica, por tus muertos, liga la pasta. Lígala como sea, pero págale al tío, que si no me pudro aquí.

—Ya te digo que lo tengo claro. Tranquilo.

Antonio movió la cabeza, inquieto.

—Hay veces que me da la vena —dijo—. Me voy a romper la cabeza contra la pared.

—No pienses en tonterías.

—De verdad, Maica… Muévete con la pasta, ¿vale?

—Vale.

La mujer se inclinó sonriente y se quitó un zapato. Levantó la plantilla y sacó una delgada placa de hachís. Antonio abrió los ojos.

—¿Cómo no me lo has dicho antes?

—Tampoco me has dado tiempo.

Rió y observó a Maica que se descalzaba el otro pie. Aguardó, ansioso.

—Es caballo —explicó Maica, entregándole una gran papelina, perfectamente doblada y protegida por papel celofán.

Antonio sopesó el envoltorio y besó impulsivamente a la mujer.

—No sabes lo que vale esto aquí —dijo—. Más del doble que en la calle.

—Ya me imagino.

Entonces él se quitó los zapatos y los calcetines y camufló en sus pies, repartidos, las dos porciones de droga.

—Ten cuidado —suplicó Maica—. Si te cogen, la hemos jodido.

—Está todo controlado. Cuando acaba la comunicación, nos cachean al salir del rastrillo, pero muy por encima. No hay cuidado.

Se hizo un silencio.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Aún queda algo de tiempo —respondió, tras consultar su reloj —. ¿Cómo va todo por ahí?

—Como siempre. El otro día vi a Miguel el Tarugo. ¿Te acuerdas de él? El gitano…

—Claro. ¿Se enrolla bien?

—Conmigo, normal. Pero se lo monta muy mal. Quema pasta en cantidad. Ahora los está tocando de dos mujeres. Es un macaco indecente. De tanto chute, anda sonado. Antes siempre iba maqueado y puesto. Pues ahora es una ruina. La que pudo liar la otra noche en la cafetería. Iba con un colega. Me invitaron a dos copas. En eso, que entra la María, la vieja que vende lotería por la calle, y le compran un décimo para Navidad. Va el Miguel y le paga, pero sólo lo que vale el décimo. La vieja le pide su comisión y el tío que 110, que eso no es legal. Iba cargado un montón. La María, que habrá sido de cuidado en sus tiempos, le planta cara y le llama maricón. ¡La Virgen, que bronca se formó! Al final, el Miguel, en plan chulo, rompió el décimo en pedazos para hacer ver que se la trae floja el dinero. La vieja se las piró como pudo, porque si no, la raja allí mismo.

—Estaría a tope de coñac, que es lo suyo.

—Eso y los polvos, que le han puesto el tarro a cavilar de mala manera.

—Por lo menos tiene libertad. Que se lo haga como quiera.

Maica abrió el bolso, buscó y sacó un espejito. Se retocó el peinado y el maquillaje.

—¿Sabes qué te digo? —comentó mientras se pintaba los labios —. Que cada día estoy más harta.

—¿A qué viene eso?

Antonio seguía con la mirada los movimientos de ella.

—Lo sabes de sobra. Estoy hasta el coño de este trabajo. Siempre lo mismo, aguantando a los tíos las paridas que les da la gana. Que se las aguante su madre, que yo me estoy hartando. Total, para cuatro cochinos duros, no vale la pena.

Antonio estaba visiblemente sorprendido.

—¿Y qué vas a hacer?

—¿Qué voy a hacer? Pues lo mismo. Seguir poniendo el coño. ¡A ver…!

Antonio suspiró, relajado. En ese momento, sonaron unos débiles golpes en la puerta, que se abrió en un chirrido prolongado. Maica reconoció al ordenanza.

—Es la hora —anunció aquél, disculpándose.

Antonio se puso en pie.

—Vamos, Maica.

La tomó por la cintura y caminaron por el pasillo, tras el ordenanza.

—Despídete —le indicó éste a Antonio.

Abrazó a Maica.

—Te he manchado los labios —dijo ella, en la despedida, forzando una sonrisa.

El ordenanza se dirigió a Antonio.

—Vuelve a la galería —le ordenó.

Obedeció y se alejó pesadamente, volviendo la cabeza a intervalos.

Maica siguió al ordenanza en silencio hasta el rastrillo. Dos puertas de seguridad se abrieron casi simultáneamente: una para Antonio y otra para ella.

A los pocos minutos, se hallaba de nuevo en la calle. Respiró profundamente. Aquello era la libertad. Observó con sorpresa que todos los detalles nimios de la vida diaria, le producían una alegría

desbordante: el autobús, los coches que se detenían respetuosamente en los semáforos, los grupos de niños que llenaban de gritos el patio del colegio próximo.

Sonrió, satisfecha.

Era como si hubiera rememorado en un instante, una vieja lección, casi olvidada: su libertad.

11

Manuel Durante, el Sevillano, había tenido un día pésimo. Todo le salía mal. Sentado con un grupo de amigos, miraba sin interés el programa de la televisión. A esa hora de la tarde, las imágenes no ofrecían nada sugestivo.

Miró de reojo a la mesa situada a su izquierda, en el rincón. Allí estaban el Califa, el Bobadilla, el Gafe y otros dos que no conocía muy bien.

Una desazón creciente le quemaba en su interior. En lo más profundo de su ser estaba convencido: los dados habían estado trucados desde la primera tirada. Alguien, con mucha destreza, los debió de cambiar, ya al final de la partida, sustituyéndolos por otros legales. Por eso el Granos fue el único que obtuvo alguna ganancia. Pero toda la pasta, más de treinta billetes, fue a parar al bolsillo de esa gentuza. Ellos imponían sus reglas de juego.

—¿Qué te pasa, Sevillano?

—Nada, que estoy de mala leche.

—Eso nos pasa a todos, ¿no te jode?

El Panderete era un tipo alegre que siempre buscaba cobijo en la amistad de los más duros. Estaba próximo a los treinta años, pero su aspecto le hacía aparentar más edad. La calvicie le llegaba hasta la mitad de la cabeza y los cabellos claros y lacios los dejaba crecer profusamente en melena hasta el hombro. Su cara redonda, de mejillas sonrosadas, estaba acorde con su escasa estatura.

—No tolero que esos cerdos me tomen el pelo —dijo el

Sevillano, mirando hacia la mesa del rincón—. Conmigo no se juega.

—Déjalos, ya les tocará el turno.

—¿Cuánto perdiste en los dados ayer? —preguntó el Chino.

—Catorce billetes —respondió con los dientes apretados.

—A mí me limpiaron cinco trompos.

El Chino miró descaradamente hacia la mesa de la esquina. La mesa era un cajón, sobre el que jugaban a la baraja.

El Chino era algo más joven que sus dos amigos y en su rostro alargado destacaba una nariz puntiaguda y dos ojos diminutos, oblicuos. Era extremadamente delgado, estrecho de espalda y gustaba vestir prendas muy ceñidas. Con frecuencia tartamudeaba al hablar, lo cual le resultaba especialmente penoso.

—Esos son reboleras de mucho cuidado —afirmó el Pandereto.

—No tienen ni media hostia, y me cago en sus muertos —respondió el Sevillano.

—Oye, que no les tengo miedo. Lo que pasa es que se conocen el maco de puta madre. No son julandrones.

—Ni yo.

—Mira, tío, se lo saben montar bien, aunque sean unos hijos de puta.

—¿Y qué? Ayer se hincharon a ganar pasta. Pero me di cuenta en seguida. Tenían los dados cargados. Por eso les da igual una apuesta de un cangri que de un saco. Se los llevan por el morro.

—Este sábado, seguro que montan otra —terció el Chino.

El Sevillano miró a los dos hombres y sonrió agriamente.

—Se puede liar una bronca de mucho cuidado —dijo.

—Si ellos tienen los dados con plomo, nosotros les jodemos el invento —sentenció el Chino.

—¿Pegando el cambiazo? —quiso saber el Pandereto.

—No —respondió el Chino—. Porque se darían cuenta. En la partida el que dirige la cosa es el Bobadilla. Y no pierde ojo a los dados. El Gafe y ese mal encarado, el Califa, controlan al personal. Puedo cogerles cuando hagan el cambiazo.

—Son muy largos —afirmó el Pandereto.

—Ya lo sé. Pero yo he sido trilero y me sé echar los triles.

El Pandereto miraba hacia el rincón.

—¿Quién es ese pardillo que está con ellos? —preguntó.

—Uno que llaman el Ladillas —respondió el Chino—. Un ficha de cuidado.

Inesperadamente, el Sevillano se levantó, indicando a sus amigos con un gesto que le siguieran.

Caminaron por la galería, observando despreocupadamente a los grupos de reclusos que entretenían el ocio con las cartas o conversando. Al llegar a la altura del Bobadilla y su grupo, se detuvieron a contemplar su juego.

—Hay mucho hijo de puta en el maco —dijo el Sevillano a media voz dirigiéndose a sus compañeros, pero lo bastante fuerte como para que le oyeran los componentes de la mesa.

—Y mucha chota, también —apostilló el Chino. Antonio el Califa miró al Bobadilla y luego levantó la cabeza hacia los intrusos. Juan el Gafe y el Ladillas cruzaron sus miradas.

El Sevillano se volvió hacia sus amigos.

—Vámonos —dijo—. Aquí huele a mierda.

Antonio se levantó de un salto, presto a abalanzarse sobre el Sevillano.

Entonces, una mano le cogió el brazo con firmeza. Se volvió airado y reconoció al funcionario que le sujetaba.

—¿Pasa algo, Antonio?

Se mordió los labios y guardó silencio. Vio al Sevillano y los suyos que se alejaban tranquilamente. Una oleada de calor congestionaba su rostro. Sus amigos, sentados, observaban expectantes. De pronto se sintió sobrio y firme.

—Muy bien —dijo el funcionario—. Aún quedan diez minutos antes de la cena. Aprovechadlos.

Antonio se volvió a sentar.

—Dame un truja, Bobadilla —dijo, manoseando sus cartas.

Antonio encendió un cigarrillo. Bizqueó ligeramente mientras observaba las volutas de humo que se elevaban, difuminándose poco a poco en el aire. Eran las nueve y media de la mañana y no tenía nada que hacer.

Estaba recostado contra la pared, fumando perezosamente,

cuando vio a Rafael que venía hacia él. Miraba a su alrededor para asegurarse de que no podría ser oído por nadie. Se acercó a Antonio y le susurró:

—Tengo algo que te puede interesar. Ayer me pasaron un mogollón de ácidos.

—¿Son buenos? —preguntó Antonio.

—Quitan la cabeza. Lo que yo te diga. Te comes uno y haces un viaje con marcha en cantidad.

—De acuerdo.

—Son volcanes, pero buen género.

—Pásame alguno. ¿A cuánto?

—A los amigos, lo mínimo: medio saco. Pero a la basca, los estoy pasando a un saco. El negocio es el negocio, ¿no te parece?

Antonio asintió sonriendo.

—Ándate con tiento, Huesos —le advirtió—. Un día te van a pringar.

—¿Por qué?

—Porque te lo montas muy a las bravas. Y alguna chota se va a ir de la muí.

—No creo, por la cuenta que les tiene.

El zumbido poderoso de un avión en vuelo rasante provocó un temblor de cristales que les hizo levantar la cabeza. Permanecieron en silencio hasta que el rumor se confundió con los ruidos familiares de la prisión.

—Ayer estabas vendiendo raciones de tortilla a trescientas pesetas —comentó Antonio.

—Me llegó un paquete de casa. Mi hermanita me pasó una tortilla en la fiambrera. Estaba empapada de Tilitrate. Los que están enganchados al polvo saben lo que vale el «Tili». Así que he ido vendiendo la tortilla en porciones.

—Un día le irán con el cante a un funcionario y te joderán.

En aquel momento cruzó ante ellos un individuo de baja estatura, pero de complexión fuerte. Caminaba pausadamente y parecía consternado. Frisaba los cuarenta años, era muy moreno y su prominente labio inferior le caía en cascada.

—Fíjate en ese sudaca —observó Rafael.

—Parece indio. ¿Qué sabes de él?

—Ingresó ayer. Nuevo en la plaza. Pero no es un julandrón.

Antonio centró la atención en el hombre que se alejaba cabizbajo.

—¿Por qué lo han ligado?

—Dicen que va de policía ful.

—Un guripa.

—No. Según me he enterado, el menda se ha cargado a más de uno y más de dos. Se dice que en el extranjero es un asesino a sueldo.

—¿Seguro?

Rafael se preciaba de estar siempre bien informado de las novedades que surgían en la prisión.

—Es argentino —explicó—. Pero no le darán la extradición. Esa gente sí que lo tienen todo bien montado.

La puerta de seguridad que daba acceso al rastrillo se abrió y entró un ordenanza. Miró a su alrededor. Hizo un gesto ostensible de contrariedad al no hallar a la persona que buscaba. Desapareció en el patio.

—Anoche por poco la lías, Califa.

—¿Te refieres al Sevillano?

Rafael asintió.

—Ese hijo de puta me va a encontrar.

—Habrá creído que somos unos julandrones. ¿Cómo lo ves?

—Ese se acuerda de Antonio el Califa. Por mis muertos.

12

Antonio se apoyó en el respaldo de su silla, satisfecho y observó a sus compañeros de celda, ausentes, que estaban acabando sus raciones. Había comido bien, casi suntuosamente en comparación con otros días. Encendió un cigarrillo.

—¿Ya estás fumando? —preguntó el Bobadilla.

—Es que ése no come, ése traga —explicó Juan el Gafe.

—Saca más cerveza, Gafe —exigió Antonio—. Nos estamos quedando secos.

El aludido se inclinó obediente y de debajo de la litera sacó un recipiente de plástico en el que había almacenadas cervezas de varios botellines. Antonio se llenó el vaso también.

—Somos los malos, siempre —dijo—. No les importamos una mierda a nadie. Total, porque queremos vivir como ellos. ¿O no tenemos derecho?

—Pero ellos mandan —repuso el Gafe—. Te pueden entalegar cuando les dé la gana.

—Ya está bien de rollos —terció el Bobadilla, limpiándose la boca con la manga del jersey—. Nos meten a la sombra cuando les da la gana. Pues nosotros, hacemos lo que tenemos que hacer. Un buen traque a un banco, o se desparraman unas cuantas joyerías. Con lo colorao, a vivir.

—Yo prefiero el costo y el caballo —añadió el Gafe—. Te lo haces mejor, y sin riesgos.

—Tiene razón el Gafe —añadió Antonio—. Los polvos dejan

mucha pasta. Entre unos colegas juntas la pasta. Cuando tienes los billetes, viajas a Holanda. Allí ligas el polvo a tres mil el gramo, pongamos, y es un polvo limpio que puedes cortar unas cuantas veces y no se nota. Luego pasas el caballo, y sólo que lo pongas a quince boniatos el gramo, te forras. Eso para empezar. Después preparas uno bueno a Tailandia, y te montas para los restos. Además, el pase te lo puede hacer un julandrón que esté limpio por cuatro duros.

Valentín el Bobadilla apuró su cerveza y se desperezó.

—Tenéis razón —dijo—. Pero no tengo ganas de pensar. Si te comes el coco, se te pueden fundir los plomos, y a ver qué puede pasar.

Antonio miraba distraídamente la lámina colgada en la pared, sobre el lavabo, en el que una mujer exhibía generosamente sus formas en el marco de una plaza artificialmente azul. El Gafe se levantó, dispuesto a limpiar la cuchara y el plato vacío. Maldijo en voz alta al sentir el agua fría.

—¿Os acordáis de hace un tiempo lo mal que estaba el asunto del bebercio? —preguntó el Bobadilla—. No había manera de hacerse con un buen trago. Lo único, cuando tenías comunicación. Venía a verte tu novia, y como la visita era a través de una reja, había que espabilarse. La chorba se metía entre las tetas un botellín lleno de whisky y tú, con una goma, chupando al otro lado. ¡Vaya teas que se cogían! Había veces que terminabas la comunicación y caminabas escorado.

—Aquí se bebe uno hasta la colonia —afirmó Antonio.

—Por eso está prohibida —añadió el Bobadilla.

En ese momento sonó, estridente, el cornetín con su ritmo castrense. Todos los cambios de actividad se indicaban de aquella manera.

Bajaron directamente al patio, donde Juan el Gafe se separó de ellos.

—Algún trajín se lleva entre manos —comentó el Bobadilla.

—Seguro.

Antonio y el Bobadilla paseaban indolentes su ociosidad por el patio.

Paco el Basura se acercó a ellos. Tenía el andar afectado y vestía

una zamarra negra y pantalones vaqueros. Ya había cruzado el límite de los treinta años y mantenía su costumbre de mirar a su alrededor con superioridad y cierta expresión de asco. Escupía constantemente.

Saludó con el habitual gesto de desgana, adoptando un aire cauteloso de conspiración.

—Oye, Bobadilla, ¿tenéis algo preparado? —inquirió, mirando alternativamente a los dos hombres.

—El sábado por la noche —le respondió.

—No hablo de dados. Digo alguna timba fuerte, entre colegas.

El Bobadilla cruzó una rápida mirada con Antonio.

—¿Cómo andáis de guita? —preguntó.

—Yo ahora estoy puesto —respondió Paco el Basura.

En aquel momento y totalmente de improviso apareció el individuo. Se plantó frente al Basura y le miró desafiante. Llevaba la mano derecha en el bolsillo del chaquetón de ante.

—¡Eres un hijo de la gran chingada! —le gritó con voz temblorosa.

Ante el arranque de osadía, Antonio y su amigo permanecieron en silencio, expectantes. El tipo era nuevo y nadie comprendía por qué había sido asignado a aquella galería. Su apariencia era de no haber cumplido los veinte años; esbelto, de facciones agradables, su tez pálida arrastraba aún las marcas de la adolescencia.

Durante unos instantes el joven aguantó la mirada furibunda del otro. El Basura estaba confundido y no tuvo tiempo de reaccionar.

Con la rapidez de un felino el joven sacó la mano del bolsillo y le hundió en el vientre el objeto metálico que empuñaba.

Paco el Basura, con los ojos desorbitados por el asombro, alargó una mano hacia su agresor, en un intento desesperado de protegerse. Arqueó el cuerpo llevándose ambas manos a la herida. Pero el otro, cegado por su obsesión de venganza, se abalanzó con rabia sobre él. El hierro le alcanzó en el pecho y se abrió camino entre las costillas.

Cuando se disponía de nuevo a descargar el arma, fue sujetado por Antonio que agarró su mano con fuerza, mientras el Bobadilla le propinaba un puñetazo en la boca que le hizo tambalearse.

—¡Ya basta! —le gritó Antonio.

Las piernas de Paco el Basura se doblaron y cayó al suelo, donde quedó inmóvil con el cuerpo encogido.

Antonio se fijó entonces en el objeto que empuñaba aquel tipo. Era una cuchara con el mango afilado. La sangre, cálida aún, goteaba de su mano.

De pronto, el joven pareció comprender. El charco de sangre que iba agrandándose junto al cuerpo estremecido de Paco el Basura, le llenó de pánico. Lanzó un grito desgarrador, arrojó al suelo la cuchara y echó a correr, huyendo del lugar. Sus alaridos atrajeron la atención de los reclusos que se hallaban en el patio.

—¡Me muero!

—De prisa —gritó el Bobadilla, reaccionando y exigiendo ayuda a, los que se habían congregado alrededor—. Hay que subirle a la enfermería.

Varios reclusos se inclinaron dispuestos a incorporar al herido.

—Con cuidado —previno Antonio, sujetándole la cabeza.

—Llevadme al hospital —imploraba Paco el Basura.

Lo trasladaron a la enfermería. Alguien comentó:

—De ésta la palma.

Media hora después, la galería recobraba su ritmo normal. Los comentarios sobre la puñalada de esa tarde habían invadido todos los rincones de la prisión. Poco a poco el incidente se iba olvidando y dejaba de tener interés. En un primer instante había suscitado la curiosidad morbosa que rodea el olor de la sangre. Por lo demás, la población reclusa estaba habituada a tales acontecimientos. Las lesiones con arma venían repitiéndose cíclicamente, con tanta asiduidad que ya no constituían noticia.

Antonio y el Bobadilla estaban de nuevo en el patio.

Dos reclusos esparcían serrín sobre la sangre del suelo y lo barrían con escrúpulo.

Serafín el Ladillas se les acercó.

—Vaya cirio que ha montado —comentó.

—¿Quién? —preguntó el Bobadilla.

—El menda de las puñaladas —respondió—. Le ha dado el telele, esquizofrénico perdido. Entre varios verdes no podían

hacerse con él.

—A estas horas, en la celda de castigo, ya se le habrá pasado —terció Antonio.

—Seguro —afirmó el Ladillas—. Si el Basura casca, le puede caer algún marrón al tipo.

—¿Quién es el menda? —preguntó el Bobadilla.

—Un menor —explicó el Ladillas—. Lleva muy poco tiempo. El tío se ha querido vengar porque esta mañana lo han violado. Paco el Basura y dos más. En las duchas. El Basura parece que estaba loco por hacerse al chaval.

—Pues ha tenido agallas —afirmó el Bobadilla.

—Le ha pegado un baldeo, que es demasiado —el Ladillas señaló en su cuerpo el lugar preciso de las heridas—. Dicen que a lo mejor no lo cuenta. A los pocos minutos el tema estaba agotado y no ofrecía atractivo de ninguna clase. El aburrimiento volvía a caminar por el patio.

Recostado cómodamente en la parte inferior de la litera, el Sevillano dejó que su mirada vagara perezosamente por la celda. La pequeña ventana, en lo alto, enmarcaba entre los barrotes, un cielo azul, límpido, por el que se deslizaba una orografía cambiante de nubes blancas. Era sábado y el día ofrecía buenas perspectivas. Sus dos compañeros parecían estar de excelente humor. El Chino, de espaldas y con un pie apoyado en la pared, releía la carta recibida el día anterior. Era de su mujer.

En un extremo de la habitación, Pedro el Bola ordenaba sus objetos de aseo personal. Era un individuo de aspecto aniñado, bajo y grueso. Sonreía fácilmente, sin ningún motivo especial y detrás de las gafas, allá en el fondo, sus ojos atisbaban constantemente.

El Sevillano desconfiaba de él. En más de una ocasión le había comentado el Chino que iba de chivato, pero nunca le pudieron poner en evidencia.

El cornetín sonó en aquel instante, haciendo vibrar la galería. Los tres hombres se miraron, sorprendidos. El Sevillano miró su reloj. Pasaban apenas diez minutos de las nueve y media. Aún quedaba casi media hora antes de bajar a los patios.

—¿Es la hora? —preguntó Pedro el Bola.

El Sevillano negó con la cabeza y se asomó a la puerta.

El cornetín volvió a oírse con su peculiar acento marcial. A continuación, la voz del funcionario atronó la galería.

—¡Recuento! ¡Salgan todos a la puerta de la celda!

El Sevillano fue el primero en obedecer, impulsado por la curiosidad. Algo estaba sucediendo. Varios funcionarios tomaban posiciones en la galería, inquietos. Iban secundados por un grupo de sumisos ordenanzas. Era el segundo recuento en menos de media hora.

—¡Pónganse todos a la puerta de las celdas! ¡En silencio!

Iniciaron el recuento por el lado opuesto de la galería, en el segundo piso. Cuando bajaron al primer piso, el Sevillano adivinó que les faltaba algún preso. Un funcionario iba comprobando la presencia de los reclusos, celda por celda, punteando los nombres en la relación que llevaba. Entre tanto, dos ordenanzas inspeccionaban la celda minuciosamente.

—Alguien se ha fugado —susurró el Chino.

—Se les ve con el tembleque —añadió el Sevillano.

—¿Cuándo se habrán dado cuenta? Porque el otro recuento ha sido hace muy poco.

Pedro el Bola, muy erguido, observaba sin atreverse a manifestar su opinión.

Cuando el funcionario y los ordenanzas llegaron a la celda del Sevillano, los tres permanecían inmóviles, sin volver la cabeza. Alguien golpeaba con un palo el tabique que lindaba con el recinto y comprobaba que los barrotes de la ventana seguían firmes.

Terminó el recuento de la planta baja de la galería, sin que se les facilitara ninguna explicación.

—¡Vuelvan a sus celdas! —ordenó un funcionario.

El silencio se quebró por más de trescientas voces, pugnando por imponerse unas a otras. Un zumbido sordo llenó la bóveda de la galería. Permanecieron aún una hora en las celdas.

Para un preso la fuga es una meta común. Su logro se convierte en obsesión sobre todo en los penados que deben cumplir aún varios años de condena. Todos sueñan en la evasión como única forma de llegar a la libertad.

Finalmente se les permitió bajar a los patios.

—Ya los han trincado a todos —aseveró el Chino. Si no, aún estaríamos arriba.

El Pandereto atravesó el patio y se acercó a ellos.

—¿Dónde habéis dejado a Pedrito el Bola? —preguntó.

—Se ha abierto por ahí —respondió el Chino.

—Vaya muermo que os han metido en la celda —observó el Pandereto—. El menda que teníais antes era más de fiar.

—A éste nos lo han colocado de matute —terció el Sevillano—. No me fío nada de él. Claro que, si se va de la lengua, lo tiene claro.

—¿Os habéis enterado de que han ligado a los tres mendas? —preguntó el Pandereto.

—Eso estaba claro —respondió el Sevillano.

—¿Cómo ha sido la cosa? —quiso saber el Chino.

—Los han trincado en la cocina —explicó el Pandereto—. Y mira que lo han tenido a huevos, pero no lo han hecho bien. Se han puesto nerviosos a última hora. Es lo que yo digo, han ido demasiado aprisa. Por el sótano de la cocina se han metido en la trampilla de conducción de gas. Siguiendo las tuberías iban a buscar las alcantarillas de la calle. Sin cavar ni nada.

El Sevillano se atusó el pelo, perplejo.

—A ver si me aclaro —dijo—. Yo me conozco el sótano y la cocina. ¿Dónde está esa trampilla?

El Pandereto movió la cabeza con aire de suficiencia.

—En el sótano —dijo—, en la pared de enfrente, según bajas, hay un respiradero de esos para ventilación. Tiene varios barrotes de buen tamaño. Pero en varios días los han ido aserrando, y cuando ya estaba a punto, lo han intentado. Pero les ha salido mal.

—¿Alguna chota? —insinuó el Chino.

—Fijo —admitió el Pandereto—. Por eso los han enganchado nada más meterse. Los han cazado como conejos. Y menos mal, que si no la palman.

—¿Por qué? —el Sevillano estaba sorprendido.

—Según dicen, por el pasadizo ese se llega a una especie de sifón o algo así —dibujó con las manos la oquedad—. Está antes de llegar a las alcantarillas. Los han sacado medio asfixiados.

Estaban en el centro del patio y el viento resultaba molesto,

lanzando contra el rostro remolinos de arenilla. Se refugiaron junto al muro.

—¿Qué piensas? —le preguntó el Pandereto viendo la expresión del Sevillano.

—Nada —respondió—. Que no es mala idea esa de la trampilla de la cocina…

13

Los sábados, al igual que los lunes, se ampliaba el horario de recreo de la población reclusa, hasta que finalizaban las emisiones de televisión. Sin embargo, era el sábado día grande siempre para el preso. Incluso los más desabridos mantenían la costumbre de esmerarse en su aseo personal: afeitado escrupuloso, ducha y ropa limpia. Era la ocasión en que nadie se negaba el gusto de fumar tabaco caro y jugar una partida.

El juego constituía, invariablemente, la diversión principal. Ese día se cobraba y todos se excedían con gastos extra en el economato de la prisión. Algunos, muy pocos, ahorraban para cuando consiguieran la libertad. Otros, lo entregaban con satisfacción al hombre al que se sentían unidos sentimentalmente, «para que no les faltara de nada». Pero la inmensa mayoría, el sábado saldaba todas sus deudas pendientes de la semana. Se buscaba un golpe de fortuna en el juego, pero se acababa perdiéndolo todo, con lo cual muchos, antes de finalizar el día, ya estaban endeudados hasta la semana siguiente. El ciclo se repetía cada sábado, con la consiguiente desazón de los perdedores.

En la planta baja de la amplia galería, situada en el lado este del edificio, tenían lugar los actos recreativos comunes. El televisor, en lo alto sobre una repisa metálica adosada a la pared, era considerado como una compañía indispensable, vínculo con el exterior, si bien casi nadie prestaba atención a los programas que se emitían.

Al anochecer, y tras el recuento de las siete, los reclusos empezaban a bajar sillas y cajones, para iniciar la velada. Casi todos disponían de ese mobiliario fundamental. El procedimiento para obtenerlo era siempre el mismo: se pagaba a quienes tenían acceso a los talleres, los cuales confeccionaban en secreto los «muebles» pedidos. La dirección del Centro conocía esa práctica y la toleraba.

Valentín el Bobadilla y Antonio tomaron posiciones en el extremo de la galería. Diversos reclusos permanecían próximos a ellos, esperando el inicio de la partida de dados. Cuando llegó Juan el Gafe, los dos hombres estaban ya impacientes.

—¿Dónde te habías metido? —le preguntó, airado, el Bobadilla.

—Preparando el terreno —respondió—. Hoy le toca a don Eladio y ése es de cuidado.

—¿Cuánto te ha sacado? —quiso saber Antonio.

—Un cartón de Winston.

Antonio le miró asombrado.

—Eso es mucha pasta —dijo.

—Ya lo sé. Pero es el único de verde que traga. Y no hay más remedio. Tiramos los dados por el morro y si no tienes contento al boqueras, se acabó.

Don Eladio era un funcionario con muchos años de profesión. Obeso, de rostro enrojecido, su bigote espeso le daba un aspecto iracundo. Con su andar indolente, daba la impresión de estar siempre mirando sin ver la realidad que le circundaba. A pesar de ello, era temido por sus reacciones inesperadas y sorpresivas.

—Es un tragón el tío ese —admitió el Bobadilla.

—Aquí muchos chupan —añadió el Gafe.

—Pero se pasan, cantidad —terció Antonio—. Algunos se dejan untar, pero abusan. El otro día el jefe de servicios, sin saberlo el director, autorizó una comunicación a un menda con su chorba, en los locutorios de los abogados.

Alguien voceó a sus espaldas.

—¿Hemos venido a hablar o a jugar?

—Tiene razón ése —dijo el Bobadilla—. Vamos.

Sacó del bolsillo dos dados y los frotó ruidosamente en sus manos.

—A ver si me dais suerte hoy —les suplicó.

—Empezamos a una libra —anunció el Gafe, preparando su dinero.

No hizo falta explicar que se jugaba al «Semes-Leve», como lo llamaban allí.

Cuatro individuos más apostaron contra Valentín el Bobadilla. Éste levantó las manos reclamando la atención del grupo, preparado para echar los dados. Cuando lo hizo, todos los ojos siguieron las evoluciones de los dados, que tras golpear contra la pared, retrocedieron en dirección a ellos. El once.

La primera tirada era para el Bobadilla, que recogió satisfecho el dinero del suelo.

Frotó nuevamente los dados, con usura, mientras se preparaba la siguiente apuesta. Antonio observó a los jugadores. Estaban inmersos en la partida y no sospechaban nada fraudulento.

El Bobadilla hizo un gesto teatral, exigiendo silencio, y tiró los dados. El siete, corearon varias voces decepcionadas. Un círculo de curiosos empezaba a formarse alrededor de los jugadores.

—Subo a quinientas —propuso alguien del grupo.

—¿Medio saco? —el Bobadilla le miró con atención. Simuló dudar unos instantes y luego movió la cabeza afirmativamente—. Vale, a medio saco.

Los dados rodaron nuevamente por el suelo, en medio de un silencio expectante. El siete, otra vez.

Las siguientes tiradas continuaban con la suerte decantada hacia el Bobadilla. Juan el Gafe intervino y tomó los dados.

—Ahora los tiro yo —dijo, adueñándose de la situación.

Cuando terminó de hablar ya había dado el cambiazo. Había que dejar ganar un poco a aquella gente o de lo contrario iban a sospechar.

Perdió varias tiradas seguidas, alternadas por algún triunfo aislado. Los dados ahora no estaban cargados y era el azar el que designaba a los ganadores.

Rafael el Huesos se abrió paso entre el grupo de mirones. Llevaba una bolsa en la mano. Se acercó a Antonio y la abrió. Contenía varios botellines de cerveza.

El Gafe retuvo los dados, mirando al recién llegado.

—Coge una y no preguntes —se anticipó el Huesos.

Los envases de cristal estaban terminantemente prohibidos en el Centro y no era fácil obtenerlos. Menos aún, exhibirlos en público.

El Gafe cogió su cerveza y se concentró en los dados. Cuando los mostró al grupo, los había cambiado de nuevo.

Empezó a ganar. Contaba con cuidado el número de tiradas que efectuaba, para dejar que los otros jugadores tuvieran alguna opción en la partida.

Al cabo de una hora el grupo era un bullicio de voces febriles. Muchos, al quedarse sin dinero, se habían retirado. Su vacío lo llenaban prestamente otros reclusos ávidos de ganancias.

Entonces, les vio. Antonio estaba acariciando en sus manos los dados cargados, cuando tomaron posiciones en primera fila el Sevillano, el Pandereto y el Chino. Los tres hombres vestían pulcramente, siguiendo la tradición de los sábados.

—¡Adelante mis dados! —jaleó Antonio, echando hacia atrás la mano derecha, dispuesto a arrojarlos.

—Van dos sacos —interrumpió el Sevillano.

Antonio se detuvo. Vio los dos billetes de mil pesetas en las manos del otro.

—A la próxima tirada —respondió firme, percatándose del reto.

—¿Tienes miedo?

Escuchó impávido al Sevillano y se centró en la jugada. Tiró los dados. Ganó.

—¿Quién era el fantasma que quería apostar dos sacos? —preguntó a los presentes, ignorando al Sevillano, mientras recogía las ganancias.

—Yo —respondió el Sevillano, tirando al suelo el dinero.

En la partida se aceptaban los vales, que era el dinero de la cárcel, así como billetes de curso legal, no permitidos por el reglamento interno. El Sevillano siempre llevaba dinero bueno.

—Pues van a ser tres sacos —exigió Antonio.

El Sevillano, por toda respuesta, dejó caer otro billete de mil pesetas.

Antonio repitió la pantomima, acariciando los dados e implorando suerte. Los arrojó con fuerza contra la pared. El once.

El Sevillano le vio recoger su dinero y sonrió, sarcásticamente. Repitió la apuesta y perdió de nuevo.

Nadie igualaba sus apuestas. Estaban jugando solos.

—A cinco sacos —impuso el Sevillano, mostrando el dinero.

Antonio le miró fijamente. En sus ojos, la danza grotesca de la avaricia y la ira, se emparejaban torpemente.

—Aceptado —respondió, preparando los dados.

El silencio era total. El número de curiosos había aumentado alrededor de los jugadores. Seguían con atención los movimientos de Antonio, en cuyas manos ahuecadas los dados repiqueteaban. Estaban jugando muy fuerte y esas partidas siempre terminaban en pelea.

El Bobadilla y el Gafe, detrás de su amigo, no quitaban ojo al Sevillano y a sus acompañantes.

Antonio seguía trazando círculos en el aire con las manos, removiendo los dados, sabiendo que su rival estaba a punto de estallar.

Los tiró violentamente.

—¡Un siete! —gritaron los presentes a una voz.

Antonio miró satisfecho al Sevillano y se inclinó a recoger los dados y el dinero.

—¡Están chungos!

Levantó la cabeza y miró al hombre que había hablado. El Sevillano, apoyadas ambas manos en la cintura, le retaba amenazador.

Antonio guardó los dados en el bolsillo al tiempo que se incorporaba. Le volvió la espalda y cogió el botellín de cerveza, apurando el líquido de un largo trago. Se limpió la boca con la manga del jersey.

—Repítelo —le ordenó con los dientes apretados.

—¡Están chungos los dados, hijo de mala madre! —le espetó con rabia el Sevillano. Esgrimía una navaja en su mano derecha.

La vio en una fracción de segundo. Pero la rapidez de su reacción sorprendió al Sevillano. Con el botellín vacío de cerveza golpeó con todas sus fuerzas en su cabeza. El cristal se rompió en un estallido, en la sien izquierda del hombre, y Antonio arrastró con saña el vidrio roto por toda su mejilla. El rostro se le abrió en una profunda herida. La sangre empezó a manar, desbordada, goteando sobre su pecho.

El Sevillano quedó conmocionado y dejó caer al suelo la navaja. Se llevó una mano a la cabeza y, de pronto, lanzó un alarido de dolor. Su queja desgarrada resonó en el cerebro de los presentes como una pedrada.

—¡Hijo de mala madre! —le oyó repetir Antonio y quiso seguir golpeando, como si un demonio conocido le impeliera a castigar sin cesar.

Entonces, se encontró forcejeando con el Bobadilla y el Gafe que le sujetaban los brazos con fuerza.

Dos ordenanzas habían conseguido restablecer el orden.

El tiempo pareció detenerse en el minuto de su furia incontrolada. Estaba lívido, borracho de sangre. Al Sevillano se lo llevaban con urgencia sus amigos.

Apareció don Eladio, que había recabado información de los ordenanzas, Antonio oía voces inconexas a su alrededor. Estaba ausente, como si nada de lo sucedido tuviera que ver con él. Le condujeron al despacho del jefe de servicios. Un hombre adusto de mirada penetrante. Incluso sentado, se apreciaba que era extraordinariamente alto.

Levantó la cabeza cuando entró Antonio, escoltado por los ordenanzas, y se quitó las gafas. Su rostro delgado y huesudo no demostró ninguna emoción. Llamó a su lado al funcionario y cambió algunas frases con él, a media voz.

—Cierre esa puerta —indicó a un ordenanza.

El silencio se le hizo insoportable y Antonio tomó conciencia de la realidad. Su propia sangre le retumbaba salvajemente en las sienes. Se vio a sí mismo, caminando por los conocidos rincones de la soledad. En un instante supo que su libertad iba a conocer un encierro más duro y enloquecedor: la celda de corrección. Temió que antes le propinasen una paliza y deseó, a pesar suyo, la soledad de la celda de castigo, como un descanso a su cuerpo derrumbado.

El jefe de servicios, apenas se fijó en él. Interrogó al funcionario y a los ordenanzas, pero Antonio apenas les oía. Un revuelo de voces oscuras parecía arrastrarse por su interior, rasgando violentamente sus pensamientos. Su virilidad se estaba astillando.

Ahora estaban hablando del Sevillano. Tenía una gran herida en la cabeza y la mejilla abierta.

La espera, allí, de pie, endurecía los minutos.

—Llévenlo a una celda de corrección —ordenó el jefe de servicios.

—¡Vamos! —le apremió un ordenanza.

No opuso resistencia. Era un fracasado, una vez más. Tenía la mirada nublada, ensombrecida por la imagen de la soledad que le aguardaba.

Aún no había franqueado la puerta, cuando oyó a sus espaldas la voz del jefe de servicios.

—De momento que ocupe una celda oscura durante una semana. Luego, ya veremos.

No parpadeó. Tenía conciencia de que la celda oscura era el peor castigo que se podía imponer a un preso.

Cruzaron la amplia explanada, de la que arrancaban las cuatro galerías, y que denominaban «centro». Diversos grupos de reclusos observaron a distancia la comitiva que conducía a Antonio a una celda de castigo. Delante iba el funcionario, y junto a él los dos ordenanzas.

Deseó por un momento que los guardianes de la cárcel fueran armados. Le resultaría facilísimo abalanzarse sobre el hombre que caminaba confiado, abriendo la marcha, y reducirle con su propia pistola.

Pasaron por un amplio corredor, hacia el lado oeste del edificio. Llegaron junto a la enfermería. Todo estaba en silencio. Siguieron adentrándose por aquel pasillo en el que las pisadas retumbaban de forma siniestra. Las voces y ruidos de las galerías formaban ya parte de otro mundo.

Ese ala del edificio estaba totalmente aislada. Allí un hombre podía permanecer dando gritos hasta enloquecer, sin que fuera oído por ningún ser vivo. A cada lado del corredor había ocho celdas, cuyas puertas estaban confeccionadas por gruesos barrotes de hierro. «Jaulas para animales», pensó.

Las cuatro últimas celdas eran diferentes. No tenían barrotes. La puerta, metálica, tenía un ventanillo para observación, accionable desde el exterior, pero siempre permanecía cerrado. En esas cuatro

celdas, de noche la oscuridad era total. No había luz eléctrica. La única iluminación provenía de una bombilla amarillenta que colgaba del techo a mitad del pasillo.

Le llevaron a la última celda.

El funcionario buscó entre el manojo de llaves y abrió. Antonio, sin esperar ninguna indicación, entró y permaneció de espaldas, mientras cerraban la puerta. Continuó en la misma posición escuchando penosamente las pisadas de los hombres que se alejaban. El leve murmullo de su conversación se perdió en la oscuridad.

Trascurrieron varios minutos antes de que se decidiera a realizar ningún movimiento. El silencio imponía respeto. Lo podía oír como un rumor confuso que hormigueaba incesante en los oídos. Era como si, de un momento a otro, pudiera adoptar mil formas siniestras e irrumpir en la oscuridad. Un miedo inexplicable y ancestral se abrazaba a su garganta.

Se sobresaltó al escuchar un ruido en el rincón de la celda. Aguzó el oído, al tiempo que buscaba en sus bolsillos. Por fortuna, le habían dejado el tabaco y las cerillas. Encendió una y trató de localizar el sonido.

Un ratón desapareció de su vista, despavorido. Entonces vio la cama desnuda, con su colchoneta mugrienta. Arrojó la cerilla, que ya le quemaba la yema de los dedos. Maldijo en voz baja y se atemorizó al escuchar su propia voz. Le avergonzaba el sentimiento de su debilidad.

Sacó un cigarrillo y prendió fuego a otro fósforo, renunciando mentalmente a desperdiciar más cerillas. Se acercó a la cama a tientas, y se tumbó en ella. Ladeó la cabeza en dirección a la puerta. Una luz mortecina se adivinaba en el umbral. Poco a poco sus ojos se habituaron a aquella oscuridad.

Apuró el cigarro al máximo y tiró lejos de sí la colilla, que se abrió en un efluvio de partículas encendidas, hasta apagarse suavemente.

Apretó los párpados y deseó que el sueño le venciera.

14

Las primeras luces de la amanecida le despertaron. Parpadeó molesto y de golpe tomó conciencia de la realidad. Era la magnitud del silencio lo que acrecentaba la sensación de abandono. Había dormido mal y tenía el cuerpo dolorido.

Antonio permaneció en la misma posición, mientras los pensamientos le asaeteaban el cerebro. Consultó el reloj. Pasaba ya de las siete y media. Echó de menos el toque de cornetín que le despertaba cada mañana en la celda y las primeras conversaciones con el Gafe y el Bobadilla.

Levantó la cabeza hacia el tragaluz, de gruesos barrotes, junto al techo, que dejaba pasar una breve ración de luz. Se entretuvo perezosamente con la idea de intentar la fuga a través de aquel lucernario. Movió la cabeza, decepcionado. Estaba excesivamente alto, el marco era demasiado estrecho y no conducía a ningún lugar que propiciara la huida.

Recordó los acontecimientos del día anterior, con acritud. Ahora, una manta áspera y sucia cubría su cuerpo. Estaba acostado en un camastro de madera, casi a ras del suelo. La colchoneta carecía de relleno. Tenía la sensación de estar acostado sobre alambres. Al fondo, adosada a la pared, una pila con su grifo. A la izquierda, en el rincón, el retrete, sin agua corriente. Lo recordaba de ocasiones anteriores. Cada vez que se utilizaba, había que servirse del plato de la comida como recipiente para echar agua al wáter.

Apretó los labios, enfurecido. Todo allí era degradante, peor incluso que si se tratara de animales, pensó. Las dimensiones de la celda eran ínfimas y a duras penas cabrían en su interior una silla y una mesa.

Se acercó hasta el lavabo y abrió el grifo. Con dos dedos mojados de cada mano, se restregó los ojos. Tampoco había toalla.

Fue entonces cuando vio la sangre seca en sus manos. Se lavó con escrúpulo, secándose con un pañuelo. Hacía mucho frío, por lo que optó por acostarse de nuevo. Cuando llegara el ordenanza con el desayuno, si es que alguien se acordaba de él, le sobornaría para conseguir toalla, sábanas, jabón y maquinilla de afeitar.

Encendió un cigarro. En su situación no se podía planificar nada; sólo cabía esperar, evitando a toda costa pensar en nada. No sería el primero que acababa enloquecido. Por ello, tenía perfecta mente claro que no debía dormir de día, aunque el sueño era la mejor arma para combatir la soledad y el aburrimiento. La oscuridad y el insomnio eran una experiencia aterradora.

Transcurrió una hora antes de que un ser viviente se acercara a aquel averno.

—El desayuno —le dijo el ordenanza, entregándole una bandeja con un tazón de leche oscurecida con café y un bollo de pan.

A Antonio le pareció un tipo satisfecho, de los que se acomodan sumisos a las privaciones del maco, con tal de obtener pequeños favores de los funcionarios.

El boqueras, en la puerta, leía apaciblemente el periódico.

—Tráeme tabaco a la hora de comer —le susurró al ordenanza.

—Vendrá otro.

—Oye, tengo para pagar. Ya sabes, necesito cosas…

—En el patio lo hablas.

El ordenanza arrastraba las palabras al hablar, con lentitud exasperante. Oyó la voz del funcionario.

—¡Cierra la puerta!

Antonio le miró con desesperación. Ni siquiera había levantado la vista del periódico.

Un minuto después, el silencio volvía a ensañarse con él, aguijoneándole brutalmente. Se sentó en el suelo, con la espalda apoyada en la pared y comió con rabia. El chusco estaba duro.

Entonces recordó que era domingo. Pensó en el Sevillano y el recuerdo de sus heridas le llenó de satisfacción.

Estaba luchando contra la cálida pesadez que cerraba sus párpados, cuando creyó oír pasos que se acercaban. Reaccionó en un impulso primario y se puso en pie. Miró su reloj: apenas eran las doce. El mismo ordenanza de antes abrió la celda. Esta vez venía solo.

—Tienes una hora de patio —le apremió.

Cuando Antonio hubo salido, cerró la puerta y caminó a su lado. Ninguno de los dos se dirigió la palabra.

—Antes de la comida te traeré a la celda —se despidió el ordenanza—. Aprovecha el tiempo.

El patio era ligeramente más pequeño que el de su galería. Tenía forma rectangular y el muro que separaba el patio del recinto, medía unos quince metros a lo sumo. Se sintió un intruso en una propiedad ajena. Un recluso es capaz de reconocer hasta las baldosas de su propio patio y aquellas paredes no le resultaban familiares.

Observó a la gente de la galería. Estaban todos bien conceptuados por los funcionarios del establecimiento. Deseó vivamente encontrar una cara conocida, pero nadie pareció haber notado su presencia. En su situación no podía intentar siquiera ir a su galería, pues se le vigilaba de cerca. Paseó cabizbajo, fumando un cigarrillo tras otro.

Se le acercó un individuo pelirrojo, con el rostro lleno de pecas.

—¿Tú eres Toni el Califa? —le preguntó.

—Sí.

Había estado esperando este momento toda la mañana, seguro de que sus colegas no le olvidaban.

—Un menda te espera en las duchas.

El pelirrojo se alejó alegremente. Antonio miró a su alrededor. En el extremo del patio, un funcionario charlaba animadamente con dos ordenanzas. Uno de ellos era su guardián.

—¿Puedo ir al servicio, don Ricardo? —preguntó.

—Acompáñale —dispuso el funcionario, dirigiéndose a un ordenanza.

Este obedeció con desgana. Al llegar a la puerta de acceso a la

galería, se detuvo.

—No tardes mucho —le informó con aire de complicidad—. Te voy a esperar aquí.

—Descuida.

Caminó hacia el fondo de la galería. Las tres últimas celdas, comunicadas entre sí y con una sola puerta practicable, habían sido habilitadas para duchas. Sus servicios podían utilizarse en las horas de patio.

Una vez dentro, oyó que le apremiaban desde el interior de una ducha.

—Date prisa, Califa, coño.

Era Rafael el Huesos.

La voz del amigo le reconfortó. Vio la puerta entreabierta y pasó.

—¿Cómo te lo has montado, Rafa? —le preguntó, sonriendo.

—Uno que tiene amigos —respondió, quitándole importancia.

Le entregó dos paquetes de cigarrillos y cinco mil pesetas.

—Guarda esto —agregó— y mañana ya veremos la manera de untar al ordenanza que te lleva el rancho. ¿Tienes toalla, y todo eso?

—Nada.

—Eso es cosa nuestra. Apáñate ahora con lo que te he traído. ¿Vas para largo ahí?

—En la oscura, una semana. Después me tendrán en la de castigo el tiempo que quieran.

—Un mes no te lo quita nadie, Califa. Al Sevillano lo has jodido bien. Por poco pierde el ojo… Así que aguanta el tipo.

Rafael apartó con el brazo a su amigo y abrió el grifo. El agua cayó con fuerza salpicándoles los pies.

—Hay que disimular —comentó—. Toma, una china de chocolate. Pero hazte la fumata de noche, que canta demasiado.

—¿Qué se dice por ahí? —preguntó Antonio, guardando celosamente el pedacito de hachís.

—Lo normal. Ya era hora que alguien le parara los pies al guripa ese. Aún está en el hospital.

—No sabes la alegría que me das —a Antonio le brillaban los ojos.

—Le abriste la cabeza, nano, y tiene la cara rajada desde la frente hasta la boca. De ésta, sale; pero va a ir con la cara marcada para los restos.

—Lo malo es si me meten lesiones por esto.

—Sin problemas, como mucho, te comerás un mes o dos. Pero el Sevillano no se arregla la cara en toda su vida.

Rafael hizo un gesto de despedida y le golpeó cariñosamente en el hombro.

—Saluda a los colegas, Rafa.

—Vale. Mañana trataremos de ponernos en contacto otra vez.

Antonio salió de la ducha y miró a su alrededor. No había nadie. El ordenanza aguardaba, impasible, en la puerta del patio. Al llegar junto a él, Antonio deslizó en su mano un billete de mil pesetas.

—Consígueme algo para leer —murmuró.

—Lo intentaré.

—¿Cómo te llamas?

—Emilio —respondió aquél, guardándose el dinero.

Si la noche llenaba de pavor sus silencios de tinieblas, el día resultaba insoportable. Nunca sospechó que las horas pudieran tener tal duración. A intervalos de tiempo miraba el reloj con el deseo de que las manecillas hubieran avanzado más de lo presumible. Y sin embargo, Antonio temía la noche. Esa celda era el peor castigo que se podía imponer a un ser humano.

Por la mañana se despertó antes de que hubiera amanecido. Aguardó, impaciente, las primeras luces del alba, encogido en la cama, sin atreverse a reconocer que tenía miedo. Un tiempo después, el ordenanza le había traído el desayuno. Supuso que el funcionario no andaría muy lejos, ya que no le había dejado ninguna revista. Ante la exasperación de Antonio, éste le hizo señas, dándole a entender que más tarde le conseguiría algo para leer.

Pero no fue así. Llegó la hora de la comida, que le dejaron en la celda, sin mediar palabra, y todo continuó igual. Su decepción se trocó en resignada sensación de abandono cuando, a primeras horas de la tarde, le condujeron al patio. La hora de paseo a la luz del sol transcurrió en una amarga espera. Sus colegas no se pusieron en

contacto con él. A nadie le importaba su suerte.

Posteriormente, de nuevo en la celda oscura, la soledad se hizo agobiante. Tenía que moverse constantemente en aquel espacio diminuto para vencer el sueño. No dormir. No pensar.

Nunca había esperado nada de la vida. Él, lo mismo que otros muchos, sabía que sólo lograría tener aquello que pudiera tomar. Cuando se ha nacido en la pobreza y se ha vivido sin ningún apoyo, sólo hay dos caminos a seguir: resignarse o rebelarse. Había optado por lo segundo y sabía que no le aguardaba un porvenir brillante. Pero, ¿a quién preocupa el porvenir? Sólo existe el aquí y el ahora… No pensar.

Recordó con hastío que el sociólogo, en la última entrevista le había aconsejado meditar profundamente en la vida. ¡Valiente enterado!

Encendió un cigarrillo. Quedaban escasamente dos horas de luz. Se sorprendió a sí mismo imaginando a Maica en la cafetería, alternando con otros hombres, trabajando incansable para que no le faltara droga y para ayudarle a él.

Maica. Tenía el rostro y el físico con que siempre había soñado. Aunque ya no era la «niña bien» que él conociera, se sentía atraído por ella, a pesar de las múltiples peleas que mantenían ambos. Ella le había abandonado en tres ocasiones y siempre logró atraerla de nuevo a su lado. Era su hombre y eso no admitía discusión. Le constaba que ella tenía sus arrebatos violentos pero acababa por ceder. Estaba convencido de que era propiedad suya y Maica tenía que entenderlo así. Ella era capaz de mantener conversaciones de un nivel cultural que él no alcanzaba, pero siempre la contradecía con la burda argumentación de su experiencia callejera.

Prestó atención al trino bullicioso de una bandada de gorriones que desgranaba los últimos minutos de la tarde. Debían de estar tomando posiciones en los aleros del tejado. Eran libres y no tenían conciencia de su libertad. Había que estar encerrado en el trullo, para comprender lo que es la libertad.

Maica le había dicho muchas veces que estaba loco. Y reconoció que en ocasiones era agresivo y hasta cruel.

Sentado en el suelo, con las manos en la nuca y la espalda contra la pared, se dejó arrastrar por la corriente incontrolada de

los recuerdos.

Ahora era la imagen de su madre recortándose nítida en su pensamiento. En los últimos tiempos frecuentaba muy poco el hogar materno. Ese domicilio lo conocía la pasma y estaba quemado. Su madre vivía aún con su padrastro, en el cuarto piso de aquel edificio de la Fuensanta. Él era un jugador, alcohólico y pendenciero; su madre se encargaba de que siempre tuviera la cartera abastecida.

Rememoró aquella tarde en que, de improviso, se presentó en casa de su madre. Guardaba allí, como lugar seguro, cien mil pesetas. Era todo lo que había obtenido por un buen puñado de oro. De ello hacía ya más de tres años.

Había abierto con su llave y tras saludar a su madre, que cosía junto a la ventana, buscó en el viejo ropero de la habitación trastera. El dinero lo tenía escondido en el bolsillo de una chaqueta que no usaba desde hacía tiempo.

El dinero no apareció. Su madre era la única persona que conocía la existencia de esa cantidad. Mientras seguía buscando con creciente desesperación en los bolsillos de otras prendas, ella permanecía silenciosa junto a la ventana.

—¿Dónde está la pasta? —le exigió, llegando junto a su madre.

La mujer no respondió.

—¿Quién se ha llevado los cien talegos? —gritó, enfurecido.

—Yo no sé nada —tenía la voz temblorosa—. Donde los guardaste, estarán.

—En la chaqueta no hay nada y tiene que aparecer.

Antonio sabía que su madre estaba mintiendo. Se quitó las gafas de sol que llevaba constantemente, y le increpó:

—Madre, quiero el dinero.

—Yo no…

—¿Lo ha gastado el cabrón de Epifanio? —era el nombre de su padrastro.

No obtuvo respuesta.

—Ése se va a enterar —la rabia hinchaba las venas de su cuello —. El muy hijo de puta se ha creído que soy un julandrón y que me puede tocar la pasta como a ti. Pero conmigo se equivoca. Si fuera de hombre, lo rajaba ahora mismo.

Antonio daba zancadas por la habitación, asombrado, sin dar crédito a lo que estaba sucediendo. Se había atrevido a tocar su dinero.

—Se lo tuve que dejar —reconoció la madre, finalmente.

—¿Que se lo tuviste que dejar?

El grito de Antonio atronó la estancia.

—Cálmate, hijo, y te lo explicaré.

—¿Que me calme? Pero bueno, ¿es que me queréis volver loco? El tragón ese me limpia cien talegos por el morro y encima tengo que estar tranquilo.

—Podían haberle matado. Si no es por ese dinero…

—¿Y a mí, qué? Que le maten. Para lo que sirve.

—No hables así, Toño —le amonestó la madre.

—Hablo como me da la gana.

Su madre se levantó en un intento de hacer valer su autoridad. En los ojos del hijo vio la furia desencadenada y tuvo miedo.

—Si es un jugador que aprenda a llevárselos, pero no por la jeró —continuó Antonio—. Y tú, mejor sería que no te dejaras macarronear por ese macaco de mierda.

—A tu madre no le hables así, que te abro la cabeza. Degenerado, que eres un degenerado.

Antonio miró las tijeras en las manos de la mujer y sonrió con aire de suficiencia.

—¡Eres una bruja asquerosa! —le gritó, caminando hacia la puerta.

—¡Te voy a matar, mala víbora!

—Iros a la mierda los dos.

Antonio salió de la casa enfurecido. Fue corriendo durante un gran trecho, hasta que el cansancio le obligó a aminorar la marcha.

Cuando llegó a la gasolinera, pidió que le llenaran una lata vacía de aceite, con cinco litros de gasolina. Entonces, con la lata en la mano, regresó al domicilio.

Su madre no le oyó llegar. Sin pronunciar una palabra, vertió el líquido por toda la casa. El olor penetrante de la gasolina impregnó toda la estancia.

—¿Qué haces? —gritó su madre, aterrorizada, asomando al corredor.

Antonio permaneció en silencio, arrojando al suelo el envase vacío. Plantado en el quicio de la puerta, sacó una cajetilla de cerillas. Al ver el gesto de pánico y de impotencia de su madre, soltó una carcajada.

—¡Estás loco! ¡Estás loco!

Su madre gritaba, histérica. Cuando vio la cerilla encendida en la mano del hijo, corrió a su lado. Antes de que pudiera arrebatársela, la dejó caer al suelo. Un zumbido sordo y las llamas prendieron con avidez. En pocos segundos, ardía toda la casa.

Abandonó el lugar antes de que el vecindario se apercibiera de lo que estaba sucediendo. Se sentía satisfecho.

Más tarde, Maica le recriminó su locura. Discutió con ella, escuchándose a sí mismo, como siempre que lo hacían. No le podía tolerar a nadie, ni siquiera a Maica, que le gritara en su propia casa. Algo de lo que ella dijo le dio qué pensar. Había afirmado que era incapaz de tener sentimientos humanos y de comprender el dolor ajeno. ¡Bastante entendería ella! El enfado de Maica no logró enfriar su euforia. Se fumó dos canutos seguidos con avidez.

Dos horas después se había presentado la policía y le detuvieron. Trasladado a la comisaría, allí encontró a su madre que estaba denunciando el incendio. Entonces, bajo los efectos de la droga, su furia se desbordó. Tras cruzar varios insultos, que el inspector de guardia no conseguía acallar, protagonizaron una bronca que pudo tener peores consecuencias. Hubo que reducirle, empleando la fuerza, e ingresarle en el calabozo. Posteriormente se le trasladó al Sanatorio Psiquiátrico, donde permaneció el tiempo que duró el efecto del sedante que se le había suministrado. Se escapó al día siguiente.

Molesto por los recuerdos, sacudió la cabeza. Se levantó y empezó a contar las baldosas del suelo.

Cuando le sirvieron la cena, había ya anochecido.

Se entretuvo observando la bandada de palomas que surcaban, al vuelo, repetidamente, el cielo de la cárcel. Se habían detenido en el alero del tejado y parecían formar un clan heterogéneo. Las había de plumaje blanco y otras de un tono apizarrado, con reflejos

verdosos en el cuello. Movían la cabeza, constantemente inquietas. En el extremo, un palomo enamoraba con sus arrullos a la hembra. Eran libres y no lo sabían.

Ese pensamiento le obsesionaba. Era sorprendente comprobar, de pronto, la cantidad de vidas que poblaban la tierra, en libertad, y ajenas a los problemas que le agobiaban a él.

Hubo un brusco batir de alas y todas las palomas emprendieron el vuelo.

Recordó que era su tercer día de celda oscura. Tras la comida, le habían bajado al patio para que caminara una hora bajo el sol. Estuvo largo tiempo absorto en la contemplación de aquel cielo de nubes viajeras.

A su alrededor, los mismos grupos de reclusos voceaban sus pequeñas ilusiones y exageraban la gravedad de su situación. ¡Porquería todo!, se dijo. Estaba sentado junto a la pared de la galería.

—¿Qué pasa, tronco?

Era Valentín el Bobadilla. Había conseguido llegar hasta ese patio y por la serenidad de su aspecto, supuso que había sobornado a alguien. En la prisión el dinero lograba franquear todas las puertas, excepto la de la libertad.

Antonio hizo una mueca que quiso ser una sonrisa.

—¿De qué vas, nano? —le preguntó el Bobadilla, sentándose a su lado.

—¡Mierda! Si esto dura mucho, me abro la cabeza.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Te has vuelto loco o qué?

—Te juro que esto no lo aguanto más. El Bobadilla sacó tabaco.

—Toma un truja —dijo—. ¿Te han traído eso?

—Sí. Lo mejor ha sido la toalla y las sábanas. En esa cueva uno está pringao a toda hora.

—¿Y de leer?

—Un par de revistas. ¿Cómo os lo habéis montado?

—El ordenanza que te lleva la comida es de confianza. Un poco tragón, pero no hay más remedio. ¿Necesitas algo?

La pregunta no admitía respuesta. Cualquier intento de mejorar su situación era de todo punto imposible y ambos lo sabían.

—¡Salir de ese agujero! —respondió con rabia.

—Aguanta, tío. Te quedan tres días de oscura y luego ya pasarás a la de castigo normal.

Antonio movió la cabeza, pensativo. Era muy fácil dar ánimos cuando a uno no le afectaba el problema. Sin embargo, reconoció que él hubiera empleado el mismo tono con su amigo.

—Estoy pensando en fugarme —comentó Antonio, bajando la voz.

—¿Pero qué dices? —el Bobadilla le miraba, sorprendido—. Tú estás mal del tarro.

—Me refiero a cuando me levanten la incomunicación.

—Yo lo tengo muy claro, Califa. Te estás comiendo el coco malamente. Eso pasa siempre en la oscura. ¿Para qué intentarlo? Esta vez te van a dar la bola en cuatro días, con fianza o por el morro. Lo que yo te diga.

—Con mis antecedentes, me pueden tener aquí el tiempo que quieran. Además, tengo causas pendientes. Si me sale un juicio estando aquí, lo tengo claro. Me van a meter un marrón encima de otro.

—¿Sabes lo que puedes hacer? Te compras un desierto y lo barres. ¿No te jode el tío?

El Bobadilla miró a su alrededor. Nadie extrañaba su presencia allí. Entonces buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó un paquete de cigarrillos. Estaba empezado.

—Dentro hay una china —le dijo—. Tienes para varios canutos si te lo sabes administrar.

A Antonio le brillaban los ojos cuando se guardó el tabaco.

—Gracias, colega.

—Mira, de polvo no hay nada ahora en todo el maco —explicó el Bobadilla—. Está todo el mundo tieso. Si te puedo ligar algo, te lo haré llegar. ¿Vale?

Antonio asintió con la cabeza.

—Se me olvidaba algo importante —añadió el Bobadilla—. Hablando de fugas, una gente tenía preparada una gorda. Pero se les jodió la cosa. Lo sabía demasiada gente.

—¿Quién estaba metido?

—Demasiados. Parece que la cosa la llevaba un tal Pedro, que llaman el Capone, otro menda que lleva lo de las duchas y dos o

tres más. Se lo habían montado bien, pero era demasiado mogollón de tíos. Alguien se ha ido de la muí. Ha sido en nuestra galería, en las duchas. Habían levantado el suelo, o sea, todo el plato de la ducha última, y habían cavado un túnel. Como la ducha está pegada a la pared que da al recinto, con pocos metros que se trabajaran llegaban a la calle. Pensaban salir a la alcantarilla. Si alguna chota no llega a vomitar el asunto, ésos se largan.

Estaba vivamente interesado.

—¿Cómo se lo montaban para deshacerse de la tierra? —quiso saber.

—La mezclaban con agua y la iban tirando por el desagüe de la ducha. Todas las tardes, a la hora del recuento, los tíos volvían a montar el plato de la ducha, como si tal cosa. Los de verde han podido descubrir el túnel, pero no han podido derrotar a nadie.

—Eso puede tener color, nano.

—Yo paso de historias —afirmó el Bobadilla—. El abogado me ha dicho que en dos meses, a más tardar, estoy en bola.

Valentín el Bobadilla consultó el reloj.

—Me voy, Califa. Y lo que te he dicho, tronco. Aguanta y no te comas el coco, ¿vale?

Aquella noche Antonio tardó en conciliar el sueño, obsesionado por la idea de intentar la fuga.

—Cambio de hotel, Califa —dijo el ordenanza, abriendo la celda. Le había interrumpido el afeitado.

—Ya era hora —respondió.

—Recoge las cosas —le apremió.

—No me metas prisa, joder.

Terminó de rasurarse al tacto. No se permitían espejos.

—Si te has encariñado con la oscura, puedes pedir que te dejen unos días más.

—Menos cachondeo, Emilio —le atajó Antonio, limpiándose el jabón de la cara.

A Emilio le acompañaba otro ordenanza. Tenía los ojos abiertos en un asombro continuado y por la bisoñez de su rostro, Antonio adivinó que era un julai. Estuvo tentado de espetarle uno de sus

comentarios hirientes, pero desistió. El menda podría resultarle útil, mientras permaneciera incomunicado.

Recogió las sábanas y envolvió en la toalla los utensilios de afeitar y las revistas.

—Esta mañana no me has traído el chusco —protestó Antonio.

—Eso es cosa de la cocina —se excusó el otro ordenanza.

—El arajay dice que es bueno hacer abstinencia —añadió Emilio.

—Meteos el choteo en el culo.

Salió al pasillo y caminó detrás de ellos, llevando consigo el envoltorio.

Antonio reparó en la bombilla encendida en el techo, que iluminaba ese extremo del pasillo. Al fondo, próxima al final de la galería, había otra, pero debía de estar fundida.

—¿Dónde me vais a poner, Emilio?

—En ésa —y señaló una celda situada frente a ellos, en el centro del corredor.

—Por la Virgen, Emilio, dejadme en ésa de ahí que tiene la bombilla más cerca.

El otro movió la cabeza.

—Lo siento, Califa. Nos han dicho que te pongamos aquí. No te quejes, que tienes buena luz.

Le abrieron la nueva celda.

—Dentro de un rato, te subirá éste la comida. —Emilio ladeó la cabeza, señalando a su acompañante.

—Dile que se enrolle bien conmigo, colega, que soy legal —pidió Antonio—. Te lo juro por mis muertos.

—No hay cuidado, Califa.

Los dos ordenanzas se alejaron, conversando despreocupadamente.

Antonio pensó que, cuando salieran de aquel antro maldito, le olvidarían completamente. Se enojó consigo mismo, por haber implorado ayuda a un desconocido. El encierro estaba minando su propio orgullo, y se sorprendía de sus reacciones. En realidad, debía sentirse satisfecho. La nueva celda, en comparación con la anterior, era un paraíso. Disponía de luz las veinticuatro horas del día. La soledad de la noche, gracias a la bombilla del pasillo, sería mucho

más llevadera. El interior de la celda era similar a la otra. La única diferencia estribaba en la puerta. De tabique a tabique discurría un enrejado de barrotes de hierro de gran tamaño, que arrancaban del suelo y se empotraban en el techo.

Oyó pasos en el corredor y miró el reloj. Si era la comida, se habían adelantado una hora. Asomó la cabeza entre los barrotes. Dos funcionarios y varios ordenanzas conducían a la fuerza a un preso, forcejeando con él. Tenía el rostro desencajado y arrastraba los pies, negándose a caminar.

Al pasar frente a él, lo reconoció. Era Jorge el Inglés.

—Abre esa celda —oyó que ordenaba un funcionario.

—¡Estoy con el pavo! —gritaba Jorge el Inglés—. Por favor, no me dejéis aquí.

—¡A callar! —le ordenó alguien.

Antonio no podía verlos. Estaban al final del pasillo. Escuchó el desagradable chirrido de la celda al cerrarse.

—¡Dadme algo, que me muero! —suplicaba a voces el Inglés.

—Te voy a dar… —murmuró entre dientes un funcionario, al pasar frente a la celda de Antonio.

Antonio supuso que les había armado una buena porcata.

Se marcharon y el silencio ensombreció la galería.

Entonces empezó a escuchar los lamentos entrecortados del Inglés. Sus gritos se convirtieron luego en llanto, hasta que todo quedó callado.

—¡Califa!

Le llegaba la voz lejana, cavernosa.

—¿Qué quieres?

—Soy Jorge.

—Ya te he visto. ¿Qué te ha pasado, nano?

—No te oigo.

—¿Qué te ha pasado? —repitió elevando más la voz.

Antonio metió la cabeza entre dos barrotes y miró a su entorno. Hasta donde alcanzaba a ver, estaban solos.

—Estoy muy mal, tío —explicó el Inglés—. Me han dado una somanta de palos que no me tengo.

—¿Por qué?

—Es que voy de pavo y no se lo creen.

—Pero, ¿qué ha pasado?

—No sé qué le he hecho a un boqueras y me han hostiado entre todos.

—Pero, ¿tú estás loco?

—Tío, es que no sé qué me pasa cuando tengo el mono. Se me funden los cables…

Antonio guardó silencio unos instantes, tratando de descubrir si alguien acechaba.

—¿Le pegas mucho al caballo? —le preguntó.

—Casi un gramo.

—¿Te chutas un gramo al día?

—Y a veces, más.

—Yo creía que le estabas echando cuento.

—Te juro que no, que estoy de pavo.

—¿Cuándo te han subido al maco?

—Anoche.

—¿Por qué te han ligado?

—Por lo de siempre, nano. Cuatro papelinas de polvo medio chungo y al talego. Dicen que me lo montaba de tráfico, pero es mentira. No me quedaba ni para chutarme un día.

Antonio encendió un cigarrillo. De pronto, Jorge ya no se quejaba. Posiblemente estaba exagerando.

—Si le has arreado a un boqueras, lo vas a tener claro —le comentó.

—Te juro que no sé por qué lo hice, colega.

—Pues lo tienes claro…

El otro parecía meditar el alcance de lo sucedido.

—¿Tú vas de chuta? —le preguntó Jorge el Inglés.

—Me gusta el caballo, pero no estoy enganchado.

—Me han buscado la ruina…

Antonio le oía muy mal, adivinando muchas de las palabras. A Jorge le temblaba la voz.

—¿Te han vendido? —preguntó Antonio.

—Sí. Iba a recibir una mercancía, un buen mogollón, pero la pasma se ha adelantado. No me han ligado nada.

—Hostia, macho, eso va de ruina.

—¿Qué?

—Eso ya va de ruina, tío.

—No. Porque me supongo quién ha sido, ¿sabes?

—Pero, ¿cómo te hacen eso, hombre?

—Pues mira —explicó el Inglés—, el otro día me desparramaron el piso y me mangaron medio kilo de costo, que si llega a haber más…

—¡Me cago en su puta madre!

—Sería la de dios ahí.

—Pero, ¿qué pasa, hombre? —exclamó Antonio—. ¿Cómo va la gente así?

—Tío, pues eso por confiar a veces en los colegas. Fíjate qué historia.

—Córtale el cuello a uno —le gritó Antonio, airado.

—Es que aún no estoy seguro del todo.

Los dos callaron durante largo rato. Resultaba penoso mantener una conversación en aquellas condiciones. Máxime, sabiendo que al vocear podían ser oídos si alguien andaba cerca.

—Oye, tío.

Era Jorge, nuevamente.

—¿Qué?

—Voy a necesitar caballo.

—Imposible ligarlo, nano. Aguanta el tirón como puedas. Lo malo es la noche.

—¿Qué?

—Que lo jodido es por la noche. ¿Es la primera vez que estás en la oscura?

—Sí.

—Pues aguanta, nano.

—Yo no aguanto un día aquí, te lo juro. No puedo. Si me da la vena, me rompo la cabeza.

Antonio le escuchó, comprensivo. Era la reacción típica de los primeros momentos de encierro en aquella celda. «Ya le pasará», pensó.

Había recibido carta de Maica.

«La calle, un día de febrero de 1980.

»¿Cómo estás, tronco?

»Cuando recibas esta carta, espero que te rule todo bien. Por aquí fuera está todo cambiado. Hay un ambientazo. Se está llenando esto de guiris, de un barco americano que ha llegado al puerto. Tienen pasta fresca y se la dejan de puta madre. Agarran unas melopeas, que es demasiado. Si estuvieras aquí, nos pondríamos ciegos, ¿vale?

»Te mando estas letras con Cristina, la mujer de Juan. Por cierto, es buen colega, y no sé por qué le llamáis el Gafe. Me dijo que iba a ver a Juan dentro de unos días, así que le he dado la carta para que te la pase.

»Últimamente han habido muchas movidas de polvo. Está la gente con el caballo, que no veas. Yo me lo monto bien.

»El otro día me chuté mescalina. Me invitaron a una mesca y me la metí. Es un flash muy parecido a la coca. Se parece cantidad. Ahora lo que se mueve es heroína marrón. No es tan buena, claro; y si no tienes limón para disolverla no hay manera de chutártela. Hay mucho menda que va de anfetas, de bustaca, y de todo eso. A mí no me gusta. Paso de esas historias, porque le tengo miedo. Se vuelven locos.

»Ahora estoy trabajando en lo de Paco el Negro. Blanca se marchó de la cafetería en que estaba y ha pedido curre en la que estoy yo. Así que ahora me aburro menos.

»Como ves, todo sigue igual.

»Ya le he llevado la pasta al abogado. Por cierto, me dijo don José María que un día de estos irá a verte, que quiere hablar contigo. Me explicó algo, pero era mucho rollo, así que ya te lo contará.

»En el sobre verás una papela con caballo y un poco de costo. No te he podido ligar más. Estoy sin

blanca.

»Termino, que llego tarde al trabajo.

»Pásatelo lo mejor que puedas.

»Un beso. MAICA.»

Antonio sobornó al ordenanza para que le llevara a la celda un bolígrafo y unas cuartillas.

«Hola, Maica.

»¿Cómo te va? Yo cada vez más chungo. Lo estoy pasando muy mal, ¿sabes? La tronca tuya me pasó la carta. Me alegro de que las cosas ahí fuera vayan bien.

»Yo cada vez estoy peor. Llevo varios días en celda de castigo y esto es peor que el infierno. No tengo de nada. Incomunicado total y encima sin poder ligar algo de polvo o de chocolate. El caballo que me has pasado, me lo he esnifado, pues aquí, aunque quisiera, no puedo conseguir una chutona; y de lo otro me queda para unos porros. Lo malo es que tengo celda de castigo para un mes, lo menos. Le abrí la cabeza a un chorbo, un chulo mal encarado. Tú no lo conoces. Le pude matar, pero si me encandilo me raja él antes. Ese menda va a llevar una cicatriz en su cara toda la vida. Le apodan el Sevillano, pero ya te contaré.

»Maica, por tu madre, muévete, y liga un poco de costo. Necesito ganarme la vida. Y aquí, me estoy volviendo loco. Enróllate, por lo que más quieras.

»Ven a verme. Yo sé que da corte, pero hazlo por mí, que tú no sabes lo que es esto.

»Esta carta no sé cuándo te llegará. Cuando me bajen al patio, veré la forma de pasársela a un colega y que te la manden. No me fío de echarla al correo, porque lo más seguro es que el boqueras la abra. Por eso, los colegas le darán salida de otro

modo.

»Termino ya.

»Adiós y suerte. Antonio.»

Leyó de nuevo la carta de Maica. En la cárcel se leen, se vuelven a leer y casi llegan a saberse de memoria, adivinando los sentimientos ocultos en cada párrafo.

De pronto sintió que su instinto sexual se despertaba. La añoranza perfilaba el recuerdo de Maica en la única forma que imponía la soledad.

La imaginó dulce, acariciante y agresiva haciéndole el amor. La veía en la cálida habitación de casa, desnuda e insinuante. La tibieza de sus pechos generosos le había subyugado siempre. Pensando en ella, se masturbó.

—¡Califa!

—¿Qué?

—Me muero. Por tu madre, llama al boqueras, que la voy a palmar.

—Aguanta, Jorge. Duérmete y no pienses.

—No puedo más. De ésta la palmo.

Antonio se removió en el camastro. Sacó el brazo izquierdo de debajo de la manta y miró el reloj. Eran más de las doce. La prisión dormía. Jorge el Inglés le iba a dar la noche.

—¡Califa!

Antonio optó por no responder.

—¡Califa! —gritó salvajemente Jorge.

—Coño, cállate y duerme. Si estás con el mono, lo mejor es que te duermas. Aquí no nos va a oír nadie. Así que duerme, ¿me oyes? Anoche aguantaste bien, pues no te comas el coco. Ponte a sobar y calla, ¿vale?

No se entendían las palabras que decía Jorge en su respuesta. Sólo captaba con claridad «me muero, que vengan». A pesar de la distancia y de la celda oscura, podía imaginarse a Jorge caminando en la lobreguez de la habitación, con el cuerpo doblado y los brazos presionando sobre el estómago. Adivinó sus espasmos y la piel

erizada. Eran los síntomas del pavo. La heroína gastaba esas jugadas. Estaría moqueando y le llorarían los ojos entre estremecimientos y escalofríos.

Creyó oír un golpe sordo en la puerta. Imaginó la desesperación de Jorge tratando de salir de las sombras.

—¡Jorge! —llamó desde su camastro.

No obtuvo respuesta. Estaba desvelado y encendió un cigarrillo. Parecía que su vecino se había calmado. Debía de estar agotado. Había pasado toda la tarde gimiendo e implorando. Cuando le sirvieron la comida, intentó agredir a los ordenanzas. Se quedó sin cena.

—Ese menda está muy jodido —les había advertido Antonio, cuando llegaron a su celda con la comida.

—Por mí como si se opera.

—Colega, podíais darle algo para dormir.

—Que se joda.

—Pues me va a dar la noche, tío.

Los dos hombres se habían encogido de hombros. Ese no era problema suyo.

Antonio arrojó lejos de sí el cigarro a medio quemar, y se dispuso a dormir.

—Jorge —llamó a media voz.

El otro no respondió. Supuso que se había dormido o quizá no le oía. De cualquier modo, agradeció el silencio.

No tenía noción del tiempo transcurrido, cuando creyó escuchar su voz. El sueño le vencía y volvió a cerrar los ojos.

—¡Colega!

Jorge volvía a llamarle. En su timbre de voz había asombro y decisión.

—¿Qué pasa?

—¡Califa!

—¿Qué quieres, coño?

—No puedo más. Me estoy muriendo.

Antonio movió la cabeza, hastiado. Eran ya las tres de la madrugada.

—No te comas el coco, joder —le gritó, desabrido—. Duerme y cállate ya.

Apenas unos quejidos entrecortados y luego el silencio. Antonio contuvo un hondo suspiro, temeroso de que cualquier ruido rompiera el sueño del otro. Se arrebujó en la cama y cerró los ojos.

A la mañana siguiente, cuando los dos ordenanzas llegaron con el desayuno, continuó acostado. Hacía esfuerzos por mantener los ojos abiertos. Por el tragaluz penetraba ya la claridad plomiza de un amanecer nublado.

—Despierta, Califa.

Estaban abriendo la puerta. Antonio se restregó los párpados y se incorporó. Le habían dejado el café con leche y el chusco en el suelo.

—Emilio, tráeme algo para leer —le pidió en voz baja.

—Ya te lo diré luego.

—Oye, que yo sé pagar a los colegas.

El ordenanza había cerrado de nuevo la puerta.

—Que sí, pero el jefe de servicios está poniendo firmes a todo el mundo —le explicó desde el exterior.

En ese momento se oyó una blasfemia que restalló en la galería.

—¿Pasa algo? —preguntó Emilio, mirando hacia la celda oscura, en la que su compañero estaba sirviendo el desayuno a Jorge el Inglés.

—Esto está lleno de sangre —le gritó el otro.

Emilio corrió hacia la otra celda. Antonio se levantó de un salto y se pegó a los barrotes de la celda.

Los dos hombres guardaban silencio y supuso que algo grave había sucedido. Entonces vio salir corriendo a los dos ordenanzas. Tenían el semblante demudado.

No había escuchado el chirrido característico cuando se cerraba aquella celda. Trató de adivinar lo ocurrido y la idea de la muerte del Inglés iba tomando cuerpo con más nitidez. No podía ser otra cosa.

A los pocos minutos oyó pasos apresurados. Con los dos ordenanzas venían varios funcionarios. Pasaron de largo frente a su celda y las conversaciones se convirtieron en murmullos en la del Inglés. Poco después llegaba el jefe de servicios, y algo más tarde el

director del centro. Para entonces, ya estaba seguro: Jorge el Inglés había muerto.

Emilio, el ordenanza, abrió su celda.

—Vamos al patio, Califa.

—¿Qué pasa, tío?

—Nada. Vámonos.

Era evidente que no quería ser visto haciendo comentarios sobre lo ocurrido. Antonio salió al pasillo y miró en dirección a la celda del Inglés. Los funcionarios dialogaban entre sí. Tenían el aspecto grave. Sus rostros consternados denotaban gran preocupación.

Se alegró de no estar en su situación. En aquellos momentos andarían como locos, tratando de eludir responsabilidades.

—¿Qué le ha pasado al Inglés? —quiso saber, cuando ya estaban próximos al patio—. ¿Ha cascao?

Emilio asintió.

—¡Mi madre! Pues era verdad.

—¿El qué?

—El tío anoche dio un coñazo que no veas. Venga decir que estaba mal, y que se moría. Yo pensaba que lo decía por el miedo, ya sabes. La oscura vuelve majara a un tío. Pero, no. Era de verdad.

—Se ha abierto las venas —explicó, lacónico, Emilio.

—¿Cómo?

—Un clavo, según han dicho. Antonio le miró, pensativo.

—¡No hay derecho! —estalló, con los dientes apretados.

—Ya lo sé; pero, ¿a mí qué me cuentas?

—El tío venga gritar y gritar, pidiendo ayuda. Como si nada. A ver quién nos iba a oír en aquellas celdas. Todos sobando de puta madre y el Inglés que la palma. Y aquí no ha pasado nada.

Emilio le escuchaba, asintiendo con la cabeza.

—Ya vendré a por ti —le dijo—. Hoy seguro que te dan más tiempo de patio.

Se marchó. Después de todo, era un buen colega. Le vio cojear ligeramente. Ahora tendrían que adecentar todo aquello y hasta llegaría el juez de guardia. No debía encontrar a nadie en las celdas oscuras durante su visita. Después, se llevarían el cadáver, con el mayor secreto posible, y a otra cosa.

Estaba la prensa. Pero, ¿a quién iba a interesar aquella muerte?

Se le echaría tierra encima al asunto. Un drogadicto más que se muere, porque nadie le ha hecho caso. Se podía haber evitado ese suicidio. Tal vez, un par de sedantes recetados por el médico. Pero nunca estaba en la prisión.

Decidió pasar de todo. Buscó el tabaco en su bolsillo, advirtiendo que, de pronto, tenía hambre. Con las prisas no había desayunado esa mañana.

15

—Te perdiste una buena —comentó, ufano, el Bobadilla.

—Iba todo por el aire, nano. —Juan el Gafe hablaba con la boca llena—. No quedó nada en pie. Esta vez se han acojonado. Que no jueguen, que la próxima puede ser definitiva.

Era la hora de la comida, y el ambiente de la celda rezumaba optimismo y euforia.

Antonio había cumplido su castigo de aislamiento y ello era motivo de satisfacción. Por otra parte, toda la población reclusa se sentía orgullosa de haber protagonizado el motín.

—Fue un buen desparramo, Califa —aseguró el Bobadilla—. Te lo digo yo que no es el primero que paso. La tele la explotamos de un sillazo y entonces toda la gente empezó a tirarlo todo desde las celdas a la galería. La que se formó fue demasiado.

—Yo ni enterarme —intervino Antonio—. ¿Fue hace un par de días? El cagao del Emilio, el ordenanza, sin soltar prenda. La putada es que me han tenido dos días sin patio.

—Te perdiste lo mejor —terció el Gafe—. Los de verde, acojonados, sin asomar las narices. Le prendimos fuego a una galería. Un mogollón de tíos se subieron al tejado y no los pudieron bajar… Hasta que llegaron los nacionales.

—Los monos se presentaron con cascos y escudos —gruñó el Bobadilla.

—Esos no se andan con menudas —añadió el Gafe—. Cargan como si estuvieran en la guerra. Nos hincharon a botes de humo y

de gas.

—Los de abajo le pegaron fuego a la galería —dijo el Bobadilla—. No veas cómo estaban las celdas, llenas de humo y de fuego… La verdad es que más de uno acabó quemado.

—Total, ¿para qué? —se preguntó Antonio—. Jorge el Inglés ya está criando malvas y nosotros seguimos igual o peor.

—Pero había que hacerlo —intervino el Gafe, autoritario—. No se puede permitir que se carguen a un menda. Porque al Inglés lo apiolaron ellos. Primero la paliza que le metieron y después, le dejan que se pudra. Aquí te puedes poner enfermo, que lo tienes claro. Daba la impresión de que estuviera dirigiéndose a un público indolente al que hubiera que convencer con sólidos alegatos.

Antonio se recostó en la litera. Durante su ausencia había ocupado su sitio en la celda un recién ingresado. Pese al hacinamiento de reclusos, provocado por la falta material de espacio, la dirección del centro tenía buen cuidado de no permitir que en las celdas permanecieran dos individuos solos. Por cada celda debían asignarse tres o cuatro reclusos, pero nunca dos. ¡Y eran celdas pensadas para albergar a una sola persona! Todo por la homosexualidad imperante en la prisión.

Juan el Gaíe había movido los resortes necesarios para lograr que Antonio fuera devuelto a su celda, al finalizar su castigo. Estaban de nuevo juntos.

—Nos hemos quedado sin mesa y sin sillas —objetó Antonio.

—Fue todo por el aire —respondió el Gafe.

—No hay cuidado, Califa —terció el Bobadilla—. Mañana mismo nos las hacen los de talleres. Los primeros, nosotros.

—Por lo menos, estar cómodos —bromeó Antonio—. Bueno, ¿cómo anda todo?

Los dos hombres se encogieron de hombros, con desgana. El Gafe dijo, riéndose, de pronto:

—Lo único, lo del Tubería. Un cachondo el tío y tiene un morro que es demasiado. Cuando lo ingresaron ayer, en la misma conducción subieron a la Madrileña. Yo no la conozco. Es un travestí el tío, y por lo que cuenta el Tubería está muy buena. Les llevan a filiaciones y la Madrileña se pone vergonzosa. ¡Que no quería desnudarse! ¡No quería enseñar sus partes…! —el Gafe

imitaba la voz y el gesto afeminado del travestí—. Pero no es tonto el pájaro, no. Llevaba recogido todo el «paquete» entre las piernas con un esparadrapo. No veas cómo se lo había montado. En el «paquete» llevaba un mogollón de heroína blanca y de hormonas de esas.

Mientras los otros reían, Antonio sintió una punzada en algún lugar del cuerpo. Desde que saliera de la celda de corrección, le obsesionaba una sola idea: que un amigo le hiciera un pringue para estar un rato con un travestí. Contaba con un colega de confianza, Rafael el Huesos, que se desenvolvía bien en esos ambientes. Un único riesgo. Nadie debía enterarse.

Cuando bajaron al patio, se separó de sus amigos y fue en busca de Rafael el Huesos.

—Necesito un favor —le dijo.

—Lo que quieras, Califa.

El Huesos siempre parecía estar de buen humor. Tenía la sonrisa fácil.

—Te aviso, Huesos, que si te vas de la muí te puedo romper la cabeza.

—¿Pero qué dices, nano? —había sorpresa en su voz.

—Eres un buen colega y no hace falta que te diga que tengas la boca cerrada…

—¿De qué va el rollo?

—Qué tú eres muy bocazas…

—Pero, ¿qué quieres, cono?

—Un travestí.

Antonio lo soltó de golpe. Entonces, una sensación de liberación recorrió su cuerpo, tras pronunciar la palabra. Su hombría quedaba malparada y trató de justificarse íntimamente.

—Eso está hecho, Califa. ¿Tienes algo pensado?

—No. No conozco a nadie, yo paso de esas historias. Me hago al travestí y fuera.

—De acuerdo.

Rafael quedó pensativo. Se notaba indecisión en el rostro de su amigo.

—La verdad es que no conozco a ningún menda de esos —aclaró Antonio—. Pero me han hablado de uno que llaman la Madrileña.

¿La conoces?

—Un buen bocado, sí señor —respondió el Huesos. Gesticuló con sus manos, significando que poseía abundantes pechos—. Un poco carera, pero se podrá arreglar.

Consultó su reloj.

—Es buena hora —dijo—. Espérame aquí.

Una hora después, Antonio se encerraba en la ducha del fondo de la galería con la Madrileña.

16

La primavera había irrumpido de forma luminosa. Iban pasando los meses y la libertad, en cambio, no llegaba. Cada día que transcurría iba dejando un sedimento de odio y desesperación.

Apenas sabía nada de Maica. Ella se negaba sistemáticamente a visitarle, alegando pretextos fáciles. Sus cartas llegaban de tarde en tarde. El abogado había olvidado sus promesas. Su encierro no importaba a nadie en este mundo. Sólo le quedaba, en la marea oscura de la soledad, el apoyo de los colegas.

Serafín el Ladillas paseaba, solitario, por el patio. Antonio le vio encender otro cigarrillo con la colilla del anterior. Le hizo señas con la mano.

—¿Qué? —saludó Antonio.

—Ya ves, con la pava de uno se enciende otra.

—Esto no se arregla.

—Y ahora con el calor, no habrá quien pare aquí.

Se sentaron, aprovechando la breve sombra que proyectaba el muro del recinto. Serafín le mostró el contenido de la cajetilla de cerillas.

—¿Es bueno? —preguntó Antonio, mirando el hachís.

—Está algo chungo, pero no se puede pedir más.

—Una fumata ahora…

—Hombre, Califa, tampoco nos vamos a poner a rular aquí.

—Me importa todo una mierda.

—Cono, ¿qué te pasa? Estás muy pasado.

Antonio levantó la cabeza hacia el cielo. En el intenso azul, hormigueaban un sinfín de puntos blancos que aparecían y desaparecían, zigzagueantes. Guiñó los ojos y se frotó los párpados.

—Escucha, Seras.

—…

—Oye, nano, que tenía que hablar contigo sobre eso.

—¿El qué?

—Lo del otro día, ¿comprendes? Estoy mosqueado, cantidad. Como no me ponen en bola, tengo que hacer lo que sea para darme el piro.

—Un mal rollo, colega. Nunca sale bien. Y además, te queda poco. Vas de preventivo, que no es condena.

Serafín tenía los ojos brillantes, vivarachos. Saltaban de un lado a otro, sin fijarse en ningún objeto. Parpadeaba ostensiblemente. Antonio conocía esa reacción. Significaba que algo no andaba bien.

—Así que has pensado en la fuga.

—Sí.

—Los que lo tienen bien son los ordenanzas. Ésos entran y salen cuando quieren, pero a nosotros no nos dejan ni asomar. Lo más fácil sería intentarlo cuando se marcha un camión. Por ejemplo, el de la cerveza. O mejor aún, en el de la carne. Ese lleva caja cerrada con frigo. ¿Cómo lo ves?

—Ya lo he pensado.

—Claro, lo difícil es pasar al recinto donde lo aparcan. Por cierto, ¿te acuerdas de un menda que llaman el Perolo?

Antonio negó con la cabeza.

—Era de la primera galería. Un venao. Con decirte que aún está en el hospital.

—¿Y eso?

—El muy gili, también se quería dar el piro. No sé cómo se las arregló para salir al recinto. Supongo que por talleres. Mientras cargaban las cajas del taller se escondió en el motor del camión. ¡Hay que estar majara! Cuando el del camión enchufó el motor y arrancó, el menda las pasó de muerte. Aguantó lo que pudo y en seguida se puso a chillar. Lo sacaron medio muerto, en la misma puerta de la cárcel. Estaba asado como un pollo.

—Un loco de la vida, pero ése lo vuelve a intentar. Le han caído

ocho años.

Antonio respiró hondo. No era muy alentadora la charla de su amigo.

—Yo lo tengo muy claro, Seras. A mí no me vuelven a ligar. Esta última coloqueta me sacaron dos asuntos, pero porque me dejé las huellas en un piso y además me dieron barra; una paliza de muerte. Si no les derroto, casco allí. Pero te juro que no vuelvo a pisar el maco.

Serafín le miró de soslayo y se encogió de hombros.

—Si te lo montas bien, con el caballo hay mucha pasta a ganar —continuó Antonio—. Pero hay que hacerlo con cabeza. Yo lo tengo muy claro. Si hace falta, me abro de Valencia y me lo monto en otro lado. Con papela chunga y lo que haga falta. ¿Cómo lo ves?

—Yo tengo un contacto en Madrid que me sirve todo el género que puedo tirar. Un polvo superior. Ése se lo hace bien. Viaja a Tailandia y no le conoce nadie. Está blanco.

—¿Cómo mete el polvo? —quiso saber Antonio.

—Fácil. En botellas de whisky. Las vacía y mete en ellas el polvo, mezclado con un alcohol especial. Hace el pase por las fronteras, sin problemas. Cuando llega a casa, vacía las botellas en unas bandejas y a esperar que se evapore el alcohol. Entonces le queda el polvo solo.

El esquema era apasionante. Sólo había una dificultad: sus antecedentes policiales, que le convertían en sospechoso en cualquier frontera. Aunque, después de todo, un pasapiri chungo o una peta resolvían el problema.

—Si consigo ligar un par de kilos, me monto —a Antonio le brillaban los ojos. Miró con precaución a su alrededor. Nadie les podía oír. Fíjate, nano. En Thailandia el gramo resulta a unas mil quinientas pesetas. Heroína pura. Según me han dicho, cobran a quinientos dólares la onza.

—¿Cuánto da una onza? —preguntó Serafín.

—Treinta gramos. Total, que calculando eso, con dos millones que te lleves te puedes traer casi un kilo y medio de polvo. Lo cortas las veces que te dé la gana y le sacas un mogollón de pasta. Puedes hacer hasta cinco kilos de polvo.

Serafín lanzó un silbido. Se imaginaba a sí mismo manejando

aquella cantidad de heroína.

—Por aquí lo están tirando a quince o veinte boniatos el gramo.

El sol les daba ya de pleno y decidieron pasear. Serafín desentumeció los músculos, imprimiendo a sus piernas un movimiento acelerado de carrera, sin moverse del sitio.

—Una gente acaba de ligar un buen mogollón de polvos —dijo Serafín.

Antonio guardó silencio, renunciando al cigarro que le ofrecía su amigo.

—¿Qué sabes del Cara Cortada, Califa?

—¿Quién?

—Coño, el Sevillano…

—No lo he visto —respondió Antonio.

—Desde que lo rajaste, todo el mundo en el maco le llama el Cara Cortada.

17

Félix Lita estaba considerado como un recluso ejemplar. Él lo sabía y se esmeraba en ser digno de confianza. Era ordenado y calculador. En su fuero interno admitía que era lento de reflejos y que ese defecto le confería una apariencia de timidez que muchos confundían con simpleza. De obesidad casi espectacular, sentía predilección por las prendas de vestir llamativas. Sus ojos diminutos y saltones parecían estar alentados siempre por el brillo de la lujuria. Desde hacía años, en el medio en que se desenvolvía, le apodaban «el Lila». Nunca comprendió la razón y lo achacaba al parecido con su apellido. Cuando le nombraban por el alias se enfurecía, si bien casi nunca exteriorizaba ese sentimiento, en la confianza de que su mutismo les hiciera olvidar el apodo. Llevaba más de un año en prisión y le quedaban apenas tres meses de condena. Los días transcurrían para él casi apaciblemente, con el aliciente de ir restando fechas al calendario.

Esa mañana y con motivo de su cumpleaños, decidió invitar a los compañeros de taller.

—Veintiséis años no se cumplen todos los días —le dijo a su monitor.

—Ni todos los años —respondió éste.

El monitor era uno de los pocos civiles que trabajaban en la prisión, cuyo trato era cordial. En el taller se confeccionaban miniaturas de barcos de distintos tipos y aquel hombre daba instrucciones, enseñaba y permitía que cada cual cumpliera con su

trabajo de acuerdo con su conciencia. Próxima su jubilación y con muchos años de experiencia en aquella cárcel, no se complicaba la vida. Cerraba los ojos a cualquier anormalidad sospechosa.

El taller estaba situado al final de la primera galería, en el lado este del edificio. El acceso normal al mismo era a través de la puerta que había al fondo de la galería; si bien existía otra de grandes dimensiones que comunicaba con el recinto. Esta puerta se utilizaba para cargar la mercancía en el camión, previamente estacionado en el recinto.

Félix Lita abandonó el grupo y se encaminó hacia su mesa de trabajo, donde había olvidado el tabaco.

De pronto, le vio.

No pudo reconocerle, porque ya había salido al recinto, pero estaba seguro de que no era del taller.

Regresó junto a los demás y bebió su café, mientras el tabaco pasaba de mano en mano.

Cuando se reanudó el trabajo, fue hasta el camión con el pretexto de hacer una consulta al monitor. Mientras el hombre le hacía una detallada explicación del ensamblaje de las velas, observó el interior del camión. Estaba casi totalmente cargado y no se apreciaba nada anormal. Si el preso que él había visto salir al recinto hubiera conseguido camuflarse entre aquellas cajas, su fuga era segura. Sintió miedo por su libertad. Harían muchas preguntas y hasta le podrían culpar de complicidad.

Regresó al taller. Según sus cálculos faltaba poco para que el camión se marchara. Tenía que pensar con celeridad. A él nada le importaba que un menda se fugara. Después de todo, mejor para él. Pero tenía miedo.

Podía verse envuelto en aquella evasión y entonces su libertad podría quedar aplazada quizá por mucho tiempo. ¡Ojalá no hubiera visto nada!

Zarandeado por la duda, salió del taller. Atravesó la galería, y al llegar al centro, titubeó. Finalmente se dirigió al funcionario que custodiaba la puerta de seguridad que daba acceso a los locutorios.

—¿Puedo hablar con usted, don Carlos?

—¿Qué pasa?

El funcionario estaba leyendo un libro y respondió sin levantar

la vista. Era muy joven y la palidez del rostro le daba una apariencia de hombre estudioso.

—Bueno, yo no sé si será verdad —empezó a decir Félix—, porque no estoy seguro, ¿sabe? Pero me parece que un menda se ha metido en el camión del taller de barcos, entre las cajas. Le he visto salir del taller al recinto, donde el camión. A lo mejor se da el piro.

El funcionario levantó la cabeza, observándole detenidamente. Entornó los ojos.

—¿Quién es?

—No le he visto la cara, pero seguro que ha salido al recinto.

—¿Habéis mirado el camión? Félix hizo un gesto de extrañeza. Ningún recluso del mundo se atrevería a delatar la fuga de un colega.

—Lo que le pido, don Carlos, es que no se sepa que he sido yo el que le ha dado el cante.

—No te preocupes.

—De verdad, don Carlos. Me queda poco tiempo y esta gente me puede rajar.

—De acuerdo. Tienes mi palabra… ¿El tipo ese no ha salido del recinto?

Denegó con la cabeza.

—Muy bien. Vuelve al taller y no abras la boca, ¿entendido?

—Sí, señor.

La alerta estaba dada. Ahora podía dormir tranquilo. Nadie le podría inculpar en una fuga. Sin embargo, el miedo estaba allí, cogido a su cuerpo. Si se llegaba a saber su chivatazo, era hombre muerto.

Sentado, de nuevo, frente a la mesa, odió los barquitos, odió el taller y odió, sobre todo, su destino.

El camión se puso en marcha y se deslizó suavemente por el recinto, entre el muro exterior que vigilaban los guardias civiles desde sus garitas, y la pared del edificio. Al doblar a la izquierda en ángulo recto para dirigirse a la puerta donde estaba situado el rastrillo, su conductor quedó momentáneamente paralizado. Una fuerte dotación de guardias civiles parecía esperar su llegada.

Aquello era absolutamente inusual. Normalmente, su salida del recinto de la prisión no exigía más trámite que el sellado y comprobación de albaranes relativos a la carga y la devolución de su Documento Nacional de Identidad.

Algo grave estaba sucediendo. Un sargento le hizo señas para que detuviera el vehículo. Obedeció prestamente y entonces se le hizo descender. Los guardias rodearon el camión, empuñando sus metralletas. Varios funcionarios, junto con el jefe de servicios, se situaron en la parte trasera.

—Abra la puerta de atrás.

La caja del camión, de considerable altura, formaba un cuerpo separado de la cabina. El conductor no despegó los labios. Con habilidad, manipuló el cerrojo y dejó al descubierto los embalajes de cartón, ordenadamente dispuestos en el interior. Instintivamente se alejó del vehículo.

—¡Habla el sargento de la guardia civil! —gritó, dirigiendo su voz al interior del camión—. ¡Está rodeado!

No obtuvo respuesta. Tras unos instantes de espera, se empezó a descargar el vehículo. Varios ordenanzas realizaron el trabajo, apilando en el suelo todas las cajas, en medio de un silencio agobiante.

Al remover, entre dos hombres, una pesada caja, quedó al descubierto el fugitivo. Con los ojos centelleantes de odio y los dientes apretados, Antonio dominó su furia. Permaneció en el rincón, agachado.

—¡Salga de ahí, con las manos en alto!

Vio varias metralletas que le apuntaban. Colocó las dos manos sobre la cabeza y lentamente se puso en pie. Tenía los músculos entumecidos. Estaba atrapado de forma inexorable.

Cuando saltó del camión fue inmediatamente sujetado por dos guardias, mientras un tercero le cacheaba concienzudamente. Oponer resistencia sólo iba a complicar las cosas. Permaneció estático, mirando alternativamente a todos los presentes.

—Llévenlo a filiaciones —ordenó el jefe de servicios, dirigiéndose a los funcionarios.

Estaban satisfechos. Antonio captó el gesto alegre y triunfal de aquellos hombres que le habían dado caza.

—Tendremos que revisar el contenido de las cajas —explicó el sargento en tono afectuoso al conductor del camión.

La puerta del rastrillo se abrió y Antonio penetró escoltado por cuatro funcionarios.

Algo había salido mal. Por más vueltas que le daba a la cabeza, no conseguía averiguar dónde estaba el fallo. Lo tenía todo bien pensado y sin probabilidad de error. Lo había planeado todo minuciosamente, hasta el detalle más nimio. El paso de su galería hasta la primera no había supuesto dificultad, ya que el ordenanza se había dejado sobornar, explicándole que se trataba de dar un recado a un colega. El ordenanza había aceptado el tabaco alegremente, sin preocuparse de los motivos que alegaba. Le sonrió, guiñando un ojo con ironía, pues suponía que en realidad se trataba de algún asunto sexual.

De ese hombre no podía sospechar. Era imposible.

Sólo quedaba otro menda. Ricardo. Trabajaba en el taller de barcos desde hacía mucho tiempo. Por él conocía las interioridades del local y el detalle de la pequeña celebración del cumpleaños del Lila.

Todo había funcionado.

Entonces, ¿qué había pasado?

De Ricardo estaba completamente seguro. Era un colega legal. ¿Quién había sido la chota?

—¡Desnúdate! —oyó que le ordenaban.

Obedeció mecánicamente. Era el ritual del maco y de la policía.

—¡Agáchate!

Ahora le mirarían el ano, por si llevaba algo escondido.

Masculló una blasfemia, entre dientes.

Mientras se vestía, de nuevo, sonó el teléfono. El funcionario que atendió la llamada se limitó a asentir con monosílabos. Cuando colgó el receptor, miró a Antonio, impasible.

—Celda oscura, hasta nueva orden —dijo.

No era ninguna sorpresa. Lo había sabido en lo más profundo desde el mismo momento en que el camión fue detenido en la puerta del rastrillo.

Casi sonrió al imaginar el nuevo antecedente que iban a añadir a su ya abultada ficha personal: «fuguista».

Tercera parte

La primavera de 1982

1

—¿Desde cuándo te lo metes en vena?

—Desde que no me hace nada por la nariz —respondió Antonio.

Maica le observó desde la cama.

Estaba sentado, de espaldas a ella, frente al tocador de recia línea castellana. Desde el espejo rectilíneo, le llegaba la imagen de su rostro: demacrado, con incipientes ojeras que aumentaban su palidez. Flexionaba el brazo para agilizar la circulación sanguínea. Se acababa de inyectar heroína.

—¿Qué hora es? —le preguntó, incorporándose.

—Casi las diez —respondió él.

—¿A qué hora te has levantado?

—Ya hace rato.

Antonio abrió un cajón del mueble y guardó la jeringuilla y una papelina con varios gramos de heroína. Irguió la cabeza con los ojos cerrados y respiró profundamente. La droga invadía su organismo en un rumor apagado, hasta llegar, ya torrente explosivo, a su cerebro. Se sentía mejor.

—¿Piensas salir hoy? —quiso saber Maica.

—No lo sé.

Sus respuestas eran siempre evasivas. Rechazaba todas las sugerencias, encerrado en sí mismo.

Llevaba ya un día completo sin abandonar el domicilio. En su mirada huidiza se adivinaba un naufragio de temores. No le preocupaba la muerte del Sevillano; ni sentía remordimiento por su

acción. Era el pensamiento de verse nuevamente detenido y conducido a prisión, lo único que nublaba su mente.

—Tú no faltes al trabajo —le indicó Antonio, de pronto—. Por la tarde, te vas como si tal cosa, no vayan a sospechar… ¿Te han preguntado por ahí?

—No. ¿Por qué lo iban a hacer?

—No sé…

Antonio se encogió de hombros y miró sus manos. Extendió el brazo derecho, tensando sus músculos a fin de vencer el temblor que agitaba débilmente sus dedos. Maica le contemplaba, pensativa. Aquellas manos estaban sucias: un poso oscuro de muchas sangres ya, se agazapaba entre los pliegues de su piel.

—Me traes el periódico cuando te levantes —le dijo Antonio.

—No creo que diga nada ya.

—Por si acaso. Tú compra varios y les echaré un vistazo.

Maica saltó de la cama.

Antonio le vio a través del espejo. Estaba desnuda. Con las dos manos ordenaba su cabello, mientras sus pechos se alzaban, retadores. Cogió el batín.

—Cuando me duche bajaré a la calle.

Siguió sus movimientos hasta que la mujer salió del dormitorio. La belleza de aquel cuerpo de contornos tibios y exuberantes, conseguía excitarle siempre. Sin embargo, era una sensación extraña, una combinación de deseo y de impotencia que se adueñaba de su ser.

En los últimos tiempos no sentía apetencias sexuales de ninguna clase. No había mujer que despertara en él la respuesta adecuada. Y no ignoraba que ésa era una de las secuelas del caballo. Quiso convencerse que ello se debía a la tensión que le atenazaba. De ninguna forma podía admitir que se estaba convirtiendo en un hombre con la virilidad mermada. Era imposible. Si eso sucedía, estaba acabado.

Cogió los periódicos del día anterior y seleccionó uno. Estaba doblado por la página de sucesos. Releyó por enésima vez el titular en que se exponía la noticia:

«Un hombre muerto por arma de fuego. El suceso tuvo lugar la madrugada pasada, frente al número 220 de la calle la Barraca, en

el distrito del puerto. La dotación de un coche de la policía descubrió el cuerpo de un hombre, tendido en el suelo; acribillado materialmente a balazos. El agresor, al parecer, le disparó a muy corta distancia, produciéndole la muerte casi instantánea. Presenta heridas en la cabeza y en el vientre.

»La policía lo ha identificado como Manuel Durante Gómez, de 34 años de edad, conocido delincuente habitual contra la propiedad, con múltiples antecedentes en tal sentido y al que se le conocía con el apodo de “el Sevillano”.

«Se descarta, en principio, el móvil del robo, sospechándose que se trata de un ajuste de cuentas, al parecer, motivado por las drogas. Entre sus efectos personales se le encontró heroína, sustancia a la que era adicto.»

Nada más. Los otros periódicos no añadían ninguna novedad. No mencionaban a la policía, si tenían alguna pista o no. Sólo que habían acribillado a balazos al Sevillano. Reparó en que habían omitido el apodo de «Cara Cortada». Tal vez los periodistas no habían obtenido más información, pero la pasma seguro que conocía ese alias. Removerían cielo y tierra hasta encontrar un sospechoso. ¿Hasta dónde habrían llegado en sus investigaciones?

Desde que estaba en bola no había tenido nada que ver con el Sevillano, así que no podían relacionarle con su muerte. Claro que si empezaban a hurgar en el talego, allí podían sacar tajada. Se podían enterar de todo.

«Bien —pensó—, en cualquier caso no tienen ninguna prueba contra mí. El raca que llevaba era de alquiler y tuve buen cuidado de sacarlo con una peta chunga. Después, se quedó por ahí. Devolverlo era correr un riesgo innecesario. Cuanto menos se fijen en mi careto, mejor.»

Después, estaban los vecinos. Nadie pudo ver nada aquella noche. Sólo un par de ventanas que se iluminaron en su huida del lugar. Pero no se pudieron quedar con su estampa con aquella oscuridad. Había actuado con mucha cabeza, arrancando el coche con las luces apagadas.

Así pues, quedaba el revólver, único nexo entre él y el Sevillano. Podía quemar. Tenía que hacer desaparecer el pusco. Pero, ¿de qué forma? No quería desprenderse totalmente de él. Su posesión le

tranquilizaba, ya que aún podía serle útil. Sólo había que ponerlo a buen recaudo. ¿Dónde?

Pensó en sus amigos. El único de confianza, Serafín el Ladillas, estaba huido. Rafa el Huesos era un buen colega, pero se pasaba con el caballo y cuando estaba a gusto, se le calentaba el morro. Llegó a la conclusión de que había hecho lo mejor.

Se levantó y caminó hasta el comedor. El empapelado de sus paredes recordaba una fauna exótica, saturada de flores de colores chillones.

Por un instante adoptó la personalidad de un policía que entrara allí a registrar. La sala era espaciosa. Al centro, una mesa rectangular, adornada con una figura de cerámica. Alrededor de la mesa, seis sillas. Nada donde buscar. Dio unos pasos hacia el interior. La pared de la izquierda la ocupaba el mueble-bar, repleto de un sinfín de objetos decorativos de todos los tamaños. En el ángulo, una consola que servía de soporte al televisor.

Levantó la vista hacia el mal disimulado armazón de madera, donde se ocultaba la persiana. Nadie sospecharía que el revólver estaba allí escondido. Había tenido suerte. En el pequeño armario trastero conservaba tiras de papel pintado con los que podría recubrir de nuevo la porción rasgada al abrir la trampilla.

Quedó allí, de pie, durante largo rato.

Maica entró en el salón. Sin apenas maquillaje, su rostro aparecía resplandeciente. Llevaba un vestido claro de manga corta, con el talle muy ceñido y falda de amplio vuelo. El suave cabello rubio, recogido en una trenza, le caía por el hombro izquierdo.

—¿Qué piensas? —le preguntó Maica.

Antonio tardó en responder, deliberadamente. Luego, se volvió hacia ella.

—Nada —contestó—. Le doy vueltas a la cosa.

—¿Se te ocurre algo?

Se encogió de hombros.

—No pueden sospechar de mí —explicó.

—¿Por qué tienen que sospechar de ti?

—¿Qué sé yo? Con esa gente nunca se puede estar tranquilo.

—¿Pudo verte alguien? —quiso saber Maica. Conocía la respuesta de antemano pero parecía obrar como un bálsamo sobre

el hombre.

—Imposible —exclamó rotundamente Antonio.

—Entonces, no le des más vueltas.

—Sí, pero está lo tuyo.

Maica frunció las cejas, pensativa.

—¿Otra vez? —exclamó, simulando cansancio. En realidad, era la única cuestión que verdaderamente le preocupaba—. Aquello está ya olvidado. Ya nadie se acuerda, ni la pasma. Además, ¿a quién puede interesar una violación?

—A un menda que anda suelto por ahí.

—¿Por qué?

Antonio se movía nervioso, por la habitación.

—Ponte en su lugar —dijo—. ¿Qué harías tú?

—¿Te refieres al otro, al que me hizo los cortes con la navaja?

Asintió con la cabeza. Tenía la mirada perdida en un punto difuso a través del ventanal.

—El menda sabe que se han cepillado a su amigo —explicó Antonio—. Cuando se cargan a su colega, ¿de qué va la movida? ¿Qué crees que va a hacer ahora?

—Nada. Seguro que está acojonado y se quitará de en medio.

—¿Por qué?

—Piensa con la cabeza. Si cree que has sido tú, es que sabe de qué va el rollo. Porque aquella historia fue de los dos. ¿O no?

—¿Y qué? —preguntó Antonio, reticente.

—Que va a pensar que ahora vas a por él.

Antonio golpeó con el puño la palma de su mano izquierda.

—Es el único fallo —murmuró—. Tenía que haberle derrotado a Cara Cortada el nombre de su colega, pero se me encendió la sangre y no aguanté más.

—Mira, eso ya ha pasado.

—Pero, ¿es que no lo entiendes? —le gritó, crispado—. Ese hijo de puta puede ir con el cante a la pasma cuando quiera, porque estará encabronado.

—No se atreverá.

—Hay muchas maneras de hacerlo —le explicó, con gesto paciente—. No es necesario ir y dar la cara. ¿Me entiendes? Basta soltar dos palabras y la pasma empieza a moverse.

—Suposiciones. Además, no tienen pruebas.

—Es lo único.

La conversación con Maica no resultaba especialmente alentadora. Ella se esforzaba por tranquilizarle, pero envolvía todos sus razonamientos con un proteccionismo desolador.

—¿Y qué vamos a hacer ahora? —le preguntó ella, tímidamente.

—Aquí no ha pasado nada, ¿entiendes?

Ella asintió con la cabeza. Salió al recibidor y regresó con el bolso.

—Mucho ojo cuando salgas a la calle —le sugirió él—. Si ves a un tipo dentro de un coche o algo raro… Para todo el mundo estoy fuera de Valencia.

—Ya lo sé.

Maica le volvió la espalda, y se encaminó hacia la puerta. Dios sabía el esfuerzo que le suponía convivir con aquel hombre.

Durante un tiempo había llegado a quererle, pero de eso hacía ya mucho. Ahora todo había cambiado. Se preguntaba en ocasiones qué le retenía a su lado y no encontraba la respuesta. Sopesados el temor y el odio en una balanza, admitió que el primer sentimiento era el que más influía en su modo de ser. Pero en las circunstancias actuales no podía abandonarle. La policía no tardaría en atar cabos y las cosas se iban a complicar.

Oyó la voz de Antonio.

—No te olvides de comprar los periódicos.

2

El teléfono sonó varias veces antes de que lo descolgara.

—¿Crespo? —oyó que preguntaban al otro lado de la línea. Reconoció la voz.

—Sí. Dime, Daniel.

—¿Has leído ya el informe?

—¿Te refieres al Sevillano? Aún no. Lo tengo delante de mí y en este momento iba…

—Entonces, dentro de un rato subo y hablamos. Hay drogas por medio. Claro que eso hoy no quiere decir nada. Pero tengo que apurar todas las vías. No tenemos claro el móvil en este caso. ¿Lo conocías?

—Sí, pero no ha estado nunca detenido por drogas.

—En cinco minutos subo.

Colgó el receptor y se dispuso a leer el informe.

Inclinado sobre la mesa, arrugó la frente, concentrado en el escrito. Su cabello castaño empezaba a clarear y alrededor de sus ojos apuntaba una débil sombra.

«Nota informativa.

»Asunto: muerte de Manuel Durante Gómez.

»En relación con la muerte violenta de Manuel Durante Gómez se participa que las gestiones practicadas por este Grupo de Homicidios, de la Brigada Regional de Policía Judicial, han dado el siguiente resultado:

»En la Inspección Ocular realizada, se observó el cuerpo de un

hombre sin vida en posición decúbito lateral izquierdo, con la cabeza en la acera y el cuerpo y los pies en la calzada, junto a un coche allí estacionado; tratándose de un hombre joven que presentaba una herida en la frente y alrededor de la cabeza un charco de sangre; otra herida en región pectoral derecha y otras sin determinar, en el vientre, por las que perdió gran cantidad de sangre. Todas las heridas lo son, al parecer, por arma de fuego.

»Vestía cazadora azul oscura, prenda clara debajo de la misma y pantalón vaquero, calzando zapatillas deportivas. En los alrededores no se apreció la existencia de objeto alguno, así como huellas de cualquier tipo que pudieran conducir a la identificación del autor o autores. Diez metros más abajo, según el sentido de circulación de la calle, en la calzada, alrededor de una moto allí estacionada, se observaron colillas de cigarrillos, en número de ocho, al parecer todas de la marca Winston.

»A las cinco horas el señor Juez de Instrucción de Guardia, ordenó el levantamiento del cadáver, siendo trasladado al Hospital Clínico de esta ciudad a fin de practicarle la autopsia.

»En un principio y vistas las circunstancias en que apareció el cadáver, se pensó que el hombre habría sido objeto de robo con intimidación o de agresión por causas ignoradas. Se estima que la segunda hipótesis es más probable, desechándose el primer supuesto al no faltarle pertenencia alguna así como por la cantidad de impactos. El cadáver apareció casi frente a su domicilio, en la acera opuesta. No hay rastros de sangre que indiquen que se desplazara del lugar, una vez herido, ni tras su fallecimiento que haya sido movido del lugar. Tampoco presenta su cuerpo señales de violencia distintas a las heridas mencionadas, por lo que se descarta, en principio, la posibilidad de lucha o resistencia.

»Al parecer, el autor o autores, esperaron su llegada al domicilio y dispararon a muy corta distancia. A la altura del vientre, en el pantalón cubierto de sangre, se aprecian manchas oscuras, casi con toda probabilidad provocadas por el fogonazo de la pólvora al ser disparada el arma a bocajarro. No se han encontrado casquillos, por lo que se sospecha que el arma pudiera ser un revólver. Los disparos que se aprecian en el bajo vientre inducen a pensar que se trata de una venganza de tipo sexual.

»La investigación se centró, a partir de este momento, en el finado y en las circunstancias de todo tipo que le rodeaban, así como la forma en que ocupó su tiempo el día de los hechos y cualesquiera otras que pudieran incidir en el desarrollo de los mismos.»

El comisario pasó por alto todas las consideraciones relativas a sus circunstancias familiares, personales y ambientales, que le eran de sobra conocidas.

«Continuando con la investigación, no se ha podido determinar con exactitud cómo empleó su tiempo el fallecido el día de su muerte. Solamente se sabe que fue visto deambulando solo, a la hora de cierre de los bares del Barrio Chino de esta ciudad.

»Según estimación del médico forense, la muerte tuvo lugar alrededor de las tres horas de la madrugada. La autopsia ha establecido que la muerte fue causada por cinco proyectiles de plomo, al parecer de revólver, calibre 38: uno, alojado en la cabeza, otro en el pecho y tres en el vientre. No se aprecian otras lesiones ante ni posmortem.

»Se ha llevado a cabo un minucioso estudio de las características del lugar donde fue hallado el cadáver, realizándose varias fotografías que se adjuntan, de manera expositiva.»

Levantó la vista del escrito al abrirse la puerta. Daniel Calzada miró y tomó asiento frente a él.

—¿Qué opinas? —le preguntó, sin preámbulos.

—Lo mismo que tú —respondió el comisario Crespo—. Han ido a por él.

—No hay forma de dar con el móvil. Está muy claro que ha sido una venganza a sangre fría. El que sea ha aguardado pacientemente frente a su casa. Hasta ahí, todo bien. Pero no tengo ningún sospechoso aún. Esta gente se relacionan con chorizos y macarras y no hay manera de estrechar el círculo en algo concreto. Nadie sabe nada.

Daniel Calzada movió la cabeza, con gesto enojado. Próximo a los cuarenta años, era el jefe del Grupo de Homicidios. Alto, de complexión fuerte, y rostro de tez cetrina. Tenía el cabello negro y sus ojos oscuros, de movimientos lentos, estaban habituados a leer en los detalles más pequeños. Usaba gafas metálicas, ribeteadas de

una córnea traslúcida con incrustaciones marrones. Era un hombre perfectamente identificado con su vocación policial.

—A simple vista, se aprecia que efectivamente se trata de una venganza —apuntó el comisario Crespo—. Pero de tipo sexual.

—Sí. Eso es evidente. Los disparos en el bajo vientre fueron hechos a quemarropa.

El comisario consultó la nota informativa. El fogonazo de la pólvora era patente en el pantalón.

—Eso es. Tres impactos de bala en el vientre —comentó—. ¿Tenía alguna mujer?

—¿Si macarroneaba a alguna? Parece que no. Desde que salió de la cárcel ha vivido solo. Alquiló el piso hace un mes, y según los vecinos, no se le veía de día por allí. Nada de escándalos, ni visitantes, ni nada de nada. Se ha hablado con el vecindario, y todo negativo.

Daniel cambió de posición en la silla y miró a su alrededor. El despacho tenía ese aire inhóspito y frío que caracteriza a las dependencias policiales. Las paredes, de pintura ajada por el tiempo, estaban desnudas, a excepción de una lámina colorista relativa a la nocividad de las drogas: un dragón con busto humano, sonrisa insinuante y aterciopelada, provisto de múltiples tentáculos, que aprisionaban a sus víctimas. Cinco sillas, forradas de skay marrón y dos archivadores adosados uno a cada lado del extremo de la habitación, constituían todo el mobiliario.

—Estoy en un punto muerto —explicó Daniel—. Hemos hecho gestiones por varios lados y por ahora, nada. Parece que el autor de la muerte fue un individuo que iba solo. Un vecino que padece insomnio, al oír los disparos, se asomó a la ventana. Según él, un individuo corrió hasta un coche que estaba aparcado en la esquina, al final de la calle, se metió en él y abandonó el lugar con las luces apagadas.

—¿Da señas del individuo?

—Ninguna. Cree que era joven, pero lo vio de espaldas y a mucha distancia.

—Ya sabemos algo. El autor era un hombre.

El comisario rechazó con un gesto la invitación a fumar que le hacía su colega, y le preguntó:

—¿Homosexualidad?

—Hasta donde sabemos, nada.

—En ese caso, hay que buscar por otro lado.

—Desde que salió de la cárcel ha vivido solo. Antes tenía una mujer, pero cuando él entró en el talego, le abandonó. Ella ha estado todo este tiempo en Ibiza. Estamos pendientes de los compañeros de allí, que la tienen localizada. Pero no le veo color por ese camino —fumaba apaciblemente, saboreando cada bocanada de humo—. Por cierto, ¿qué opinas de las drogas que llevaba encima el Sevillano?

—Caballo y hachís. Algo normal a estas alturas, ¿no te parece?

—¿Lo conocías como traficante?

Crespo sacó un pequeño fichero de un cajón de la mesa. Tomó una ficha y se la mostró.

—Anotamos aquí todas las confidencias que recibimos y los datos que obtenemos de gestiones hechas por nosotros —explicó—. Hace unos quince días nos hablaron de un tipo apodado el «Cara Cortada», que estaba tocando polvos y chocolate. Pero no lo teníamos identificado. Según el informante, pasaba los polvos por el Barrio Chino. No es mucho, ¿no te parece?

Daniel restregó el cigarrillo en el cenicero, hasta apagarlo, y se levantó.

—¿Crees probable una venganza por drogas? —preguntó.

—Me parece que no. No se puede descartar, pero yo diría que no va por ahí la cosa.

—Te avisaré cuando sepa algo.

Ya estaba en la puerta, cuando el comisario Crespo le llamó.

—¿Has tocado algún confite?

—En eso estamos —respondió Daniel—. Pero ya sabes cómo es esa gente. Mienten igual que hablan, sobre todo si necesitan pedir árnica.

El comisario sonrió, mientras el otro cerraba la puerta a sus espaldas.

3

Antonio abandonó la idea de dormir y se sirvió una generosa ración de whisky. Estaba cansado e inquieto. Cogió el periódico y tras hojearlo con desgana, lo arrojó al suelo.

Llevaba ya una semana sin salir de casa. Sus momentos de depresión alternaban con la euforia ocasional que le producía el hachís y la heroína. Ahora, la frustración y la ira reprimida estaban a punto de hacerle estallar.

Oyó la llave al girar en la cerradura de la puerta. No se movió.

—¿Eres tú, Maica?

—Sí.

La mujer cerró la puerta y pasó al salón. Dejó el bolso sobre la mesa y se dejó caer en el sillón.

—Estoy molida —se quejó—. Toda la noche, para una porquería de dinero. No te invitan a una copa, ni hartos de vino. Y es que no hay un duro.

—¿Te ha acompañado Blanca?

—Como siempre. Se ha ido en el taxi que cogemos todas las noches las dos. El taxista ya nos conoce y viene a esperarnos.

—¿Todo bien?

Maica volvió la cabeza.

—¿A qué te refieres? —preguntó.

—Pareces idiota. ¿A qué va a ser? Pues si te ha seguido alguien, si has oído rumores, qué se dice por la basca…

—Nada de nada. Si supiera algo te lo habría dicho nada más

entrar —intentó dar un giro a la conversación—. Fíjate qué hora es: las dos y media pasadas, y yo sin vender una escoba.

Antonio parecía no escuchar, absorto en sus pensamientos. De pronto, dijo:

—Maica, ¿has traído caballo?

—No.

—Pues me la has hecho.

—¿Es que no queda nada? Si había…

—No. Tú desde que te lo quieres dejar por la mierda del embarazo, ya no te preocupas de nada.

Una oleada de calor subió hasta el rostro de Maica. Antonio estaba desesperado y últimamente su genio era insufrible. Tuvo miedo. El encierro voluntario en el piso y su constante inquietud le estaban enloqueciendo. La paternidad no significaba absolutamente nada para él.

—¿No te arreglas con chocolate? —preguntó tímidamente Maica.

—Mierda, no. Me hace falta un chute, o dos, o tres. Los que me dé la gana. Pero tú, ni caso. A las mujeres si no se os da un curro de vez en cuando, no aprendéis.

Maica instintivamente consultó su reloj.

A aquella hora 110 había probabilidad alguna de conseguir heroína.

—¿No has podido ligar nada de caballo? —insistió él.

—No.

—Porque no te ha dado la gana. Eso es. Porque no te ha salido del…

—¡No me grites!

—¡Grito lo que quiero! ¿Qué pasa?

—No pasa nada. Pero tú acabarás mal del coco.

—Es mi problema.

Antonio se levantó furioso y fue al dormitorio. Cuando regresó llevaba en la mano una cajetilla de cerillas.

La abrió con cuidado. En su interior había cinco dosis de LSD Eran diminutas, inferiores al tamaño de una lenteja, y de color rojo.

—Voy a hacer un viaje —afirmó, lacónico.

La mujer le observó, preocupada. El ácido surtía siempre efecto.

A buen seguro que iba a hacer un viaje, pero no siempre era bueno. Un mal viaje era temible.

—Eso es una bomba, Antonio.

—Pues voy a volar. Necesito un viaje largo. Te juro que me está haciendo falta.

Se puso la dosis de LSD en la boca y se tendió en el sofá.

Maica se levantó, inquieta. No recordaba cuánto tiempo hacía que no habían comido ácidos. Más de un año, quizá.

En los primeros tiempos, cuando se empezaba a extender el consumo de la droga, la curiosidad hacía que todos acabaran probando los ácidos. Pero con los años, se le cogía miedo. Era la bomba atómica del cerebro. Por eso, sólo en situaciones apuradas se recurría al ácido. Ella sabía que bajo sus efectos se mezclaba la realidad con las propias alucinaciones. Varios colegas habían muerto por esa droga.

Maica fumaba, moviéndose constantemente por el salón. Le aguardaba una noche de vigilia con toda probabilidad.

Apagó el cigarrillo y se sentó de nuevo. El sueño vencía sus ojos y cerró los párpados, dejándose envolver por la bruma de un dulce sopor.

El ruido del sofá, al incorporarse Antonio, la despertó. Estaba de pie y tenía la cajetilla de cerillas en la mano.

—¿Qué haces? —quiso saber Maica.

—Nada, que me he comido otro ácido.

—¿Qué?

—Deben de estar muy pasados. No hacen nada…

Le vio tambalearse hasta abandonar pesadamente su cuerpo en el sofá. Tenía los ojos fijos en el techo, Maica se preguntó cuánto tiempo habría dormitado. ¿Media hora? Miró su reloj. Eran casi las tres y media.

—¿Estás bien? —le preguntó.

Antonio se volvió hacia ella. Lentamente. Le pesaba mucho la cabeza. No sentía la lengua en su boca.

—¿Va todo bien? —insistió.

Por supuesto. Antonio la oía con toda nitidez. En su cabeza giraban, en torbellino de colores, un sinfín de sonidos que no lograba localizar. Tenía los ojos hinchados y brillantes. Se concentró

en el rostro de Maica.

—Ahora me siento en paz conmigo y con todos —dijo—. Lo tengo todo claro, muy claro. Pero es difícil de explicar, ¿me entiendes?

Sus palabras eran ágiles y no pesaban en los labios.

Veía el aire de la casa, saturado de múltiples irisaciones.

Oyó que Maica le estaba hablando.

—Intenta dormir. Haz el viaje con los ojos cerrados y estarás mejor.

¿Había miedo en sus ojos? ¿Por qué? Las palabras salían de la boca de Maica y las veía azules. Tenían forma de pájaro. Un inmenso y etéreo pájaro azul salía de sus labios y batía las alas, creciendo, alargándose, hasta golpear los tímpanos.

—No me entiendes, Maica. Tengo la cabeza funcionando que es demasiado. Necesito hacer justicia, pero de verdad, no la de ellos.

Ahora estoy viendo dos mundos. El mío, donde estamos en este momento, y el otro lleno de porquería. Da asco mirarlo. Pero todos no van a entrar en mi mundo —rió estrepitosamente, viendo el gesto consternado de la mujer. Se puso serio de repente y añadió—: Tú sí vendrás a mi mundo.

—¿Dónde lo estás viendo?

—Muy lejos y muy cerca. Aquí mismo. Ahí —y con la mano temblorosa le indicó un punto indefinido de la pared—. ¿Lo ves?

—Mira, lo mejor será que duermas, ¿vale?

—Estás pensando que no me funciona la cabeza —seguía mirando insistentemente a la pared—. Pues te equivocas. Pero el niño también vendrá.

Maica pensó en su embarazo.

—¿Qué niño? —preguntó.

—El que nazca.

Antonio se puso en pie, con gran esfuerzo. No tenía sentido de la orientación. Miró las tijeras sobre la mesa y alargó el brazo. Estaban a mucha distancia de él, pero notaba que su brazo se prolongaba y llegaría hasta ellas. Las cogió con la mano derecha y las blandió en el aire.

—Ésta podría ser la noche —gritó—. Hay que terminar con la injusticia, con todos los hijos de puta…

No terminó la frase. El tiempo se había detenido, de pronto. Un ángel diabólico giraba en remolinos extraños, alterando el orden de las cosas, de las horas, de los minutos.

Maica intentó quitarle las tijeras, pero él se resistió.

Su mirada vagaba, cambiante, posándose sobre los objetos como si buscase algo. Se dejó guiar por la mujer y se sentó de nuevo.

—Hazme caso, Antonio. Trata de dormir.

La voz de Maica le llegó en forma de colores vivos y su sonido era delicioso. ¿Cómo no lo había percibido antes? Los colores de su vestido eran música y los percibía a través del oído.

Antonio apoyó su mano izquierda en el brazo del sillón. Giró la cabeza y sus ojos se desorbitaron. El alarido de espanto sobre cogió a la mujer.

—¿Qué pasa? —preguntó Maica, acercándose a él.

No obtuvo respuesta. Antonio clavó las tijeras en el sillón, salvajemente. Golpeaba una y otra vez contra alguien invisible.

—Me he matado a mí mismo y estoy vivo.

—¿Pero qué dices?

—¡Me va a volver loco! Aquí, mira —mostró el lado del sillón, desgarrado—. He puesto mi mano ahí y he cogido mi mano muerta. Yo estaba ahí, muerto. ¿Lo entiendes?

—¡Ya está bien! —le gritó Maica—. Cierra los ojos ya, que me vas a cabrear. Dame las tijeras.

Maica intentó quebrantar su voluntad, pero fue en vano. El hombre negaba con la cabeza y apretaba las tijeras con ambas manos.

—¡Hazme el puñetero favor de cerrar los ojos y estarte quieto!

Antonio se miraba detenidamente las manos, inquieto. Entonces cerró los ojos y pareció dormir.

Maica estaba atemorizada. Una nueva acometida de aquella violencia desenfrenada podría ser fatal. No era capaz de dominarle. Se levantó y fue hasta el teléfono. Marcaba los números observando a Antonio. Deseaba que el teléfono fuese silencioso.

Tardaron en contestar.

—¿Blanca? —preguntó, en un susurro.

—Sí. ¿Quién eres?

—Maica. Oye, ¿está Rafa ahí?

—Sí. ¿Qué pasa?

La había despertado. Sus palabras le llegaban somnolientas y arrastradas.

—Blanca, necesito que vengáis enseguida. Antonio se ha vuelto loco. Se ha comido dos ácidos y no sé qué va a pasar.

Se hizo un silencio. Blanca se había levantado y estaba despertando a Rafael.

—Vamos para allá —dijo.

—No sabes el favor que me haces —agradeció Maica.

—No te apures. Despierto al gárrulo este y nos vamos.

—Móntatelo bien cuando lleguéis, que está muy ñipado.

Colgó el teléfono y se sentó frente a Antonio. Dormía inquieto, gesticulando a intervalos.

Cuando, media hora después, sonó el timbre, Antonio abrió los ojos.

—¿Qué pasa? —preguntó sin mover la cabeza.

—Voy a ver. Deben de ser Rafa y Blanca.

Antonio balanceó pesadamente la cabeza y permaneció quieto, distante.

Maica abrió la puerta y les retuvo en la entrada, a fin de ponerles en antecedentes.

—Estaba asustada —les dijo.

—¿Qué le pasa? —preguntó Rafael, en voz baja.

—Se ha comido dos ácidos y le han sentado fatal.

—¡Qué bestia! —exclamó Blanca—. La podía haber diñado.

—Ahora está tranquilo —dijo Maica—. Pero no suelta las tijeras. Antes le ha dado la vena y ha destrozado el sillón.

Ya en la puerta del salón, Maica anunció a sus amigos.

—Son Rafa y Blanca.

Antonio ladeó la cabeza y miró en dirección a ellos. Aquellas manchas flotantes iban tomando forma.

—¡Hola, colega! —saludó Rafael.

No respondió.

—¿Qué pasa con tu cuerpo, tío? —intervino Blanca—. Vaya forma de recibir a la gente. ¿Nos sentamos o nos vamos?

Sólo logró que se encogiera de hombros. Estaba muy lejos de allí.

Tomaron asiento.

—Lía un canuto, Rafa —dijo, de pronto, Antonio.

Blanca cambió una mirada con su amiga.

—Te puede sentar fatal —respondió Rafael.

—Que me siente como le dé la gana. Quiero un porro, ¿qué pasa?

—Nada, colega. Yo te lío y en paz.

Rafael observó las tijeras en las manos de Antonio. Las apretaba con fuerza innecesaria.

—Os voy a decir una cosa. —Antonio hablaba con aspereza—. Somos todos una pandilla de gilipollas. Pero yo lo tengo muy claro. Vais todos derrotados por la vida. Y no estoy pirao. La cabeza me va a tope.

—No tendrías que hablar —le sugirió tímidamente Blanca.

—Sé muy bien lo que me digo… ¿Para qué estamos viviendo? Para nada. Yo paso de mujeres y de dinero. Todo es una mierda.

—Déjalo —dijo Rafael—. Mañana estarás mejor. Podemos organizar una fiesta…

—No te enteras, Huesos. ¿No ves que yo paso de fiestas y de todo? Esta vida no sirve para nada. Te lo digo yo. Tengo mucho corrido. He matado y me siento tan a gusto. He roto más de una cabeza, ¿y qué? Siempre tengo razón. Si alguien se pone por delante, lo volveré a hacer.

Los otros se miraron entre sí, alarmados.

—Cuidado con lo que dices —le previno Maica—. Como te oiga alguien, se jodió.

Permaneció unos instantes en silencio y cerró los ojos. Luego intentó ponerse en pie pero le fallaron las piernas. Rafael se apresuró a sostenerle.

—Déjame, Rafa.

Se sentó de nuevo, y apoyó la cabeza en el respaldo del sillón. Miró hacia el techo. La lámpara estaba dando vueltas de forma vertiginosa. La vista se le nublaba y algo parecía arder en su interior.

—¡Estoy ahí arriba, muerto! —gritó.

Todos levantaron la cabeza, instintivamente.

—¡Dios, estoy muerto! —repitió—. Mirad arriba. ¡Un cadáver!

Se estremeció. Presa de espasmos, encogió el cuerpo sobre sí mismo.

—Tengo frío.

Maica trajo una manta y se la echó por los hombros. Los temblores eran cada vez más violentos. Rafael permanecía a su lado, mientras las dos mujeres lloraban en silencio.

—¿Sabes si ha tomado algo, además de los ácidos? —quiso saber Blanca.

—No lo sé —respondió Maica, en voz baja—. Cuando he venido esta noche lo he visto normal. Estaba muy cabreado, pero nada más.

—¿Se ha metido caballo o alguna anfeta?

—Bueno, se ha chutado esta tarde. Aparte algún canuto…

Maica meditó unos segundos. Sin mediar palabra, fue al dormitorio. Cuando regresó, le explicó a Blanca:

—Se ha debido de comer varias anfetas.

—¿Cuándo?

—No lo sé, pero antes de los ácidos.

—¡La virgen, qué ensalada se ha metido! Está colgadísimo.

Rafael miraba de reojo a las dos mujeres, adivinando por sus gestos la conversación.

—Yo creo que deberíamos llevarlo a un médico —sugirió Blanca.

—¿A dónde? —preguntó Maica.

—A un hospital.

—¿Tú crees?

Maica dudaba. Era peligroso que Antonio saliera a la calle. La policía podía andar detrás de él. Pero, por otro lado, su estado era comatoso. Temió por su vida.

—Maica, si no hacemos algo, éste la palma —afirmó Blanca.

Rafael se acercó a las mujeres.

—Yo tengo el coche abajo. Si no lo llevamos, a éste le da algo. Se está poniendo muy mal.

En aquel momento, Antonio arrojó lejos de sí la manta. Estaba pálido y sus ojos reflejaban un miedo atávico.

El grito llenó todos los rincones de la noche. Se tiró al suelo, como un animal acosado.

Rafael acudió en su ayuda.

—¡Déjame! —le rechazó, furioso.

De improviso, todo eran sombras a su alrededor. La pesadilla volvía. Se veía en lo alto, mirándose a él mismo, y muerto.

Se escondió debajo de la mesa y volvió a gritar. Allí había un hombre, dentro del ataúd, con una lividez infinita. El hombre le miraba. Sus labios estaban contraídos en una sonrisa sardónica.

Antonio deseó huir, pero estaba extrañamente paralizado. Poco a poco conseguía perfilar los rasgos del hombre que yacía muerto a su lado. Era él mismo.

Entonces gritó. Los alaridos brotaban del fondo de sus entrañas.

Rafael se inclinó y le cogió por las axilas, para incorporarle. En ese momento, la mano de Antonio, que seguía empuñando las tijeras, le golpeó en el brazo.

Rafael sintió un dolor agudo y una sensación cálida que descendía hasta su mano. Se incorporó, sin dejar de vigilar a Antonio.

Las mujeres les miraban, atemorizadas.

—¡Estás herido! —le gritó Blanca.

—No es nada —respondió, pensativo.

—Ven, a ver qué tienes —dijo Maica.

Pero Rafael estaba pendiente de Antonio, que yacía de bruces en el suelo, con el brazo derecho separado del cuerpo. Con un movimiento rápido, le pisó la muñeca. Antonio no reaccionó. Entonces, se inclinó y le arrebató las tijeras. Estaban manchadas de sangre.

Miró su mano ensangrentada, pensando con rapidez. No podía ir a ningún sitio con aquella sangre. La policía metería las narices en seguida.

Por el momento, Antonio estaba reducido. Estaba sin fuerzas.

Maica se le acercó.

—Ven —le exigió.

Rafael la siguió hasta el cuarto de baño. La herida no era muy profunda y Maica con habilidad la desinfectó, vendándole el brazo. Le dio una camisa y una chaqueta de Antonio, para que se cambiara.

Blanca se acercó a ellos.

—¿Cómo sigue? —preguntó Rafael.

—Igual. Está como muerto, pero respira. Tengo miedo.

—¿Qué hacemos? —preguntó Maica—. ¿Llamamos a un médico?

—Es mejor que le llevemos a un hospital. Lo mismo llamas al matasanos y tarda tres horas en venir —explicó Rafael—. Vamos a bajarle al coche. Está tan pasado, que ni se va a enterar.

—¿Y si no se deja? —preguntó Maica.

—Está agotado, ¿no lo veis?

Cuando llegaron al hospital, Rafael detuvo el coche en el aparcamiento destinado a urgencias. Aún no había parado el motor, cuando un hombre con chaqueta y pantalón blancos se acercó al vehículo.

—¿Puede caminar el enfermo? —preguntó.

Su tono de voz era aséptico, impersonal. El rostro, con barba de todo el día, reflejaba un profundo aburrimiento. Era joven y delgado.

Maica negó con la cabeza.

A los pocos segundos, dos celadores vestidos igualmente de blanco llegaron, transportando una camilla. Con destreza y sin mediar palabra, sacaron a Antonio del coche y lo acomodaron en la camilla, cubriendo su cuerpo con una manta. Desaparecieron con la camilla hacia el interior.

Un hombre de unos treinta y cinco años se les acercó.

—Buenas noches —saludó—. ¿Vienen ustedes con el enfermo?

—Sí —repuso Maica.

Sus modales eran exquisitos. En el bolsillo superior de la chaqueta blanca llevaba bordado en verde su nombre: «Dr. J. Meseguer». Se dirigió a Maica.

—¿Es usted su señora? —preguntó.

—Sí —respondió.

—Dígame, que síntomas ha observado en él.

—Bueno, la verdad, es que se ha pasado con el ácido. Se ha comido dos.

El médico arrugó la frente, pensativo.

—¿Se refiere usted a drogas? ¿LSD quizá?

—Sí, señor. Se ha puesto como loco.

Blanca intervino.

—También se ha comido unas cuantas anfetaminas.

El hombre interrogó con la mirada a Maica, que asintió.

—¿Hace mucho de eso?

—A las dos y media, más o menos, el ácido. Lo otro no lo sabemos.

—¿Usted cree que eso es muy grave? —quiso saber Maica.

El médico miró a cada uno de ellos, intentando recomponer los hechos con los datos que poseía. El resultado de una noche de droga, pensó. Sin embargo, los acompañantes, aparte de los ojos enrojecidos, no parecían bajo los efectos de ninguna droga.

Se dirigió nuevamente a Maica.

—Vamos a hacerle un reconocimiento completo —explicó—. Posiblemente se le haga alguna transfusión de sangre. Pueden esperar aquí.

Se encaminó hacia la habitación, donde habían dejado la camilla que transportaba a Antonio.

—Pasen por recepción —dijo ya en la puerta—. Deben llenar el formulario con los datos del paciente.

Desapareció detrás de la puerta.

Maica sintió náuseas. El color blanco y el olor característico a hospital la deprimían.

—Da un nombre chungo —le susurró Rafael.

—Ya lo he pensado, Rafa —respondió Maica.

Dos horas después regresó el mismo médico. Sorprendió a los tres, de pie, junto a la puerta de salida, fumando.

—¿Cómo está? —preguntó Rafael, al verle.

—Saldrá de ésta —respondió.

—Pero, ¿está bien?

—Sí. Ahora duerme. Ha habido que lavarle el estómago y hacer una transfusión de sangre. La tenía intoxicada en grado alarmante.

—¿Podemos verle? —quiso saber Blanca.

—Ahora, no.

Maica le miró con preocupación.

—Márchense tranquilos, que aquí no pueden hacer nada por él.

Mañana, es decir hoy ya, por la tarde, pueden venir. Si su evolución ha sido satisfactoria estará en condiciones de salir de la unidad de intensivos.

Hacía dos horas ya que había vuelto en sí. En un primer momento le había supuesto un gran esfuerzo explicarse su presencia allí. No recordaba apenas nada de la noche anterior. Era todo una gran nebulosa en la que se diluían las imágenes grotescas de un mal sueño.

Un médico muy joven le había explicado el estado en que llegó la noche anterior. Las dos mujeres y el hombre que le habían traído eran, sin duda, Maica, Blanca y Rafa el Huesos. Tuvieron que marcharse, mientras a él le renovaban la sangre y le limpiaban el estómago.

Se encontraba plenamente consciente. Movió deliberadamente las piernas y los brazos, cambiando de posición en la cama. El cuerpo le obedecía. Quedaba un vago zumbido allá en el fondo de la cabeza, pero nada insoportable.

En aquella dependencia amplia, rodeado de enfermos (había diez camas), Antonio aguardaba impaciente el momento en que le permitirían abandonar el hospital. Le disgustaba verse con aquel pijama impersonal, impotente y postrado. Le atemorizaba el constante ir y venir de médicos, enfermeros, celadores, con su indumentaria blanca e impermeables al sufrimiento ajeno.

No tenía noción del tiempo. En los hospitales solamente existe el día y la noche No llevaba su reloj. El enfermo de la cama contigua a la suya, un hombre de cincuenta años que convalecía de una delicada intervención quirúrgica de estómago, le había facilitado la hora: las tres de la tarde. No recordaba haber comido.

Oyó rumor de pasos que se acercaban a la sala. Prestó atención. Un grupo de médicos inició la ronda de reconocimiento a los pacientes.

Al llegar a su altura, alguien cogió la tablilla que colgaba al pie de la cama y leyó atentamente la evolución de su enfermedad. Se la pasó al doctor que parecía mandar el equipo médico, un hombre maduro, de rostro adusto, quien se acercó a él y le tomó el pulso.

Miraba a los ojos. Antonio dudó si aquel hombre sería capaz de penetrar sus pensamientos.

—Esto va bien —comentó lacónico y se alejó.

Con los labios entreabiertos, Antonio sintió que las palabras se le habían quedado frías. No le había dado opción a preguntar nada.

Les vio conversar animadamente en la misma puerta. Y entonces lo oyó.

Alguien había hablado de policía. Todo su cuerpo se puso en tensión. Se estaban refiriendo a él. ¿O quizá eran suposiciones suyas? Carecía de lógica.

En aquel momento lo escuchó de nuevo, con nitidez. La palabra «policía» le había llegado clara y contundente. Un médico miró de soslayo hacia él. Ya no le cabía duda.

Diez minutos después de haberse marchado los médicos, el pensamiento le martilleaba la cabeza. No tenía elección. Era indudable que tenía que salir de allí. ¿De qué forma? No tenía sus ropas, que permanecían guardadas en algún rincón del hospital. A pesar de ello, tenía que huir.

Era arriesgado salir a la calle, vistiendo ese pijama que en un tiempo debió de ser azul. En la sala tampoco se veía prenda alguna perteneciente a otros pacientes. Pero no le quedaba otra elección.

Se levantó de la cama, calzándose unas zapatillas, y salió al corredor. Por fortuna estaba en un primer piso. Meditó en la posibilidad de ir caminando, bajar las escaleras y marcharse tranquilamente por la puerta principal. Eso era descabellado.

Estaba junto a la ventana, cuyos cristales rozaban las hojas de un árbol frondoso, de los muchos que circundaban la gran plaza interior del hospital. Las manos fueron más rápidas que sus pensamientos. Levantó la hoja de cristal de la ventana, que dejó perfectamente ajustada en el travesaño central del marco, y se sentó en la repisa. Miró a ambos lados del pasillo. No circulaba nadie en aquellos instantes y en la sala los enfermos permanecían en sus camas sin reparar en él.

Levantó las piernas, que colgaron brevemente en el vacío. Entonces, saltó. La caída fue brusca. Permaneció en el suelo unos instantes. Algo retumbaba en su cerebro dolorosamente y la sangre se agolpaba en su cabeza. Tenía la vista totalmente nublada. Quedó

estático, hasta que la bruma desapareció poco a poco y las imágenes tomaron consistencia en su retina.

La gran hilera de coches estacionados en batería junto al borde de la acera le ocultaban. Aguzó el oído, inquieto. Nadie parecía haberse percatado de su presencia.

Tenía que salir del hospital y sólo había un medio: un coche.

Se miró a sí mismo, asqueado por la indumentaria. A su derecha, junto a la rueda de un vehículo, había un pedazo de ladrillo. Se deslizó, sigilosamente, y lo cogió. No era muy grande, pero serviría. Ante la imposibilidad de buscar un coche abierto, tenía que seleccionar uno al azar. Eligió un Seat-124, verde, que estaba a unos tres metros a su derecha. Se incorporó levemente y observó su interior. Entonces golpeó con fuerza la ventanilla derivabrisas del lado del conductor. El cristal saltó en mil pedazos. Introdujo el brazo y desbloqueó el seguro. Aguardó unos instantes, sin soltar el ladrillo. No se oía nada. Se deslizó dentro, sin ruido, dejando la puerta entreabierta.

Escondido bajo el volante, con movimientos hábiles, buscó el conjunto de cables ocultos bajo el panel. Encontró los que buscaba y los unió, provocando la chispa del encendido que puso en marcha el motor. Se sentó y maniobró el coche con suavidad. Pasó bajo los arcos de la fachada del hospital y salió al exterior. Parado ante un semáforo, con semblante despreocupado, observó a los demás conductores. Se tranquilizó. Nadie le miraba de forma especial. Cuando el disco cambió a luz verde, arrancó con estrépito y se mezcló con el tráfico de la avenida del Cid. Luego torció a la derecha y dio un gran rodeo para llegar a su domicilio, evitando las vías más concurridas. Estacionó el coche y aguardó a que la calle estuviera desierta para salir.

Lo vio, por el espejo retrovisor. Quedó paralizado, sin capacidad de reacción. Lentamente, deslizó el cuerpo hacia adelante, hasta quedar fuera de la visión de los ocupantes del coche patrulla de la policía. Maldijo entre dientes mientras pasaban a su lado. De nuevo era un animal fugitivo, presto a ser cazado. Pero aquello no podía durar siempre. La mala racha tenía que pasar y entonces todo sería como antes.

Corrió hacia el portal y pulsó el timbre de su casa repetidas

veces. Del edificio contiguo salía en aquellos momentos una mujer arrastrando el carrito de la compra. La mujer estaba sorprendida y caminaba con la cabeza vuelta hacia él.

Entonces le llegó la voz de Maica.

—¿Quién es?

—Ábreme, soy yo.

Tras una pausa, la mujer insistió:

—¿Quién?

—Que soy yo, coño.

—¿Antonio?

—Abre rápido, por tus muertos.

La sorpresa se dibujó en el rostro de Maica, cuando le abrió la puerta de casa. Antonio le explicaba lo ocurrido, al tiempo que buscaba ropa para cambiarse.

—¿Te encuentras bien?

—Sí —respondió él.

—¿Seguro?

—Pues claro. Con los médicos, lo mejor es largarse, si no te encuentran un montón de enfermedades.

Se desprendió del pijama y se puso un pantalón vaquero y una camisa a cuadros. Le señaló a Maica el pijama en el suelo.

—¡Tíralo! —exigió.

Maica lo recogió, con aprensión.

—Tendré que afeitarme —comentó Antonio, pasándose la mano por las mejillas.

Después del afeitado se roció el pelo con colonia y se peinó.

—¡Hay que matar la peste a hospital! —dijo, despreocupado.

Notó a Maica poco comunicativa.

—¿Qué te pasa? —quiso saber.

—Esto se está poniendo muy feo. No me gusta.

—¿El qué?

Sostuvo la mirada de él largo tiempo. Ambos sabían a qué se refería.

—Tengo la cabeza muy clara, ¿me entiendes? Ya he pensado en todo. Este piso quema, así que hay que buscar otro cobijo. Tendré que quitarme de en medio durante unos días. O darme el piro.

—¿Dónde se te ocurre?

—De momento, la casa del Huesos nos puede servir.

Ella pensó en Blanca. Su compañía iba a ser lo único agradable de todo aquello.

—¿Ha hablado contigo la policía en el hospital? —preguntó Maica.

—No.

—¿Crees que te ha podido reconocer alguien?

—Qué va.

—De todos modos, por si acaso. Hay que salir cuanto antes.

Antonio frunció el entrecejo y empezó a buscar en la mesita de noche del dormitorio.

—¿Dónde tengo la cartera? —le preguntó.

Maica dudó unos instantes.

—En la mesa del comedor —respondió—. ¿Para qué la quieres?

—Porque allí tengo los papeles chungos.

Se aferraba a aquel documento de identidad falsificado como un náufrago. El auténtico hacía años que lo había extraviado y nunca lo quiso renovar por miedo a pisar una comisaría.

Con la cartera en la mano, se volvió hacia Maica.

—¿Os pidieron anoche mi nombre? —le preguntó.

—¿En el hospital? Sí.

—Supongo que Rafa daría un nombre peta.

—Fui yo. Inventé un nombre y unos apellidos.

—¿Y domicilio?

—Ya no me acuerdo del que les di.

Antonio asintió complacido. Con esos datos era imposible que le siguieran la pista. El único riesgo era el coche estacionado frente a su casa. Pero no podía hacer otra cosa.

Entonces sintió hambre.

Sonó el teléfono. Blanca se despertó, sobresaltada, y maldijo en voz alta. Se levantó y cogió el aparato.

—¿Diga?

—¿Eres tú, Blanca?

Le pareció la voz de Antonio. Pero no podía ser, estaba hospitalizado. Miró su reloj. Eran casi las cinco de la tarde y había quedado de acuerdo con Maica para ir a visitarle en media hora.

—¿Estás ahí, Blanca? —repitió la voz.

—Sí. ¿Quién eres?

—Antonio.

—¿Toni Califa? —preguntó, sorprendida.

—Sí, coño.

—¿De dónde llamas?

—De casa.

—¿Has salido ya del hospital?

—Hace un rato. Me he escapado.

Blanca enmudeció. Los pensamientos giraban rápidos, atropellándose en su mente.

—¿Me oyes, Blanca?

—Sí, te escucho.

—Acabo de llegar. Me he puesto ropa mía y necesito cobijo. Llamaba para ver si estabas en casa…

Blanca imaginó a Antonio saliendo del hospital y corriendo por las calles de la ciudad, vistiendo únicamente el pijama. Salvo que hubiera sustraído ropas de algún paciente.

—¿Estás bien? —quiso saber.

—Perfectamente.

—¿Qué ha pasado?

—Ya os contaré. Aquello se ha puesto caliente y la pasma quería meter las narices. Les debieron de avisar anoche, pero no pudieron hablar conmigo. Estaba flipao. He oído a los médicos que hablaban de la pasma. Menos mal que me habían puesto en una sala común, en el primer piso. He saltado por la ventana. Luego, he afanado un coche y a casa.

—¿Está ahí Maica?

—Sí.

—De acuerdo. Veniros para acá.

Blanca colgó el teléfono. Prestó atención. Rafael seguía durmiendo. Las cosas se estaban complicando.

4

Tras muchas cavilaciones, Maica decidió acudir al ginecólogo. No notaba nada anormal en su persona, pero el doctor había insistido en ello. Desde su segunda visita se había retrasado ya más de veinte días. Temía que se lo reprochara. Por tal motivo lo iba posponiendo de un día para otro.

Cuando entró en el edificio vio el rótulo que habían colgado en la puerta del ascensor. «Averiado. Perdonen las molestias.» Miró hacia arriba con desgana y empezó a subir.

Cuando llegó al quinto piso estaba jadeante. Pulsó el timbre, y aguardó mientras se retocaba el cabello con ambas manos. Necesitaba un tinte. El nacimiento del cabello oscuro contrastaba demasiado con el rubio intenso del resto del pelo.

Le abrió la enfermera. Maica se preguntó qué motivos encontraría aquella mujer para lograr siempre una sonrisa tan franca. Eran sus ojos verdes los que alegraban el rostro. Era bonita.

Tomó asiento en la sala contigua a la consulta del doctor, advirtiendo que era la única paciente. Se mordió el labio inferior, pensativa. No era difícil que el hombre descubriera que se había inyectado en algunas ocasiones. Trataría de esconder a su mirada las marcas de los pinchazos. Había tenido buen cuidado. La aguja buscó siempre la vena a través de rancias cicatrices, evitando dejar señales nuevas.

El doctor la recibió sonriente.

—¿Cómo se encuentra la futura mamá? —le preguntó.

—Bien.

—¿Algún dolor?

—No, señor.

—Entonces, alguna molestia. Pero eso es normal.

Maica afirmó con la cabeza. Aquel hombre, recio y de porte solemne, si se lo proponía podía resultar atractivo.

—¿Ha tomado todos los medicamentos que le receté?

—Sí.

—¿Le queda alguno?

—Se me están terminando.

—¿Es constante en la medicación? Maica se encogió de hombros.

—Así, así —respondió.

—Debo decirle que tiene usted buen aspecto y eso es buena señal. El cuidado de la salud, en su caso, no le afecta a usted sola. Ahora es responsable de otra vida.

Estuvo tentada, por un momento, de abrirle todo su interior, contarle sus problemas personales derivados de convivir con aquel hombre al que llamaba pomposamente su marido. Pero se contuvo. Mientras el médico se esforzaba en hacerle comprender la necesidad de seguir ciegamente sus prescripciones, ella consideraba la oportunidad de narrarle la violación de que había sido objeto, pocos días después de la primera consulta.

—En el hospital me trataron muy bien —dijo Maica al terminar su exposición—. Le dije al médico que estaba embarazada. Entonces me hicieron una prueba…

—¿Ecografía?

—Creo que sí. Me dijeron que no me preocupara, que el niño estaba bien.

—¿Le afectó mucho?

Otra vez la duda. ¿Podía confiar en el médico? Probablemente la podría aconsejar, pero formaba parte de otro mundo. Sería muy fácil decirle que llevaba dentro de sí un secreto que le agobiaba y que alrededor de él se iban trenzando todas las complicaciones que nublaban su vida. En muy pocas palabras estaría todo explicado. Cara Cortada era uno de los dos mendas que esa noche… Después había intervenido Antonio y se lo había cargado. La policía andaba

detrás de ellos. La gran duda del miedo le atenazaba la voz.

Miró al médico. ¿Qué le estaba preguntando? ¿Si le afectó mucho?

—Sí, bastante —respondió.

—Lamento lo ocurrido. Le confieso que no comprendo la violencia. Es como la enfermedad. Vivimos rodeados por ella y aunque luchamos por dominarla, no siempre lo conseguimos —se detuvo unos instantes, interrumpiendo el hilo de sus pensamientos. Señaló la habitación contigua, donde tenía instalada la pequeña clínica—. Bien, pase ahí y le haré un reconocimiento.

Cuando terminó el examen, sentados nuevamente en el despacho, el doctor le explicó que el embarazo seguía su curso normal.

—En principio —dijo—, no hay ningún motivo de alarma. Todo va según las previsiones normales. De cualquier modo, al menor síntoma de que algo no marcha bien, deberá decírmelo. ¿Comprendido?

—Sí.

—Quiero que responda con sinceridad a lo que voy a preguntarle. Antes de que le prescriba nuevos medicamentos, dígame, ¿los calmantes que le ordené han sido suficiente?

Maica comprendió el significado de esas palabras.

—La verdad, no del todo —respondió.

—¿Ha tenido que recurrir a alguna otra cosa?

—No.

Maica estaba tensa y el hombre lo advirtió.

—En una palabra, ¿se ha inyectado heroína?

—No.

Había respondido con excesiva rapidez y temió que su gesto le estuviera delatando. Entonces, añadió:

—Bueno, sí. Muy pocas veces. Sólo cuando no he aguantado más.

—¿Puede precisar cuántas?

—No lo recuerdo, pero muy pocas.

—¿Todos los días?

—No. Dos o tres veces, como mucho, en una semana.

—¿Siempre heroína?

—Sí.

Hizo varias anotaciones en su ficha personal y le extendió varias recetas. En su mayoría eran vitaminas y sedantes. Respecto a estos últimos, le insistió en que debería dosificarlos rigurosamente y a ser posible, intentar prescindir de ellos.

Le señaló fecha para una nueva visita.

—Si continúa usted por este camino —le dijo—, afrontando valientemente la realidad de su problema, tiene la batalla ganada. Posiblemente sea ése el único mal de nuestra sociedad: que no somos sinceros. Si tuviéramos la honradez de la sinceridad, este mundo sería perfecto. ¿No le parece? Con la proximidad del verano, el día se prolongaba y había más horas de luz. Eran las nueve de la noche y el cielo aún conservaba la claridad, ya adormecida, del día que se escondía por el horizonte.

Maica abrió la puerta de su casa. Un olor característico a cerrado impregnaba todas las habitaciones. Hacía ya una semana que ella y Antonio habían salido precipitadamente del piso, mudándose a la casa de Blanca. Pero las cosas seguían igual.

Invadida por frecuentes depresiones, Maica era consciente de las continuas alteraciones que sufría su ánimo. Cuando conversaba con Blanca, ésta lo achacaba todo a su embarazo. Pero en el fondo, sabía que no era así. La raíz de sus problemas estaba allí, a su lado: Antonio, al que odiaba cada día más. Estaba enloquecido y había días que se pasaba con las drogas. Había noches que Antonio no acudía a casa a dormir. Entonces, Blanca le hacía compañía en las largas horas de vigilia, en paciente espera de que él regresara y con el miedo respirándole en el cuerpo por si la policía le había detenido. Por lo demás, había renunciado a la conversación con él, ya que siempre derivaba en discusiones estruendosas.

Maica permaneció unos instantes ante el armario seleccionando mentalmente las prendas de ropa que necesitaba llevarse. Al abandonar el piso con tanta precipitación, apenas habían tenido tiempo de nada.

De pronto, sonó el teléfono.

Se sobresaltó, notando que se hacía el vacío en todo su cuerpo.

¿Quién podría ser? Rostros y nombres pasaron veloces por su mente, pero los descartó a todos. El teléfono seguía sonando,

insistente. ¿Debía cogerlo? La sangre retumbaba sordamente en su pecho. Levantó el auricular.

—¿Diga?

Oía su propia voz, insegura. Decidió que, según de quién se tratara, diría que llamaba a un número equivocado.

—Soy Blanca.

—Pues vaya susto que me has dado.

Respiró profundamente y se sentó en el brazo del sillón.

—¿Es que pasa algo? —le preguntó Blanca.

—No. ¿Qué quieres?

—Atiende. ¿Está contigo Antonio?

—No. Estoy sola.

—Menos mal. Oye, en la puerta de tu casa hay unos señores. Son tres y están metidos dentro de un coche. Un coche verde.

Se estaba refiriendo a la policía.

Maica enmudeció, incapaz de coordinar sus pensamientos.

—¿Me oyes? —insistió Blanca.

—Sí.

—Son maderos, seguro.

—¿De verdad crees que son policías?

—Entero. Los huelo a distancia y ésos apestan.

—¿Vendrán por Antonio?

—No hables por el canuto.

—¿Dónde estás, Blanca?

—Iba a subir a tu casa a ayudarte, pero he pasado de largo. No me han seguido.

—¿Qué hago ahora?

—Nada. Aguanta a ver si se van o a ver qué hacen. De todas maneras, contigo no tienen nada. Si sales y te siguen, no vengas a casa. ¿Vale?

—Sí.

Una vibración aguda interfirió en la conversación.

—Estoy en una cabina, se me corta…

Maica escuchó el sonido característico al interrumpirse la comunicación.

Regresó al dormitorio y metió apresuradamente en una bolsa de viaje diversas prendas suyas y de Antonio.

El balcón que daba a la fachada del edificio tenía las persianas bajadas. Se sentó y permaneció inmóvil, dejando transcurrir el tiempo. El ruido del ascensor la perturbaba cada vez que se ponía en funcionamiento.

Después de mucho pensarlo, decidió que no podía quedarse allí toda la noche. Quizá eran sólo imaginaciones de Blanca, y ella no tenía por qué temer. Vertió el contenido de su bolso de mano sobre la mesa y comprobó que no contenía hachís. Lo guardó todo de nuevo, cogió la bolsa con las ropas y se encaminó a la puerta. Acercó el ojo a la mirilla para observar el exterior. Oscuridad y silencio.

Una vez en la calle, miró con disimulo a su alrededor. No había ningún coche verde, ni de otro color, con tres hombres.

Caminó por diversas calles, volviendo la cabeza en cada esquina. Nadie la seguía. Entonces, tomó un taxi, que la dejó en la plaza de Zaragoza. Fue andando hasta el puente de San José, sobre el río Turia, y de nuevo subió a otro taxi. Le facilitó la dirección de la cafetería.

5

—Eso son tonterías —protestó Maica.

—Te digo que no —insistió Blanca—. Los vi con estos ojos. Y eran maderos. Por mis muertos que lo eran.

—Pues yo salí a la calle como si tal cosa. No vi nada de nada.

—A lo mejor iban por otro rollo.

—Vete tú a saber.

Maica luchaba contra corriente, tratando de convencerse de que los hombres vistos por Blanca no eran policías.

—¿Estás segura de que no te han seguido? —preguntó Blanca.

—Claro. Con las pirulas que he hecho, imposible. Eso, suponiendo…

Maica no terminó la frase. No lograba engañarse a sí misma.

—La verdad es que me está volviendo loca todo esto —añadió Maica.

—El voceras de tu marido no debería salir tanto, y menos de noche. A saber dónde andará ahora. No es que me importe, pero a estas horas le ligan a uno por menos de nada —miró su reloj—. Fíjate, las tres de la madrugada.

—¿Y qué quieres que le haga?

—Nada. Olvidarte del asunto.

—Me pregunto hasta dónde sabrán los de la pasma.

Blanca se volvió hacia su amiga. Tenía los ojos cansados y en el fondo se adivinaba una profunda tristeza.

—No te comas el coco. Los hombres son todos unos gárrulos y

no se merece que te preocupes tanto por él.

Maica se refugiaba en la conversación de Blanca y a medida que transcurrían los minutos, su ánimo se iba serenando. Estaban las dos solas. Rafael llevaba ya más de una hora durmiendo. La última ración del día de heroína le servía para dormir. Era el soporte del mundo que había construido, elevado en una nube cambiante y aislado de cuanto le rodeaba.

—¿Con el dinero se consigue todo? —preguntó de pronto, Maica.

—Vaya estupidez. Pues claro.

—¿Tú crees que sí?

—Pero bueno, Maica, ¿a qué viene eso ahora?

—¿Sabes qué te digo? Que estoy harta de esta vida.

—A ti te priva la buena vida, como a todos.

Maica no respondió. Sin podérselo explicar, estaba al borde de las lágrimas.

—¿Quieres un poco? —preguntó Blanca, indicándole la botella de whisky.

Negó con la cabeza, mientras su amiga se servía nuevamente.

—Aguantas bien el tirón.

—Me cuesta, no creas —respondió Maica—. Me haría un chute más a gusto que dios —se detuvo unos instantes. Luego añadió—: Pero un poco de chocolate no hace nada.

Abrió el bolso y sacó un pedazo de hachís, con el que empezó a preparar el cigarro.

Blanca le miraba el vientre.

—Ya se nota algo —comentó.

—Es pronto.

—¿Notas cosas raras por dentro?

—No.

—¿Qué dice el matasanos?

—Te lo puedes imaginar; que pase de drogas —miró el porro que acababa de encender y contrajo el rostro en una mueca extraña —. Por más vueltas que le doy, no lo entiendo. Si no fuera por el gárrulo de Antonio… Siempre tiene que haber algo en la vida que lo escoña todo. Cuando parece que marchan las cosas, tiene que venirte una historia y lo joroba todo. Tenía que estar contenta con

el embarazo, pues viene él y lo pone todo patas arriba. Te lo juro, Blanca, me siento atada, como sin libertad. Y antes no me pasaba.

—Eso son cosas del embarazo.

—Le odio. No quiere a nadie, ni al niño.

Blanca trató de suavizar la creciente irritación de su amiga. Parecía encontrar gusto en su descontento.

—Déjalo ya. Son cosas de la barriga.

—Te equivocas, Blanca. Yo me pregunto qué motivos tiene para portarse así y no lo entiendo, te lo juro. Me está haciendo mala sangre.

Maica guardó silencio, fija la mirada en una de las láminas de la pared. La fotografía recogía el momento en que dos hombres, en un urinario público, de espaldas al objetivo, satisfacían su necesidad natural. Entre ambos, y en idéntica posición, se hallaba una joven rubia y minifaldera.

Desvió la mirada hacia las otras paredes de la habitación. Había láminas por todas ellas.

Echó de menos su casa. Blanca tenía decorado su hogar con la extravagancia de una quinceañera que, de pronto, hubiese sido recompensada con la emancipación: bombillas de colores en los rincones más insospechados, cojines para sentarse en el suelo, dos alfombras árabes de colores vivos, una argila y montones de revistas por el suelo.

—Por cierto, ¿qué dice del niño? —preguntó Blanca, al tiempo que le pasaba el porro.

—Nada. No habla de eso. A lo mejor lo quiere a su manera.

—Le odias por la barriga. A muchas les pasa. Una amiga mía llevó a su marido a mal traer. Le cogió asco y cuando el hombre quería hacerlo, le mandaba a hacer puñetas.

—Puede ser.

La conversación era lenta y el cansancio minaba el esfuerzo de Blanca por acompañar la soledad de su amiga. Dio un respingo y se acomodó en el suelo, tendida sobre la alfombra. Apoyó la cabeza en el cojín y a los pocos minutos dormía apaciblemente.

Maica pensó en su amiga. En realidad, sabía poco de ella. Parecía rehuir toda conversación que se remontase a su etapa anterior a Valencia. En una ocasión le habló de un hijo subnormal

que estaba al cuidado de sus padres en algún pueblo de Valladolid. Blanca los conceptuaba como pueblerinos. Tuvo que huir de casa por culpa de aquel embarazo. Los viejos suponían que su hija se había abierto camino en la vida. Era una peluquera de élite, bien situada socialmente. O quizá querían creerlo así, pensó Maica.

Blanca carecía de estudios, pero lo suplía con un genio alegre y extrovertido, siempre con la respuesta exacta en la boca. ¿Qué vínculo le unía con el Huesos? Ignoraba la respuesta. A ella misma le ocurría lo mismo con Antonio. Entraban en liza una serie de sentimientos contrapuestos. A veces, se compadecía de él y llegaba a quererle, y en ocasiones le odiaba con todo su ser. Le temía y al mismo tiempo se enorgullecía de él. Le asqueaba, y sin embargo, le necesitaba.

Pero el gran interrogante seguía ahí, estático y amenazador.

¿Qué futuro le esperaba? Hasta ahora no habían tenido problemas económicos. Al contrario. Gastaban mucho más dinero en un mes del que podría ganar honradamente una persona con su trabajo. Honradamente. En el fondo, ésa era la cuestión. Ella vendía su cuerpo y Antonio se servía del dinero y de las joyas de los demás. ¿Cuántos años más podrían seguir de la misma forma? Una cosa tenía muy clara: no pensaba terminar sus días vendiendo cerillas y tabaco en una calle céntrica hasta altas horas de la noche, como las putas retiradas.

Miró a Blanca, que dormía apaciblemente. Confiaba en ella. Su amiga no ignoraba ningún secreto de la vida de Antonio. Sabía lo de Cara Cortada, pero nunca hablaría de ello. Cuando se lo proponía resultaba totalmente impermeable. Y sin embargo, el Huesos decía de ella que era la indiscreción en persona. ¡Qué poco llega a saber un hombre de una mujer!

Las dos mujeres dormitaban cuando se abrió la puerta. Maica fue la primera en despertar. Aguzó el oído, al tiempo que miraba el reloj. Las cinco de la madrugada.

Antonio caminó hacia las mujeres. Arrastraba los pies. Se dejó caer en un sillón frente a la mujer. Maica sintió que la ira acumulada se desvanecía en sus ojos. Algo había ocurrido.

De pronto estaba perfectamente consciente. Observó el brazo izquierdo de Antonio, que se sujetaba con la otra mano. Su rostro estaba contraído en una mueca de dolor.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó en un susurro.

—Me he escoñado el brazo.

—¿Cómo?

—Si no ando listo, a estas horas podía estar criando malvas.

Maica quedó paralizada. El miedo era frío y le atenazaba los músculos. Presentía que la policía había tenido que ver en todo aquello.

Blanca les escuchaba, expectante.

—¿Ha sido grave lo del brazo? —inquirió Maica, señalando su miembro dolorido.

—No. Me podía haber roto el codo, pero me parece que no es nada. Unos colegas me han ayudado.

—¿Te duele?

—Algo.

Maica guardó silencio. No podía apremiarle con preguntas. Él era así. Cuando lo considerase oportuno, explicaría lo sucedido.

—Ponme un whisky, Maica —pidió él.

La mujer se levantó y se dirigió al otro extremo del salón. Del mueble-bar trajo un vaso. La botella estaba a los pies de Blanca.

—Si no me hubiera puesto nervioso, igual no pasa nada —explicó Antonio—. Total, estaba tomando una copa donde el Marqués, con unos colegas. Entonces, se presentó la pasma. Tres chapas. Los juné a la primera. Me hice el loco entre la gente, pero cuando estaba cerca de la puerta, uno de ellos venía hacia mí. No me ha gustado su careto. Y le he tenido que dar un viaje contra la puerta y salir por pies.

Antonio aceptó el vaso que le entregaba Maica. Dio un largo trago y continuó:

—¡La que se ha podido montar en poco rato! Menos mal que en la puerta misma estaba Lucio y unos colegas. Me he enganchado al coche como he podido y hemos salido de allí cagando hostias. Cuando los de la pasma han dado el queo, han tirado de fusca y se han liado a tiros. Nos hemos quitado de en medio rápido —hizo un gesto desdeñoso—. Aún están buscándonos. Me querían ligar por la

jeró.

Apuró la bebida y se acomodó en el sillón.

—Tengo un sueño de la virgen —exclamó.

Cerró los ojos, pero la tensión de su rostro le impedía conciliar el sueño.

—Acuéstate y mañana hablamos —insinuó Maica.

—No. Estoy bien aquí —entonces pareció reparar en lo avanzado de la hora y se dirigió a las dos mujeres—. Acostaros vosotras.

Cerró los ojos. Pero las imágenes recientes destellaban vividas en su cerebro.

Dos horas antes, Antonio se encontraba en el bar del Marqués. Había corrido un grave peligro, pero el descubrimiento de la noche valía la pena.

Su dueño era un antiguo conocido. Había tocado todos los palos. En sus años jóvenes había ido por la espada; más tarde se pasó al grupo de los timadores. En un nazareno tuvo mala suerte y cayó de marrón. Conocía todas las cárceles de España. Por su porte enfático se había ganado el alias de «el Marqués». Ahora tocaba la receptación.

A sus casi cincuenta años, tenía la apariencia de un hombre bonachón. De baja estatura, rechoncho, vientre abultado y cara redonda. Su bar lo frecuentaba un variopinto muestrario de gentes: desarraigados de la sociedad, golfos de la noche, como gustaba decir el Marqués. Sus clientes eran los macarras, prostitutas, chorizos y alguna pandilla de julais borrachos en busca de la última copa.

El local era estrecho y alargado y la barra, situada en el lado derecho, arrancaba desde la misma puerta hasta el fondo. El Marqués había conseguido autorización para tener abierto el bar toda la noche, hasta que, con las primeras luces, abrían sus puertas los demás. Entonces cerraba él. Las malas lenguas decían que iba de chivato de la policía, y que por eso no le cerraban nunca el local. Pero nadie tomaba en serio tales aseveraciones. El negocio iba boyante.

Antonio estaba bebiendo solo su whisky, cuando alguien le tocó el hombro por detrás. Se volvió y sus labios se abrieron en una amplia sonrisa.

—Hombre, Pureta, ¿cómo estás?

—Muy bien, Califa. ¿Y tú?

—Ya ves. Tirando, colega.

Se estrecharon las manos efusivamente. Antonio pidió a gritos whisky para su amigo. Se abrió paso hasta el mostrador, cogió el vaso y salieron a la puerta.

Le apodaban «el Pureta» y ciertamente los rasgos cansados de su cara eran los de un anciano. Rondaba los cuarenta y cinco años y siempre había tenido rostro de viejo. Pero se conservaba bien: delgado, espigado, con un tic nervioso en los ojos que cerraba de forma regular e intermitente. La boina que ocultaba su calvicie no se la quitaba nunca. Vestía pantalón gris y camisa blanca. Antonio recordó su indumentaria de invierno. Siempre el mismo traje azul, brillante por el uso, y chaleco. Sin su traje parecía desnudo.

Pero Antonio sabía que era el mejor pera de todos los que había tratado. Ganaba buen dinero, pero era de fiar y no engañaba más de la cuenta.

—Hace la tira de tiempo que no sé de ti —le recriminó el Pureta—. Y eso no se hace a un colega. ¿Dónde has estado?

—No seas largo conmigo —respondió Antonio, con un brillo malicioso en la mirada—. Lo sabes de sobra. Salí hace poco.

—¿El maco?

—Sí.

—¿Cuánto te has comido?

—Un marrón.

El Pureta movió la cabeza, consternado.

—Te he echado de menos —dijo—. Buenos como tú, quedan pocos ya.

—Lo que pasa es que me dejo engañar y tú te aprovechas. Siempre estás montado…

El Pureta levantó la mano que sujetaba el vaso, interrumpiendo a su amigo. Era grandilocuente en todos sus ademanes.

—Te juro por mi madre que está bajo tierra, que nunca te he engañado —dijo—. Eso lo sabes tú.

—Que era una broma, coño.

El Pureta bebió un sorbo, satisfecho y aplacado.

—¿Cómo te va últimamente? —quiso saber Antonio.

—Así, así.

—¿Y eso?

—Para un mogollón bueno que sale, todo lo demás basura. Ya no te puedes fiar de nadie. No es como antes. Se van de la muí a la primera hostia que se pierde en la comisaría.

—Eso es cierto —admitió Antonio—. Los de ahora son más blandos que la leche.

—Además, con el rollo que se han montado las joyerías, compran todo el oro que hay por ahí.

Terminaron las bebidas y pidieron otra ronda. Cogieron los vasos y regresaron a la puerta del bar.

—¿Tú conoces a don José María? —le preguntó el Pureta.

—Sí. Es mi abobado.

—¿Qué tal? —quiso saber el Pureta, observando atentamente a Antonio.

—Como todos. Si hay un duro a ganar, mueve el culo, pero si no, nada. Más pesetero que la madre que lo parió —entonces le miró fijamente y le preguntó—: ¿Por qué lo dices?

El Pureta se aproximó a él con gesto de conspiración.

—Lo que te voy a decir es muy serio, ¿entiendes? Te lo cuento porque eres un buen colega y entre nosotros tenemos que ayudarnos. ¿Tú sabes si don José María juega varias barajas?

—No lo sé, pero supongo que sí. No es trigo limpio. ¿Por qué?

—Hace un mes vino a verme el abogado ese.

—¿A ti?

—Sí. Y pásmate. Traía un mogollón de oro en dos carteras de cuero, de esas que van enrolladas, como las que llevan los viajantes.

Antonio estaba atónito. ¿Se trataría del consumado que le dio el Ladillas? Todo apuntaba en esa dirección. El Pureta continuó hablando en voz baja, sigilosamente:

—Me enseñó el lote. Había dos pendientes de platino con dos brillantes. ¡Vaya dos vidrios! Me lo quedé todo. ¿Sabes cuánta pasta se llevó el menda?

El Pureta observaba el interés que despertaban sus palabras y

añadió:

—Dos kilos.

—¿Dos millones?

—Sí, señor. Como suena. Claro que yo me llevé mi tajada. ¿Cómo lo ves?

Hubo un largo silencio. Antonio permanecía callado, sopesando las palabras del Pureta. No cabía duda. Era el consumado del Ladillas y que él le había entregado. El abogado dijo entonces que había sacado medio kilo al oro. Estaba claro: le había chorizado un mogollón de pasta. ¡Y por el morro!

Se inclinó hacia adelante, removiendo los cubitos de hielo del vaso. Respiró profundamente, tratando de controlar sus sentimientos.

—Te debo un favor, Pureta —dijo.

—Para eso están los amigos. ¿Sabes algo de ese mogollón?

—Puede ser. Aún no estoy seguro.

Movió la cabeza. Su cerebro desequilibrado peregrinaba a ciegas. Estaba seguro: era el consumado del Ladillas. De algún modo le tenía que cobrar el dinero al abogado.

—¿Tienes algo entre manos? —oyó que le preguntaba el Pureta.

—Hombre, siempre puede haber algo.

—Te lo digo porque ahora voy de legal.

—¿De legal tú? No jodas.

—Bueno, casi. Me he asociado con un tipo que tenía una joyería. Ahora compramos oro.

—¡Qué largo eres! —le elogió Antonio.

—Me puedo quedar todo lo que traigas. Y de legal, además. ¿Cómo lo ves?

A Antonio se le quedó helada la sonrisa en los labios.

Acababa de detenerse un coche y del mismo bajaban tres hombres jóvenes, bien vestidos. Conocía a uno de ellos.

—Son de la pasma —le susurró al Pureta.

—Ya lo sé. Vienen a veces por aquí. Pero no pasa nada.

Antonio le dejó hablando y entró nuevamente en el bar. Se detuvo, habituando los ojos a la penumbra. Volvió la cabeza. Los policías también habían entrado. Entonces, con el vaso en la mano aún, se encaminó hacia la puerta. Tuvo el presentimiento de que

unos ojos estaban colgados de su espalda.

Cuando iba a salir, se encontró con aquel policía que le cortaba el paso. No tenía tiempo para pensar. Empujó al hombre con todas sus fuerzas y salió corriendo. El policía cayó sobre una silla, con gran estrépito.

Antonio cruzó la calle y en la acera opuesta vio su salvación. Sentado al volante del Renault-12 estaba Lucio. Sin dudarlo, se asió a la puerta del conductor y le gritó:

—¡Lucio, arranca!

La presencia de Califa y su exclamación de terror, lograron que aquél reaccionara instantáneamente. Puso el motor en marcha y salió a toda velocidad con un fuerte chirriar de neumáticos. Antonio, con las piernas encogidas para no arrastrarlas por el suelo, se agarraba fuertemente del asidero interior del vehículo. Todo su cuerpo colgaba hacia el exterior.

En la noche sonó un disparo. Luego, dos más. Pero el coche dobló por la primera calle a la derecha, contra dirección, saliendo de la línea de fuego. Lucio conducía a gran velocidad, sin respetar ninguna señal de tráfico.

Tras unos minutos interminables, oyeron una sirena lejana. Detuvo el coche.

—Sube.

Antonio rodeó el coche para sentarse a su lado.

—Rápido, Califa.

Arrancó, con la puerta abierta aún. Durante mucho rato permanecieron en silencio.

—¿Te han dado? —preguntó Lucio.

—No.

—Entonces, todo va bien.

En ese momento, Antonio sintió dolor en el brazo. Se llevó la mano hacia el codo izquierdo. Lucio le miraba de reojo.

—Coño, ¿te han dado?

—No. Me he escoriado el brazo, pero ha sido del golpe, o de la postura…

—¿Te lo has roto?

—Puede ser. Duele mucho el cabrón.

Vamos a mi casa.

—No. Déjame por aquí. Es mejor un taxi… Es el segundo favor que debo esta noche.

El otro sonrió, la mirada fija en la calzada.

A lo lejos, la noche se estaba llenando de sirenas.

Sobre la mesa estaba el receptor-transmisor, y el comisario Crespo prestaba atención a los comunicados que se emitían por radio a los coches. Tenía varios hombres en la calle, vigilando pacientes el domicilio de un traficante de heroína.

—Esto puede tener color —observó Daniel, encendiendo un cigarrillo.

—¿Se sabe algo más en el asunto del Sevillano?

—Lo que ya te comenté. No es mucho, pero suficiente para empezar. La noche que se cargaron al Sevillano, un tipo estuvo de copas con él toda la noche.

—Sí. —Crespo frunció el ceño, tratando de recordar—. ¿Cómo me dijiste que le apodan?

—El Podrido. Federico Molina Solana.

—Ese es choro.

—Y está tocando la heroína, cantidad —afirmó Daniel—. La última onda que tengo es que está surtiendo de polvo a la mitad de mujeres del Chino.

—¿Habéis hecho alguna gestión?

—Le estamos vigilando.

—¿Se le sabe el domicilio? —preguntó el comisario Crespo.

—No. Se les perdió la otra noche. Por lo visto conduciendo es un pirado.

—Se le puede poner un rabo.

—Ya lo hacemos. Pero es difícil, porque los ambientes que frecuenta son de chusma, y te muerden en seguida.

Crespo asintió, pensativo.

—Si le pudierais «encerrar» esta noche… —insinuó.

—Creo que habrá que aguantar toda la noche. Le seguiremos hasta «encerrarle» en su casa. Una vez sepamos el domicilio, podremos montarle la vigilancia.

—Seguirle y ver con quién se relaciona. Pero no tiréis de él hasta

última hora.

Daniel jugueteaba con el cigarrillo, haciendo círculos en la ceniza. Levantó la cabeza.

—Si tuviera teléfono… —comentó, dubitativo.

—Exacto. Si tiene, lo primero pincharlo.

Daniel pareció animarse. Estaban en un punto en que todo eran suposiciones con poco fundamento. Pero un instinto inexplicable le decía que aquélla era la dirección buena.

—Parece que el Sevillano era íntimo de Fede el Podrido —explicó—. Según sabemos, últimamente eran uña y carne. Siempre juntos a todas partes.

—Entonces, ¿le descartas a él como autor? —preguntó Crespo.

—En principio sí. No hay nada que apunte a bronca entre ellos. Esa noche precisamente se corrieron una buena juerga.

—¿Y no cabe la posibilidad de que presenciara los hechos aquella noche? De cualquier forma, puede conocer al autor.

Daniel movió la cabeza, resignado.

—Vete a saber… Puede ser cualquier cosa. Lo que es seguro es que iban siempre en el coche del Podrido.

—Lógicamente, esa noche le dejaría en casa.

—Lógicamente.

6

El teléfono sobresaltó ligeramente a Rafael que se había quedado adormilado en el sillón.

Levantó el auricular.

—¿Quién es? —preguntó, con desgana.

—Soy Carlos. Oye, te llamo a esta hora porque nos hemos quedado sin polvos.

Rafael quedó perplejo. No reconocía aquella voz, gangosa. Las palabras le llegaban con esfuerzo, hinchadas por la droga en el paladar.

—¿Qué Carlos? —quiso saber.

—Coño, Huesos, ¿no me conoces? Soy Carlos. El Canuto.

—Joder, parece que estés dormido. Habla claro.

—Oye, ¿puedes salir?

—¿Qué pasa?

—Necesitamos polvo.

Rafael estalló.

—¡Cállate, hostia! ¿No ves que estamos en el teléfono? El canuto puede estar chungo.

—Que no, hombre. Qué va a estar. Tu cobijo no lo sabe la pasma.

—Es lo mismo. Por el canuto, nada.

—Vale, tío.

Rafael meditó unos instantes. El Canuto estaba en plena fiesta y se habían quedado sin material.

—¿Estás en casa? —preguntó Rafael.

—Sí. ¿Tienes algo?

—Alguna camisa…

Al otro lado de la línea se hizo un silencio. El Canuto había comprendido que las camisas eran papelinas de heroína.

—¿Son buenas? —quiso saber.

—Superior.

—¿Blancas o de color?

—Lo que quieras, pero sientan mejor las blancas.

—Trae unas cuantas. Bueno, si puedes venir tú… —soltó una carcajada incongruente—. Perdona, Huesos, es que estoy un poco pasado. ¿Vienes o qué?

—Vale. En un rato estoy ahí.

Ya a punto de colgar, Rafael le hizo una observación:

—Oye, Canuto, no me has dicho lo principal. ¿Qué hay de la guita?

Volvió a escuchar su risa idiotizada.

—Sin pegas. Se paga los talegos que haga falta. Hay aquí un colega que está montado. Pasta en cantidad. Lo que yo te diga. Un mogollón.

Cuando dejó el teléfono, Rafael quedó un tiempo inmóvil, meditando. No era probable que le estuvieran tendiendo una trampa. El Canuto no era de ésos.

Se asomó al balcón. Llovía mansamente.

«Claro, que si no se enrolla —pensó—, va a ser su problema. Me la puede jugar, pero no vuelve a ser hombre.

»Una vez me llevaron al huerto, pero dos será más difícil. ¿Cómo se llamaba aquél? Estaba entreverado de macarra y jugador. El Parido. Hicimos el negocio en sábado. Pero el cabrón, me vendió. Cuando acudí a la cita, en unos jardines, con el paquete de chocolate, el menda no apareció. Ni él ni los cien billetes.

»Uno que se te acerca y lo de siempre: ¡policía, no te muevas! Y en seguida, las esposas. Me arrearon estopa, si no, no me derrotan el viaje al moro. Al Juzgado, en negativa. En esa ocasión, salí pronto del talego. Pero el Parido no tiene nada que hacer en Valencia. Todos saben que va de confite de la pasma. Le desparramé el piso. Más de doscientos talegos. ¡Todo por el aire!»

Preparó cinco gramos de heroína en una papelina y dos placas de hachís. Buscó en el ropero de la habitación su vieja cazadora vaquera y se la puso. Sería suficiente contra la lluvia. Además, por allí pasaban muchos taxis.

Miró el reloj. La una de la madrugada. Calculó que las mujeres tardarían aún hora y media en llegar a casa y Califa… Bueno, de ése no se sabía nunca.

Al bajar del taxi, en la calle Calixto III, miró instintivamente hacia el sexto piso. El balcón estaba abierto de par en par y junto a la barandilla se recortaba nítida la figura de una joven. Pareció observarle desde la altura. Estaba desnuda y le hacía señas para que subiera.

Rafael se limpió con el dorso de ambas manos las gotas de lluvia que nublaban su mirada. Cuando se dirigió al portal, en el balcón, un muchacho acudía al lado de la mujer. La puerta del edificio estaba abierta y se escuchaba incansable el zumbido del mecanismo automático que franqueaba la entrada.

Cuando salió del ascensor, en el sexto piso, un intenso olor a hierba quemada impregnaba el ambiente. Pulsó el timbre y aguardó, mirando inquieto a su alrededor.

Reconoció a la muchacha morena que le abría la puerta. Estaba totalmente desnuda y sonreía. Posó sus ojos en el rostro achatado de la chica, y luego descendieron por sus pechos demasiado alargados y caídos, hasta la oscuridad enmarañada de su pubis. No tendría más de diecisiete años.

—¡Hola! —saludó la chica, besándole en la mejilla.

—¡Hola, Silvia!

—¿Pasas o te piensas quedar ahí de plantón? —preguntó ante la inmovilidad de él.

Rafael se sintió molesto consigo mismo y humillado. Una vez dentro, comentó:

—Estaba mirando a una tía buena.

—Si tú lo dices… —cerró la puerta con indiferencia, pero agradablemente afectada por sus palabras—. Mirar no cuesta un duro.

—Bueno, tía, comprende que tampoco es muy normal.

—¿El qué?

—Pues eso, que llames a la puerta y te abra una chorba en pelotas.

—Te esperábamos… Además, eso ya no tiene morbo.

Silvia caminó delante de él por el largo y estrecho pasillo, al final del cual estaba el amplio salón. El humo tan espeso le hizo parpadear.

—¿O a ti te da morbo? —insistió la chica, alejándose.

En la puerta apareció Carlos el Canuto.

—Entra, Rafa —dijo, estrechándole la mano. Señaló hacia el grupo de jóvenes semidesnudos, sentados en el suelo, alrededor de una mesita baja—: Nos has salvado, colega.

Rafael adivinó que iba cargado, un poco pasado de chocolate o de ácido. Tenía el rostro congestionado, del que sobresalía una nariz ganchuda. Delgado, de ojos apagados, se movía con lentitud inusual. Tendría unos veinte años.

—¿Conoces a Tony? —le preguntó Carlos. Y ante la expresión del otro, añadió—: el Tartajo. Es un menda legal. Y esta noche está montadísimo.

Rafael asintió, en silencio.

Carlos llamó en voz alta:

—Tony, ven para acá.

Varias cabezas se volvieron. Un joven, grueso y de baja estatura, se levantó, perezosamente. Era bien parecido y su cara aniñada no representaba más de dieciséis años.

—¿Os conocéis? —preguntó Carlos, y sin esperar respuesta, añadió—: Éste es Rafa. El Huesos, para los amigos.

Se estrecharon la mano. Carlos los condujo hasta una habitación contigua y cerró la puerta. La estancia era pequeña, con una cama deshecha y un ropero por todo mobiliario.

—¿Traes la mercancía? —quiso saber Carlos.

—Polvo y algo de chocolate —respondió Rafael, mostrándoles el contenido del envoltorio que guardaba dentro de la camisa—. Es nieve pura.

«Y con lo pasados que estáis todos, aunque fuera mierda, lo encontraríais de primera», pensó.

No le regatearon cuando les dijo el precio. El Tartajo sacó del bolsillo del pantalón un mazo de billetes, sujetos por una goma. A

Carlos le brillaban los ojos de excitación.

—Como vienen, se van —comentó el Tartajo.

—Sí, pero vale la pena —respondió Carlos—. ¿Para qué sirve el dinero si no?

—Tienes razón, lo que pasa es que cuestan de ligar.

—Hombre, tampoco es eso, Tony —ironizó Carlos—. Al que le han costado de ligar es al pobre julai al que has sirlado.

—Que se joda… A mí si me enganchan, me como un marrón como la madre que me parió.

De pronto, el Tartajo guardó silencio y miró significativamente a Carlos.

—Tranquilo, Tony. Rafael es de confianza.

—No si yo…, no digo nada.

Rafael sonrió para sus adentros. Les había colocado toda la mercancía a un precio elevado. Nadie había protestado. Eran los efectos de la droga ingerida y del dinero fácil.

Se reunieron con los demás. El amplio salón adquiría una forma ovalada en su extremo, que se prolongaba en un balcón con terraza. A ambos lados de la puerta del balcón había sendos sillones de orejas, de terciopelo verde. Ni sillas, ni sofá, ni mesa, ni mueble alguno convencional en toda la estancia. El suelo estaba cubierto por una gran alfombra a rayas negras y ocres, imitando burdamente la piel de una cebra. Había gran variedad de taburetes forrados con telas de colores vivos, así como diversos cojines esparcidos por el suelo, y dos mesitas de poca altura. En un rincón se hallaba el tocadiscos estéreo, provisto de dos potentes altavoces. Del techo colgaban dos lámparas de mimbre, cuya luz roja conspiraba con la noche.

—¡Ya tenemos polvo! —exclamó Carlos, dejando sobre la mesa la papelina de heroína—. Hay marcha para rato.

Tomaron asiento sobre unos cojines.

—¿Quieres algo de beber? —preguntó Silvia, dirigiéndose a Rafael.

—Por ahora, paso.

—Lo que quieras… Te levantas y te sirves.

—Tengo una mujer que no me la merezco —terció Carlos, mirando a Silvia.

Por un momento habían quedado todos callados, pendientes del recién llegado. Entonces se dio cuenta de por qué le miraban: iba vestido. En aquella fiesta, los hombres sólo llevaban calzoncillos. Las mujeres, excepto Silvia, que iba totalmente desnuda, cubrían únicamente con bragas diminutas su intimidad.

Frente a él, una chica de unos veintitrés años, con el pelo visiblemente teñido de rubio platino, cara alargada y nariz aguileña, permanecía sentada en el suelo, recostada contra la pared y las piernas estiradas. Tenía los ojos en blanco, ausentes, concentrados en algún punto de la pared. Sobre su regazo reposaba la cabeza de un muchacho más joven que ella. Su pelo lacio le caía en melena hasta el hombro. El bigote largo y claro acentuaba los ojos ligeramente oblicuos. Dormía apaciblemente.

Carlos sorprendió la mirada de Rafael.

—Esa es Cristina —explicó—. Es marchosa, pero tiene poco carrete. Se han colocado los dos a la primera. Nos hemos comido un ácido y ya ves, ya están ñipados… El maromo que está con ella es Lucas. ¿No le conoces? Lucas el Orejas, —rió su propia ocurrencia —. No le puedes ver las orejas por el pelo, pero las tiene de elefante el gachó.

Una quinceañera que estaba sentada sobre un cojín, giró sobre sí misma y se incorporó. Examinó el contenido de la papelina que había sobre la mesa y quedó pensativa unos segundos.

—¿Dónde está la chutona? —Preguntó.

Tony el Tartajo se inclinó perezosamente y la recogió. Estaba frente a la chica.

—Prepara unos chutes, nena —le pidió—. Tú tienes buen pulso.

Ella no respondió. Se reclinó y empezó a manipular la heroína.

—Es la novia de Tony —explicó Carlos.

Rafael movió la cabeza, pendiente de la muchacha. Quedó sorprendido por la belleza de aquel rostro. Casi una niña, pensó. Su pelo oscuro le caía graciosamente sobre el hombro derecho, peinado en una trenza… Los ojos azabache traslucían un candor inusitado, si bien allá en el fondo ocultaban destellos de malicia. Sin embargo, el resto de su físico desmerecía considerablemente. Era ancha de hombros y de caderas. Llevaba puestas unas braguitas negras caladas por todo vestuario. Pero eran sus pechos lo que más

llamaba la atención. Eran desorbitados para aquella anatomía.

—¡Vaya par de melones! —comentó Carlos, adivinando sus pensamientos.

—¿Quién es?

—Mary. No sé de dónde la ha sacado el Tartajo, pero está muy buena. La llamamos «la Tetas».

—Ya —miró a la chica, que preparaba la jeringuilla—. Sabe preparar la chutona.

—Pues fíjate en sus brazos. No tiene marcas de pinchazos en ningún sitio.

—¿Se esnifa?

—No.

—¿Entonces?

—Para que no se lo noten en casa, se pica debajo de las tetas.

—¡Anda ya…!

—Lo que yo te diga.

—Así, cualquiera…

La chica levantó, con la mano que tenía libre, su pecho izquierdo y en la concavidad introdujo la aguja.

Luego preparó nuevamente la jeringuilla y se inyectaron todos los presentes, excepto Lucas el Orejas, que seguía durmiendo.

Cristina se esnifó una raya y continuó en la misma posición adormilada, soportando la cabeza de Lucas.

Rafael no renunció a la invitación y se pinchó también. Aquella chica preparaba unas dosis que eran demasiado.

—Vamos a continuar el juego —apremió Silvia.

Se situaron todos formando círculo. El porro iba pasando de mano en mano. Cristina, con delicadeza, se deshizo de su amigo y se acercó al grupo.

—¿A qué se juega? —quiso saber Rafael.

—El juego de la verdad —respondió Tony.

—¿Has jugado alguna vez? —le preguntó Silvia.

—No.

—¡Buena calada! —dijo Mary la Tetas, pasando el porro a Rafael.

—¿Qué hora será?

La pregunta la había hecho Cristina.

—¡Qué más da! —le respondió Carlos—. La noche es larga. Estamos a gusto y vale. ¿Te falta algo?

La chica negó con la cabeza.

—Vamos a seguir —insistió Silvia—. Pero hay que decir la verdad, si no, a la mierda. ¿Vale? —se volvió hacia Rafael y explicó —: Al que le toca, pregunta lo que quiere y el otro tiene que contestar la verdad por cojones. Cada vez pregunta uno. No vale comerle el coco a nadie. Y salirse de najas, tampoco.

—¿Juegas? —le preguntó Carlos.

—¿Y qué se pregunta? —quiso saber Rafael.

—Todo. ¿Me comprendes? Se puede preguntar lo que quieras.

—Mira, puedes preguntar lo que te rote la gana —sentenció Tony.

El porro seguía circulando. Nadie prestaba atención a los desnudos. El sexo 110 formaba parte de la noche.

—Empiezas tú.

Silvia señaló a Tony el Tartajo. Éste pareció concentrarse unos instantes y luego se volvió hacia Mary.

—Vamos a ver, si fueras Dios, ¿qué te gustaría tener?

—No te jode con lo que sale éste ahora —respondió—. Tetas, no, desde luego —todos rieron el comentario—. Me gustaría tener dinero para olvidarme del «curro» de todos los días…, y también que no me faltara caballo.

Tony se dio por satisfecho. Miró a Carlos.

—Ahora a ti —le dijo—. Si supieras que te toca ir al talego y matando a alguien te librabas, ¿qué harías?

—Coño, depende…

—Tú contesta, Canuto. Matar a un menda o ir al talego. ¿Qué harías?

Carlos se rascó exageradamente la cabeza.

—Me cepillo al tío por las buenas. Yo no vuelvo allá dentro.

Tony cambió de interlocutor. Se dirigió a Silvia.

—Para ti. Por ejemplo, estás trabajando en la whisquería y va un tío y te llama puta, ¿qué haces?

—Que me cago en todos sus muertos —respondió prestamente ella—. Pero no confundirse, cuidado. Yo lo hago con hombres por dinero. Y sus señoras, que tienen buena pasta, seguro que les ponen

los cuernos a ellos y no por dinero, sino por golferas. Que a ésas les pica el asunto más que a nosotras.

Tony sonrió con malicia, mirando a Cristina.

—¿Te has hecho alguna vez una paja? —le preguntó.

Los ojos de los presentes se animaron.

—Toma, claro —respondió—. ¿Y quién no? Hay veces que te apetece más hacerlo tú sola que aguantar a un menda encima, que no va más que a darse gusto él.

Guardó silencio, ufana, observando el efecto de sus palabras en los demás.

—Ahora, tú. —Tony se volvió hacia Rafael—. ¿Cuántas veces lo haces?

—¿Yo? Mi mujer y yo somos como hermanos. ¿Cómo lo ves? Con el caballo, nada de nada… Es que ni ganas.

Le correspondió su turno de preguntas a Mary. Formuló la primera a Carlos.

—¿Qué hay cuando nos morimos?

—Esa es buena. La muerte es lo peor, y da miedo, pero luego existe otro mundo. Eso es cierto. Yo lo veo muy claro. Si vas de chungo por la vida, lo vas a pasar muy mal. Dios ha señalado a algunas personas como ángeles de salvación.

Todos le escuchaban atónitos. No estaba bromeando. Rafael supo que eran los efectos del ácido lisérgico. Tenía los ojos enrojecidos y desorbitados.

Carlos continuó:

—Ahora lo estoy sintiendo. Un ángel salvador…

Silvia le interrumpió.

—Déjate de chorradas, Carlos, que estamos jugando.

—No son chorradas. Dios está presente aquí y me ha señalado con el dedo…

Mary aprovechó la pausa leve y decidió continuar el juego.

—Bien, me toca preguntarle a Silvia —dijo.

—No seas mala conmigo, ¿eh? —suplicó la aludida, fingiendo temor, y tapándose los pechos con las dos manos cruzadas.

—¿Con quién te gustaría hacerlo en este momento?

—¡Uh…!, eso es mucha tela, ¿sabes? A lo mejor, no me apetece ahora.

—Tienes que responder, Silvia; sí no, no vale. ¿Con quién de los que están aquí te gustaría hacértelo?

—¿Es igual hombre que mujer?

—Eso tú misma.

Los presentes miraban alternativamente a Carlos, que permanecía ausente, y a la mujer. Silvia dudaba.

—¿Contestas o no? —le apremió Cristina.

—Sí. Bueno, suponiendo que tuviera que hacerlo esta noche, elegiría a Rafa.

Éste la miró sorprendido, sintiendo todos los ojos fijos en él. Se volvió sonriente hacia Carlos, que movía los labios y gesticulaba totalmente absorto en un monólogo inescrutable.

—Soy el ángel salvador… —decía.

Silvia intervino de nuevo:

—Sigue preguntando, Mary; este tío está haciendo un viaje y el ácido le ha dado por la religión. Como estudió para cura…

La chica asintió, comprensiva, y se volvió hacia Cristina.

—¿Te gustaría cambiar de pareja? —le preguntó.

—Yo, sin problemas. Y más, esta noche —señaló a Lucas el Orejas que dormía tirado en el suelo—. Sería capaz de follarme a un guardia.

—Tampoco es eso —terció Tony.

—Lo que yo te diga.

Mary pensaba la pregunta que podría formular a Rafael.

—¿Lo has hecho alguna vez con un tío? —le preguntó.

Le había sorprendido la pregunta. Miró inquisitivo a los demás.

—En el talego no se libra nadie —respondió con firmeza.

Continuaron recorriendo, minuto a minuto, los últimos rincones de la noche. Un porro sucedía a otro. Las preguntas continuaban y las respuestas casi siempre provocaban hilaridad. La lluvia martilleaba mansamente los cristales.

Carlos estaba de pie, proclamando con gravedad sus pensamientos que a nadie interesaban. El ácido le había alterado sensiblemente.

Rafael se despedía de todos, dispuesto a marcharse, cuando de pronto Carlos caminó hacia el balcón, abierto de par en par. Salió a la terraza y levantó la cabeza hacia el cielo. La lluvia perló su

rostro, mientras seguía hablando:

—Soy un ángel de Dios… Puedo volar, si quiero.

—La virgen, vaya mierda que ha agarrado —exclamó Silvia, exasperada—. Le ha sentado el ácido fatal.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, Carlos se había puesto de pie en la barandilla del balcón.

Su cuerpo, con los brazos extendidos, se balanceaba peligrosamente en un difícil equilibrio.

—¡Puedo volar! ¡Soy un ángel salvador!

Se lanzó al vacío con los brazos muy abiertos.

El golpe sordo, allá abajo, retumbó en la estancia como un aldabonazo. La euforia, el frío, la vida y la muerte se fundieron en breves momentos.

Silvia corrió hacia el balcón y quedó mirando a la calle, paralizada por el pánico. De improviso, empezó a gritar, agitando violentamente la cabeza. Tony y Rafael la sujetaron con fuerza, llevándola a rastras hacia el interior. Cristina la abofeteó fríamente, con dureza, hasta conseguir reducir sus alaridos. Ahora lloraba entre espasmos. En la conmoción del silencio, todos se miraban con aire de complicidad. Nadie sabía qué hacer.

Dos minutos después, la casa quedaba desierta. Sólo Silvia, como dueña del piso, esperó la llegada de la policía. Temía que la verdad no resultara creíble, por ello tardó en marcar el 091 en su teléfono.

Cuando Rafael salió a la calle, volvió la cabeza en un movimiento rápido. El cuerpo de Carlos yacía en medio de un charco de sangre que se iba agrandando con la lluvia.

7

—Sólo nos faltaba eso —exclamó Rafael, exasperado—. Primero lo de Califa y ahora lo de esta noche.

—¿Pero cómo le ha dado esa vena? —preguntó por enésima vez Blanca.

—¡Mi madre! Yo sabía que el Canuto estaba pirado, pero es la hostia. Se tira desde el sexto piso y se creía que podía volar como un ángel.

—El ácido —sentenció la mujer.

—O los ácidos. A saber los que se habría metido en el cuerpo. Parecía un cura hablando de Dios y de historias de esas.

—Si no me lo contaras tú…

—Te lo juro por mi madre, Blanca. El menda estaba convencido de que volaba y que podía hacer milagros.

Blanca movía la cabeza, pensativa.

Estaban en el dormitorio y hablaban en un susurro para no despertar a Maica que dormía en la habitación contigua. Rafael permanecía sentado al pie de la cama, vestido y empapado por la lluvia.

—Quítate esa ropa, que vas a coger una mierda de resfriado —le dijo Blanca.

—Todavía no me lo explico. Hace menos de una hora estaba el tío tan fresco, chutándose y fumando. Y ahora…

Empezó a desvestirse.

—No lo entiendo —añadió—. ¡Cómo se puede ser tan gilipollas!

Comerse un ácido que es lo peor que hay… Eso es una bomba.

—¿Sabes qué te digo? Que para el Canuto ya se han acabado los problemas.

—Todo esto es una mierda. Tenían montada una fiesta que era demasiado y va el tío y la pringa.

—¿Quién se ha quedado en el piso?

—Silvia.

—¿Sola?

—Sí.

—¿Se ha dado el piro todo el mundo?

—A ver. Yo no podía quedarme. Si me ligan, me como un marrón. El polvo y el chocolate se lo había pasado yo.

—¿Ha llamado a la poli?

—Qué remedio… ¿Qué iba a hacer si no?

Blanca observó que Rafael se vestía nuevamente con ropa de calle.

—¿Qué piensas hacer? —le preguntó.

—No lo sé —respondió él, mientras se abrochaba pacientemente la camisa—. Pero aquí no me quedo esta noche.

—¿Crees que Silvia…?

—No me fío de nadie. Para la pasma, yo estaba allí cuando pasó todo. Y empiezan a tirar de gente y yo voy por el aire, ¿me entiendes?

—Sí, pero a ésa no le sacarán nada.

—Estaba histérica la tía. Si le comen el coco, puede vomitar cantidad. Y hay dos cosas: primero, yo estaba allí, y segundo, el polvo era mío. ¿Cómo lo ves?

El timbre del teléfono les sobresaltó. Se miraron en silencio, conteniendo la respiración. ¿Sería la policía? No era probable. Esos no llaman por teléfono. Van por uno a las bravas. ¿Silvia, quizá? Imposible. En aquellos momentos la casa podía estar llena de policías husmeando y preguntando. Pensó si los de la pasma no duermen nunca.

El teléfono seguía sonando insistente.

Blanca saltó de la cama y fue hasta el comedor. Rafael la seguía, indeciso.

Levantó el auricular con recelo.

—¿Diga? —preguntó con voz débil.

—¿Cómo estás?

Reconoció la voz de Antonio.

—Muy bien… Por lo que se ve, no te privas de nada.

—Eh, eh, un momento. ¿Eres Blanca?

—Sí. ¿Dónde estás?

—Por ahí.

Blanca captó el acento lento y gutural en la voz de Antonio. Miró su reloj. Casi las cinco de la madrugada.

—¿Y Maica? —preguntó él.

—Ahora durmiendo.

—De acuerdo, no la despiertes.

Blanca sintió que una ira incontenible le culebreaba por el pecho, oprimiéndola sordamente. El menda pasaba de Maica, cantidad. Casi a diario se presentaba a dormir con las primeras luces de la mañana. Para colmo, ahora lo de Carlos el Canuto.

Esperó algún atisbo de cariño o sentimiento hacia Maica, que sabía no iba a encontrar en él. De cualquier modo, tenía que ponerle en antecedentes de lo ocurrido.

—Califa, no vengas esta noche.

—¿Pasa algo?

—Sí. Puede haber movida. Carlos el Canuto se ha matado. Se comió varios ácidos.

Antonio soltó una blasfemia. Blanca le relató los hechos y la presencia de Rafael en el piso, circunstancia que podía atraer a la policía a su casa.

—Me has dado la noche, joder —exclamó.

Fue el único comentario de Antonio. Pero Blanca sabía que no era cierto. Era lo suficientemente insensible a los problemas ajenos como para no desperdiciar un momento de su diversión.

—Llama mañana y te diré cómo va la movida —le aconsejó ella.

—Vale… ¿Oye?

—Qué.

—¿Qué va hacer Rafa?

—De momento, quitarse de en medio.

—Oye, que no se corte ni un duro, ¿vale?

—De acuerdo. —Blanca meditó un instante, antes de formular la

pregunta—. Califa, ¿para qué llamabas?

—¿Eh? Nada, sólo para ver cómo anda todo.

—Muy bien —respondió, destemplada.

—Ya me pondré en contacto con Rafa.

Blanca colgó, pensativa. Rafael se le acercó.

—¿Qué quería? —quiso saber.

—El muy golfo tiene juerga para rato.

A sus espaldas la voz de Maica les sorprendió.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—Lo siento —respondió Blanca, sabiendo que su amiga había oído sus últimas palabras—. Era Antonio, que ha llamado por teléfono. Le he dicho que no asome las narices por aquí. Puede que haya movida.

—Vosotras seguid como si tal cosa —terció Rafael—. Yo me marcho ya. Si preguntan, que no sabéis nada, ¿vale?

—¿Dónde vas a ir? —preguntó Blanca.

—De momento, darme el piro. Ya te llamaré.

Las dos mujeres permanecieron en silencio, siguiendo con la mirada los pasos de él, que se encaminaba a la puerta.

Afuera seguía lloviendo.

Cuando Antonio salió de la cabina del teléfono público, levantó la cabeza hacia el cielo y respiró profundamente. Se pasó la mano por la cara, limpiando las gotas de lluvia. Se acercó a su acompañante que le aguardaba impaciente, guarecida en la fachada del edificio de Correos.

Blanca le acababa de decir que no debía volver al piso, que había peligro. La tía no era alarmista y si hablaba de movida es que podía haberla.

—¿Todo bien, chato? —le preguntó Lorena.

—Como tiene que ser. Yo voy de hombre por la vida, ¿sabes? Si tengo que darle marcha al cuerpo, se la doy y en paz. ¿Cómo lo ves?

Ella asintió. Se colgó de su brazo y le dedicó una sonrisa provocativa.

—¿Cómo lo ves? —insistió él.

—Así hablan los hombres.

—Ya vamos quedando pocos.

—Y que lo digas.

Salieron a la lluvia. Antonio tenía dificultad en seguir su paso. Sus músculos respondían con torpeza. Pensó que el alcohol no combinaba demasiado bien con la heroína.

Ella se adelantó y abrió su coche, haciendo sonar en el aire las llaves del Ford-Fiesta. Antonio se plantó ante ella, insensible a la lluvia pertinaz. Sus ojos recorrieron con descaro todo el cuerpo de la mujer. Era alta, de su misma edad. El cabello teñido de rubio, con mechones oscuros, lo llevaba recogido detrás en una coleta. En su rostro alargado, de pómulos salientes, destacaban con fuerza sus ojos grandes, saltones. Vestía pantalón y blusa negros.

Lorena le entregó las llaves del vehículo.

—Conduce tú —le dijo.

—Es lo mismo. Me fío de ti.

—No. Prefiero que lo lleves tú. Me gusta que conduzcan los hombres. —Antonio se sentó al volante y puso el coche en marcha.

—¿Adónde vamos? —preguntó, indeciso.

—Donde quieras.

Arrancó, sin rumbo fijo. La mujer colocó ambas manos en la nuca y apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

Antonio se volvió hacia ella. En aquella posición, sus pechos se marcaban lujuriosamente en la blusa, apuntando hacia algún lugar en la noche. Separó la mano derecha del volante y la posó sobre los pechos exuberantes. El perfume de la mujer impregnaba todo el vehículo.

—¡Eh!, no tengas tanta prisa —protestó lánguidamente ella.

—¿Por qué?

—Aún estamos en la calle.

—Que se jodan.

Siguió conduciendo un tiempo, con la mano derecha en el pecho de la mujer, acariciando incansable.

—¡Vaya par de gemelos, tía!

—¿Qué?

—Las tetas.

—¿Te gustan?

—Cantidad.

Sonrió halagada.

—Me cuido mucho, ¿sabes? —explicó Lorena—. Todas las mañanas, una ducha fría. Es lo mejor para los pechos.

—¿Que te duchas con agua fría todos los días?

—Sí. Pero hay otra cosa que las mujeres no saben y es lo mejor para los pechos. Me lo enseñó una amiga. Yo lo he comprobado. El esperma de un tío es la mejor receta que hay para conservarlos duros y firmes.

—¡Hostia, qué invento! —exclamó divertido Antonio.

—No te rías que es verdad. Se frotan con esperma, muy suave, con cuidado de no rozar los pezones. Te deja la piel suave. Y para la cara también es ideal. ¿A que no lo sabías?

—Ni idea.

Estaban detenidos ante un semáforo. Antonio se volvió hacia la mujer.

—¿Vamos a tu casa? —le preguntó.

—Aún no. Vamos al mar.

—¿Lloviendo?

—Es lo mismo. Vamos al Saler.

Antonio obedeció, con desgana. Cuando enfilaron la autopista, la noche parecía más oscura.

—¿Tú vas por libre en la vida? —preguntó Antonio.

La mujer se llevó un dedo a los labios, imponiendo silencio.

—¿Qué pasa?

—Nada; me excita la lluvia.

—Joder, qué manía más rara.

Ella pareció pensar unos momentos.

—Sí, vámonos.

Aceleró. Estaban llegando al Saler. Cuando terminó la autopista, giró en redondo y regresaron de nuevo a la ciudad. Lorena estaba silenciosa y la expresión de su rostro era grave.

—¿Qué te pasa? —le preguntó Antonio.

—Nada.

—¿Estás seria?

—No va contigo.

—Pero, ¿qué te ha pasado? Estabas tan a gusto y ahora…

Ella abrió la guantera del coche y sacó una botella de whisky.

Bebió un largo trago y luego se la pasó a Antonio.

—Esto es una jodida mierda, ¿sabes?

—¿El qué? —preguntó Antonio.

—Todo. La gente, las cosas, todo. ¿No lo ves?

—Pero, ¿a qué viene eso ahora, tía?

Ella seguía bebiendo. Antonio hizo un recuento mental de todo lo que habían bebido aquella noche. Más de una botella de vino en la cena, luego habían sido dos pubs, un bingo y una discoteca y en todas partes habían consumido lo mismo: whisky.

—Cada día estoy más asqueada —se lamentó Lorena.

—Nada, tía. Tómate las cosas con filosofía. Eso es, con filosofía. Fíjate en mí. ¿Lo ves? Sin problemas. Me venía de gusto estar contigo esta noche y lo he hecho. Ya lo has oído. «Que llegaré tarde, nena.» Y punto. Si lo quiere lo toma y si no lo deja. No hay que ahogarse en un vaso de agua.

Lorena seguía bebiendo. Había ingerido casi media botella.

—Oye, no te pases con la priba —le reconvino Antonio.

—¿Qué pasa? ¿Es que no puedo hacer lo que me dé la gana?

—Oye, que por mí no hay problema. Pero es que vas a coger una tea que va a ser demasiado.

Lorena estaba llorando.

—Por mis muertos que no lo entiendo —exclamó él—. ¿Puedes decirme qué te pasa ahora? Estamos toda la noche bien, y ahora le entra el mosqueo.

—No es eso. Tú no lo puedes entender.

El semáforo cambió a verde y Antonio reemprendió la marcha. La iluminación de la plaza de San Agustín acentuaba la soledad a aquellas horas de la madrugada.

—Te llevo a casa —insinuó él.

—No.

—¿Tomamos la penúltima copa en tu casa? —insistió.

—No.

Ante la obstinación de la mujer, detuvo el coche en doble fila y se encaró con ella.

—Quiero terminar la noche bien. Vamos a ver, ¿tú no estabas a gusto?

Lorena miraba al frente, en silencio.

—Si no quieres que vayamos a tu casa, dime dónde quieres ir.

Ella parpadeó nerviosamente antes de hablar.

—Llévame al cementerio —le pidió.

—¿Qué?

—Que me lleves al cementerio.

Antonio no salía de su asombro.

—Oye, si es una broma, te la puedes meter en el culo.

—¡Te digo que quiero ir al cementerio! —gritó ella.

—Toca madera…

—Necesito ir. Llévame al cementerio.

—Mira, tía, tú no estás bien.

—No me digas que estoy loca, sé muy bien lo que quiero.

Antonio movió la cabeza pacientemente.

—De acuerdo —dijo—. ¿Puede saberse a qué viene el rollo del cementerio? Esto lo cuento yo y no se lo creen.

—Tengo allí a mi hija.

—…

—Seis meses lleva allí. Y necesito traerla a casa, porque allí no está bien…

Antonio enmudeció. Era indudable que lo suyo era de locura. Un pensamiento fugaz, como una ráfaga, le acercó la imagen de Maica embarazada.

—¿Cuántos años tenía? —quiso saber.

—Iba a cumplir cinco el mes que viene.

—¿Qué le pasó?

—Meningitis. Era un angelito. Con aquella carita… ¡Mi pobre Eva!

—De veras lo siento.

—¿Comprendes por qué tengo que ir allí?

—Mira, lo pasado, pasado. Es mejor que lo olvides. Si te comes el coco va a ser peor… Además, ahora está cerrado.

—Tú puedes abrir la puerta.

—Pero, ¿qué dices?

—Y me ayudarás a quitar la lápida y traerla a casa.

—Oye, mira…

—Tú puedes hacerlo.

—¿Me quieres escuchar?

—La sacaremos de allí, muy despacito. No quiero que se despierte porque podría tener miedo…

La demencia de Lorena comenzaba a exasperarle.

—¿Te quieres callar un momento?

Ella repetía incansable:

—Llévame al cementerio. Ayúdame a levantar la lápida.

Antonio llegó a la conclusión de que no se podía hacer nada por ella. Lo suyo era de manicomio. Maldijo su suerte por no haber adivinado antes la clase de loca con la que iba a salir. Decidió que tenía que largarse por las buenas.

Abrió la puerta del coche y miró a la mujer. Las lágrimas corrían por sus mejillas, mientras sus labios se movían en un susurro ininteligible. No había advertido la acción de Antonio, ni siquiera cuando salió del vehículo y volvió a cerrar la puerta.

En la profundidad de la noche se sintió liberado. Se alejó de allí, volviendo la cabeza a intervalos. Lorena seguía en la misma posición. Supuso que la soledad no le haría daño; cuando le pasara la borrachera, ni se acordaría.

Dobló la esquina y entró en la calle Játiva. A lo lejos, divisó los destellos azulados de un patrulla. Instintivamente redujo el ritmo de sus pasos.

Cuando perdió de vista el coche, respiró a pleno pulmón. Había dejado de llover.

—Mucha basca hay aquí —comentó Rafael—. Si viene una lechera ahora, la que se puede liar.

—No seas gafe —le recriminó Antonio.

El camarero se acercó y le pidieron dos cervezas. Estaban en el extremo de la barra, junto a la puerta. A unos doscientos metros se hallaba el cementerio, donde aguardaba una multitud de jóvenes de ambos sexos. Con sus vestimentas extravagantes y coloristas, no exentas de suciedad, parecían proclamar su postura de denuncia frente a la sociedad. Salvo a la policía, a nadie ocultaban su inclinación al consumo de drogas.

Faltaban escasos minutos para las cuatro y media y aguantaban estoicamente los rayos del sol, sin ninguna sombra donde cobijarse.

Seguían acudiendo, con andar cansino, grupos de jóvenes que querían dar el último adiós al colega Carlos el Canuto.

—¿Dónde estuviste anoche? —le preguntó de improviso Rafael.

—No me lo recuerdes —respondió, sin apartar la vista del cementerio.

Antonio le narró su aventura con Lorena.

En aquel momento vieron llegar el coche fúnebre que trasladaba los restos de Carlos el Canuto desde el Depósito del Hospital Clínico.

—Así acabaremos todos, Califa —sentenció Rafael, mirando a los congregados que penetraban en el cementerio.

—Pues claro que todos vendremos aquí. O mejor dicho, nos traerán. Lo importante es amarrar bien ahora y que no te metan muchos goles.

Rafael calló. Los entierros le imponían mucho respeto. Pensó en el Canuto y a dónde le había conducido la droga. «Si eres hombre, irás a parar al talego más de una vez. Y si eres mujer, la prostitución es lo único para ligar el dinero. Se empieza de puta. Luego, cuando mayor, alcahueta si tienes clase, y si no a vender tabaco a los golferas de la noche.»

—Vámonos de aquí —dijo Antonio—. El cementerio me da gafe.

Pagó las consumiciones y salieron. La puerta del cementerio estaba desierta ahora, a excepción de algunos taxistas que formaban corro junto a los coches estacionados, conversando animadamente.

—Hay que dejar pasar dos días sin ir por casa —explicó Rafael —. Por lo de la movida.

—¿Sabes de algún cobijo?

—Sí. Un colega que trabaja de camarero. Está blanco.

—¿Lo conozco?

—No lo sé. Se llama Alfonso y tiene un Seiscientos negro. Siempre va por ahí con un pastor alemán dentro.

Antonio hizo un gesto dándole a entender que ignoraba quién era su amigo.

—Es de confianza —aseguró Rafael—. Por cierto, tío, te lo montas muy a las bravas.

—¿Por qué?

—Maica está muy jodida.

—Es su problema, ¿no te parece?

—Yo no me meto, pero creo que te estás pasando. Últimamente le estás dando al caballo, cosa mala.

Antonio se volvió hacia él con los ojos brillantes de ira. Tenía las mandíbulas apretadas.

—Te digo lo mismo, Huesos. Meteos en vuestros asuntos.

8

Esa mañana Blanca había salido de compras. Le propuso a Maica que la acompañara, pero ésta se excusó pretextando que estaba agotada. Rafael había ido a visitar a un colega.

Cuando sonó el teléfono, Antonio lo dejó sonar largo rato y finalmente lo cogió exasperado. ¿Por qué la gente se empeñaba en hablarlo todo por teléfono?

—¿Quién es? —preguntó, displicente.

—¿Rafa?

La voz le resultaba familiar.

—No soy Rafa.

—¿Antonio?

Entonces reconoció aquel acento. Se le oía muy lejano, pero estaba seguro.

—¿Cómo estás Seras?

—Coño, Califa. Así, a lo pronto, no te había conocido. ¿Por dónde andas?

—Por ahí, como siempre. Y tú, ¿qué tal por Barcelona?

—Tirando.

—¿Cómo no has llamado antes?

—Mira, nano, te he telefoneado la tira de veces, pero nada. ¿Dónde paras?

—Ya te contaré. Han pasado cosas…

—¿Algo serio?

—Así, así.

De pronto, la voz de Serafín el Ladillas pareció perderse en un laberinto de sonidos electrónicos. Antonio prestó atención, hasta que finalmente emergió de nuevo, nítida, la voz de su amigo.

—¿No tendrás chungo el canuto? —preguntó Serafín.

—No.

—Oye, me ha salido un negocio, pero necesito pasta.

—Cuéntame.

—Nano, esto es algo grande. Tengo un negocio bestial. Lo podemos hacer a poco que nos lo metamos en la cabeza. Hay muchos talegos a ganar.

—¿De qué va el rollo?

—Un viaje. Lo tengo bien ligado desde aquí.

Antonio miró con el rabillo del ojo a Maica que en ese momento retiraba el servicio de la cena de la noche anterior.

—¿Un viaje? —repitió sorprendido.

—Camisas, ¿me comprendes?

Hubo un silencio en la línea. Antonio intuyó que le estaba hablando de heroína.

—Pero necesitamos tres kilos.

Antonio lanzó un silbido.

—Son muchos boniatos, Seras.

—¿Tú puedes ligarlos?

—Coño, Ladillas, así de pronto…

—La cosa está ya en marcha. Con el whisky nos podemos defender.

Adivinó el significado del whisky. Las botellas representaban la forma en que pensaba introducir la heroína.

—¿Qué me dices de la pasta? —insistió Serafín.

—Dame tiempo.

—Tiene que ser ahora. Yo meto todo lo que tengo. Nos queda una semana, máximo.

Antonio pensaba con rapidez. Siempre había encontrado soluciones para todo. Ahora no podía fallar. Estaba ofuscado, su mente era un remolino. Pero hallaría la manera.

Su acento era triunfal cuando le respondió.

—Si Califa se empeña, tendremos la pasta. Llámame.

—Mañana a las doce te telefoneo donde el bar de Lucas. ¿Te

acuerdas?

—Como siempre.

—Oye, ¿qué tal Maica? Dale recuerdos.

—Igualmente.

Tras colgar el teléfono, Maica se le acercó, interrogándole con la mirada.

—Era Serafín —explicó Antonio.

—¿El Ladillas? ¿Cómo le va?

—Bien.

Antonio estaba caviloso. Tenía los ojos quietos, como si leyera hacia dentro.

—¿De qué te hablaba?

—Negocios. Un viaje. Tiene preparado un pase de caballo a lo grande. ¡Para forrarse!

—Te comen el coco en seguida.

Antonio protestó. Le explicó los planes de su amigo. Sólo faltaban tres millones de pesetas.

—Ya lo tengo —exclamó, de pronto—. El dinero lloverá. ¿Cómo no se me ha ocurrido antes? Ese menda me lo debe y los va a soltar.

—Pero, ¿de qué estás hablando? —preguntó Maica.

—Me ha robado siempre y me ha chupado hasta la sangre. Pero ahora pagará.

Antonio sacó el revólver que llevaba siempre en la cintura, y lo acarició.

—¿Te acuerdas de don José María? —preguntó a la mujer.

Maica vio sus ojos dementes y sintió la punzada del miedo.

—Lo tengo muy claro —explicó Antonio—. Le hago una visita al abogado, y le pongo en solfa lo que quiero. Un día va a tener para juntar la pasta. Así, por el morro. ¿Cómo lo ves?

Maica pensaba que estaba saturada su capacidad de asombro.

—No me gusta —respondió—. Es mal asunto. No puede salir bien. Además, con la fusca de por medio, no quiero saber nada.

—Es lo único que lo va a acojonar.

—Estás loco.

—No. Qué va. Tengo una cabeza que es demasiado. ¿No lo comprendes? Ese menda me la ha jugado siempre. Ahora, se acabó.

—No sabes lo que dices. ¿Y si va con el cuento a la pasma?

Antonio la miró con desdén.

—No puede. Está de mierda hasta el cuello.

—Es igual. No me fío de esa gente. Son de otra clase. Contra ellos, a perder siempre.

—Yo no. Esta vez, es diferente.

—¿Qué necesidad tienes de buscarte una ruina?

—¿Otra? Qué más da. Pero, ¿es qué no lo entiendes? Necesito ganarme la vida.

—Muy bien. Deshazte del arma. Sólo te va a traer problemas.

—No sabes lo que estás diciendo…

—Entonces, lo que quieras. Pero no me cuentes nada más.

—Fíjate, hoy es martes. Tengo hasta el lunes que viene. Este mismo sábado estaré camino de Barcelona.

—¿Por qué tanta prisa?

—Porque ha venido así el rollo.

Maica se convenció de que era inútil seguir discutiendo. Siempre era igual cuando le daba la vena.

—Yo que tú, lo pensaría —le insistió ella.

Pero Antonio ya no la escuchaba, absorto en sus pensamientos.

9

Valencia era una ciudad industrial que caminaba aún sobre una antigua carreta árabe.

Levantó los ojos del informe que estaba leyendo y dejó que su mirada se perdiera por el fondo. Desde la ventana de su despacho en el quinto piso, del relativamente moderno edificio de la Jefatura Superior de Policía, se divisaba un heterogéneo paisaje: en fría y muda hermandad convivían la torre del Miquelet, guardiana y vigía de la catedral, la cúpula azulada de los Padres Escolapios, así como otras monumentales estructuras renacentistas, con una serie de edificios modernos, planos en lo alto, como si hubieran sido bruscamente detenidos en su ascensión por una bota gigantesca.

Volvía a la lectura del informe, cuando sonó el teléfono.

—Diga.

—¿Señor Crespo?

—Sí —respondió el comisario.

Un titubeo al otro extremo de la línea.

—¿Es usted? —preguntaban de nuevo.

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Usted me conoce. Sé que me está buscando y no quiero andar escondido por ahí. Yo sé por qué me busca, pero está equivocado.

El comisario sonrió mirando el auricular y preguntó:

—¿Quién eres?

—Usted ya lo sabe. Soy Fede.

—¿Molina? —quiso asegurar su identidad.

—Sí. ¿Ve cómo me conoce?

Era el mismo: Fede. Entre sus colegas le llamaban Fede el Podrido, aunque no le agradaba que le nombraran por el alias. El tipo quería decir algo en su descargo. Bien, había que dejarle que se tranquilizara y soltara la lengua.

—¿Podemos hablar? —preguntó débilmente Fede.

—Sí. ¿Qué quieres decirme?

Un cierto aire de frialdad no era mala terapéutica para sujetar al individuo que parecía dispuesto a contar lo que sabía.

—¿Podemos hablar en otro sitio? —insistió Fede—. Por el canuto, no me gusta.

—De acuerdo. ¿Dónde nos podemos ver?

—Donde usted diga.

—¿Tienes coche?

—Sí.

—Dentro de veinte minutos, por ejemplo, en el bar Ateneo. ¿Sabes dónde está?

—Sí.

—De acuerdo.

—Oiga… ¿Usted me promete que no me va a detener?

El comisario demoró la respuesta.

—Te doy mi palabra, que no te detengo —dijo—. Pero te aviso, si tratas de engañarme, iré a por ti.

—Le prometo que…

—Te he dado mi palabra. De ti depende que las cosas marchen bien.

—Se lo juro, señor Crespo.

—Hasta ahora, entonces.

Y colgó el teléfono.

El bar Ateneo estaba repleto a la hora del aperitivo. Curiosamente, había muy pocas mujeres. Los hombres, chaquetas y corbatas impecables, dialogaban con animación. Conversaciones que pasaban de la agresividad a las sonrisas displicentes, palabras calculadas, rostros distendidos de ejecutivo. La marea de gente, afuera, medía sus prisas contra el tiempo. Allí, en cambio, varados en mitad del

remolino, el reloj olvidaba sus exigencias.

El comisario Crespo encontró una mesa libre al fondo del local y se sentó. Estaba pendiente de la puerta de entrada. Si acudía Fede el Podrido, era más que probable que tuviera resuelto el caso de la muerte del Sevillano.

Después de muchas gestiones, se había logrado centrar el bar que frecuentaba el Sevillano; se supo que desde su salida de la prisión iba a todas partes con un tipo al que apodaban «el Podrido». No se disponía de más datos y resultó muy problemático identificarle. El comisario sabía, por instinto visceral, que se trataba de un individuo conocido, aunque el alias no les fuera conocido. Se recorrieron todos los ambientes nocturnos y siempre se obtenía la misma descripción del individuo. Finalmente, alguien lo relacionó con una antigua novia suya, la Maña, y a través de ella se llegó a Federico Molina.

Fede aparcó su vetusto y destartalado Seat-124.

Atravesó la calle Játiva, en dirección al Ateneo. Estaba preocupado. Se iba a convertir en una mamona, una chota, un chivato… Miró a su alrededor, y se tranquilizó. Ninguna cara conocida entre el aluvión de gente que deambulaba junto a él.

En realidad, no iba a hacer de soplón. Se trataba tan sólo de dejar las cosas claras de una vez. La pasma le estaba buscando por lo del Sevillano y no podía comerse esa muerte, cuando él mismo podía correr la misma suerte que su amigo.

Miró su reloj. Llegaba unos minutos tarde. Caminó a grandes zancadas. En la esquina divisó una aglomeración de gente. Se trataba de unos colegas que estaban aligerando el bolsillo de los incautos echando los triles. ¡Cómo cambiaban los tiempos! Los trileros ahora trabajaban a la luz del sol, desafiando abiertamente a las lecheras. Vio un tipo bajito y calvo, con ojos de búho, que a cierta distancia del grupo vigilaba a los transeúntes, presto a dar el agua a la menor anormalidad.

Federico cruzó la calle y caminó por la acera opuesta. Solamente su sombra le retaba, pegada a sus pies. Vio su imagen en movimiento, reflejada por el amplio cristal de un escaparate. Era

alto, lomudo y de rostro cetrino. La espesa barba le servía de disfraz. Sus pequeños ojos, mortecinos allá al fondo, apenas destacaban en el rostro. Se pasó una mano por la cabeza, afligido por la calvicie precoz. Era cosa hereditaria.

Se detuvo en la puerta del bar Ateneo. Cuando niño, se santiguaba antes de afrontar alguna dificultad. Venció el impulso y entró.

El comisario le vio en el umbral consultando nerviosamente el reloj y tratando de adaptar sus ojos a la luz del local. Su cuerpo, otrora musculoso, había perdido prestancia y aquel aire altivo de que siempre hacía gala. La primera vez que le detuvo era un infeliz «rata de hotel».

Federico le saludó titubeante, y tomó asiento a su lado. Era como si quisiera dominar una barca sin remos.

—Hacía años que no te veía —rompió el hielo el comisario—. ¿Qué ha sido de tu vida? ¿Te casaste?

—No, qué va, qué va. Menudo rollo…

—¿Por dónde has estado?

—Por ahí.

—Bueno, yo me enteré que andabas por Barcelona y luego moviste bastantes anfetas por Mallorca.

—Está usted muy informado de mi vida. Pero le aseguro que lo de Mallorca me lo comí por el morro. Las anfetas eran de un colega y a mí me ligaron por primo.

El comisario observó el rictus de estupor que tensaba los músculos de su rostro. Había que quitar hierro.

—¿Por qué te marchaste de Valencia? —le preguntó.

—Esa es buena. ¿Y usted me lo pregunta?

Crespo estaba sorprendido.

—¿Por qué?

—Porque usted me hacía la vida imposible.

El comisario rió jovialmente. Entonces, era eso.

—Estás equivocado, de verdad. Fíjate, cuando caíste con cuatro kilos de chocolate, vivías con una chica de Zaragoza. A ella le dimos bola, porque tenía un niño de meses —el comisario tenía la mirada abstraída, tratando de leer en el recuerdo—. No me hiciste caso y seguiste con el chocolate. Has caído más veces después. Pero te

prometo que nunca he ido a por ti.

—Pues a mí me largaron cada historia…

Federico comprobó que los nervios se le iban remansando. Después de todo, no era tan malo hablar con un policía. Conocía a algunos colegas que se daban el pico con la pasma. Siempre le habían dado asco. Pero ahora, en cambio, lo tenía muy claro. O los tienes de cara o enfrentados.

Se acercó un camarero con expresión de infinito aburrimiento. Le pidieron dos cervezas.

—No me negará que ahora sí va a por mí —le espetó de pronto, esbozando una sonrisa inmadura. Se mordía el labio inferior, inquieto.

El comisario sopesaba las posibilidades. No debía forzar la confidencia, sólo señalarle el camino por donde quería que fuera. Un policía siempre pregunta, nunca da respuestas.

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó a su vez.

—La gente. Por ahí lo saben todos. Seguro que alguno me habrá vendido ya. Pero le juro por mis muertos que esta vez no tengo nada que ver.

El comisario guardó silencio. Las preguntas fluían por todas partes, pero había que medir las palabras, hasta que el otro se lanzase, confiado.

—¿Me promete sacarme de esto? —suplicó.

Sus ojos aguantaron la mirada del comisario.

Crespo sabía que iba por el buen camino. Le había jurado que «no tenía nada que ver». Su participación era secundaria y podría soslayarse.

—Te doy mi palabra —afirmó con solemnidad.

Federico respiró, visiblemente aliviado, mientras el camarero servía las bebidas y se alejaba.

—Usted me busca por lo del Sevillano. Pero esta vez le han informado mal. Lo mató un menda que usted conoce de sobra: Toni Califa.

Ahí estaba la respuesta a un montón de horas de patear calles y antros nocturnos. Había llegado más pronto de lo previsto.

—¿Desde cuándo se conocían? —preguntó.

—Estuvieron juntos allá arriba, en el talego. A mí el Sevillano no

me habló de esto, pero sé que tuvieron una buena porcata. El Califa le dio un navajazo y le marcó la cara. Más de una vez el Sevillano me dijo que lo tenía que matar, pero no le hice mucho caso.

—¿Desde cuándo erais amigos?

—Poco tiempo, un par de meses o más.

—¿Intentó alguna venganza tu amigo?

—Yo no lo sabía. A veces, pensaba lo que pensaba, y se ponía raro; así que no le hacía caso. Cuando le pasaba era un tipo cachondo y normal. —Hizo una pausa. Contemplaba el vaso de cerveza, como si dudara—. Una noche de juerga se volvió loco por una tía en una cafetería. Lo mismo que un julai, se gastó pasta en cantidad con ella. Y a la hora de la verdad, la tía se quería volver atrás. Íbamos los tres en el coche, y la tía que nones. El Sevillano se cabreó y le atizó. Nos la follamos los dos. A ver, con la pasta que le había sacado… —Levantó los ojos interrogantes, hasta el comisario. Se dijo que todo andaba bien, y continuó—: Le juro que entonces yo no lo sabía. Luego, resultó que la tía era la mujer de Toni Califa. Le dio una paliza mortal.

De pronto, una explosión de sol permitía situar todas las piezas desperdigadas. Era una diana perfecta. El Sevillano se había vengado de Califa a través de la mujer. La respuesta de éste había sido rotunda. A Federico se le notaba que mentía en algunas cosas. Pero lo esencial estaba claro.

—¿Te conoce? —quiso saber el comisario.

—Creo que no. El menda ese está loco. Va a todas partes con una fusca en la cintura.

El miedo se multiplicaba en la mirada de Federico.

—¿Le has visto últimamente? —preguntó el comisario.

—No. Sabe que le buscan por lo de la otra noche en el bar del Marqués. Se les escapó a unos compañeros suyos. Dicen por ahí que le dio un navajazo a un policía.

Ahora, todo encajaba. Si le hubieran detenido aquella noche, ¿de qué habría servido? No se le sabía nada, aunque era seguro que continuaba desvalijando pisos.

—¿Tienes teléfono? —inquirió el comisario.

—No.

—Entonces, te daré el mío.

Escribió el número en una servilleta de papel.

—Las dos últimas cifras al revés —explicó el comisario—. Así, si alguien te lo pilla, no lo puede relacionar. ¿Comprendes?

Federico asintió, guardando el papel.

—Llámame mañana a esta hora y si averiguas algo, a la hora que sea. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

En su despacho, el comisario repasó el expediente de Antonio, alias «el Califa». Se detuvo a contemplar la fotografía de Maica. Cuando se la tomaron, aún conservaba intacta su juventud. Su rostro era de una adolescente que, de pronto, se asombraba de que la miraran como a una mujer. Había miedo en aquellos ojos profundos.

Hoy Maica era una sombra de aquella mujer. Todo su físico, disminuido, acusaba los embates de la heroína. Y sin embargo, constituía un exponente claro de ese mundo aparte, con su ética y su moralidad, incomprensibles para una óptica normal. El medio de la droga, emparentado íntimamente con el de la delincuencia, tenía su oasis en la prostitución.

Maica era una mujer de una formación intelectual y humana muy superior a la del ambiente en que había optado por vivir. Se dejaba esclavizar por un individuo violento y agresivo que la hacía objeto de malos tratos.

Por una confidencia había sabido que, dos años atrás, Maica le abandonó y se refugió, atemorizada, en casa de sus padres. Pero el hombre acudió allí, a cara descubierta, y empuñando una pistola amenazó con disparar contra toda la familia si no se marchaba con él. Maica regresó a su lado.

¿Qué extraña mezcla de afecto, compasión, odio y desesperanza conformaban la personalidad de esa mujer? Cuando la localizaran sus hombres, tendría que mantener una conversación con ella. El asunto de la violación seguía estando lleno de lagunas. Ella no parecía tener verdadera voluntad de que se esclarecieran los hechos. Todas sus respuestas, entonces, fueron lacónicas, frías, insuficientes…

El comisario ordenó el expediente y se levantó. Tenía los

músculos entumecidos. Se dirigió a la ventana y la abrió de par en par. El crepúsculo desperezaba su torso de bronce por las azoteas de los edificios. La ciudad se recogía, fatigada de humos y de polución.

Añoró sus vacaciones.

10

Maica estaba acostada ya, cuando Antonio entró en la habitación. Permaneció impertérrita con la mirada fija en el ventanal, como si tratara de descifrar algún mensaje oculto en la lejanía de las estrellas.

Hacía escasos minutos que había llegado Antonio, el rostro demacrado y ojeroso. Maica reconoció el gesto malhumorado y altanero y supo que las cosas seguían igual; peor, incluso. La heroína y el alcohol le estaban enloqueciendo. Pero, sobre todo, atisbaba el miedo en aquel hombre rudo. Vivía obsesionado con la idea de que la policía le tenía cercado. A cada paso que daba, volvía la cabeza atrás, recelando. Comprobaba que la puerta de la vivienda estuviera perfectamente cerrada y desde la habitación vigilaba cualquier movimiento que pudiera resultar sospechoso en la calle. En caso de emergencia, si se presentaba la policía, tenía prevista la huida, descolgándose por una canal a la que se accedía desde la ventana del cuarto de baño.

Maica enarcó un momento los ojos, estudiando los movimientos de Antonio, que se estaba quitando la camisa, y adoptó el mismo aire ausente.

Descubrió la moradura que exhibía Antonio, junto al cuello. Aquella marca recordaba un mordisco explosivo. Apartó la vista, exasperada.

El hombre advirtió el gesto y supo que no podría evitar la discusión. Maica era de esa clase de mujeres que no renunciaba

fácilmente a su presa.

—Y ahora, ¿qué te pasa? —rezongó, plantado frente a ella.

—Nada.

Antonio sonrió con sarcasmo.

—Cuando tú dices nada…

—He dicho nada y punto.

Dejó su camisa encima de la ropa plegada de la mujer, en el respaldo de la silla.

—Pues nadie lo diría, con esa cara —insistió él.

—¿Mi cara? En todo caso, la tuya.

—¿Por qué?

—Eso, tú sabrás. Te pasas todo el día y toda la noche por ahí.

Estaba decidida a hacer frente a la situación. El cinismo de que estaba alardeando, la enfurecía. Se sentía prisionera, esclavizada.

Y estaba harta.

—Sabes que no puedo estar encerrado en el piso todo el día —explicó él, contemporizador—. Me vuelvo loco. Me iban a cazar como a una rata.

—Que te vuelvas loco, me trae sin cuidado. Puedes chutarte lo que te dé la gana, pero yo no aguanto más, ¿lo sabes?

—Eso es problema tuyo.

Maica le miró a los ojos y su boca se arqueó en una mueca de absoluto desprecio.

—Me das asco. Has caído muy bajo.

Lo había dicho a media voz. La habitación, con apenas espacio para las dos camas, una mesita entre ambas y una silla, pareció agrandarse en el silencio. Antonio salió y regresó al poco tiempo con un vaso de whisky. Se esforzaba por aparentar normalidad.

—Mira, Maica, yo paso de todos esos rollos.

—Claro, tú te lo montas muy bien.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. Que te lo montas divino. No me importa que pases de mí, pero no te tolero que encima te cachondees.

Antonio levantó ambas manos, como si tratara de contener el torrente que se le venía encima.

—Un momento. ¿De qué estás hablando, chica?

—Si te gusta más otra mujer, me parece muy bien. Lo dices y en

paz.

No cabía duda, pensó Antonio, de que le había llegado alguna onda. «Con las putas no se puede. Siempre se tienen que ir de la lengua.»

—Ya veo. Te han comido el coco de mala manera.

—A mí no me come el coco nadie —replicó ella.

—¿Qué te han dicho?

—Nada que tú no sepas.

Antonio respetó el silencio de la mujer. Por lo demás, adivinaba que iba a durar poco. A Maica le quemaba la lengua y tenía que asaetearle, hurgar en la herida que más le dolía a ella.

La mujer se incorporó y salió de la cama. Vestía un camisón corto y llevaba el pelo desgreñado.

—Callas porque sabes que es verdad —estalló Maica, de improviso—. ¿Con cuántas fulanas has ido estos días? Porque tú eres muy hombre. No tienes más que levantar un dedo y todas las mujeres van detrás de ti —su voz adquirió tintes de sarcasmo—. Lo más gracioso es que no me imagino de qué se enamorarán. ¿Qué les das? Porque tú, fuera del caballo, no sirves para otra cosa. Eres una mierda, la gran mierda de este mundo.

—No dices más que chorradas. Es mejor no hacerte caso, porque si no…

—¿Qué? Me ibas a pegar otra vez, claro.

—Maica, no me cabrees, que me conozco.

—Me pregunto cuánto dinero te habrán sacado las pequeñas zorras con las que te has divertido.

Antonio apretó las mandíbulas, avanzando un paso hacia ella.

—No me das miedo —le retó ella—. Me has estado «tocando la pasta» siempre y no he dicho nada. Pero no te tolero que con el dinero que yo me gano, te lo hagas por ahí con putas…

—Como tú —afirmó él, terminando su frase.

—Soy puta, es verdad. Por culpa tuya.

—¿Quieres que te pague cada vez?

—¿Tú? Hace tiempo que no funcionas. Tú sólo sirves para macarra.

Maica calló, agotada. Al cerrar los ojos, las lágrimas se deslizaron suavemente por sus mejillas. «El muy cerdo había sabido

elegir las únicas palabras que la podían lastimar.»

—¿Ya has terminado? —le preguntó él, dando un largo sorbo de whisky.

—Sí, he terminado. Pero contigo y para siempre.

—Eh, eh, un momento. ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Me das cada vez más asco —susurró mordiendo las palabras.

—Mira, Maica, te he dicho que no me quiero cabrear. Vamos a dormir, y se acabó.

Antonio se movía inquieto por la habitación. Miró fijamente a la mujer. No era un enfado pasajero. Estaba hablando muy en serio.

—Maica, no me provoques. Yo sé lo que aguanto y esto va a terminar mal —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. ¿Qué te pasa esta noche? Vengo y me montas una porcata que es demasiado. Total, ¿para qué? Te juro que no he estado con ninguna mujer.

—Mientes, como siempre.

—¡Te lo juro!

Maica levantó la mirada, altanera. Los objetos familiares no le ayudaban a ahuyentar sus pensamientos.

—Así que soy una puta. Muy bien. Pero desde ahora, voy a ir por libre, sin ningún «macaco» que me los toque, ¿entiendes? He sido puta, sí señor, y no me avergüenzo, pero no te tolero lo que estás haciendo. Yo me acuesto con muchos hombres, por dinero. Es un trabajo como cualquier otro. No se siente nada. Es igual que si me echaran encima un árbol. ¿Qué pasaría si me gustara hacerlo con algún cliente, un menda de esos? ¿Qué pasaría si lo hiciera por el morro, sin cobrarle? La que se podía liar, ¿no? Pues, se acabó. Le vas a poner los cuernos a tu madre.

Antonio arrojó violentamente el vaso contra la pared. Maica aguantó su mirada unos instantes y le volvió la espalda. No estaba dispuesta por más tiempo a esconder la cabeza en las sábanas y sollozar. No necesitaba compasión, ni promesas. Tampoco le asustaban aquellos arranques de violencia. No era la primera vez que le pegaba, pero estaba convencida de que iba a ser la última.

Con movimientos lentos se sacó el camisón por la cabeza y lo dejó caer en la cama. Estaba desnuda y por primera vez sintió náuseas pensando que su cuerpo estaba totalmente expuesto a la

mirada de aquel degenerado. Ladeó el cuerpo hacia la silla que estaba a su izquierda y se inclinó a coger sus ropas.

Recibió el impacto en plena mejilla y se tambaleó. Su mano instintivamente subió hasta el rostro con temblores de asombro. El golpe había sido seco y preciso, como un mazazo.

Entonces vio el brazo que caía nuevamente sobre su cara. Trató de esquivarlo y el puño le golpeó frontalmente la nariz. Una descarga de dolor recorrió todo su cuerpo y sintió que le flaqueaban las piernas.

Los dos puños del hombre siguieron golpeando, implacables. La nariz era una explosión de sangre que descendía cálida hasta sus labios. Maica gritó aterrorizada. Las rodillas se le doblaron y refugió la cabeza sobre la cama, cubriéndose con las manos. El hombre seguía golpeando, ebrio, con los pies.

La puerta de la habitación se abrió de golpe y entró Rafael, seguido de Blanca. Sin mediar palabra, ambos se abalanzaron sobre Antonio, separándole de la mujer. No ofreció resistencia y se dejó llevar.

Cuando Rafael hubo sacado de la habitación a su amigo, Blanca se arrodilló junto a Maica. Con delicadeza la obligó a meterse en la cama. Las lágrimas bordeaban sus ojos, a punto de caer. Pero se movía con agilidad. Aquella nariz sangraba mucho. Fue en busca del pequeño botiquín casero. Limpió su rostro y cauterizó la hemorragia nasal. Luego le aplicó una crema blanca por toda la cara.

—Es muy buena —le explicó—. Ya verás como no se te hincha. Yo la tengo siempre a mano…

—Tú…

—Los hombres son todos iguales. Unos hijos de puta.

Esa noche, Blanca durmió con su amiga, con la puerta de la habitación cerrada con llave.

Al día siguiente, cuando Antonio despertó, dolorido, en el sofá del salón, Maica no estaba ya en la casa.

11

Maica se despertó, sobresaltada. Luchó brevemente con los rescoldos del sueño que se movían aún, perturbadores, por el fondo de sus pupilas. Permaneció unos instantes con los ojos abiertos, estática, esforzándose por discernir a cuál de los dos mundos pertenecía: al onírico o al real.

Eran casi las once de la mañana y estaba echada en el sofá de su propio piso. Se incorporó pesadamente.

A esa hora era probable que Antonio lo hubiera descubierto ya. No le importaba. Blanca le había insistido mucho en que no lo hiciera, pero no tenía otra salida. O le abandonaba de una vez por todas o siempre estaría atada a aquel loco.

No eran las seis de la madrugada cuando se marchó de casa de Blanca. Rafa el Huesos ni se había enterado. Por lo demás, el menda nunca entraba en la vida de los otros.

Ahora le parecía sorprendente, de tan sencillo como había resultado. Un taxi y de nuevo en casa, con ilusión por ir llenando las soledades del ser que vivía en su vientre.

Sólo habían transcurrido unas horas y sin embargo, en tan poco tiempo habían desfilado por su mente un sinfín de palabras, gestos, olvidos, promesas, que ya eran sólo recuerdos.

Se levantó y buscó su bolsa de maquillaje en el cuarto de aseo. La imagen que le devolvió el espejo era desestabilizadora. Un moratón bajo el ojo izquierdo, la nariz hinchada y el rostro congestionado. Las gafas oscuras lograrían amortiguar los destrozos.

Se miró fijamente a los ojos. Luego descendió con satisfacción hasta la blusa color granate y la falda negra que realzaban su figura. Se maquilló ceremoniosamente y salió.

Fue entonces cuando descubrió el papel debajo de la puerta de entrada, era del tamaño de media cuartilla. Lo cogió y al instante una oleada de sangre le recorrió, electrizante, todo el cuerpo. Aquello era de la policía: una citación.

¿Qué querrían de ella? El texto no aclaraba nada. Sólo que debía personarse en la Jefatura de Policía. Quizá se trataba de Antonio. Pero, entonces, ¿por qué citarla a ella?

Se llevó la citación al salón y se sentó, serenando sus emociones. La movida no le gustaba nada. ¿Hasta dónde sabrían? La habitación se estaba llenando de fantasmas. O quizá era una trampa, y querían confirmar sus sospechas sobre Antonio. No era posible que le hubieran detenido y ahora quisieran hablar con ella. Ese papel llevaba una fecha: hacía dos días que estaba en su casa.

Quitarse de en medio ahora, sería peor. Tenía que ir. Pero si le preguntaban por Antonio, ¿qué haría? No podía decirles la verdad. Todo antes que ir de chivata.

Algunos secretos resultaban escarpados y sangrantes. Ella conocía las intenciones de Antonio. No se pararía ante nada. Ya había matado una vez y estaba enfurecido. Iba a extorsionar al abogado, a don José María. Antonio aún guardaba la pistola que acabó con la vida de Cara Cortada. La misma que podía volver a disparar sobre el abogado o contra ella misma. Era la única persona que conocía los planes de Antonio. No tenía dudas. Desde hacía varias semanas, Antonio llevaba consigo la pistola a todas partes.

El policía de la puerta anotó en un libro de registro sus datos de filiación. Le entregó una tarjeta plastificada de visitante, que la autorizaba a penetrar en el gran laberinto que constituía para ella la Jefatura de Policía.

Maica se preguntó cómo funcionaría la mente de aquellos hombres. ¿Qué clase de sentimientos tendrían? Si los tenían, no lo podía comprender. ¿Cómo se puede mandar todos los días gente al talego y dormir con la conciencia tranquila?

Leyó la placa en la puerta del despacho. Era el más alejado del pasillo. «Grupo II. Brigada P. Judicial.» Dio dos golpes con los nudillos de la mano. Cuando le abrieron la puerta, había cuatro hombres en la habitación, además del comisario Crespo, al que reconoció al momento. Los inspectores abandonaron la estancia, con un pretexto que ella no alcanzó a escuchar. Pero sintió todos aquellos ojos en su cuerpo, como si tratasen de penetrar en su mente.

El comisario se puso en pie y le tendió la mano. Su sonrisa no parecía afectada, pese a lo cual Maica no se dejó engañar. Aquellos ojos de mirada profunda, saltaban con precisión de un lugar a otro, siempre prestos a cobrar su presa.

—Siéntate, Maica. ¿Cómo estás?

—Bien.

El comisario tomó asiento tras la mesa, frente a la mujer.

—¿Qué ha sido todo este tiempo de tu vida? —preguntó el comisario.

—Nada. Lo de siempre.

—¿Tuviste un hijo?

—No, qué va. Ahora, puede que sí. Estoy embarazada.

—Enhorabuena… ¡Cómo pasa el tiempo! Tú no has cambiado mucho. ¿Cómo te va con Antonio el Califa?

Maica escuchó en su interior el primer aldabonazo. Se había referido a Antonio, como al azar, pero ella sabía que no era así. Temió que la oleada de sangre que ascendía hasta sus mejillas la delatara.

—Bien —respondió.

—Vives aún en la calle Tres Forques, ¿verdad?

—Sí.

—Es que hubo una pequeña confusión. Cuando te ocurrió aquello, con el nerviosismo en el hospital tomaron mal tu dirección.

Maica bajó la mirada instintivamente. No se le había pasado por alto el detalle al policía. Empezaba a sentirse acosada.

—No aportaste muchos datos, respecto a la violación —agregó el comisario.

—Dije lo que sabía.

—Sí, pero te viene a contrapelo hablar con la policía hasta de

algo que te interesa sólo a ti. ¿Tienes algo contra nosotros? ¿Acaso no te traté bien cuando caíste con Califa? Sabes que te dimos bola, a pesar de que estabas en el asunto igual que él.

—Póngase en mi lugar. Para usted es muy fácil…

—¿Has sabido algo más sobre los que te violaron?

—No, señor.

—En el ambiente, ¿no se comenta nada?

—Yo no salgo ya. Del trabajo a casa todas las noches.

Era patente que el hombre no compartía su opinión.

—Pues a mí me han llegado ondas, rumores que corren por ahí.

—¿Sobre qué?

—Sobre la violación, por supuesto.

Maica estaba visiblemente interesada.

—¿Y qué le han dicho?

—Que sabes más de lo que cuentas.

—¡Le han engañado! —parecía un felino defendiendo a sus cachorros—. Hay mucho chivato que, con tal de que les den árnica, cuentan lo que quieren.

—Pues me han asegurado que si tú quisieras hablar, el asunto estaría claro.

—Será que les interesa más que a mí…

—No lo sé. Yo repito lo que me han dicho.

—¿Quién ha sido el hijo de puta?

El comisario sonrió, ignorando el exabrupto entre dientes de la mujer.

—No puedo decirlo —explicó—. Pero me gustaría que hicieras un esfuerzo y recordaras todo lo ocurrido aquella noche.

En la narración de los hechos, Maica evitó añadir nada nuevo a lo relatado en su día. No era fácil construir su versión, pendiente siempre de elaborar la verdad a medias. ¿Por qué ese empeño en que volviera a hablar de la violación?

Ignoraba si el comisario Crespo conocía la verdad o jugaba de farol. El mejor sistema era repetir exactamente lo dicho entonces. El hombre tenía los labios arqueados y un brillo malicioso en los ojos.

—¿De qué se ríe? —inquirió Maica.

—Déjame que te pregunte yo algo. ¿A quién tienes miedo?

—A nadie…

—Entonces, es que ocultas a alguien.

No se lo había preguntado, lo afirmaba. Era una apisonadora, barriendo todas las lindes que ella había marcado.

—No, señor —respondió—. Le he contado la verdad.

El comisario rebuscó entre los papeles de la mesa. Maica intuía que el hombre guardaba en algún sitio más de un as y lo jugaría sólo en el momento que considerase oportuno.

—Mira esta fotografía, Maica.

Lo reconoció en el acto, pero se entretuvo unos instantes observando la cicatriz del rostro. No había duda. Era el Cara Cortada. Sin levantar los ojos, sentía sobre ella, como un agobio, la mirada del comisario.

—¿Era éste uno de ellos? —oyó que le preguntaba.

—Se le parece —respondió, encogiéndose de hombros.

—Por favor… ¿Sólo se le parece?

—No sé… Hace tanto tiempo…

—Maica, una mujer no olvida nunca el rostro del hombre que la ha violado.

—Ni yo. Sólo que no estoy segura.

—Yo te ayudaré. El de la foto es un individuo al que apodaban «el Sevillano». Tenía una gran cicatriz en la cara, aquí —y señaló con un lápiz el lado izquierdo del rostro.

Maica retrasaba su respuesta, fingiendo esforzarse por recordar esa cara.

—Sí. Ahora que dice lo de la cicatriz, recuerdo que tenía una.

—Nunca lo mencionaste, Maica. ¿Por qué? Es un detalle que no pasa desapercibido y policialmente nos hubiera sido de gran valor.

—Se me pasaría por alto.

—¿Te había amenazado con anterioridad? —le preguntó con gravedad. El rostro del comisario ostentaba una seriedad litúrgica. Maica no podía controlar el temblor de sus piernas. Su cerebro trabajaba febrilmente por salir del laberinto en que se la estaba encerrando.

—¿Qué? —preguntó.

—Cara Cortada —el comisario pronunciaba muy lentamente. Se detuvo y observó a la mujer. Se le habían quedado los ojos vencidos —. Bueno, no te he dicho que al Sevillano también le apodaban así,

Cara Cortada.

—No sabía…

—Maica, deja que se te ayude. Ese hombre ya está muerto. Nunca más podrá hacerte daño.

—Le juro que no le conocía.

—¿Ahora le recuerdas por la foto?

—Sí —respondió en voz baja—. Era él.

El comisario miraba siempre a los ojos, prescindiendo del resto de la persona. Tenía la vaga sensación de que le estaba desnudando el alma.

—¿Cómo lo han sabido? —le preguntó Maica.

—Por favor…

Maica se encogió de hombros.

—¿Te había amenazado?

—No.

Su negación había sonado débilmente.

—¿Qué sabes del otro individuo?

—Nada, se lo juro por lo más…

—No jures, Maica. No es necesario.

—Es que le estoy diciendo la verdad. ¿Le han cogido?

El comisario no respondió. Levantó la mirada, pensativo. Maica adivinó que no iba a responder a su pregunta. Pero mientras la conversación derivara hacia el «otro», se sentía a salvo.

—Dime una cosa, Maica. Cuando te enteraste de la muerte del Sevillano, ¿no le identificaste como el autor de la violación?

Maica pensó que el hombre se había zafado y esta vez la que estaba encerrada era ella.

—Sí —respondió, con voz oscura.

—¿Cómo te enteraste?

—Entre la basca y los periódicos.

—¿Viste su fotografía en la prensa?

La mujer notó que su mente entraba en una nebulosa que la arrastraba. El hombre atacaba con dureza. De pronto, no recordaba ese detalle de la fotografía en los periódicos.

—Sí —respondió—, pero estaba muy borrosa. De todas maneras, como ya estaba muerto… Preferí no volver a recordar todo lo pasado.

Entonces Maica temió que sus palabras tuvieran otra interpretación. Se aprestó a añadir:

—Oiga, no estará pensando…

—¿Qué?

—Bueno, quiero decir, que yo paso de esa muerte. A ver si encima me van a hacer comer un asunto que yo no he hecho.

—Nadie te acusa de eso. Todo lo estás diciendo tú…

Otra vez aquella sonrisa que derrumbaba todos sus argumentos aun antes de exponerlos.

—Oiga, que yo no he tenido que ver con eso. No sé lo que le habrán contado las mamonas de turno, pero es mentira.

—No creo que tú le hayas matado. En todo caso alguien que tú conoces.

El comisario la miraba, compasivo, pero estaba interrogando su rostro aguardando paciente el efecto de sus palabras. Maica permaneció callada. No lo sabía, pero había caído en la trampa. La mujer ignoraba que los periódicos nunca publicaron la fotografía del Sevillano. El hombre intuía que cada vez pisaba terreno más firme.

Maica fue respondiendo las sucesivas preguntas que no encerraban ningún riesgo. Quedaba claro que se la excluía de toda responsabilidad sobre la muerte de Cara Cortada. El comisario conducía ahora la conversación con aire coloquial que incluso infundía confianza. No levantaba la voz, ni se exasperaba. Siempre afluía a su rostro un gesto apaciguador.

—Posiblemente, necesitemos hablar contigo otra vez —le dijo el comisario.

—Bien —respondió con frialdad.

—¿Me has dicho antes que estás embarazada?

Maica asintió con la cabeza.

—¿Y cómo vas con la heroína?

—He cortado. Por el niño —ante la desconfianza del hombre, añadió—: Se lo juro, que no la pruebo.

—Me alegro. Ya sabes que la heroína es lo peor para el embarazo —se interrumpió, observando atentamente el rostro de la mujer—. Por cierto, ¿te llevas bien con Toni?

¿Sería ése uno de los ases que guardaba el comisario? Ahora

estaba segura de que aquel hombre lo sabía todo. Pero le sorprendía que no hubiera actuado ya.

¿Qué le estaba preguntando? ¿Si vivía con Antonio?

—No —respondió con firmeza—. Desde ayer, se acabó.

Tuvo la sensación de que había respondido a más de lo que se le había preguntado.

12

El sol de la mañana irrumpía ya con violencia en el despacho de don José María Real Rubén. La habitación era espaciosa y a través del balcón llegaba el bullicio de la calle Lauria. Junto a la pared del fondo, una gran mesa repujada en cuyos pies destacaban figuras de relieve. Dos sillas, frente a la mesa, tapizadas de terciopelo color salmón, similares a la que ocupaba el abogado. Los muebles eran de madera noble, de coloración tan oscura que la imaginación retrocedía varios años en el tiempo. La pared situada frente al balcón la ocupaba una gran librería, con tribunas en forma de arquería y fondo de terciopelo rojo, repletos todos sus estantes por gran variedad de volúmenes profesionales.

El abogado apartó la vista del documento que estaba estudiando y quedó pensativo, al tiempo que contemplaba los dos grandes blasones azules de la pared, en los que colgaba la colección de armas de fuego y de espadas.

Las arrugas marcaban su frente y sus ojos aparecían cansados. Esa defensa era más conflictiva de lo que había supuesto.

Mirando a su hija de cinco años que le hacía compañía, sentada en el suelo, sobre la alfombra turca, pensó que le dedicaba poco tiempo.

El carillón, con su melodía dulzona, empezó a sonar.

—Llaman a la puerta, papá.

—¿No está tu madre?

—Ha salido a comprar.

El hombre rezongó, molesto:

—Está bien, ya abro yo.

La niña siguió trazando líneas inconexas sobre el papel: castillos que emergían de la calígine de la noche y monstruos terroríficos que al conjuro del hada buena se convertirían en animales mansos. Giró su cabecita rubia, mirando a su padre que salía de la habitación.

Al abrir la puerta, vio a Antonio.

—Buenos días, don José María.

—¡Hola! ¿Cómo estás?

Le estrechó la mano y le hizo pasar, cerrando la puerta tras él.

—¿Qué te trae por aquí? —le preguntó.

Notó cierta vacilación en Antonio. Tenía el rostro rígido.

—Quería hablar con usted —dijo.

—Muy bien, vamos al despacho.

Le indicó con la mano que pasara delante. Al entrar en la habitación, Antonio ignoró a la niña, que seguía con sus dibujos y tomó asiento frente a la mesa. Estudió el rostro del hombre en el que los años empezaban a marcar sus facciones.

—¿Algún problema? —preguntó el abogado con su característico acento paternal. Luego miró a su hija y estimó que podía permanecer allí.

—Sí.

—¿No te habrás metido en otro lío? ¿Te busca la policía?

—No.

—Menos mal. Por cierto, no te he dicho que el otro día conseguí anular una orden de ingreso en prisión que había decretado un juzgado contra ti.

—¿El siete?

—No. Es una causa antigua, por drogas. Te habían citado varias veces… Pero, en fin, eso está solventado —se detuvo, juntó sus manos regordetas y le sonrió—. Bueno, tú dirás.

—Necesito dinero.

—No entiendo…

—Está muy claro, don José María. ¡Necesito dinero!

El tono había sido imperativo. El abogado enarcó las cejas, sorprendido. Agazapados, detrás de sus gafas, los ojos se le

empequeñecían. Sintió que un peligro impreciso flotaba en la habitación. Sus colegas, veteranos como él en materia penalista, le habían aconsejado muchas veces precaución frente a determinados individuos. Antonio nunca había sido conflictivo y ahora, de pronto, se mostraba agresivo. Y él sabía hasta qué punto podía ser peligroso. Miró hacia la niña, de reojo. Sin saber por qué, estaba inquieto.

Intentó una salida conciliadora.

—Los problemas de dinero siempre tienen solución —dijo—. Mientras no se trate de algo más serio, no hay por qué preocuparse.

—Le he dicho que necesito dinero. ¿Es que no lo entiende?

—La verdad, no acabo de comprender…

—Lo ha entendido perfectamente. Necesito tres kilos y usted me los va a dar.

El abogado levantó ambas manos, forzando una sonrisa.

—¿Te refieres a tres millones?

Antonio asintió.

—¿Y para qué necesitas el dinero?

—Eso es problema mío.

—Entonces…

—¡Tres kilos!

—No dispongo de esa cantidad. ¿Por qué supones que te los voy a dar?

—No me haga reír.

—Te estoy hablando perfectamente en serio.

—¡Tres kilos! —le gritó Antonio.

—Pero, ¿te has vuelto loco?

El abogado hizo ademán de levantarse, pero Antonio se puso en pie de un salto.

Entonces vio el revólver en la mano de Antonio y enmudeció. No sabría decir de dónde lo había sacado, pero lo empuñaba con firmeza. El metal negro, brillante, con su boca siniestra, le estaba apuntando.

—Por favor, Antonio —suplicó—. Ten calma. ¿No habrás pensado utilizar eso?

—De usted depende. No me provoque, ni intente nada raro.

Antonio le hizo un gesto y el abogado se sentó, intranquilo.

—¿Estás en algún apuro? —quiso saber—. Podemos hablar con calma y buscar una solución.

—No intente enrollarme. Esta vez no me va a comer el coco. Paso de historias. Le he dicho que necesito el dinero y basta. Tengo que ganarme la vida —observó el semblante del abogado y una expresión radiante iluminó su rostro. Lo tenía dominado, a su merced—. Fíjese, ahora es el mundo al revés. Usted me ha sacado el dinero siempre y lleva muchos «papeles» ganados conmigo. Los dos somos iguales, sólo que usted es «don José María» y yo «Toni Califa». Me ha santeado cantidad de pisos. ¿O no se acuerda? Yo le puedo decir que los mejores pisos que me he hecho, han sido los santeados por usted. He entrado en casas de amigos suyos y hemos ido a partir. ¿Y los consumados? Los mejores se los ha pulido usted y me ha dado la parte que ha querido.

Nunca he protestado, porque yo, mientras no me falte la pasta, voy bien. Pero ahora, se acabó. He ido de pringado toda la vida y ya me he cansado. Yo he sido un chorizo, no lo niego, pero usted también y además avaro.

Antonio gesticulaba violentamente, con el revólver en la mano. El hombre le miraba, aterrorizado. En cualquier momento, un gesto brusco y podría dispararse el arma. No comprendía de dónde había sacado el valor para enfrentarse a él de aquella forma. Tenía que encontrar la forma de apaciguarle.

—Estás equivocado, Antonio —le dijo.

—Yo creo que no —respondió con sarcasmo.

El abogado señaló el revólver.

—¿No crees que podrías guardarlo? Está la niña…

Antonio se volvió hacia la pequeña. Le daba la espalda y su cabecita rubia quedaba a un metro escaso de él. Con movimientos lentos acercó el arma hasta la cabeza de la niña. El cañón casi rozaba sus cabellos.

—¿Cree que mañana tendrá el dinero? —le preguntó.

—¡Por favor! Eso, no —suplicó, en un susurro.

—Usted tiene la palabra.

—De acuerdo —aceptó, abatido—. Pero guarda eso.

Antonio retiró el brazo y escondió el arma en su cintura. Con la cazadora, pasaba perfectamente inadvertida.

El abogado seguía, anonadado, sus movimientos de reptil, al tiempo que escuchaba sus propias pulsaciones. La sangre circulaba en torrente por sus venas, golpeando rítmicamente en su cabeza.

Antonio se sentó, nuevamente, frente a él.

—Tres millones, don José María —insistió, autoritario—. Mañana por la mañana, a las once.

—¿Y de dónde voy a sacar el dinero? ¿No podrías darme más tiempo?

—¡No! Mañana, a las once.

El abogado asintió, en silencio. La imagen del arma apuntando sobre la cabeza de su hija, le paralizaba los pensamientos.

—Creo que no se irá de la muí —le advirtió Antonio—. Tiene más que yo que perder, pero si quiere bronca la habrá. Yo no tengo miedo a nada. Además, para mí el talego es pan comido.

—No creo que me merezca este trato.

Antonio no le escuchaba.

—Si ha pensado en largar todo esto a la pasma, le juro que lo mato. Si me trincan, puedo encontrar otro abogado, pero usted estará criando malvas. Y le digo más: yo no soy hombre de letras, porque no las tengo, no sé hablar tan bien como usted, pero lo que tengo escrito me lo va a entender a la primera la policía. Me lo he escrito en un papel, que está en buenas manos, por si cree que me va a engañar.

El abogado estaba lívido. Se había quitado las gafas, cuyos cristales frotaba con un pañuelo. Sus ojos parecían ahora infinitamente más pequeños. Todo lo que había logrado en esta vida, prestigio, solvencia, una carrera casi brillante como letrado y un nada despreciable nivel económico, podía ser destruido por ese loco en unas horas.

—Te prometo que nadie sabrá nada —balbuceó. Sus manos temblaban de tal forma que las entrelazó, en un esfuerzo por controlarse.

—Quiero los tres kilos, mañana por la mañana. A las once en punto.

Antonio estaba muy excitado. Inclinó el cuerpo sobre la mesa, aproximando su rostro al del abogado.

—Nada de policía —exigió.

—Entiendo…

—Y si ha pensado traer alguno de los matones de mierda que van por ahí, ya lo sabe. Todo por el aire. Usted no lo contará.

El hombre asintió, gravemente.

—Otra cosa, don José María. Nada de trucos. No quiero «papeles» marcados, ni nada raro. Si veo algo que no me gusta, usted es hombre muerto.

Había dicho lo del dinero, en tono triunfal. Quería dar la sensación de que lo tenía todo perfectamente planeado. En realidad, ese dinero iba a salir al extranjero, y de poco iba a servir que controlasen la numeración de los billetes.

—Espero que sea la última vez que nos veamos, Antonio.

Sus palabras volvían a tener la cadencia conocida del hombre que no está habituado a perder. Antonio no le hizo caso.

—Mañana a las once en la cafetería Reno —explicó—. Está aquí mismo, en la esquina de su casa. Usted va mucho por allí, ¿no es eso?

El hombre se encogió de hombros.

En ese momento la niña se acercó, gateando hasta Antonio. Le tiró de la pernera de los pantalones.

—¿Quieres ver mi castillo? —le preguntó.

—Márchate de ahí, Belén —le gritó su padre—. ¡Sal del despacho! Papá está trabajando…

La niña quiso protestar, pero la extraña alarma en el rostro de su padre, la atemorizó. Se levantó llorando y salió de la habitación.

Antonio permanecía impasible.

—No lo olvide, don José María. Mañana a las once.

Se puso en pie. Tanteó el bulto en su cintura, provocativamente. El abogado se incorporó. Tenía el cuerpo pesado, como si despertara de un sueño de muchas noches.

Le vio caminar por el pasillo y abrir la puerta. Cuando salía, creyó ver una silueta diabólica aleteando por su rostro. Permaneció quieto unos instantes. Las piernas se le antojaban dos columnas graníticas.

El silencio le dolía en el cerebro, aguijoneado por centurias de puntitos fluorescentes que se sucedían con cada pulsación de la sangre.

Entonces escuchó la llantina de su hija, escondida en algún rincón de la casa.

Se asomó al balcón. Por el cielo de Valencia se deslizaban, tránsfugas, majestuosas montañas de nubes blancas. No percibía el rumor de la calle de la misma forma. Como si alguien hubiera cambiado en su cerebro el orden del tiempo y de las cosas. Ahora le parecía ridículo el afán y el nerviosismo de los transeúntes.

Se sentó, abatido. El escritorio estaba sobrecargado de papeles. Nunca había sido virtud suya el orden, pero de pronto, lo encontraba todo fuera de lugar. Nada era digno de que se invirtiera tiempo en ello. Sobre la mesa, junto al teléfono, estaba enmarcada en plata la fotografía de su esposa con la niña.

La mujer era más firme de carácter que él. No había vacilado lo más mínimo: el único camino a seguir, era dar cuenta a la Policía. Los rasgos delgados de su rostro le conferían un aire agresivo. Mirándola, recordaba sus palabras. Habían discutido el tema largamente.

Por su parte, aún dudaba en dar el paso. Seguía opinando que era mejor guardar silencio y contemporizar. Ya tendrían tiempo de resarcirse. Sin embargo, la indignación y el miedo estaban librando la batalla en su interior.

Se había retirado al despacho para meditar con calma los pros y los contras. Si accedía a las pretensiones de Antonio el Califa, podía convertirse en su juguete cada vez que le diera la vena. Por otro lado, el individuo estaba loco; era un peón suelto muy peligroso. Profesionalmente le iba a colocar en una situación muy delicada.

Si acudía a la Policía, cabían dos posibilidades: que consiguieran detenerle, antes o después de la extorsión consumada, o que lograra escapar a la envolvente policial. Si le detenían, la prisión solucionaría el caso, durante unos pocos años, con mucha suerte. ¿Qué ocurriría cuando saliera en libertad? Esa clase de personas no olvida y la reclusión aviva la venganza. Pero en el supuesto de que algo fallara y no se le pudiera detener, entonces…

Trató de desechar las imágenes que se agolpaban en su retina. Aquel individuo era capaz de todo.

Apretó los puños, impotente. Aunque no le gustara, la única opción que le quedaba era acudir a la Policía.

Alargó la mano y descolgó el teléfono.

—¿Por qué le ha elegido a usted? —preguntó el comisario Crespo, tras oír su detallada narración. Conocía la reputación del abogado.

—No lo sé —respondió.

Le pareció que hasta el aire era frágil en el despacho de la Brigada, como si algo se pudiera romper de un momento a otro.

—¿Estaba drogado? —quiso saber el comisario.

—Como siempre. Su proporción de heroína en sangre debe de ser altísima.

—¿Usted qué piensa de todo esto?

—Qué está enloquecido. No le veo otra explicación —el abogado hablaba con lentitud, la vista fija en el cigarrillo con el que jugueteaba sobre el cenicero, como si fuera la cosa más importante del mundo—. Es muy capaz de cumplir sus amenazas. Le llegó a poner la pistola en la cabeza a la niña. ¡Está loco! Yo soy hombre y le digo que me daba miedo mirarle a los ojos. En mi vida he visto una mirada como aquélla.

—¿En qué basaba sus exigencias?

El abogado levantó la cabeza. Cualquiera que fuera su respuesta, sabía que no iba a convencer. Pero había planteado el asunto bien. Toni estaba loco por las drogas. No cabía otro razonamiento.

—Lo ignoro —respondió—. Pero sé que va a cumplir sus amenazas… He pensado en la posibilidad de entregarle el dinero y si hace falta me voy de la ciudad. Todo, antes que continuar con esa amenaza.

—No debe pagar. Si lo hace estará a su merced cada vez que necesite dinero. Me pregunto para qué querrá tanto dinero.

—No lo sé.

—Es muy posible que esté planeando algún viaje. Heroína. Eso lo explicaría todo.

Tras la larga conversación, en la que se sopesaron todas las posibilidades del dispositivo de vigilancia que se iba a montar, el

comisario se sentó a la máquina y escribió la denuncia.

Al día siguiente, el abogado debía acudir a la cita en la cafetería Reno, portando un maletín, a la hora prevista. Sin dinero. Todo lo demás, quedaba en manos de la Policía.

El abogado salió a la calle. La sombra de un mal presagio entristecía su rostro. Por encima del ruido, oía su propia sangre bombeando el miedo a martillazos sordos.

La tarde había caído y el pulso de la ciudad se había serenado.

Antonio conducía eufórico. Había alquilado el coche Ritmo, gris metalizado, esa misma tarde, con el documento de identidad falso, sin que detectara ninguna suspicacia. Todo funcionaba.

Y don José María… Bueno, ése estaba acojonado. Además, lo de la niña le había salido fetén. Seguro que el hombre no dormía en toda la noche. Y de largar a la pasma la historia, nada de nada. Ése no se iba de la muí. Sabía lo que se jugaba. Mañana a las once en punto estaría, puntual, en la cafetería Reno, con la pasta.

Se encontraba cerca de la calle Tres Forques. Decidió pasar por casa de Maica. ¿Por qué lo había pensado así, «casa de Maica»? ¿Es que no era también suya?

No debía detenerse. Ese piso quemaba.

Cuando cruzó la esquina, no vio el vehículo R-18, estacionado en las sombras, con dos hombres en su interior.

Maica no salió de casa en todo el día. Esta vez, el peligro era concreto, real. La policía lo sabía todo sobre Antonio. En muy pocas horas estaría detenido. Era un presentimiento.

¿Dónde se había metido? Su falta al trabajo, pendiente del teléfono, no había servido para nada. Sin respuesta en casa de Rafa el Huesos. Tampoco Blanca estaba en la cafetería.

Las horas se diluían lentamente en la profundidad de la noche. Se acercó al teléfono y marcó el número de Blanca. Oyó la señal al otro lado. Aquel sonido atravesaba la ciudad, firme, pero como una mecha rápida que no encontraba detonante. No había respuesta.

Se preguntó si Antonio la habría buscado. Quizá había ido a casa

del abogado. ¡Dios no lo quisiera!

Colgó, desalentada, el teléfono. No comprendía sus propios sentimientos, que al tiempo que le hacían rechazar a Antonio, le buscaban afanosamente. Temía por su libertad. Eso era. El vínculo de la libertad. Sólo los que estaban en el rollo podrían comprenderlo. Le seguía odiando, pero allá en el fondo de su ira se remansaba algo etéreo, sin forma, que bien podría ser compasión.

Tenía que localizarle. La heroína estaba enloqueciéndole y era capaz de intentar el chantaje al abogado. Estaba perdido. El policía no había dejado traslucir nada, pero la repetida mención de su nombre era suficiente. Volvió otra vez a recorrer la conversación en el recuerdo. Habrían relacionado lo ocurrido en la cárcel entre Antonio y el Sevillano, así como su violación. ¿O quizá no tenían pruebas?

Tenía que hablar con él, contarle todo lo ocurrido. Pero nada más. No pensaba volver a su lado. ¡Nunca! Tomó el teléfono y marcó de nuevo. Cuando oyó la voz de Blanca, suspiró, con alivio. Su amiga le dijo que Antonio no había aparecido por casa en todo el día. Maica fue muy lacónica, pues no se fiaba del teléfono. Lo podían tener intervenido.

—Blanca, tan pronto como llegue, que me llame. Es urgente ¿me entiendes? Muy urgente.

Pero el teléfono permaneció en silencio toda la noche.

13

Cuando Antonio subió al coche, el sol vestía sus primeras luces, tras haber vencido la cortina de nubes que oscurecían la mañana.

El coche estaba seminuevo y el motor respondía bien. Inició la marcha lentamente, en dirección a la ciudad. Había pasado la noche con unos colegas, grifotas de los primeros tiempos, en Alboraya. Era su última noche. La próxima pensaba dormirla en Barcelona.

Un poco de música vendrá bien, murmuró entre dientes. Puso la radio.

«Aún no se sabe cuántos son con certeza. Las primeras noticias que se tienen apuntan la posibilidad de que se trate de tres individuos encapuchados. Los atracadores han penetrado en la sucursal del Banco Hispano Americano, sito en la calle San Vicente, hace apenas unos veinte minutos. Al parecer, un transeúnte detectó cierta anormalidad en el interior de la sucursal y dio aviso a la policía. La rápida intervención de una dotación policial ha impedido la huida a los atracadores, que se han hecho fuertes en el interior del banco…»

Las diez y media.

Los mendas de ahora, pasados de chocolate, no servían ni para dar un palo en un banco. Un traque se da bien o no se da. Además, ésas no eran horas de hacerlo, y menos en una calle tan céntrica.

La policía empezaba su jornada con un atraco. Bien visto, era lo mejor que le podía suceder. Iban a estar ocupados durante un buen rato.

«Fuertes contingentes de la policía rodean el edificio… El tráfico ha sido cortado. Parece ser que mantienen como rehenes a los empleados del banco y a varios clientes que se hallaban en el interior.»

Circulaba por la avenida de Emilio Baró. El tráfico era ya pegajoso. Maldijo en voz baja, al comprobar que seguía haciendo mucho viento. Toleraba bien la lluvia, pero las andanadas del viento le deprimían de forma especial. Miró el reloj digital del coche y se tranquilizó. Iba bien de tiempo.

El día anterior había sido un éxito. Y ni el viento ni nada iban a ponerle de mal humor. Se había inyectado antes de salir de casa y su cuerpo estaba templado. Todo marchaba según lo previsto.

«Las noticias que nos llegan son muy confusas. Una auténtica multitud se ha dado cita alrededor del banco. La policía trata de persuadirles y les obliga a alejarse. Se desconoce, por el momento, la identidad de los atracadores. Tampoco se tienen noticias de que haya ningún herido; no se ha escuchado ningún disparo…»

Sintió asco de la gente. De los curiosos, que escondían su morbosidad tras la apariencia de personas legales; los que conducían, próximos a él, cómodamente, arropados por un trabajo bien remunerado; y esos otros, que deambulaban nerviosamente, ganando minutos al tiempo, convertidos en seres vulgares y enanos.

A él le quedaban escasos minutos para conseguir el dinero y largarse.

«En este momento nos llega la noticia de que los atracadores quieren negociar. Están poniendo condiciones para dejar en libertad a los rehenes…»

Cruzó el viejo cauce del río Turia por el puente del Real.

Había esperado que Maica volviera de nuevo a él. Pero ella se escondía tras una muralla de silencio. En realidad, tampoco él había querido saber nada de Maica. La noche anterior estuvo tentado de telefonearla, pero desistió. No podía rebajarse ante una mujer. Y menos ahora.

De momento, cuando tuviera el dinero en el bolsillo, se reuniría con Serafín el Ladillas en Barcelona. Allí planearían el viaje. Después, ya se encargaría de ella. Maica tendría que volver a su lado. Él iba de hombre y no podía permitir que una mujer le dejara,

como a un papel usado.

«Se ven muchos policías de paisano, parapetados tras los coches estacionados en la calle. También hay francotiradores, apostados en las viviendas de enfrente.»

—Mal lo tenéis, colegas —murmuró.

Estaba detenido en un semáforo de la calle Játiva. Pensó que debía haber dado una pasada antes por las proximidades de la cafetería Reno, por si acaso la pasma. Pero desechó el pensamiento. No era posible que don José María se hubiera ido de la muí. No estaba bromeando cuando le amenazó con el revólver.

Se llevó la mano a la cintura y el tacto del arma le infundió confianza.

Cuando el semáforo cambió a verde, entró en la calle San Vicente.

«Los atracadores llevan, según se ha sabido, escopetas de cañones recortados. La Jefatura de Policía aún no ha emitido comunicado oficial alguno, pero se cree que se trata de delincuentes comunes…»

Vio un hueco y detuvo el coche, dispuesto a aparcar. El frenazo brusco desató las iras de los conductores que circulaban detrás de él y que empezaron a hacer sonar sus aparatos acústicos. Antonio les dedicó un gesto obsceno y se olvidó de ellos.

«Está paralizado el tráfico en…»

Fue caminando hacia la calle Lauria. Se dijo que había hecho bien poniéndose la cazadora marrón, que le había prestado un colega. Introdujo la mano en el amplio bolsillo de la derecha y empuñó el revólver. Sonrió, satisfecho. Unos minutos, y el dinero sería suyo.

Estaba cerca de la cafetería Reno. Caminaba despacio, marcando sus pisadas con fuerza.

De pronto, a unos diez metros, frente a él, vio un hombre en extraña espera. La alarma resonó en las cavidades de su pecho. Volvió la cabeza atrás. Muy próximos y en su misma dirección, dos hombres jóvenes le observaban. Reconoció a uno. Eran policías.

Una breve vacilación. La humillación de la victoria pisoteada y el miedo.

Siguió andando, frenando su propio paso.

Con rapidez sacó del bolsillo la mano que empuñaba el arma. Disparó. El hombre le miró con sorpresa, se llevó una mano al hombro y se desplomó.

Inició la carrera, sin volver la cabeza. Quedaban apenas cuarenta metros para alcanzar la esquina. Si tenía suerte, la aglomeración de gente jugaría a favor suyo. La policía no podría disparar, por miedo a herir a otra persona.

Llegar a la esquina y estaba salvado. Corría frenéticamente. Le pesaban demasiado los pies.

El estruendo del disparo le estalló en la cabeza.

Era como si volara. Su cuerpo era etéreo e infinitamente lento.

El segundo impacto no lo sintió.

Estaba caído en el suelo. De pronto, la mañana se había apaciguado. Sus ojos abiertos en un asombro no traslucían el miedo que arañaba su mente. Como tantas veces, nadie estaba pendiente de él, que yacía de bruces en el suelo con el brazo derecho ligeramente separado del cuerpo. La caña de la bota campera le oprimía la pierna derecha. Una brecha de fuego le cruzaba la cabeza, empapado de sangre su negro cabello, confiriendo a su cara alargada y huesuda una palidez letal.

El dolor era penetrante y se le iba anudando por todo el cuerpo, mientras su débil quejido se prolongaba mansamente a la luz del sol. Una sensación cálida descendía por su frente.

No se podía mover. Oleadas de sangre subían, retumbando en su cerebro, y le dejaban ingrávido el pensamiento.

¿Qué estaba haciendo allí? ¿Qué esperaba? ¿O será que avisa la muerte?

Imágenes de penumbra rompían a golpes el silencio.

No podía situar los recuerdos. Sus ojos estaban entrando en oscuridad. Maica. Un mar de cabellos rubios que enmarcaban su rostro de ojos adolescentes, cubierto de tristeza; aquella piel blanca y tersa, tan conocida…

Quedaba todo tan lejano ya.

Las sombras, casi espectros, continuaban en borrosa ascensión.

No podía ser cierto que tuviera que morir. Sentía que se acercaba a un lugar donde la vida, suspendida apenas de una niebla inconsistente, podía quebrarse. La muerte estaba ahí, agazapada.

Dos policías se inclinaron sobre él. Le hablaban, pero sus palabras resonaban en la distancia.

Se dejó hacer, impotente, mientras le envolvían en una manta para introducirle en el vehículo.

La sirena golpeó la calle y el coche se puso en marcha. Ahora no sentía ningún dolor. Pero estaba muy cansado. Hasta el miedo era de otra forma. De pronto, la realidad no era un conjunto de deseos almenados. Todo carecía de valor. Era como si hubiera gastado toda la ilusión.

Entonces, los ojos abiertos no alcanzaron a llenar de luz su cuerpo. La andadura había terminado.

El policía que sostenía su cabeza, le miró fijamente. Después, le tomó el pulso.

—Está muerto —dijo.

14

Desde la casa se escuchaba el chasquido suave del mar contra las rocas cercanas. El último bullicio de los pájaros, cobijados en la arboleda al pie del monte, anunciaba la proximidad de la noche. La oscuridad empezaba a redondear el pulso del otoño.

Todos los ruidos le resultaban familiares y le remontaban a su infancia, libre y despreocupada, en aquellos mismos parajes. Nunca consiguió deslindar su niñez de la naturaleza.

Sintió un gran vacío en el estómago. La ansiedad de la droga exigía su tributo. Se removió en la silla, sabiendo que aquella sensación familiar desaparecería en unos minutos.

Maica olvidó su propio desasosiego mirando al niño. Con sus pequeñas manos regordetas asía con fuerza el biberón. Esos instantes culminaban su felicidad, haciéndole olvidar su síndrome de abstinencia a la heroína.

El tiempo restañaba la herida. Antonio era ya sólo un recuerdo, un mal sueño que pugnaba por olvidar.

Su vida la llenaba totalmente su hijo, cuyo rostro, con el correr de los días, se iba cincelando con los rasgos firmes de su padre.

Un mes antes del nacimiento del niño, aceptó el ofrecimiento de su madre y volvió a casa. Admitió, a su pesar, que ese paso lo debió haber dado mucho tiempo atrás.

Ahora se sentía apaciguada. El atemperado, pero constante, control de sus padres, la había ayudado a superar la dependencia física a la heroína. Sólo quedaba vencer el síndrome psíquico. Era

cuestión de tiempo. Por ello, daba grandes caminatas entre mar y cielo, adentrándose en sus soledades.

Los puños cerrados del niño se fueron distendiendo. Estaba satisfecho.

Maica le sonrió con orgullo, pensando si aquel ser tan pequeño e indefenso sería capaz de comprender sus sentimientos.

El ruido del motor del coche, estacionando junto al jardín, rompió brevemente la armonía de la atardecida.

Minutos después, apareció su padre. Sus ojos fueron directos al pequeño para posarse luego en su hija.

Maica adivinó la satisfacción íntima de su padre. Sus canas, meticulosamente peinadas, conferían a su rostro un cierto aire patriarcal. Su gesto adusto, casi severo, se desvanecía siempre en presencia del niño.

Desde el regreso de Maica, demoraba constantemente la vuelta a la ciudad. Madrugaba a diario un poco más para acudir al despacho y no volvía hasta el atardecer. Su hija debía permanecer alejada de todo lo que le recordara su etapa anterior. La casa en la playa era el lugar idóneo.

Se inclinó sobre el niño y le besó una mano, que retuvo entre la suya.

—¿Cómo está el hombre de la casa? —preguntó a Maica.

—Míralo —respondió, orgullosa—. Le he dado el biberón y se ha quedado como un bendito.

—¿Come bien?

—Es un bruto. Se lo ha tragado en cinco minutos.

—Eso es bueno.

El hombre dejó sobre la mesa el portafolios y lo abrió.

—He pasado por casa —explicó—. ¿Dónde está tu madre?

—En la cocina.

Maica jugueteaba con el niño.

Levantó la cabeza hacia su padre. De improviso, una sombra parecía envejecerle el rostro. Ya próximo a la puerta, el hombre se detuvo y la miró, indeciso. Maica captó su ademán.

—¿Ocurre algo? —le preguntó.

—No. ¿Por qué?

Maica se encogió de hombros, sin dejar de mirarle.

—He traído la correspondencia.

El pequeño braceaba inquieto, demandando las caricias de su madre. La buscaba con sus grandes ojos oscuros abiertos de par en par.

—Maica, tienes una carta.

—¿De quién es? —quiso saber.

El hombre rebuscó entre los papeles del maletín y tomó la carta.

—La remite un tal Serafín Morales —dijo—. De Barcelona. Pero no trae dirección.

Maica sacudió la cabeza, silenciando los recuerdos. «Serafín el Ladillas.» Había acortado voluntariamente los límites de su memoria. Una vez más, el temor hacía presa en ella. Alguien, en la distancia, le tendía los brazos. El deseo de la heroína ya no era una necesidad obsesiva. Pero ahora, con la carta, algo la incitaba a ceder, a dejarse llevar un poco por la corriente.

Miró a su padre, con decisión. Se sentía capaz de zafarse de sus propios sentimientos.

—Rómpela, papá —le dijo.

Breve diccionario de argot

ÁCIDO: Dosis de LSD.
AFANAR: Robar.
ANFETA: Anfetamina.
APARATO: Jeringuilla.
ARAJAI: Sacerdote, cura.
ARRIBA: Prisión.
BACILÓN: Alucinación; «viaje» de ácido.
BALDEO: Navaja.
BARÉ: Cinco pesetas; moneda de un duro.
BASTES: Dedos.
BASCA: Gente del «rollo».
BATUTA: Palanqueta.
BERREAR: Chivarse, hablar.
BRFJES: Años. Pueden ser años de la vida de una persona o cumplidos en prisión.
BISNES: Tráfico.
BOLA (Dar…, Estar en bola): Libertad.
BONIATO: Billete de mil pesetas; a veces, moneda de a duro.
BOQUERAS: Funcionario de prisiones.
BRAVA: Destornillador o similar, para forzar puertas.
BUJARRA: Invertido.
BUJARRÓN: Invertido activo.
BUTRÓN: Agujero que se hace en la pared para penetrar en otro inmueble y robar.
CABALLO: Heroína.
CACHARRA: Pistola.
CALCOS: Zapatos.
CALORRO: Gitano.

CAMISA: «Papelina» de heroína.
CAMPANEAR: Dar una vuelta por ahí.
CANGRI: Moneda de cinco duros.
CANUTO: Cigarrillo de hachís.
CANUTO: Teléfono.
CAÑERÍA: Vena donde se pincha.
CARERO: Caro.
CARETO: Cara.
CIEGO: Estar bajo los efectos de la droga.
COGER LA BATUTA: Ir por la brava, con armas.
COLGADO: Drogado en exceso.
COLOCÓN: Bajo los efectos de la droga.
COLOQUETA: Detención.
COLORADO: Todo lo que es de oro.
COMER, comerse: Padecer prisión.
CONFITE: Confidente.
CONSUMADO: Conjunto de efectos procedentes de un robo.
CORTAR: Mezclar una droga con cualquier otra substancia.
COSTO: Hachís.
CUARTELILLO: Parte de la droga que se queda el traficante para su propio consumo.
DAR CUARTELILLO: Invitar.
CUELGUE: Alucinación, más o menos permanente.
CURRAR: Trabajar.
CURRO, CURRELO: Trabajo; a veces, paliza.
CHAÑAR: Entender de algo.
CHANTAR LA MUÍ: Callar.
Chapa: Policía Secreta.
CHATA: Pistola.
CHINA: Porción de hachís.
CHOCOLATE: Hachís.
CHOTA: Chivato.
CHUNGO: Falso, que no es bueno.
CHUTARSE: Inyectarse en vena.
CHUTA, CHUTONA: Jeringuilla.
CHUSCO: Panecillo de la cárcel.
DAR EL AGUA: Avisar la llegada de la policía.

DARSE DE NAJA: Marcharse, largarse.
DERROTAR: Confesar ante la policía.
DESPARRAMAR: Robar.
DOBLE: Director de la prisión.
DOBLE CERO: Hachís de la mejor calidad.
ENCERRAR: Localizar el domicilio de una persona, tras seguirla.
ENGANCHADO: Necesitado de droga.
ESNIFAR: Aspirar por la nariz heroína o cocaína.
ESPADA: Llave falsa.
ESTUPAS: Policía de la Brigada de Estupefacientes.
ESTAR PARA ALLÁ: Estar loco.
ESTRELLA: Porción de LSD.
FACA: Navaja grande.
FLASH: Clímax del efecto de la droga.
FLIPADO: Que está bajo los efectos de la droga.
FUMATA: Fumar hachís.
FUSCO: Escopeta, normalmente de cañones recortados.
GAMBA (Hacer la…): Detener.
GARRULO: Expresión despectiva referida a una persona.
GAYUMBOS: Calzones.
GOMA: Hachís de buena calidad.
GUARRAZO: Porrazo; salir mal una cosa.
GUITA: Dinero.
GÜIL: Dinero.
HACER LA CARRERA: Prostituirse.
HACER LA GAMBA: Detener.
HACER LA MUELA: Quedarse parado en un sitio.
HACER UN PISO: Robar un piso.
HACER UNA AVERÍA: Detener a alguien; causar trastorno.
HIERBA: Hachís, Cannabis.
HIERRO: Arma, generalmente escopeta de cañones recortados.
HÚMEDA: Lengua.
IRSE DE LA MUÍ: Chivarse.
JUNAR: Ver, darse cuenta de una cosa.
JERÓ: Cara.
JULAI, JULANDRÓN: Que no es delincuente; que carece de

antecedentes policiales.
KILO: Millón.
LECHERA: Coche de la policía.
LECHUGA: Billete de mil pesetas.
LEGAL (Ir de legal): No delinquir.
LEVANTAR LOS TALEGOS: Robar dinero.
LIBRA: Billete de cien pesetas.
LIGAR: Conseguir una cosa; a veces, detener.
LILA: Billete de quinientas pesetas.
LUMIS, LUMIASCAS: Prostituta.
MADERO: Policía concreto; usualmente de la secreta.
MADRAZA: Invertido pasivo.
MACACO: Que vive a costa de una mujer que ejerce la prostitución.
MACARRA, MACARRÓN: Que vive a costa de una mujer prostituta.
MACO: Prisión.
MAMONA: Chivato.
MANCHAR: Conocer de vista a alguien.
MANDANGA: Cannabis, hachís.
MANOLA: Jeringuilla.
MAQUEADO: Bien vestido.
MARRÓN: Causa o proceso penal. Años de condena. Tiene su origen en el primer traje penitenciario de los condenados a prisión, que era de color marrón. Usualmente un marrón equivale a un año de cárcel.
MATERIAL: Hachís u otra droga.
MERCANCÍA: Hachís u otra droga.
MESCA: Mescalina.
MOLESTAR: Interrogar, presionar a una persona.
MONO: Policía Nacional - Síndrome de abstinencia; necesidad perentoria de droga.
MONTADO: Que tiene dinero.
MORO (Bajar al…): Ir a Marruecos a comprar hachís.
MOVER: Tener, manejar drogas.
MUERMO: Sensación desagradable; náuseas, dolor de cabeza, generalmente con motivo de las primeras tomas de droga.

Aburrimiento.
MUÍ: Boca.
NAJA (Darse de…): Largarse.
NAVAJERO: Hombre que explota a una chica joven; o que tiene intimidad con ella.
NIEVE: Cocaína, Heroína.
OCUPARSE: Ejercer la prostitución; estar con un hombre por dinero.
PALO (Dar un…): Atracar, robar.
PAPELA: Documento Nacional de Identidad.
PAPELES: Documentación personal; documentos; billetes.
PAPELINA: Envoltorio de papel que contiene pequeñas cantidades de heroína o cocaína.
PASAR: Vender o traficar. - Desentenderse de una cosa.
PASE: Venta de drogas.
PASMA: Policía.
PAVA: Colilla de cigarro de hachís.
PAVO: Síndrome de abstinencia.
PEGAR UN BALDEO: Rajar.
PELUCO: Reloj.
PENTA: Pentazocina.
PERA: Perista; receptor de cosas robadas.
PERRO: Chivato.
PESTAÑA, PESTAÑÍ: Policía.
PETA: Documento Nacional de Identidad; a veces, falso.
PETARDO: Cigarrillo de hachís.
PICO: Guardia Civil.
PICO: Inyección de heroína.
PICOTA: Nariz.
PIEDRA: Porción pequeña de hachís.
PILTRA: Cama.
PINCHAR EL TELÉFONO: Intervenir un teléfono.
PIÑÁ: Dentadura.
PIÑONERAS, PIÑOS: Dientes.
PINRELES: Pies.
PIPA: Pistola.
PIQUERO: Carterista.

PISTOLO: Pistola o revólver.
PRIBA: Bebida alcohólica.
POLEN: Hachís en polvo.
POLVO: Heroína, cocaína.
PONER RABO: Vigilar los movimientos de una persona.
PORCATA: Bronca.
PORRO: Cigarro de hachís.
POSTURA: Porción de hachís, que suele venderse a 1000 Ptas.
PUSCA: Pistola.
PUSCO: Revólver.
PURETA: Viejo, persona de edad.
QUEMADO: Conocido por la policía.
QUEO (Dar el…): Avisar la llegada de la policía.
RACA: Coche.
RAJAR: Hablar.
REBOLEDA: Individuo peligroso y agresivo.
RECALADA: Inhalación de cigarrillo de hachís.
RECORTADA: Escopeta de cañones recortados.
REINA: Heroína pura.
RENGLE: Tren.
RODA: Coche.
RULAR: Liar un cigarro de hachís. - Caminar, circular.
SÁBANA: Billete de 1000 Ptas.
SACO: Billete de 1000 Ptas.
SALIR DE NAJAS: Irse corriendo.
SALTARÍN: Policía Nacional.
SANTEAR: Facilitar datos a otro para que perpetre una acción delictiva.
SANTERO: El que da el santo; el que facilita información a otro para que lleve a cabo una acción delictiva.
SIRLAR: Robar a otro, mediante intimidación de navaja.
SUBIDA: Primeros efectos de la droga.
SUDACA: Sudamericano.
SUELA: Placa confeccionada de hachís.
SURAI: Ojo.
TALEGO: Prisión - Billete de 1000 Ptas.
TANGAR: Engañar.

TARRO: Cabeza.
TIESO: Sin dinero.
TIMBA: Partida de cartas.
TIRAR DE CHUTA: Que se inyecta en vena; adicto a la heroína.
TOCAR EL HIERRO: Robar con intimidación de armas; «reventar», robar en pisos con palanqueta.
TOCAR LA PASTA A ALGUIEN: Vivir a costa del dinero de otro. Macarronear a alguien.
TOCAR UN REGISTRO: Tener alguna especialidad delictiva, tal como carterista, descuidero, atracador, etc.
TOPE, TOPERO: Modalidad de robo con fuerza en las cosas; el que abre las puestas con palanqueta.
TOMO: Pelo.
TRAQUE: Atraco.
TRENA: Cárcel.
TRILES: Juego de engaño que se realiza con tres cartas, una de las cuales está marcada; o con tres cubiletes, bajo uno de los cuales hay una bola pequeña. La pericia del «trilero» logra que el apostante pierda su dinero cada vez, sin que consiga averiguar en qué carta está el as, o bajo qué cubilete se halla la bolita.
TRILERO: El que echa los triles; el que practica los triles.
TRINCAR LA BURDA: Abrir una puerta con palanqueta.
TRIP: Porción de LSD. - Alucinación causada por esa droga.
TROMPO: Billete de 1000 Ptas.
TRONCO: Amigo.
TROTE: Heroína.
TRUJA: Cigarro.
TUBERÍA: Vena donde se pincha la heroína.
TUBO: Comisaría de Policía.
VERDE: Funcionario de prisiones.
VIAJAR: Estar bajo los efectos de algún alucinógeno.
VIAJE: Alucinación.
VOLCÁN: Dosis de LSD.

José Luis de Tomás García nace en Ribarroja del Turia (Valencia) en 1943. Ha realizado estudios de Filosofía y Literatura. En junio de 1971 ingresa en el Cuerpo Superior de Policía, siendo destinado en la entonces llamada Brigada Criminal de Barcelona, donde permanece durante cinco años. Posteriormente solicita traslado a su provincia de nacimiento, Valencia, fijando su residencia en la población de Manises y prestando sus servicios varios años en el Grupo de Estupefacientes; y más tarde en el de Homicidios.